



Ediciones

Escuela de Letras

Gregory Zambrano
(compilador)

MARIANO PICÓN SALAS Y CHILE



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA



MARIANO PICÓN SALAS Y CHILE



UNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

MARIO BONUCCI ROSSINI
Rector

MANUEL ARANGUREN
Vicerrector Administrativo

PATRICIA ROSENZWEIG
Vicerrectora Académica

JOSÉ MARÍA ANDÉREZ
Secretario

FACULTAD DE HUMANIDADES Y EDUCACIÓN

MERY LÓPEZ DE CORDERO
Decana

BELKYS BOSETTI
Coordinadora Académica

Gregoria Antonia Kettl
Directora de la Escuela de Idiomas Modernos

LILIAN ANGULO
Directora de la Escuela de Educación

CARMEN CARRASQUEL
Directora de la Escuela de Historia

ROBERTO ROJAS
Director de la Escuela de Medios

JOSÉ GREGORIO VÁSQUEZ
Director de la Escuela de Letras

MARIANO PICÓN SALAS Y CHILE

Gregory Zambrano

COMPILADOR

Ediciones de la Escuela de Letras
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad de Los Andes
Mérida-Venezuela



MARIANO PICÓN SALAS Y CHILE
Gregory Zambrano (Compilador)

Ediciones de la Escuela de Letras
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad de Los Andes
Mérida-Venezuela

ESCUELA DE LETRAS

© Colección Estudios

JOSÉ GREGORIO VÁSQUEZ
Director

Primera edición, 2021
E-book, ULA, 2021

ZHELMA PORTILLO
Departamento de Historia del Arte

EDITOR:
José Gregorio Vásquez

JUAN CARLOS ABREU
Departamento de Literaturas Clásicas

DISEÑO Y CUIDADO DE COLECCIÓN
Escuela de Letras

BETULIO BRAVO
Departamento de Literatura
Hispanoamericana y Venezolana

FOTOGRAFÍA DE LA PORTADA:
© Juanito Martínez Pozueta

FOTOGRAFÍAS INTERIORES:
© Rafael Pineda, Iconografía de Mariano Picón
Salas, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1989.

VALMORE AGELVIS
Departamento de Lingüística

FOTOGRAFÍA DE LA CONTRAPORTADA:
© GREGORY ZAMBRANO
Biblioteca Nacional de Chile

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY:
E-Book: Depósito Legal: ME2021000419
E-Book: ISBN: 978-980-11-2063-6

Edición digital 2021



El presente documento se distribuye en esta edición bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional. La evaluación y arbitraje fue realizado de manera anónima y gratuita con la finalidad de contribuir con el libre acceso a la producción intelectual de la Universidad de Los Andes — Venezuela, a través de su Repositorio Institucional SaberULA (www.saber.ula.ve).

ÍNDICE

Presentación

GREGORY ZAMBRANO

“Mariano Picón Salas y Chile, una vigilia permanente” p. 15

Prólogo

MIGUEL ÁNGEL CAMPOS

“Chile: el resguardo conciliador” p. 23

VALORACIONES, ESTUDIOS Y SEMBLANZAS

CARLOS DE BARÁIBAR

“Picón Salas y la integración latinoamericana” p. 39

AGUSTÍN BILLA GARRIDO

“Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas” p. 42

ADOLFO CASTAÑÓN

“Mariano Picón Salas” p. 46

HUMBERTO DÍAZ CASANUEVA

“Tributo a Mariano Picón Salas” p. 50

RICARDO DONOSO

“Mariano Picón Salas” p. 53



LUIS DROGUETT ALFARO
“Mariano Picón Salas y Ricardo Latcham
están vivos señalando caminos con su obra” p. 55

ÁNGELES FUENTES
“En la intimidad de Mariano Picón Salas” p. 59

HÉCTOR FUENZALIDA
“Mariano Picón Salas” p. 62

HÉCTOR FUENZALIDA
“Picón Salas y sus Antologías” p. 67

JUAN LOVELUCK
“Mariano Picón Salas: años de Chile” p. 74

EL MERCURIO
“Mariano Picón Salas” p. 85

DOMINGO MILIANI
“Centenario de Mariano Picón Salas (1901-2001):
sus huellas en Chile” p. 89

DOMINGO MILIANI
“Mariano Picón Salas y la Biblioteca Nacional de Chile” p. 98

HERNÁN MIRANDA
“Mariano Picón Salas, un venezolano entre nosotros” p. 103

MARÍA MONVEL
“Mariano Picón Salas” p. 110

RONNIE MUÑOZ MARTINEAUX
“Mariano Picón Salas en la ruta de Andrés Bello” p. 112

EUGENIO PEREIRA SALAS
“Auténtico valor de la cultura hispanoamericana” p. 118



RICARDO RAMÍREZ REQUENA

“Mariano Picón Salas en Chile: 1923-1936” p. 120

SALVADOR REYES

“Prólogo. Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas” p. 127

LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

“Mariano Picón Salas” p. 133

RAÚL SILVA CASTRO

“Mariano Picón Salas” p. 136

HERNÁN DEL SOLAR

“Feliú Cruz: Para un retrato psicológico de Picón Salas” p. 141

LUIS RUBILAR SOLÍS

“Mariano Picón Salas y la Universidad de Chile” p. 145

VOLODIA TEITELBOIM

“Un compatriota de Bello en Chile” p. 153

MANUEL VEGA

“Picón Salas, notable ensayista” p. 161

LA OBRA Y LA CRÍTICA

«HISPANOAMÉRICA, POSICIÓN CRÍTICA» (1931)

GREGORY ZAMBRANO

“Mariano Picón Salas: Homilía contra el desdén” p. 165

ODISEA DE TIERRA FIRME (1931)

J. HENRI AMIEL

“*Odisea de tierra firme*” p. 175



Ricardo A. Latcham

“La odisea de un novelista” p. 176

IMÁGENES DE CHILE (VIDA Y COSTUMBRES CHILENAS
EN LOS SIGLOS XVIII Y XIX) (1933)

“Chile visto desde fuera” p. 185

PEDRO GRASES

“Homenaje a Mariano Picón Salas” p. 187

INTUICIÓN DE CHILE Y OTROS ENSAYOS
EN BUSCA DE UNA CONCIENCIA HISTÓRICA (1935)

ENRIQUE ESPINOZA

“*Intuición de Chile*” p. 193

ELENA MARTÍNEZ CHACÓN

“En busca de América. Sobre *Intuición de Chile*,
por Mariano Picón Salas” p. 199

PREGUNTAS A EUROPA (1937)

A.R.

“*Preguntas a Europa*” p. 211

CARLOS GARCÍA PRADA

“*Preguntas a Europa*” p. 214

JUANA QUINDOS

“*Preguntas a Europa*” p. 218

ESTUDIOS DE LITERATURA VENEZOLANA (1940)

JUAN LOVELUCK

“*Estudios de literatura venezolana*” p. 223



LOS TRATOS DE LA NOCHE (1955)

RICARDO A. LATCHAM

“Una novela de Mariano Picón Salas” p. 231

ENSAYOS ESCOGIDOS (1958)

RICARDO A. LATCHAM

“Mariano Picón Salas” p. 241

LOS MALOS SALVAJES (1962)

FERNANDO DURÁN VILLARREAL

“*Los malos salvajes*” p. 263

PROSAS SIN FINALIDAD (2010)

CRISTIAN ÁLVAREZ

“Cicatrices chilenas en Mariano Picón Salas” p. 271

IOANNIS ANTZUS RAMOS

“Mariano Picón Salas en Chile. Proyecto político y cultural (1923-1935)” p. 286

FRANCISCO JAVIER PÉREZ

“Al encuentro con el primer Picón Salas” p. 316

APÉNDICE BIBLIOGRÁFICO

Obras de Mariano Picón Salas publicadas en Chile p. 325





Muchos rostros chilenos; mucho buen desvelo de horas chilenas en que quise ser mejor o me esforcé por ser mejor, hay en mis recuerdos. Horas de estudio, de reflexión, de rebeldía ante la injusticia; de pasión de saber y de expresar, pasan por el cuadrante de la memoria. Moré en todos los barrios, viví todas las vidas, conocí la inquietud, la pena o el goce. Porque llegué tan joven, se acabó de formar el hombre. Hay en mi alma cicatrices chilenas que se abondan junto a las cicatrices venezolanas. Y la imaginación volandera, aun cuando fuese arrastrada hacia otras comarcas, siempre añora aquel verdor del valle de Santiago con su trasfondo de nieves y sus avenidas de álamos.

Mariano Picón Salas, *Regreso de tres mundos* (1959)

PRESENTACIÓN

Gregory Zambrano

MARIANO PICÓN SALAS Y CHILE,
UNA VIGILIA PERMANENTE

I

Poco más de doce años duró la experiencia chilena de Mariano Picón Salas. Un tiempo de aprendizajes, de maduración personal y crecimiento intelectual. Fue el país que le brindó la mejor oportunidad de profesionalización, acorde con sus expectativas; que alimentó sus sueños juveniles en la “búsqueda del camino”, y su empeño por encontrarse a sí mismo. Mucho halló en el sur del continente, en aquel país que le acogió y que él supo amar e interpretar, con mirada sagaz, a su manera. Pensó a Chile, como lo hizo con Venezuela, como miró al continente americano y a la cultura mestiza que estaba en “tránsito permanente” de trocar el estado de Naturaleza al estado de Cultura. “Se pide también un ideal cultural que eleve el tono de la vida diaria, —diría en *Intuición de Chile*— el pequeño rencor y la aldeana mezquindad de la política circundante, y ofrezca su puesto de previsión y de lucha a toda una juventud chilena que se oxida en el nihilismo y la insatisfacción de estar excluida”.

El pedagogo que siempre fue Picón Salas, mantuvo su esperanza vigilante en que —para Hispanoamérica— la educación era la puerta para acceder a una cultura amplia, y ello podría





contribuir a la comprensión de la Historia y asumir los retos del presente, su economía, política, artes y ciencias. Para él era necesario evitar la angustia por el porvenir; procurar una síntesis natural de las culturas autóctonas y, por supuesto, encontrar el camino que permitiera la adquisición de una conciencia histórica americana, para asimilar otras culturas del mundo sin complejos de culpa ni apocamiento.

El joven recién llegado a Valparaíso en junio de 1923 ya intuía una permanencia larga, y el logro de algunas metas le confirman que su elección había sido oportuna (“Me siento en Chile naturalmente mejor que en la Venezuela de Gómez — escribió en su cuaderno de notas—. Tal vez no salga de Chile. Soy pedagogo y escritor y quizás con una urgencia más trágica que la de 1919 aún continúo buscándome”).

Picón Salas colaboró asiduamente con las revistas *Claridad*, *La Estrella*, *Atenea*, *Letras*, *Índice*, *Zig-Zag*, *La Hora*, *El Debate*, *Hoy*, *La Gaceta de Chile* y *Pan*. Con un ritmo sostenido escribió y dio forma a sus primeros libros chilenos. Fue una etapa altamente fecunda si además sumamos el despeño docente y su labor como animador cultural.

Sin embargo, el prosista de afinado estilo, cuya obra ya empezaba a consolidarse, atendió el llamado de la Venezuela que entraba en un nuevo camino, luego de la muerte de Juan Vicente Gómez. A comienzos de 1936, el destino le marcó un giro altamente significativo. Su meditada salida de Chile y la “vuelta a la patria”, no tuvo el sabor dulce que alimenta la nostalgia. En su breve paso por Caracas, un intento fallido de ingresar deliberadamente al terreno del activismo político y las incomprensiones ante los ímpetus transformadores del recién llegado, impulsaron cambios inesperados. Otras responsabilidades le fijaron nuevos derroteros. La errancia, que sería marca y condición de su paso por varios países, obraba su inevitable signo. Se abría y se cerraba de pronto la puerta de la vida diplomática. Su rápido paso por la

embajada venezolana en Checoslovaquia, en calidad de encargado de negocios, le permitió hacer su primera indagación europea. Ya no solo la leída e intuita en la obra de los grandes autores, sino la vivencia del paseante, atraído por el rumor de nuevas ciudades y pueblos. Es el momento de estar en contacto directo con las catedrales góticas y barrocas, de visitar museos y satisfacer así su curiosidad como conocedor de la estética y la historia del arte. Ese paréntesis de pocos meses se llenó con un retablo sensorial que es *Preguntas a Europa* (1937), un libro pensado y escrito bajo el fervor que corresponde a su manera de ver con fruición la realidad de los países que visita: Checoslovaquia, Francia, Alemania, Austria, Italia e intuir a “España desde lejos”. Estas experiencias de viajero atento al detalle se decantan en su breve retorno a Chile, en junio de 1937, donde les dio forma y las hizo conocer como un conjunto de meditaciones, que tienen mucho de su manera de condensar los sentidos y sintetizar las emociones. En 1938 fue llamado de nuevo por la urgencia venezolana y volvió a Caracas para fundar empresas culturales que permanecen como una herencia de gran valor espiritual y material.

II

Muchos de aquellos artículos que escribió para la prensa chilena quedaron dispersos, y expresamente postergados por el mismo autor que, exigente consigo mismo, quiso marcar un parteaguas en su producción a partir de 1933, como bien lo justifica en el preámbulo de sus *Obras selectas* (1953), con el título de “Pequeña confesión a la sordina”. Gracias a la esmerada labor de su hija Delia Isabel, estos artículos se reunieron en un volumen singular, *Prosas sin finalidad* (1923-1944). El título corresponde al primero de los artículos de Picón Salas, publicados en la legendaria revista *Atenea*, en el que quería trazar un plan de escritura para fijar su mirada en las personas sencillas que ejercen los oficios más disímiles, “esas profesiones humildes





y errantes —la del buhonero, la del titiritero, la del organillero— que ante el desdén de las gentes egoístas y graves, arrostran los caminos de Dios repartiendo el contento en las aldeas internadas y en los hombres ignorantes”. Personas anónimas que van por la vida ofreciendo su arte sin esperar mayor recompensa. En ese breve artículo subyace todo un plan de acción, consciente de que es necesario “dar algo al recuerdo, a la música, a la meditación y al sentimiento”.

Picón Salas se incorporó tanto y tan bien a la dinámica cultural chilena de aquellos años, que terciaba con naturalidad en los debates. En ese contexto aportaba sus puntos de vista; opinaba con fundamentos conceptuales entre quienes buscaban clarificar la naturaleza de la cultura y en particular de la literatura chilena, debatiéndose entre el sentido del costumbrismo y los arrebatos del imaginismo. Daba nuevos elementos a la valoración literaria de algunas obras del momento o salía en resguardo de un par de jóvenes poetas que intentaban crear un nuevo canon de la poesía chilena, excluyendo a autores consagrados e incluyéndose ellos mismos, aún sin obra reconocida. “Son demasiado jóvenes, —diría en su defensa— nadie los conocía antes de esta tentativa, pero ya esgrimen la espada de fuego de la justicia poética”.

Prosas sin finalidad se publicó en 2010. Es un libro que nos permite conocer en detalle el periodo chileno del escritor venezolano; el proceso de formación intelectual, los intereses que guiaron sus lecturas, el camino hacia la madurez, las reflexiones y sabiduría de aquel joven “erudito y verboso” (como se había referido a él, en la Mérida de 1917, el rector de la Universidad de Los Andes, Diego Carbonell).

III

En la mencionada “Pequeña confesión a la sordina”, revela con emoción no exenta de nostalgia: “Nunca he leído más que en

aquellos años en que fui empleado de la Biblioteca Nacional de Chile y pasaban por mis manos —para clasificarlas— obras de la más varia categoría. Algún Diccionario extranjero puesto sobre la mesa de trabajo me auxiliaba en la palabra inglesa, alemana o italiana que no conocía. Y con esa capacidad proteica de los veintitantos años, el gusto de devorar libros no se contradecía con el ímpetu con que asistíamos a los mítines políticos y forjábamos ya nuestro cerrado dogma —en apariencia muy coherente— para resolver los problemas humanos”.

Durante su estadía en Chile, Mariano Picón Salas publicó una decena de volúmenes entre ensayos, narraciones, conferencias y artículos: *Mundo imaginario* (1927); *Hispanoamérica, posición crítica* (1931); *Odisea de tierra firme* (1931); *Imágenes de Chile (Vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX)* (1933), en colaboración con su maestro Guillermo Feliú Cruz; *Registro de huéspedes* (1934); *Problemas y métodos de la historia del arte* (1934); *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica* (1935), *Preguntas a Europa* (1937). Y en 1958 se editaron sus *Ensayos escogidos*, seleccionados por Juan Loveluck, con prólogo de Ricardo A. Latcham.

En 1955, a petición de *La Gaceta de Chile*, escribió un sentido testimonio, que tituló “Días chilenos”, en el que resume: “...mis recuerdos de los largos días que viví en ese país, en el tiempo más cálido, caviloso y entusiasta de mi mocedad. Aparecen tantos rostros, tantos paisajes y sucesos que debería sentarme (cuando sea más viejo) a citarlos y recogerlos en un libro. Chile me enseñó —de estudiante— a poner en orden mis ideas; me gratificó de amistad y de amor (mi hija nació en Santiago) y hasta me enseñó a marchar alguna vez con sus muchedumbres, cuando era la hora de pedir libertad y justicia”. (en: *Prosas sin finalidad*, p. 347).

Sobre sus libros, su personalidad y las peripecias de su trayectoria, comenzaron a escribir tempranamente sus contemporáneos. La aparición de cada una de sus obras motivó un





conjunto de reseñas y comentarios en la prensa de Chile, de Venezuela y de otros países. Su muerte, en enero de 1965, causó sorpresa y propició una serie de homenajes. La amistad, en sus múltiples manifestaciones, se expresa en numerosas semblanzas de sus contemporáneos, que mostraban el impacto favorable de su personalidad.

Mariano Picón Salas y Chile reúne una serie de reflexiones, indagaciones, comentarios y valoraciones, a partir de aquellos libros publicados en el país austral, que nos permiten aproximarnos de manera poliédrica al escritor venezolano. Desde la nota bibliográfica escrita al vuelo o la reseña descriptiva, hasta el ensayo sesudo que conecta las amplias derivaciones de los intereses intelectuales del merideño. Puestos en relación nos dan una idea de los testimonios de quienes fueron sus amigos, interlocutores, maestros, críticos e, incluso, adversarios, en quienes a pesar de las diferencias, sobrevive la valoración y el respeto por el hombre de ideas, estudioso y trabajador incansable. Imposible soslayar al pensador y al artista de la palabra. “Nadie ha olvidado en Chile a Mariano Picón Salas, que después de Bello ha sido el venezolano más incorporado a nuestra realidad. Aparte sus valiosos libros, maduros ensayos y breves pero fructuosas exégesis históricas, habría que situar su labor personal de indiscutido líder intelectual”, escribió su amigo Ricardo A. Latcham en el prólogo a sus *Ensayos escogidos*.

Aquellos libros chilenos, y estos ensayos dejados fuera de sus *Obras selectas* en 1953, siguen estando allí para el disfrute y la reflexión del lector de hoy. Muchos interrogantes todavía continúan sin respuestas, pero se puede seguir indagando en la dimensión de aquel hombre que plasmó en palabra y acción, una ética que lo guió a lo largo de toda su vida. En su caso, tiene sentido aquella máxima latina: “*Pro captu lectoris habent sua fata libelli*”. Según la capacidad del lector, los libros tienen su destino.

IV

El conjunto de trabajos reunidos en este volumen representa sólo una selección. Una muestra de lo que fue la recepción de la obra de Mariano Picón Salas en Chile y de sus libros chilenos leídos por autores de diversas procedencias. Se publica a los ciento veinte años de su nacimiento; a los cien de la publicación de su primer libro, *Buscando el camino*; y a treinta años de la primera edición de la Biental de Literatura que lleva su nombre, impulsada desde Mérida, su ciudad natal, con el auspicio de la Universidad de Los Andes y otros organismos públicos y privados.

Las notas al pie corresponden a los autores, excepto la primera de cada artículo, que consigna los datos biblio-hemerográficos de las fuentes originales, así como las que están identificadas explícitamente como Nota del Compilador [N. del C.]. De igual manera, se conservan los sistemas de citación que originalmente han utilizado los autores.

Finalmente, quisiera dejar constancia de mi gratitud a los escritores que atendieron de manera entusiasta la petición para incluir sus trabajos, al igual que a los editores y herederos de los autores fallecidos, que generosamente autorizaron la reproducción en este volumen. A Miguel Ángel Campos, quien escribió el magnífico prólogo “Chile: el resguardo conciliador”, y a quien tanto debo por su interés en la obra del escritor merideño. Miguel Ángel fue el editor entusiasta y generoso del volumen *Mariano Picón Salas y México*, que surgió con el mismo interés de dar a conocer la recepción de su obra en el país azteca. Muchas gracias a todas las personas que me apoyaron en la búsqueda y localización de estos materiales. Agradezco al personal de la Biblioteca Nacional de Chile, y especialmente a don Pedro Pablo Zegers. Fue él quien me guió por los espacios habituales y archivos de don Mariano: el rincón de sus labores como bibliotecario; sus documentos y manuscritos y la emblemática sala “José Toribio



Medina”, donde en 1932 surgió la idea de hacer un libro que se llamaría *Imágenes de Chile*, compilado por él y su maestro Guillermo Feliú Cruz. Agradezco también la generosidad de mis amigos José Rafael Pino y Cecilia Carvajal, estupendos anfitriones en Santiago. De igual manera a mi esposa Silvia Lidia por su acompañamiento generoso y a mi hija Aura Mariela, quien me asiste en la distancia con mis archivos merideños. Finalmente, agradezco a la Universidad de Los Andes y a su Escuela de Letras, mi *Alma Mater*, por acoger la publicación de este volumen de reencuentro y homenaje a una de las grandes figuras de la cultura hispanoamericana.



Gregory Zambrano

Tokio, septiembre de 2021

PRÓLOGO

Miguel Ángel Campos

CHILE: EL RESGUARDO CONCILIADOR

La estadía chilena de Mariano Picón Salas resulta providencial para el ensayo hispanoamericano de la identidad. La elección de ese cobijo no parece utilitaria y sí en cambio claramente programática, el que huye de un mundo deshaciéndose en la expectación sentimental querría llegar a un lugar donde nada le recuerde a una Venezuela acechante. Se habrá alejado de un destino doméstico de afanes por la comodidad y la distinción del bienestar. De alguna manera renuncia al solaz de algunas seguridades, como esas camisas limpias de las que habla. Si la economía familiar se ha arruinado, para los planes de formación y vida literaria no hay sino garantías de ejercicio conventual y larga paciencia de lectura sin contrastación y dudosa recepción. El jovencito halagado por sus primeras páginas de un ensayo intuye el ruido de aquellos elogios y deberá situarlos en la justa medida del país atascado.

El hallazgo merideño será sobre todo la emoción de una dimensión urbana de los libros, y diríamos que no es poca cosa; alfabetismo y herencia social aparecen desde la gestión rural como instrumentos de acercamiento a un mundo nada urgente pero seductor y por eso mismo distinguido. El adolescente que escribe ese aprobado ensayo sobre arte ejecuta las ventajas de la educación, y frente al peonaje doliente sabrá medir el grado



que lo separa de éste, y sobre todo no lo exagerará. La peripecia personal de su primera exploración caraqueña vale tanto como desencanto de lo visto y valoración de su futuro profesional. La desaliñada Caracas no lo alienta, los estudios de derecho se muestran como la rutina del hijo doctor y nada más. El regreso a Mérida, el manto del origen, es la confrontación con lo que de sofocante hay en la patria chica y grande, pues la ruina económica ayuda a palpar las penurias mismas del país, y ya no es tanto lo que falta sino lo definitivamente ausente: el escenario de las expectativas latentes.

Es Chile la elección de un joven veinteañero asustado ante la perspectiva de la pobreza, o la del escritor en escorzo que busca un lugar adecuado en el mundo. En todo caso la penuria será contenida desde la educación y la afirmación de un destino intelectual. “Intuición de Chile” titula uno de sus ensayos de geografía cultural, pero antes podemos autorizar otra intuición, esa de un lugar donde detenerse para el largo sosiego, refundar y ensimismarse en unos gustos añorados. La travesía panameña del Canal y la compañía de un lote de emigrantes españoles e italianos, y esa mujer sin rostro llamada Felicidad, resultan conciliación y anticipo: de lo extranjero entrevistado en los libros, de los grupos animosos del Santiago desplegado en la invitación de Eduardo Barrios. Qué hay del proyecto venezolano en el Picón Salas de 22 años instalado en un medio tan distinto; si damos por descontado angustias y zozobra de lo cotidiano, también un palpito de pesimismo, nos quedaría la certidumbre del antifatalismo. Fe en la imaginación modeladora, y sobre todo confianza en el pensamiento ordenador debían obrar maravillas en el ánimo del desterrado.

El lugar a donde llega es distinto a la Caracas opresora y un tanto fantasmal de los años previos al estímulo de la renta petrolera. El Chile de 1923 está en un momento de revisión y ajuste, a 30 años de la mayor ruptura del salvífico proyecto conservador del siglo XIX y a 50 de la tentación comunista que



concluirá con un baño de sangre. La evolución social de Chile, sin grandes conflictos de clase en su período colonial, manteniendo sus mayorazgos ya adentrada la República, le permitió entenderse con la herencia de instituciones conservadoras y estilos patriarcales. Sin odios sociales ni la violencia caudillista, ejecutará un prospecto de organización y regencia del poder civil como ningún otro país latinoamericano. En buena medida, el responsable de aquella excepcionalidad es un paisano de Picón Salas.

La pasión por el orden ha titulado Iván Jaksic su perfil biográfico de Andrés Bello; aunque muchos, hoy prefieran los ritos de la libertad y los opongan a ese orden donde solo quieren ver el rigor de cesarismos y conservatismo. “El peso de la noche” significó para Chile, ya se sabe, un tiempo de resguardo en medio de la elaboración de instituciones y reformulación del poder. Interlocución en la transición y a ratos franca continuidad retienen ritmos grupales y hábitos capaces de reproducir lo funcional. El Código civil bellista es más que el reglamento de esa uniformación en medio de la tronante novedad, es recordatorio de la conveniencia de articular lo funcional a aquella novedad. Ese Instituto Nacional (1813), el más antiguo organismo escolar, es creado desde la ascendencia real y ya cuando la Independencia es un hecho político en marcha; experiencia única en el continente.

Mucho tendrá que ver Picón Salas con la universidad fundada por Bello, transfiguración de aquella colonial de San Felipe, y con ese Instituto Nacional. Como Bello, llega en junio a Valparaíso; también comparten la pausa porteña, para él son días de conjuración de la penuria. Marcha a Santiago como quien va en busca de un tesoro, requiere antes por la dirección de un novelista joven patriarca y no por un lugar donde dormir. Pero Eduardo Barrios sabe muy bien de dónde viene el venezolano; el propicio empleo en una biblioteca parece surgir de la simpatía, resulta todo un horizonte, así educación y lectura junto a un modesto salario son la estructura de una gestión encaminada.





Cuando compile, junto a Feliú Cruz, el manual de lecturas *Imágenes de Chile* (1933) habrá rendido hasta la saciedad las funciones de aquella colocación en la Biblioteca Nacional. Éxito de ventas y circulación, dos rápidas ediciones suman tirajes de varios millares. Por sus manos de curador bibliotecario habrá pasado el catálogo de lo existente, también cuanto vendrá como jefe de adquisiciones. Qué manera más real de conocer un país, hundirse en su biblioteca, repasar sus cronistas. Imaginemos aquellos encuentros, quizás incidentales, con José Toribio Medina, acaso debió presentir cómo el alma chilena respiraba en aquel registrador de episodios, otro ordenador: de las reliquias de la civilización que contempla. Pero el conservador de la sala cuyo nombre lleva el santo paleógrafo resulta un guía en el templo de Clío, “el joven erudito don Guillermo Feliú Cruz nos muestra (un libro) como cumpliendo un rito esotérico”.

Pero *Imágenes de Chile* es un volumen reparador, es el país figurado por sus viajeros, también la suma de aproximaciones donde estará la suya. En 1970 aparece la tercera edición, Feliú Cruz en un acto conclusivo lo hace iniciarse con una semblanza del coautor. “Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas”, más que homenaje resulta prólogo e historia de un fervor intelectual, una amistad filial, son estrictos contemporáneos pues el chileno también había nacido en 1901. Pero hay más en esa edición, el compilador, ahora solitario, agrega como ajuste ideal y puesta al día el texto de otro viajero, “En la fértil provincia señalada”, capítulo VI de *Regreso de tres mundos* (1959), así el compilador es compilado y entra como observador, incorporado a la comarca.

Los hados fueron benévolos con Picón Salas, lo libran pronto de ese depósito de desechos, empleo del desesperado adonde recalca como un paria en Valparaíso. Ha dejado una página de ese lugar ominoso, su descripción parece la del país de donde viene, y así siente la mordedura del caos más cerca de lo que quisiera, intuimos el gesto, voltea áspero. “En esas horas

de la noche, a la luz de un bombillo, todo ese despojo de cosas gastadas y muertas me ofrecen su perfil fantasmal” (*Regreso de tres mundos*). Objetos y paredes componen un cuadro de ruina, pero además debe dormir allí doblándose en vigilante nocturno de aquellos despojos. Y a los objetos de la infamia se unen las gentes, los clientes, compradores y cambiadores, trueque de la miseria. La descripción de cuanto hay en el tugurio resulta como un ejercicio de lo barroco, lo abigarrado e informe, la concurrencia arbitraria de formas y objetos disimiles. “Hay la diurna discusión con los clientes —pobres *rotos*, mujeres afligidas del pueblo— a quienes se venden o compran, usurariamente, los útiles más inverosímiles”.

Una tarde compra pasaje en el tren desde la estación Puerto a Mapocho, en la noche busca en Santiago un número en la Plaza de San Isidro. La recensión de *Páginas de un pobre diablo*, el libro de Eduardo Barrios, escrita de madrugada en el tugurio, lo saca de allí. Pero aquel Valparaíso tenía otros rostros para enseñar, y Picón Salas lo registró, quizás al desgaire, con leve amargura. Era la puerta de entrada de lo británico al flanco del Pacífico, y no solo llegaban vagones de ferrocarriles y sombreros. Un escritor de juicio e inventario, Joaquín Edwards Bello lo consagra con largueza. En su *Valparaíso, ciudad del viento* están los recuerdos juveniles de la patria chica, pero también la sanción abarcante del país: “Valparaíso liberal, enemiga del caciquismo santiaguino”. Años después, y ya casi en los días del regreso, escribirá sobre *El nacionalismo continental*, libro donde Edwards Bello verifica unas raíces e impugna chovinismos. La agitación política fluía por aquellas calles en la forma didáctica de doctrina y alegato moral, el empleado mal pagado se las arreglaba para estar al tanto y asistir, quizás de lejos, a las reuniones de aquellos “anarquistas que establecían cátedra de sindicalismo revolucionario”.

Imbuido del sentido de justicia económica, y tal vez curioso de aquellas maneras de protesta y libertad, dice comprar los periódicos y pasquines de los agitadores. En medio de una lucha no



declarada, la ciudad-puerto adelanta sus resquemores con más disgusto y menos sangre. Así, “Valparaíso podía amanecer sin pan o sin los tranvías que cruzaban la ciudad”. Aquellos agitadores le simpatizan, “emoción social demasiado primaria”, pero define para sí el alcance de la valoración: primero debe cumplirle a otras emociones. Y aquí conseguimos aquella otra impresión de las iniciales represiones caraqueñas, su idea de la entrega no era esa del sacrificio estragador. “No puse demasiado riesgo en ello, y fui solo de los anónimos estudiantes que simpatizaron con los obreros”, escribe en *Regreso de tres mundos*.

Se ejercita en una escritura de contemplación, de ella conocemos un par de textos (“Adolescencia”, “Los libros de estampas”, ambos de 1923, rescatados por su hija Delia en un volumen amoroso, *Prosas sin finalidad*, 2010). Los llama monólogos y no olvida consignar la circunstancia de la redacción: horas robadas al sueño en la bodega de empeños. Casi treinta años después nos dará el balance de aquellos días, como memoria y nostalgia del país, Chile resulta salvado en sus hombres sensibles, no providenciales. Ellos interpretan la sociedad desde las maneras de una interlocución, contra la violencia exaltable que los odios de clase oponen a la conciliación de una herencia asimilable. Esos años veinte lucen como una puesta a punto, o mejor a prueba. Tras la república parlamentaria, inaugurada con el pistoletazo de Balmaceda, está la reacción contra la oligarquía, esta a su vez había desplazado a la aristocracia salida de la Patria nueva. Los mayorazgos no engendraron caudillos pues la tierra no fue asociada a una violencia gamonal. Para 1925 la Constitución de Egaña y Bello tiene casi cien años, ha conducido a la sociedad desde la eficacia de la retención orgánica. Cuando es sustituida, el alcance de los poderes públicos conoce ya otros actores, pero la nueva mantiene medidas de orígenes recelosos del igualitarismo, rasgos de la democracia censitaria pueden identificarse en la restricción del voto popular: ciudadanos mayores de 21 años y alfabetizados. Le alcanzará al civilismo hasta 1980, y cuando los chilenos hayan entronizado el socialismo desde los excesos de lo



electoral. Es la novedad sin conflicto entre el ascenso de cierto igualitarismo y el desarrollo. “Surgieron rascacielos, empresas mineras nuevas, partidos socialistas, beligerantes asociaciones de trabajadores”, así evoca, en su *Regreso de tres mundos*, el resultado de aquel prospecto entrevistado inicialmente en las calles de Valparaíso.

El horizonte se despeja para los proyectos de quien sabe esperar, aunque pobreza y carencias persisten más allá de la emergencia, esos momentos no los deja afuera el memorialista, afirma el predicamento en la determinación de darle su justo lugar a una resistencia, la de quien defiende su destino, una elección. “Parecía defenderme mi herencia campesina y muy pocas veces me dieron ganas de suicidarme”. Más que el suicidio, ha sido conjurada la fatalidad, se ha impuesto un horizonte, ese de la gestión del individuo en un medio propicio. En general, la condición de la vida social chilena favorece todo cuanto evolucione desde la educación como instrumento. Sin la ascendencia psíquica de los caudillos y una urbanidad de maneras vinculada al Estado, herencia pública desde los días de Andrés Bello, las instituciones resultan objetos visibles en la diligencia escolar y académica.

Debió Picón Salas imponerse en un rápido tiempo de la chilenidad documental, su eficiente método de caracterización de lo americano produce definiciones solventes en sus incursiones caracterizadoras del temperamento. Textos como “Intuición de Chile”, “Pequeña nota sobre la nación chilena”, “Cautín, sur de Chile...” constituyen un avance donde mezcla tipos, geografía, vocabulario y psicología —tinca, siútico, pelambre—, son incorporados al análisis, ya no simples sustantivos sino como categorías de percepción. El estatuto diferencial del proceso chileno parece servirle no solo como constatación de lo previsible, a él confía también los usos del instinto, su conocido palpito, todo fluye conforme al prestigio de aquella normalidad de la vida pública.





Solo en la crisis de 1931-33, agotamiento del *putsch* cívico-militar que había liquidado el parlamentarismo (una renuncia, un golpe de Estado y un experimento socialista), duda cuando se prolonga la inestabilidad política. Quedan esas cartas solicitando trabajo, da una lista de oficios, en otros países, en Colombia, al mismo Alfonso Reyes (Véase la correspondencia cruzada con Alfonso Reyes, compilada por Gregory Zambrano.) El fantasma de la incertidumbre americana estaba presente. De alguna manera la revivirá en Venezuela, a su regreso y cuando haya sido actor central en los cambios ocurridos tras el fin del gomecismo. La Biblioteca Nacional, así *El Round Room Reading* del Museo Británico para Bello, debió ser para Picón Salas como el laboratorio de la actividad escolar, docente e intelectual y desde el momento de su instalación en Santiago. En el centenario del nacimiento de José Toribio Medina (1852-1930) le dedica un recuerdo personal, y como saldo de un afecto distante, pero en la necesidad de exaltar unos días de aprendizaje, en medio de maestros y amigos protectores.

La Biblioteca se nos despliega como un santuario, lugar de reunión y trabajo, resguardo de documentos y memoria. A falta de recursos modernos de organización y catálogo estaba el esmero y la acuciosa vigilia que los historiadores chilenos habían aprendido de Bello en su polémica con los románticos pipiolos: primero atesorar y confrontar los documentos y procesos, luego interpretar, aquellos creían solo en la historia ideológica, en la pulsión apriorística de fundar contra el pasado. “La Biblioteca Nacional forjó la erudición del gran latinoamericanista”, señala Domingo Miliani, y no es una constatación menor. Si la Escuela de los Anales tiene la virtud de poner el acento en la impersonalidad de hechos y procesos, la escuela chilena aporta al resto del continente la función social de la investigación que compila y explica. Quizás el punto de partida sea aquella rutina de la memoria anual de la Universidad de Chile, concebida por Bello no para crear una expectativa presentista del pasado, más bien hacer de arqueología y herencia escrita ilustradores de la identidad.

Picón Salas es un solvente beneficiario de esta escuela, la fecundará desde su gusto por la autonomía de la literatura y el pensamiento ecléctico. “La historiografía chilena pudo desenvolverse con el escrupuloso documental que le infundió aquella gran generación que llegaba a su mayoría de edad cuando José Toribio Medina nació” (“Medina, albacea de la historia de América”). Medina no solo compila folios, acarrea objetos del mundo material y de esa “civilización manual” nombrada por Sanín Cano. Un eco visual de las refinadas civilizaciones americanas le llega al ensayista en aquellas muestras que podía contemplar sin restricción. “Tornaba a Chile de esos viajes con todo un botín de pretérito. Venían los bultos henchidos de viejas monedas y medallas para sus estudios de numismática americana, de catecismos, cartillas y manuales de confesión en lenguas indígenas...”, consigna en sus recuerdos del centenario.

De la conquista a la Independencia (1944) puede tenerse como un prospecto acabado de un método en el cual la documentación está más cerca de la arqueología como sustrato. Allí está el pensador que ha visto y viajado y antes ha sopesado el estatuto de las fuentes como quien visita un museo para ver especies. Gregory Zambrano ha dedicado alguna pausa a su ensayo “Hispanoamérica, posición crítica”, una conferencia en la Universidad de Concepción en la temprana fecha de 1930. Parecen estar allí ya las tensiones fecundas de su americanismo modelador de una imagen donde la cultura imponga a la historia sus tersuras: prospecto ilustrado, necesidad de fundar una tradición local, autonomía del espacio en función de una conciencia. El texto, el cual él mismo someterá a una purga, retiene las exigencias del arielismo pero funciona como prospecto del pensador que ha elegido el personalísimo tono del ensayo, y así “plantea una serie de retos que Picón Salas asumirá en los años por venir”, advierte Zambrano (“Homilía contra el desdén”).

Fruto tanto del debate y formación académica como de unos objetos de estudio, el mismo proceso chileno, aquella





perspectiva en escorzo se asentará en sus investigaciones posteriores. Desde los estudios que ciñen regionalidades hasta las biografías noveladas, aquel ensayo luce como tímida proclama para hacerse luego procedimiento. Su certeza de que la Independencia dejó un excesivo gusto por la libertad jacobina se hace referencia de totalización en su pensamiento. En un primer momento de desbrozar programas (“El Plan de Barranquilla”) pone en una carta, a quien será dos veces presidente de Venezuela, la siguiente admonición: “Ante un caso histórico tan lamentable como el de Hispanoamérica y Venezuela en el momento presente, yo no vacilo en responder: la idea de la Nación está antes que la idea de clases”. Su axioma quedará probado cuando regrese al país, consigue a los disgustados formados en grupo y contra la nación disuelta.

Sus simpatías por Vicuña Mackenna, historiador, intendente y remodelador de la ciudad de Santiago, se cobijan sobre todo en las licencias que se da frente a la “sequedad” de los documentos, se pone a soñar, dice, “con su genio colorista, especie de bardo céltico perdido entre los vascos de la sociedad de Chile”. Su retrato de Diego Portales le parece el más fecundo porque no lo ha recortado contra el paisaje, lo hunde en él y así puede detectar los hilos subterráneos de una personalidad, el hombre de la guasonería hiriente en la intimidad, exploraba la condición humana sin interrogarla, solo acercándose para oír sus latidos. La biografía hace espacio para el movimiento lento y esos gestos inadvertidos del personaje, “el historiador recoge un rasgo precioso del carácter de Portales: entiende aquella pequeña crueldad, y la travesura juguetona, el ánimo de *pitanza* en el mejor sentido Chileno...” (“En la línea de los románticos, para un retrato de Vicuña Mackenna”, 1931).

Su ensayo de la plenitud chilena, “El Eros hispanoamericano” (1933), es característico de ese historiar rodeado de la sociología despejadora. Verifica los casos de violencia pasional en los legajos ordenados de José Toribio Medina, pero construye

el objeto reconociendo constantes, pulsiones, acuerdos de los actores ya fuera del puro escenario policial. “La guerra civil ha sido en nuestras democracias un como estado orgiástico, en que el subconsciente colectivo descarga su contenida violencia”. Esos episodios son vistos a la luz de una norma recelada, esta explica el orden pero no las determinaciones. En La Quintrala, por ejemplo, quiere ver menos un refinamiento gamonal que una forma de sublimar energías recatadas. “En ella el deseo no sufre las convenciones y los límites de toda alma civilizada”. El eros ocupa el lugar de la política, elabora tenso en la fronda de la mixtura, el historiador construye imágenes para darle sentido y continuidad a los objetos rígidos, muertos para la contemporaneidad pero no para la ontología de las masas. “Este Eros turbulento que la Colonia incuba en el medio sin cultura de las razas que promiscuan, sigue viviendo en el alma hispanoamericana, aunque se desprenda ya del inicial terror religioso”.

También hay en la distintiva historia de la saga chilena ese trámite relevante de la construcción temprana del Estado, no lo pierde de vista en sus ajustes del plan emancipador del continente. Se da cuenta de cuán relevante es la unidad institucional y el sentido de nación para contener los antagonismos salidos de la disolución de la Colonia. “Al bloque cultural y político latinoamericano con que ya soñamos, para salvarnos, Chile aporta su tradición de pueblo sagaz y tranquilo que conoció el Estado mientras otros vivían en polvorosa montonera, que tiene ya una industria que aspira a ser libre, pero que sufre, como todos, de falta de eco espiritual” (“Intuición de Chile”) Es ese Estado creado por un intuitivo, Diego Portales, salido de una aséptica batalla, Lircay y que tiene en Andrés Bello su formulador.

El estatuto del concepto *revolución* se modifica con rapidez en su prospecto del desarrollo social, es fácil verificarlo en sus numerosos artículos entre 1923-33. Pasa de una consideración radical en la instrumentación de la participación de la clase desposeída hasta su calificación de fetiche, consignada





en *Regreso de tres mundos*, y en todo un capítulo, “La palabra revolución”. Ha debido servirle de demostración el ciclo chileno de la ocupación del Estado (1924-31) en sucesiones incruentas y mientras se mantiene el acuerdo en torno a las instituciones. Asimismo, su sanción del atraso evoluciona desde las causas del dictador y los caudillos bárbaros hasta la caracterización del pueblo y su indolencia. Todavía en 1936 aboga por la participación de la nueva generación de venezolanos en los asuntos del Estado y defiende a algunos de los primeros comunistas de la caza de brujas. Pero ya en 1941 parece convencido del condicionamiento de la sociedad aletargada en su casi nula movilidad cívica. El desencanto lo toca y quizás se duela no tanto de una minoridad como de carencias a las cuales se aferra la sociedad en la negación de sus responsabilidades. “La derrota biológica y moral de Venezuela se produce en la renuncia a toda empresa histórica, a una conformidad naturalista con las cosas que ni las dirigíamos ni las creábamos, sino las aguantábamos. El *aguante* fue entonces la única capacidad del pueblo venezolano. El aguante hizo posible todo lo empírico y arbitrario, la ruptura de toda jerarquía, la renuncia a todo plan y pensamiento creador” (“El tiempo y nosotros”). La cita larga merece el honor, sobre todo en estos días de nuestra tragedia nacional.

En tres oportunidades volverá Picón Salas a Chile tras su reintegro al país a comienzos de 1936. La primera está bien documentada pues la moviliza la decepción y la ingratitud de los venezolanos sufrientes, quienes esgrimen haber sobrellevado la barbarie gomecista como una insignia de ciudadanía y méritos civiles. Su gestión de siete meses (agosto 1936-marzo 1937) como representante plenipotenciario en Praga actualiza y dignifica nuestra diplomacia. Cuando es destituido sin previo aviso por las intrigas palaciegas se va directamente a Santiago, ya ha decidido reinstalar su rutina académica e intelectual en un medio donde se le estima, de alguna manera es un nicho que ha ayudado a construir (“Siempre fue para nuestra generación un gran animador, una especie de conductor mágico, pero que sabía

descubrir como nadie un problema, dirigir una investigación o sacar una luz nueva de un asunto que en otras manos resultaba estéril o improvisado”. Ricardo Latcham. Prólogo de *Ensayos escogidos* de Mariano Picón Salas, 1958.)

Retoma sus clases y sus funciones universitarias; junto con otro venezolano, el zuliano Héctor Cuenca y el poeta Humberto Díaz Casanueva crean un organismo de actividades culturales amparado por el nombre de los dos países, si el exilio es lo constante, debe haber entonces una casa con el nombre de Venezuela. Y como para hacer raigal el vínculo, en esos días nace allá su única hija, Delia Isabel. *Preguntas a Europa*, su libro de la experiencia de preguerra, lleno de intuiciones y símbolos, se publica en Santiago, en junio, por la editorial Nascimento. Volverá en 1945 en un *raid* familiar, a encontrarse con su hija, padre y hermanas. Esta visita está fuera de sus recuerdos civiles, quizás haya habido razones tensas, y la evocación defiende emociones, pues en la primera entrevista de enero de 1962, invitado por la Universidad de Concepción a su Escuela de Verano, indicará puntual: “Cuesta decirlo, pero la última vez que estuve en Chile fue en 1938. En 23 años se han producido notables cambios en toda la América Latina”.





VALORACIONES,
ESTUDIOS
Y SEMBLANZAS

Carlos de Baráibar

PICÓN SALAS Y LA INTEGRACIÓN LATINOAMERICANA¹

Como tantas otras personalidades de nuestro mundo latinoamericano, Mariano Picón Salas tenía plena conciencia de la necesidad de acelerar hasta el extremo límite posible la integración regional, condición *sine qua non* para el aseguramiento a nuestro pueblo de un futuro digno de ser vivido. Mas a diferencia de no pocos obsesionados por la integración económica, estimando tal vez que todo lo demás “se dará por añadidura”, constituía notoria preocupación suya la conveniencia de que se fuera construyendo paralelamente la integración cultural.

Sin lugar a dudas, tan acertada actitud era natural fruto del refinamientoS espiritual que le caracterizaba, así como de sus dilatadas andanzas de expatriado por su insobornable adscripción a los principios básicos de la libertad y la dignidad humanas, en las que tan amargamente hubo de comprobar que el relativo apartamiento cultural en que nuestras naciones viven en relación con los países extracontinentales más progresivos, se convierte en aislamiento, punto menos que total en orden a las relaciones culturales interlatinoamericanas. Abordando con él tan lamentable tema en Caracas, todavía no hace un año, aún conservamos vivo en la memoria el adolorido acento con que tan apasionado

1 *El Mercurio* (Santiago de Chile) 11-1-1965, p. 5.



amante de Chile nos decía: “al presente, ya no se leen en Venezuela las obras de los escritores chilenos”.

Por la mucha autoridad que don Mariano había conquistado en los más altos círculos intelectuales y diplomáticos, de la región y del mundo, comenzando por la UNESCO, donde con tanto brillo representó a Venezuela, su pérdida, es irreparable a los efectos de precipitar el proceso de la integración cultural. En aquella misma oportunidad, al afirmar que la realidad actual es que apenas sí nos enteramos de lo que pasa en otras naciones hermanas sino a través de fuentes de información ajenas, especialmente norteamericanas, nos decía: “hay que iniciar una política de gran estilo que supere tan penosa realidad: que se otorgue libre entrada a los libros de nuestros autores; que se haga un intercambio en gran escala de publicaciones universitarias; que se financien premios literarios y científicos en función del continente entero...”

Picón Salas había abordado en la UNESCO, en un importante debate, el vasto problema de la cooperación y la especialización científica entre las diversas universidades latinoamericanas. A su juicio, “ninguno de nuestros Estados tiene, en el momento actual, capacidad suficiente para desarrollar todos los trabajos científicos y de alta técnica que se necesitan para el progreso de sus respectivos pueblos. En cambio, podrían distribuirse tan inaplazables tareas trabajando cada Universidad o grupo de Universidades conforme a un plan de especializaciones que sirva a la totalidad del conjunto, por ejemplo: si Venezuela como nación petrolera, ha creado un gran Instituto del Petróleo, no tiene objeto que cada país latinoamericano se esfuerce en crear un establecimiento similar. Bastaría con establecer un Sistema de becas, equitativamente distribuidas entre los pueblos hermanos...”

Picón Salas sabía de sobra también (problema que parecen pasar por alto algunos vehementes partidarios de la integración



regional), que el proceso integratorio continental debe estar basado en una genuina integración nacional, la que, a su vez, ha de extenderse en los mismos dos planes paralelos: el económico y el de la cultura. No es concebible que una nación obtenga los beneficios que espera de su integración con otras si su estructura propia se resiente por la coexistencia de zonas de gran desarrollo y otras lamentablemente rezagadas. Y es igual, a estos efectos, que el desnivel se presente en el orden económico o en el de la cultura. De aquí que la muerte le haya sorprendido cuando se aprestaba a estructurar sólidamente la integración nacional en su país, iniciando oficialmente el próximo día 18 las actividades de un Instituto Nacional de la Cultura, una de cuyas tareas básicas consiste en dotar de un museo, una biblioteca y un taller libre de arte a cada una de las capitales de los Estados que constituyen la federación venezolana.

El acto, de tanta transcendencia para el futuro de Venezuela, iba a revestir la solemnidad correlativa a su altísima significación. En él habrían de pronunciar sendos discursos el Presidente Leoni y el del Instituto de Cultura, Mariano Picón Salas. Seguramente que en buena parte había de constituir también un homenaje de gratitud a la gran labor educacional con que el ilustre extinto había enaltecido a su patria, *urbi et orbi*, y a sus sacrificios por la buena causa libertaria, en contra de las tiranías. El destino le privó de tan bien ganado premio, pero a seguro que no le privará de ocupar el lugar que se merece en la historia literaria y política de Venezuela y de la América española.



Agustín Billa Garrido

PARA UN RETRATO PSICOLÓGICO DE MARIANO PICÓN SALAS²



Guillermo Feliú Cruz es un trabajador incansable en su afán por investigar, compilar, escribir y divulgar diversos aspectos de la historia y de quienes han cultivado esta disciplina, así como para tributar el homenaje de su reconocimiento y de su afecto a muchos amigos y colegas de labor, actualmente desaparecidos.

No hace mucho publicó una obra destinada a revivir la personalidad inquieta y vibrante de Armando Donoso; ahora, evoca la de un escritor venezolano cuyo recuerdo se halla vivamente enraizado en Chile: Mariano Picón Salas. El libro ha sido editado muy pulcra y decorosamente por Nascimento y lleva un prólogo de Salvador Reyes, así como una especie de epílogo original de Héctor Fuenzalida. La obra ha sido titulada *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas* y no pretende ser sino eso: un ensayo en donde el autor evoca la presencia de Mariano Picón Salas en Chile, señala muchas de sus actuaciones más destacadas en el ámbito de las letras, del estudio y de la enseñanza, así como se refiere a la obra realizada por el escritor venezolano en su tierra natal con anterioridad a su venida a Chile y tras de haber permanecido entre nosotros desde 1923 hasta 1936, aun cuando con posterioridad vino dos veces a renovar su contacto con la chilenidad: 1937 y 1938. Después, los afanes

2 *El Diario Ilustrado* (Santiago de Chile), 16-2-1970, p. 4

de su actividad política, su desempeño como diplomático, sus labores profesionales, lo mantuvieron distante de nuestra tierra, aun cuando, según lo señalan todos sus amigos, jamás el hogar de Mariano Picón Salas dejó de ser una especie de consulado o embajada extraordinaria de Chile en suelo extranjero distinto y distante.

Feliú Cruz con mucho sentido periodístico, inicia su obra destinada a servir “para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas”, con la evocación de la oportunidad en que el venezolano propuso a su maestro y actual compañero de labores en la Biblioteca Nacional, la realización de un libro capaz de proporcionarles ingresos económicos con los cuales poder hacer un esguince a las embestidas de la pobreza. Era en el año 1932 y en la Sala Medina, de la Biblioteca Nacional. A través de tal iniciativa quedaban ligados los nombres de estos dos escritores porque la obra proyectada se publicó, tuvo un resonante buen resultado, les proporcionó ingresos más o menos suculentos y llevó el nombre de ambos en alas de la nombradía, a la cual, también podían llegar y llegaron cada uno separadamente en sus respectivos campos de la actividad literaria. *Imágenes de Chile*, fue el libro. Y don Carlos George Nascimento, el editor generoso y comprensivo al cual le fue entregado para su publicación.

Feliú Cruz da a conocer la génesis de *Imágenes de Chile*, las obras consultadas por ambos autores, los trozos escogidos para esta selección y, de paso, muestra a numerosos escritores chilenos cuya pluma dio nueva vida a muchos acontecimientos chilenos del pasado no recogidos por la gran historia o señalados solo sumariamente, así como a los narradores de leyendas y episodios nacionales y a los novelistas que utilizando tales elementos produjeron obras de reconocida importancia.

Mariano Picón Salas ingresó al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile precisamente al Departamento de Historia en el cual se desempeñaba Feliú Cruz como profesor de Historia





Documental, una cátedra más o menos árida a la cual Feliú trataba de darle cierta amenidad. Pronto Picón Salas destacó, por cuanto poseía una vasta cultura y gran capacidad intelectual. Allí se conocieron ambos escritores y de su conocimiento surgió una estrecha amistad y prolongada hasta cuando el venezolano dejó de existir en Caracas el 1º de enero de 1965. La estancia de Picón Salas en el Instituto Pedagógico le permite a Feliú referirse con cierta extensión a la organización del Departamento de Historia y Geografía del mencionado plantel, creado por el profesor Luis A. Puga, quien fue su director durante mucho tiempo, pues el profesor Puga trabajó durante sesenta años en la enseñanza oficial, sin dar muestras de cansancio ni de hastío.

En torno a la figura de Picón Salas y de su permanencia en Chile, Feliú relata diversos hechos acaecidos, en tal época fecunda en situaciones políticas de extraordinario relieve, pues por aquella fecha se produjo una quiebra de la normalidad institucional chilena, la deposición de don Arturo Alessandri como presidente de Chile, la actuación de la Junta de Gobierno, el retorno de Alessandri, la proclamación de la nueva Constitución Política, la dimisión de Alessandri ante un nuevo “ruido de sables”, la elección de don Emiliano Figueroa y la dimisión de este último con motivo de las fuertes discrepancias producidas entre éste y el entonces coronel Ibáñez del Campo, la elección de Ibáñez como Presidente de la República, la reacción civilista que derribó a Ibáñez, la elección de don Juan Esteban Montero, la caída de éste y el restablecimiento de una transitoria república socialista y la nueva elección de don Arturo Alessandri por otro periodo presidencial.

Picón Salas, aun cuando no participara activamente en política, dada su condición de extranjero, mantuvo constantes y estrechas vinculaciones con los dirigentes socialistas, y precisamente por tal circunstancia llegó a formar parte de un triunvirato al cual se confió la rectoría de la Universidad de Chile en un periodo más o menos caótico producido a la caída del presidente

Ibáñez; los otros miembros de este triunvirato eran: don Pedro León Loyola y don Pedro Godoy, todos distinguidos catedráticos universitarios con una firme línea democrática.

La estampa espiritual de Mariano Picón Salas se completa con el relato de su actividad en Mérida, la “patria chica” del escritor venezolano y más tarde, con la reseña de su actuación en Caracas y, enseguida, en el ámbito internacional hasta donde le condujo su calidad de intelectual de gran valía y su condición de diplomático, conferido y mantenido por los gobiernos democráticos que sucedieron en Venezuela al prolongado ejercicio de la tiranía de Juan Vicente Gómez.

Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas es un ensayo de mucho interés no solamente para quienes conocieron personalmente al escritor, sino para cuantos admiran al autor de *Buscando el camino; Odisea de tierra firme; Registro de huéspedes; Los días de Cipriano Castro, Pedro Claver, el santo de los esclavos*, etc. Y es, además, un fraternal homenaje de amistad tributado por quien tuvo más estrecho contacto intelectual con Mariano Picón Salas en Chile: el profesor Guillermo Feliú Cruz.



Adolfo Castañón

MARIANO PICÓN SALAS³



Solo se puede hablar bien de los muertos. ¿Y cómo hablar de Picón Salas de otra forma en su ciudad nativa? Sin embargo, el sentido que tiene este homenaje está precisamente en lo que no tiene de cantonal, en lo que tiene de trans-hispánico, por no decir universal. Por qué le debemos homenaje a Mariano Picón Salas. La deuda es múltiple. Es con el creador de un nuevo ensayo hispanoamericano. Es con el empresario cultural. En este orden, México le debe una importante obra editorial. Fundó con Alfonso Reyes y Daniel Cosío Villegas la colección Tierra Firme y ayudó y asesoró la articulación de la Biblioteca Americana del Fondo de Cultura Económica. Colaboró activamente con Jesús Silva Herzog en la primera época de *Cuadernos Americanos*. Además de esa obra editorial, conviene tener presente su obra universitaria. Mariano Picón Salas fue uno de los maestros que, junto a José Gaos, José Miranda y Daniel Cosío Villegas, fundaron el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México. Luis González, creador de la microhistoria, fue uno de sus discípulos y tiene con él una deuda teórica y metodológica. Esta filiación puede alertarnos para situar a Picón Salas como uno de los precursores del revisionismo que hoy da a la historia en Hispanoamérica auge y plenitud. Este revisionismo tiene ondas causas y raíces.

3 *La Época* (Santiago de Chile), 11-9-1994, p. 8.

HISTORIA INTEGRAL

América es un continente sin historia en la medida en que la historia americana ha sido una historia oficial, prescrita y ordenada desde las facciones triunfadoras. Una historia monolítica o maniquea. No hay historia de los federales y los godos, de los radicales y los conservadores, historia revolucionaria o reaccionaria. El oficio de historiador practicado por Picón Salas tiende a evitar esta fragmentación y busca una historia integral ¿Cómo definir el perfil intelectual de Mariano Picón Salas? ¿Escritor? Desde luego. ¿Ensayista? Por supuesto. ¿Historiador? Necesariamente. Pero parece que el término que mejor cuadra es el de Historiador de la Cultura. Picón Salas da un rodeo a través de la cultura para comprender la historia. Esto no se comprenderá si no se recuerda que le tocó vivir y desarrollarse en una edad gobernada por los dictadores. La historia de la cultura desarrollada por Picón Salas es, en cierto modo, una historia escrita para redimir a la historia de la dictadura, a la historia dictada. En este sentido, su historia de la cultura es crítica y revisionista en la medida en que inhibe y por así decir vuelve imposible la historia servil y mercenaria dictada a gusto o disgusto del régimen en el poder. El suyo es un intento de eludir la biografía —de rehuir la biografía del poder, la historia de un país contada a través de la vida de un hombre— para acceder a la Historia, es decir a la comprensión de los procesos que mueven a los hombres. En esa lectura no hay vencedores ni vencidos; para Picón Salas la historia expone y no aprueba; es laica y no busca prosélitos. Uno de los aspectos más modernos de la historia de la cultura practicada por Picón Salas es su distancia crítica y selectiva de la explicación marxista de la historia, su bien documentada creencia de que la cultura, su exposición e interpretación son, desde luego, posibles pero en términos autónomos y específicos. También conviene retener su escepticismo ante los cortes políticos de la historia como instrumentos viables de la composición. Su libro paradigmático sería *De la conquista la independencia*, libro que hace



entrar por la puerta grande a la Colonia en la conciencia histórica americana y que postula —de acuerdo con la investigación historiográfica moderna— que la cultura hispanoamericana debe ser legible a partir de sus continuidades más que de sus rupturas; que la historia cultural hispanoamericana no obedece tanto a una tradición de la ruptura como a una tradición sin más; que esa continuidad sería la única condición necesaria para emprender una historia del alma criolla.

TODO ES AMANECER

Libro de alta divulgación, de síntesis noble, *De la conquista la independencia* abrió e impulsó nuevos derroteros para la historia de la Cultura en América Hispana: el que sugiere que, por así decirlo, la colonia es el origen real de la cultura criolla. En ese sentido disidente y heterodoxo, veremos que Mariano Picón Salas se distancia de la interpretación maniquea de las dictaduras en Venezuela y empieza a sugerir que no todo fue tiempo perdido en ellas, que estas edades políticamente oscuras tuvieron a su vez no poca importancia en el desarrollo de otras instancias civiles (la literatura, la historia, las instituciones), la configuración viva y vívida de formas de civilización auspiciadas por el “silencio” característico de las dictaduras. Para Picón Salas como para el poeta español, “toda hora es amanecer”. De ahí que, para la mirada alerta del historiador, no haya tiempo perdido. Gracias a esa concepción generosa, Picón Salas inventa una historia de la vida privada en Venezuela, una historia de las pasiones y una historia de la sensibilidad, escritas a veces al margen del ensayo sobre la cocina a veces de la crítica literaria. Abre los cajones de los abuelos para leer en los objetos allí contenidos las preguntas sobre el sentido de la historia y la tarea del historiador. Descubrimos con Picón Salas que la historia de América Latina pasa por una pregunta acerca de la geografía, presupone —como diría Alejandro Rossi— la fábula de las regiones. Pero ésta, a su vez,



solo sería un astuto rodeo para comprender, en el acto secreto de la intimidad cotidiana, al pueblo que elige un paisaje para transformarlo y reflejarse en él.

La creatividad de Mariano Picón Salas es de dos órdenes: 1) conceptual, al aclimatar con tino y tacto para Hispanoamérica la historia de la cultura de Arnold Weber, el historicismo de Dilthey y la sociología de Simmel; 2) literario y verbal, al inventar para esa nueva historia una nueva lengua, un nuevo país verbal que es al mismo tiempo una de las expresiones más castizas y más criollas, más puros y dúctiles de la lengua castellana.

Tal vez no seamos responsables del pasado. Somos, en cambio, responsables de la forma en que lo recordamos. No se puede separar la memoria de Mariano Picón Salas de esa responsabilidad. (Fondo de Cultura Económica)



Humberto Díaz Casanueva

TRIBUTO A MARIANO PICÓN SALAS⁴



Mariano Picón Salas está ligado a una generación anterior a la mía; pero su pasión por el espíritu lo hizo perennemente curioso al curso irregular de nuestra época, al sobresalto constante y a las más encontradas concepciones. Estuvimos muchas veces en desacuerdo, pero su nobleza reducía a sustancia intelectual las contradicciones. Era sumamente intelectual, con un afán de nitidez, dispuesto siempre a perfilar las ideas, y a ejercer magisterio. Pero como lo impulsaba la curiosidad, su gusto por el orden no lo condujo a la quietud fría.

Ha desaparecido uno de los mejores ensayistas americanos. Para mí ha desaparecido algo más: una tibia presencia dentro de mi vida. Su muerte, como si una casa quedara de repente vacía, es el sonido de unos pasos ciegos que repercuten hondamente en la noche neoyorkina.

Pocos hombres me han tendido una mano más amiga y más cordial. En cierta ocasión me encontraba en Alemania, sin recursos, condenado a dormir en un pajar y a lavar y peinar unos caballos para ganar unos cuantos marcos. Entonces apareció de improviso Picón Salas que acababa de ser nombrado Ministro de Venezuela en Checoslovaquia. Venía en un auto reluciente,

⁴ *Política* (Caracas), núm. 39, abril-mayo, 1965, pp. 23-24.

conducido por un sombrío chofer, doctor en filosofía. Me llevó a Praga y viví en su casa durante dos meses. Recorrimos ciudades, villorrios, palacios, museos, sinagogas, cervecerías.

En aquel tiempo Praga era el centro de los intelectuales y artistas alemanes que habían escapado del terror nazi. Allí se había refugiado la inteligencia libre, la aventura del arte moderno, el teatro experimental.

Picón Salas pesquisaba, entonces, el barroco y escribía su libro: *Preguntas a Europa*. Yo lo llevaba a exposiciones surrealistas y a los ensayos de Piscator que en aquel tiempo trataba de combinar el cine con el teatro y establecer equivalencias metafóricas con las situaciones dramáticas. Por ejemplo, cuando se suicidaba el héroe de Pushkin, el escenario se oscurecía y aparecían mujeres con máscaras griegas gimiendo. Con Mariano discutíamos hasta el amanecer. Chocaban su humanismo racionalista con mi existencialismo todavía fresco en que hormigueaba una angustia indefinible. Su espíritu apolíneo se resistía a cruzar los umbrales.

Pero a veces también los cruzaba y se sumía en el mundo irracional. Recuerdo aquellas visitas a las brujas de la Calle de los Alquimistas en Praga. Lo sorprendía la capacidad adivinatoria de esas mujeres; lo dejaban silencioso ciertas profecías.

Un día visitamos a Bakulé, el viejo maestro checo que con un coro de niños lisiados recorrió Europa despertando emoción y asombro. Nos estremeció el fervor de ese hombre iluminado que despertaba fuerzas interiores con la virtud del canto colectivo. Ya entonces, Picón Salas soñaba con la reforma de la educación venezolana.

Después de sus funciones en Praga, regresó a Chile para integrarse a nuestra educación universitaria. Luego fue llamado a Caracas. Fiel a Chile, no recomendó a su gobierno la contra-



tación de profesores europeos o norteamericanos sino chilenos. Así llegaron nuestras misiones pedagógicas a Venezuela.

No sé si se ha destacado claramente en las notas que se han escrito sobre su desaparecimiento, la vinculación de Picón Salas con Chile. Algunas de las mejores páginas sobre nuestra idiosincrasia han sido escritas por este gran venezolano. Sentía a Chile como una fuerza singular, todavía inédita, un impulso violento de luz y sombra. De ello me cercioré en la intimidad o en las reuniones internacionales en que tuve ocasión de escucharlo.

La última vez que lo vi fue en la Liguria italiana. Participamos en un seminario sobre sociología del cine latinoamericano. Nos encontramos en un bodegón entre mandolinas italianas, hermosas mujeres e intelectuales rejuveneciéndose con el calor del vino y la conversación como un chisporroteo de brasas anochecidas. Porque era un artista de la conversación aguda, brillante, como juego de la inteligencia espoleada. De repente alzaba su figura desgarbada, humeaba como un galgo miope, manoteaba, y decía algo ocurrente, certero, jamás banal, relumbre de una mente sometida a alta presión.

Que otros desentrañen su obra. Yo quiero apenas, con palabras tartamudeantes, aquilatar su espíritu y su bondad; expresarle mi nostalgia y mi gratitud. Me ha dolido su muerte como si la muerte doliera más cuando golpea a un ser puro, casi indefenso, que no tiene otra cosa que oponerle que el azul de una inteligencia cultivada por amor a ella misma. Pero yo sentí el estremecimiento de su soledad, de su pudor para revelar sus sentimientos, de su incertidumbre.

Aquí en Nueva York, recordando otros años y otras veladas, en que lo veo vivo y entusiasta, pienso en su ausencia, ahora irremediable, y retengo en mi vida lo que él me dio, indeleblemente, con ternura y con generosidad.

Nueva York, enero de 1965



Ricardo Donoso

MARIANO PICÓN SALAS⁵

Con la muerte de Mariano Picón Salas, pierden las letras americanas uno de sus cultivadores más entusiastas y laboriosos.

Nacido en Mérida el 26 de enero de 1901, hizo sus estudios primarios y secundarios en su patria, hasta que en 1923 se trasladó a Chile, donde ingresó al Instituto Pedagógico y se graduó de profesor de Historia, Geografía y Educación Cívica. Ejerció el profesorado en distintos establecimientos de enseñanza media de Chile, donde inició sus tareas literarias.

En 1933 publicó, con la colaboración de G. Feliú Cruz, *Imágenes de Chile. Vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX, a través de testimonios contemporáneos*, que es una recopilación de relatos de viajeros. A la muerte de Juan Vicente Gómez, Picón Salas se trasladó a su patria, dedicándose desde entonces a la enseñanza y al servicio público, que lo llevó en diversas misiones diplomáticas a Europa y América, como representantes de los gobiernos de Colombia, Brasil y México.

La obra histórica de Picón Salas es considerable y está presidida por el buen gusto, la investigación acuciosa y la forma atrayente. Sus inclinaciones más acentuadas iban dirigidas a la

5 *Revista Chilena de Historia y Geografía* (Santiago de Chile), núm. 133, 1965, pp. 267-268.





historia social y de la cultura, como puede verse fácilmente en las páginas de su libro *De la Conquista la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, 1944; su biografía de Miranda, publicada en Buenos Aires, 1955; su semblanza de Pedro Claver, el santo de los esclavos, 1954; su retrato, lleno de vigorosos trazos, de Cipriano Castro, el pintoresco dictador de principios del siglo; la biografía de Simón Rodríguez, etc.

Como ensayista Picón Salas fue un autor de gran número de trabajos, en los cuales se esforzó por desentrañar el sentido de la sociabilidad y la cultura venezolanas. Toda su obra estuvo teñida de un hondo sentido nacionalista. No ahorró esfuerzos por despertar en la juventud el amor al terruño, y todas sus energías estuvieron orientadas en el propósito de reconstruir las fuerzas morales e intelectuales de su país, deprimidas y desgarradas durante décadas por dictaduras de hombres vulgares sin cultura ni patriotismo.

De la obra literaria de Picón Salas, que es muy extensa, y se encuentra repartida en diarios, revistas, prólogos y ediciones aparecidos en diversos países, hay dos antologías, una publicada en Santiago, 1958, *Ensayos escogidos*, Editorial Zig-Zag; y otra de *Obras selectas*, Madrid-Caracas, 1953, Editorial Edime, que tiene una segunda edición, aumentada considerablemente y publicada en 1962. El gobierno de Caracas ha anunciado su propósito de publicar una edición de las obras completas del laborioso escritor, justiciero homenaje al hombre público y al escritor que enalteció el nombre de la patria venezolana.

Picón Salas falleció en Caracas el 1º de enero de 1965.

Luis Droguett Alfaro⁶

MARIANO PICÓN SALAS
Y RICARDO LATCHAM
ESTÁN VIVOS SEÑALANDO CAMINOS
CON SU OBRA⁷

Señoras y señores:

No sólo ha movido una razón literaria al Pen Club de Chile para realizar este acto en homenaje a dos eminentes escritores americanos que han dejado con su muerte un legado de responsabilidad intelectual en una hora en la que suelen triunfar los contubernios en aras de una justicia adobada de sofismas y de bizantinismo más o menos elocuente. En esta hora difícil de la América Latina, un deber moral impone también un alto en el camino para mirar hacia los hitos la inteligencia que se irguieron contra toda amenaza, contra la razón de las sinrazones. Es por ello que el *Pen Club de Chile*, justo en el año en que celebra el cuadragésimo aniversario de su existencia, menos en acto de regocijo o de alegría, ha deseado meditar en torno a las personalidades de Mariano Picón Salas y Ricardo Latcham. Dos mentalidades que hicieron suyas una voluntad puesta a descubrir la creación americana, valorar su poesía culta y popular, amar la tierra, meditar nuestro destino, criticar los regímenes dictatoriales, exaltar la libertad en la vida de Latinoamérica. Pocos como

6 [Nota de presentación]: Presidente del PEN CLUB DE CHILE, en el Homenaje rendido a la memoria de estos ilustres escritores, fallecidos ambos en enero del presente año de 1965. El acto de Homenaje se efectuó en el mes de abril, en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.

7 *Boletín del Instituto Nacional de Chile* (Santiago de Chile), núm.78-80, 1965, p. 7.





ellos llegaron tan a lo hondo de la raíz misma de nuestros males y de nuestras alturas; nadie como ellos dieron a incursionar con ojo antidogmático la cultura de nuestro continente; pocos como ellos se dieron tanto a la vida universitaria como a la práctica de la motivación oral apasionada e inteligente.

Mariano Picón Salas y Ricardo Latcham están vivos, sin embargo, señalando caminos con su obra; abriendo interrogantes; discutiendo, polemizando sobre actos que todos vivimos en estos días en América. Están aquí ahora; están aquí participando moralmente de este encuentro en torno al Pen Club de Chile, pues ellos, más allá de la médula política cotidiana representan jalones fundamentales del espíritu de América. Y están aquí ellos no como lejanísimas ideas de alguien que fue; están vivos, como están vivos el mexicano Alfonso Reyes, el cubano Jorge Mañach; como el centroamericano Pedro Henríquez Ureña; como el colombiano Baldomero Sanín Cano; vivos como Gabriela Mistral; vivos y hondos en el alma dolida de América. Pero el dolor de América ya es un tópico que por manido no impide, sin embargo, la elaboración de ideas, y es en este sentido que la obra, muy especialmente, de Mariano Picón Salas se distingue en el mundo latinoamericano. La idea de la integración latinoamericana constituyó en Mariano Picón Salas un rico testimonio de reflexión —y desde muy joven— sobre los problemas de índole política, social y cultural de América.

Volcando más hacia una idea de interiorización, poniendo atajo a tanto vano influjo externo, disfraz antes que raíz o médula continental, meditó en el problema de una cultura nuestra fundada en un culto a la claridad, a la lucidez, a fin de enfrentar tan arduo problema del continente. Conocemos su ensayo “Realismo y cultura en Hispanoamérica” que data de 1930. Allí se anticipan sus ideas que cuajarán posteriormente en libros esenciales. Y ese ensayo es contemporáneo nada menos que de la importante revista *Índice* fundada por ese tiempo y en cuya enseña la preocupación de sus integrantes giraba en gran

medida en el culto de América. En esas páginas meditaba Picón Salas sobre la antinomia de Cultura y Técnica; sobre Cultura e Ilustración, temas que desarrollaría tan extensamente en sus obras de la madurez.

La idea de Cultura en Mariano Picón Salas se fundaba más en una comprensión integradora de todas las circunstancias americanas antes que en una asimilación simiesca de lo europeo. Al oponer Cultura a Ilustración estaba pensando en las limitaciones de nuestro medio intelectual. Actitud crítica la suya ante el barbarismo de la Ilustración libresca escindida de la realidad social y política. En Picón Salas la ilustración implicaba más una forma del colonialismo mental que una interpretación de la tierra americana en su variedad humana, geográfica, política, social. De aquellos años datan algunos de los postulados de lo que se ha dado en llamar más modernamente la integración cultural latinoamericana. La idea de la cultura en América impone una inmersión lúcida en nuestro tiempo y espacio; una inmersión en las raíces, pero imponiéndose en esta interiorización psicológica, moral y temporalmente, una arquitectura, una trabazón de estirpe occidental. Contenido intransferible; vivencias ancestrales y telúricas han de organizarse en un todo armónico, es decir, trasvasiando espíritu en el vaso del idioma neolatino. Pero en Picón Salas estas ideas no divagaban en la bruma de una metafísica libresca, de escritorio, pseudo-americana; estaban sustentados en el acto vital, cotidiano, vertido siempre en un amor profundo a su Venezuela natal, y por ende, en un aprendizaje “de visu” de la realidad de los países americanos. Y a través de este conocimiento tan particular y auténtico de lo venezolano o chileno, colombiano o argentino, etc., iba reconfigurando su idea de un humanismo universalista.

Lo particular americano en Mariano Picón Salas y en Ricardo Latcham fue intensamente vivido en la experiencia del viaje. Pocos como ellos viajaron más por estas tierras; cada viaje era una partida también hacia la historia: y allí la pasión que



ambos tuvieron al animar en sus obras figuras de nuestro pasado histórico o literario. En Ricardo Latcham lo americano fue desde niño una realidad visible junto a su padre, el sabio antropólogo y etnólogo Ricardo E. Latcham, que estudiara a los indios chilenos. Esta realidad fue alcanzando tal riqueza y variedad en los estudios de Ricardo Latcham escritor y catedrático que —y ya se ha dicho y nunca en demasía— que fue él una de las autoridades más altas de América en el conocimiento de las letras de este continente.

Para recordarlo siempre, y no para poner una lápida de ingratitud y olvido, está aquí el Pen Club de Chile, en el salón de honor de la Universidad de Bello. Porque ellos fueron parte viva, esencial de la Literatura y del Pensamiento Americanos, y el Pen Club de Chile —justo al cumplir 40 años de vida literaria— ha deseado este homenaje, pues Mariano Picón Salas y Ricardo Latcham han de venir otra vez al diálogo de Chile y Venezuela, porque este diálogo tan nuestro, es también el soplo inspirador —vivificante— del espíritu de América.



Ángeles Fuentes

EN LA INTIMIDAD DE MARIANO PICÓN SALAS⁸

A mediados de la década del 30 el lado oriente del Cerro Santa Lucía no tenía la moderna traza que ahora vemos. La calle ganó en anchura y señorío, pero perdió en encanto. En esos años, un apiñado grupo de casas, ni ricas ni demasiado modestas trepaban muy cercanas al Huelén en pintoresca y atractiva callejuela. En una de ellas vivía Mariano Picón y su esposa Isabel Cento.

En esa casa había tertulia literaria, se discutía y se “componía el mundo”. Mariano Latorre, Domingo Melfi, Eugenio González, Jan Gómez Millas, Ricardo Latcham, Humberto y Héctor Fuenzalida y Álvaro de la Fuente (a quien siempre llamamos “El Chopo”), estaban entre los más asiduos a esa “peña”, pero hasta allí llegaban, además de los intelectuales chilenos, todas las grandes figuras de las artes o literatura iberoamericanas que vinieran al país, bien en son de visita o apresuradamente deportadas por algún gobierno de facto.

Con cartas que me habían entregado Andrés Eloy Blanco y Pedro Sotillo, en Venezuela, quienes bondadosamente habían tomado la recia tarea de darme algunos conocimientos que

8 *El Mercurio* (Santiago de Chile), 5-1-1965, p. 5.





una educación accidentada me habían impedido adquirir, fue esa puerta una de las primeras que toqué al regresar a mi tierra después de haber salido de ella muy niña. Mariano e Isabel aceptaron risueños la "encomienda" (como jocosamente me habían tildado mis protectores espirituales), para proseguir la obra de docencia, y allí, escuchando a los versados contertulios, pude aquilatar el profundo alcance espiritual que animaba a esa generación santiaguina que al correr del tiempo haría sentir su huella en la formación y pensamiento de las élites continentales.

La política internacional con sus antepreludios de la Segunda Guerra Mundial, los movimientos literarios o pictóricos más audaces, los adelantos científicos que se perfilaban, maravillando a los estudiosos o neófitos, se ventilaban allí desenvueltamente y con donaire. Esto no impedía la vehemencia de acalorados puntos de vista o la exaltación de algunas intransigencias. Con frecuencia, un pequeño grupo nos quedábamos a comer.

La sobremesa era, obligatoriamente, un paseo por el Forestal, cuyo aditamento del Parque Providencia apenas se dibujaba. Allí proseguían las conversaciones que, a menudo, terminaban con un vino caliente en "La Posada del Corregidor" (donde todavía la luz permitía ver rostros, pero que ya tenía un hálito un si es no pecaminoso), o en un bohemio lugar en la esquina de la Plaza de Armas con Merced, que ostentaba el hampón nombre de "La Puñalada". A este último sitio llegaba Augusto D'Halmar, quien, a medida que se lamentaba de una reciente desventura afectiva, con gracia y viperina lengua "pelaba" a personajes y hechos del mundillo santiaguino.

En este charlar, y recién llegada de las tierras bolivarianas, Mariano me acaparaba para hablar de Venezuela. En esto era insaciable. Tenía ansias de saber todo lo que allí ocurría. La reciente muerte de Gómez le abría la posibilidad de regresar a su patria, pero se debatía entre su profundo amor a Chile que lo había formado y donde tenía su mundo de profesor y hombre de

letras y su anhelo por integrarse al cambio que se operaría en la tierra que lo vio nacer. La decisión no le fue fácil, pero un sentido de deber hacia los suyos inclinó la balanza hacia la partida.

Pero volviendo a aquellos tiempos santiaguinos, no quiero olvidar los almuerzos en casa de su padre, Don Pío, donde su madrastra, Elena, a quien siempre quiso mucho, nos preparaba caraoatas negras, hallacas o hallaquitas, que eran recibidas con jubilosos gritos.

Mariano e Isabel regresaron a Chile en 1937, después de desempeñar un cargo diplomático en Praga, para esperar un grato suceso. El nacimiento, después de varios años de matrimonio, de su única hija, Delia Isabel, quien por haber venido al mundo un presuroso día de Navidad, fue siempre para sus padres y para nosotros "Pascualita". Hoy, casada con el arquitecto venezolano, Oscar Tenreiro, es madre de tres hijos.

En 1959, en París, lo vi por última vez. Con el cargo de Embajador de su país ante la UNESCO, el brillante intelectual venezolano supo pronto rodearse de lo más destacado del pensamiento francés y de la pléyade de extranjeros que allí buscan camino. Unido a nuevos lazos afectivos, de vez en cuando hacíamos una escapada hacia la "*butte*" para comer y hablar de las gentes de este Santiago, que siempre le atraía como imán de recuerdos y de afectos. Otras veces, entre sesión y sesión de la UNESCO, nos quedábamos a almorzar en los amplios comedores de ese moderno edificio, que tiene una soberbia vista de París. Allí volvíamos al tema: América, nuestra América, que había que levantar y conquistar el adelanto, bienestar y progreso de sus pueblos.

Ahora, una simple noticia del cable rompe el diálogo. Pero queda una obra y un espíritu.



Héctor Fuenzalida

MARIANO PICÓN SALAS⁹

Noticias que llegan de Caracas nos hacen saber que la muerte de Mariano ocurrió inesperadamente. Llegó esa muerte solapada cuando el escritor y agente de tantas empresas culturales estaba en plena actividad. Acababa de obtener la ley que hizo nacer el Instituto Nacional de Cultura bajo su dirección. Fundador y divulgador, había emprendido la renovación de la vieja *Revista Nacional de Cultura*, que el mismo creara en 1937¹⁰ y había puesto mano en la organización de una nueva publicación para los jóvenes, con un título risueño: *Mar de cosas*.

El 1º de enero concurrió a la tradicional ceremonia de Miraflores, en la que el presidente Leoni leyó su mensaje ante jefes del gobierno, altos funcionarios de la Administración, parlamentarios y cuerpo diplomático. Es una ceremonia fatigosa en la que la concurrencia rebasa la sala y ocurre por los amplios corredores del palacio mientras el presidente sudoroso da lectura a un largo discurso bajo el fuego de las luminarias y los flashes de los fotógrafos y de la televisión, engeguecido frente a las cuartillas. La ceremonia termina después de dos horas en que media el saludo presidencial al Cuerpo Diplomático por estricto orden protocolar,

9 *El Mercurio* (Santiago de Chile), 23-11-1965, p.5.

10 [El primer número de la *Revista Nacional de Cultura* circuló en noviembre de 1938. N. del C.]



dando a cada uno la mano, mientras el auditorio, compuesto de ministros y altos funcionarios, permanece de pie y en silencio.

Mariano soportó todo este espectáculo. Sin embargo volvió a su casa de La Florida, alegre, conversador. Conocí y visité mucho esa casa en mis días de Caracas. Tenía el sello de todas las casas de Mariano. Había en ésta y en las otras, siempre algo improvisado. Mariano, eterno arrendatario, tenía la costumbre de cambiar de domicilio: era como el inventor de los domicilios. Siempre había una casa que le esperaba o que le desesperaba. Pero una sola doméstica, una institución, una española: Teófila.

En Santiago tuvo también incontables domicilios, y siempre con ese aspecto provisorio de la primera instalación, en que la única nota permanente eran sus cuadros de Reverón y Poleo, su cerámicas y sus libros amigos en un magnífico desorden impiadoso, abandonados sobre las sillas, con infinitas dedicatorias, incidentalmente, en una frágil y avara estantería. Mariano miraba esos libros, los hojeaba cariñosamente, buscando algo, solazándose en abrir los intonsos y olvidándolos luego sobre las mesas. Una maquina de escribir iba y venía sobre este tumulto de papel, en cuyo rodillo siempre había una página comenzada.

La casa de Los Cedros 15, La Florida, la que conocí en Caracas, era, ni más ni menos, la misma casa del Mariano de siempre, llena de gentes a todas horas del día y de la noche, donde simultáneamente había tres o cuatro audiencias rebosantes de mujeres. Esas gentes habían andado como él por todo el mundo. Fueron los habitués de su casa de la avenida Foch, en París, y de su casa en México. Iba y venía este grupo locuaz, cruzando el charco, enterado de todo, transmitiendo comunicaciones. En París se salía de la casa de Mariano, para llegar, en Caracas, a la casa de Mariano. Siempre había huéspedes en tránsito, alojados allí en ese trópico de cordialidad. Una escritora que iba a Europa, le robaba un mes a París en la casa de Mariano en Caracas. Una poetisa hechizaba con sus versos y sus ojos. Un filólogo eminente,





Ángel Rosenblat, disertaba sobre venezolanismos, preparando un interminable diccionario de voces vernáculas. Fernando Paz Castillo, de figuras soñadora y hermosa cabellera cana, con algo de D’Halmar, conversaba en sordina sobre algún tema de erudición literaria, derramando el surtidor de sus recuerdos. Los políticos hacían sigilosos apartes. Casi noche a anoche se extendían los manteles de esa casa, en mesillas que cubrían los parterres y la veranda, al aire libre, bajo un cielo hondamente azul y estrellado y en cada mesa, homologándose, se aglutinaban los temas ya frívolos, familiares, ya eruditos y elevados, sin descanso para la merienda y el sabor de los buenos vinos. En esa casa se conversaba por el gusto de hacer charla, por la novedad humana de las comunicaciones y contactos, sobre las adorables cosas inútiles que constituyen el regusto íntimo de la cultura.

Hago todo este largo exordio para explicar, de algún modo, cómo vino esa trágica noche de la última casa de Mariano en la que él, el animador, escogió su minuto para despedirse, para mudarse definitivamente del lado de sus amigos.

Era una comida íntima, pero en esa casa las comidas íntimas no eran nunca de menos de veinte personas. En sus ojos, defendidos por las fuertes gafas, había un destello de vida. Estaba alegre. Ya era un hecho su Instituto Nacional de Cultura. Presidía la mesa. Había muchas damas locuaces. Beatriz Otáñez, su esposa, venezolana, adorable criatura, llena de originalidad y humorismo pasmante, atendía la mesa, con altas voces de mando. Algo anduvo mal en la cocina y se levantó ella de la mesa, para atender el ritual del servicio. Mariano, de pronto, alzó la cabeza como el conversador cuando busca una expresión que se le escurre. Luego hizo un gesto de dolor dejando caer pesadamente la cabeza sobre el mantel:

—¡Ay ...! el ataque... —se le oyó balbucir.

Fueron sus últimas palabras.

Todos se arremolinaron a su alrededor, entonces. Acaso ninguno creyó en el final. Esos ataques le habían sobrevenido más de una vez, y sus familiares estaban listos para socorrerlo con la pócima o la inyección prescritas por el facultativo. Pero esta vez no hubo tregua, no hubo esperanza. Al atenderlo en el lecho, llevado en brazos de todos, había expirado. Eran las diez de la noche del 1º de enero. El 26, Mariano cumplía los 64 años. Había nacido en Mérida, en 1901.

No quiero recordar su formidable hazaña literaria, de la cual ya tanto se ha hablado y se hablará. Mariano es un clásico del ensayo en América. Sus mismas novelas tienen ese tono generalizador y esa misma caudaliosidad del estilo que buscó y formó, desde que, de niño, quiso imitar a Azorín, hasta dar con la frase ciceroniana, de largas inflexiones y denso colorido que caracteriza toda su obra. Sin fatiga, sin esfuerzo, con fluidez y camino inalterable, creó su manera y dio a su oración un tono de originalidad en el que cabe la sabiduría de sus lecturas, la elegancia de sus citas y el concepto sereno, despierto y vívido de sus argumentaciones y afirmaciones. Era historiador; pero su obra histórica también tiene un tono de elevación que abandona el relato de los hechos por un afán de ensayista, de intérprete de los acontecimientos, buscando los nexos que han de sumirlo en la profundidad del mar de la historia; afán que se patentiza, también, en su estudio biográfico de Miranda y en sus intuiciones chilenas. Leyó, leyó mucho, increíblemente; leyó desde la niñez, porque fue un niño débil, un niño anteojudo, callado, dulce, escondido. Era poco más que un niño también cuando llegó a nuestro país. Aquí siguió leyendo. “Nunca he leído más —confesó— que en aquellos años que “fui empleado de la Biblioteca Nacional de Chile y pasaban por mis manos —para clasificarlas— obras de la más variada categoría”.

Era un escritor “leído”, como el vulgo dice, pero no libresco. La lectura era su pasión, su golosina, y en los adustos días de sus tiránicas dietas, su casi único alimento no dosificado. Buscó en





la historia americana su remanso y su pasión; pero viajó también por la aventura universal del arte. Era un erudito de museos, de talleres, de cofradías entre pintores, escultores, músicos y grabadores. Metódico en su manera de vivir, gustaba del hálito vivificante de la bohemia que atraía a su alrededor pasando sobre sus modas y sus categorías intrascendentes, con su sonrisa acogedora.

Chile, reflejado en sus escritos, debe mucho a Picón Salas, y el joven Picón que arribó a este país en 1923, le debe mucho a Chile. Nunca dejó ese nexo de su integración americana. Extrañado desde 1938, volvió solo una vez, por escasos días, en el verano de 1962; pero no hay un chileno que no tocara su puerta en Caracas, Bogotá, Río de Janeiro, México y París, que no encontrara abierta la cancela y se viera envuelto en la red de su cordialidad. Viajó mucho; su destino parecía impulsar los eternos periplos y odiseas.

—Europa comienza a cansarme —me dijo en Caracas a su llegada de París después de abandonar la Unesco—. Siento la necesidad de América.

Viajó, leyó, escribió. Deja una veintena de libros que seguirán dando lustre a su nombre. Juntó objetos de arte, algunos muebles barrocos; coleccionó cuadros y libros. De lo que nunca se cuidó fue de su patrimonio. El dinero de sus rentas, lo gastó. Un día me confesó que solo tenía ese mínimo a qué aspira un hombre a sus años: una casa, una casa pequeñita en Caracas que nunca pudo habitar. No acumuló poder y honores. Sus embajadas las servía por poco tiempo. No supo lo que era tener caudales, sino amigos. Alguien ha recordado ahora, por eso, esta frase de él, escrita en alguna parte, que define enteramente su condición humana:

—Medido con la tabla de ciertos valores de figurar y de poseer —muy vigentes en mi país—, quizás fui un hombre sin éxito...

Héctor Fuenzalida

PICÓN SALAS Y SUS ANTOLOGÍAS¹¹

VALPARAÍSO, JUNIO DE 1923

Un joven venezolano acaba de bajar del barco. Es el único de su nacionalidad entre ochocientos emigrantes españoles e italianos. Nadie lo acompaña. Nadie tampoco lo conoce en esta tierra. Está solo y con muy poco dinero. ¿Por qué ha venido hasta aquí? . . . Buscando donde alojarse camina por la vieja avenida Ecuador, portando una pequeña maleta. Sin saber dónde le conducen sus pasos, cruza, de pronto, una ventana donde hay algo que detiene sus ojos. Es un aviso que dice “Se necesita dependiente”. Entra. El lugar es sombrío. Es una casa de empeños, un Monte de Piedad: muebles, enseres, horribles objetos de arte florón, inútil, periclitado. Dentro hay un anciano silencioso, una pequeña deidad polvorienta, que le sale al paso. El muchacho le confiesa que él no es un cliente, que busca un empleo, y entre el viejo y el joven se llega rápidamente a un trato: —¿Cómo se llama Ud.? . . . ¿Español?

—No, venezolano, de Mérida. . . Picón Salas.

Y así Picón detiene en Valparaíso su viaje a Santiago. Un poco quizás porque la capital le aterra. Sus amistades en este país son, algunas, ya del otro mundo: Bello, Lastarria, Medina, Lenz. A lo lejos Santiago le parece una cosmogonía remota y cruel. Allí,

11 *Atenea* (Concepción, Chile), vol. 39, núm. 395, 1962, pp. 194-198.



cuarenta años atrás, Rubén Darío, con otra maletita centroamericana, ha paseado y sufrido su sed y su hambre. Y él apenas es un estudiante de historia, un aprendiz de escritor, es decir, nada, probablemente, nada después.

Donde el viejo buhonero hay bien poco que hacer. Tiene salida franca que aprovecha para ir a la Biblioteca Municipal a buscar lectura. Así traba conocimiento con la literatura nacional. Cae en sus manos el último libro de Eduardo Barrios y escribe un artículo que un diario porteño acoge cordialmente. Allí también le proporcionan la dirección del novelista y Mariano respetuosamente, tímidamente, le envía el artículo. Contestación inmediata del escritor homenajeado a quien le intriga la personalidad del venezolano, ese estilo tan logrado, abundante, rico.

Lo invita a verlo en su casa, en la plaza San Isidro, donde hay tertulia literaria. Picón salda su contrato con el buhonero de la Avenida Ecuador y se viene a Santiago.

En la tertulia de Barrios se habla de libros, de autores, de arte y, tal vez, un poco demasiado ya, de política. Conoce así Picón, en casa de Barrios, a un *tout* Santiago muy gárrulo, muy *à la page*. Y lo que es mejor, allí Picón halla una forma de vida más de acuerdo con su dignidad: los buenos informes que proporciona el anfitrión le procuran una plaza de inspector en el Instituto Nacional. Luego entra con la Biblioteca Nacional, donde gana una plaza de catalogador. Como le quedan horas libres, escribe en una vieja, alta y ruidosa Underwood; charla, hace peña sociológica, histórica y bibliográfica con don José Toribio Medina, Melfi, Feliú e inicia, con mayor seguridad económica, sus estudios en el Instituto Pedagógico. Años oscuros y alegres. Alumno silencioso, llegará Picón, luego, a ser un brillante profesor universitario.

Tanto lee, entonces, tanto estudia, que sus ojos se van cansando y adquiere ese aire distraído y miope de quien acortó el campo visual a la página del impreso; porque, además, escribe



con devoción y alevosía, en cuanto revista, diario, publicación doméstica o extranjera lo solicite y, si no, de *franc-tireur*. En la tertulia de Nascimento se informa y mantiene los contactos, conoce las novedades de librería. Allí concibe un libro didáctico, cuya perspectiva seduce a don Carlos George, quien hará de él una horrible edición de fácil venta. *Imágenes de Chile* resulta de pronto un libro comodín y lo escribe con Feliú Cruz. Es tan bueno y completo que se puede dar un Bachillerato sobre Chile con todo lo fresco que hay dentro de él. Picón se va poniendo muy chileno y ya nunca dejará de serlo. (Pero con Chile ocurre siempre algo tremendo. Si se sale, ya no se vuelve, pues todo es distancia, traspuestas apenas las fronteras cardinales del Norte lunar, del Sur antártico, del Oriente andino y del Oeste oceánico...).

Picón cabalgó todo nuestro país central, como profesor, como conferenciante. De este transitar son frutos sus ensayos sobre Cautín e *Intuición de Chile*. En todas sus páginas está presente la peripecia chilena: en *Registro de Huéspedes*, novela; en su ensayo *En la "Fértil provincia señalada"*; en su recuento sobre Neruda (1935); en el *Testamento de Gabriela*; en *Medina, albacea de la historia de América*; en la síntesis *Pequeña nota sobre la nación chilena*; en el estudio biográfico sobre Miranda al tocar los precursores en Londres.

Pero hay más de su chilenidad. Porque Picón entonces viaja y escribe por Chile, por su Universidad y su Facultad que representa brillantemente en misión en el Perú. Sus ensayos sobre este país son como un *compte-rendu* para nuestras academias. Diserta en el Perú sobre nuestro arte, nuestras letras, siempre como profesor de la Universidad de Chile. En Santiago hace cábalas literarias, organiza y vivifica el bizarro Grupo *Índice*. Conspira en su casa de la calle Serrano cuando llega la hora chilena de la conspiración. Es joven este delgado Aviraneta que teme por su condición de extranjero. No hubo un solo chileno, entre 1927 y 1931, que no conspirara. Y Picón tuvo también esa hora como tantos Alejandro Bermúdez.





1936 es año con significado profundo para Picón Salas. Es la vuelta a la patria liberada. Entonces, precisamente entonces, es cuando su chilenidad parece más viva. Caracas se llena de técnicos y pedagogos chilenos, cuya venida él ha promovido porque conoce la excelencia de cada uno y necesita el espectáculo de una chilenidad peregrina. Contribuye a orientar una nueva política: no ensayar europeos trasplantados en la reconstrucción educacional, porque ello implica un largo trabajo de reajuste. No. Evidentemente era mejor traer chilenos que llegarán pronto a ser unos verdaderos venezolanos. Y así se hicieron las cosas allá por Picón, por Prieto, por Adriani, ese arquetipo de estadista moderno, prematuramente muerto, a quien consagra Picón un fraternal estudio póstumo que edita primorosamente en Checoslovaquia mientras representa a su patria en Praga.

Hay después una corta vuelta a Chile, un regreso a la Universidad, mientras se arreglan ciertas cosas en la patria nuevamente hostil, un corto año bisiesto, que marca un hecho venturoso: el nacimiento, en Santiago, de su hija Delia, en la Pascua de 1937.

Hasta aquí los lazos que le atan a Chile son muy fuertes. Pero este regreso al Caribe que inicia en 1938, es casi ya sin retorno. Si ahora sale de Venezuela por obligaciones o por desvinculaciones civiles, su ruta endereza al norte de Capricornio: Estados Unidos, México, Puerto Rico, Colombia, Brasil, Europa. Vida de escritor y diplomático.

México le deja una profunda huella que se patentiza en los ensayos que agrupa después bajo el título de *Gusto de México*. México lo viaja, lo sufre, lo goza y él se cristaliza su americanismo de hoy, en una etapa de desterrado voluntario. Colombia le deja una herencia, *La vida de Pedro Claver, el santo de los esclavos*, libro de larga gestación, pues el santo al cual explora su tránsito terrenal, motivo de hagiografías parroquiales, se le dispara al cielo a cada rato. No hay documentación seria sobre su vida real. Es en Cartagena de Indias y en Bogotá donde halla, al fin, el verdadero

rostro de esa existencia. Con aquellos preciosos antecedentes en mano, tan larga y devotamente esperados, escribe el libro en un mes, poseído del deseo de la realización, henchidos de capítulos que van saliendo a flor de pluma.

Es una hora de tranquilidad, de buena cosecha ésta que vive ahora Mariano. Su patria lo ha hecho embajador ante la UNESCO —tercera embajada—, rango que el representante venezolano exhibe como miembro del Comité Ejecutivo que preside el organismo internacional. Picón vive en París, en el Bois. Pero sueña con América y quiere el *pathos* terrible caótico y volcánico.

Mariano ha escrito miles de páginas americanas. Son ensayos, novelas, biografías. Se ha colocado por el mérito de su pasión y el brillo de sus páginas entre los mejores prosistas del continente. Y ha llegado su hora terrible de las antologías. Primero en Chile, un profesor de la Universidad de Concepción, Juan Loveluck, ordena una excelente colección, editada por Zig-Zag, en 1960.

Esta antología pasa, ¡ay! casi enteramente inadvertida para la crítica siempre circunscrita al corro doméstico. Ceguera, estupidez, injusticia. Yo hablé entonces con un crítico, extrañado de este silencio. Me contestó:

—Cómo escribir de un libro tan grande con una letra tan chica...

Como un corrector de pruebas. Y hay en la selección de Loveluck no poco de Chile. ¡Y qué páginas! Ese estilo de evocaciones que penetra en lo vivo de la perspectiva histórica, siempre en un plano interpretativo superior, deslumbrando con su riqueza barroca, el hallazgo de similitudes y consanguinidades; estilo en que se mezcla la elegancia y pluralidad de lenguaje unida a igual cosecha de conocimiento e información.



Ahora las ediciones Edime (Caracas-Madrid), entregan sus *Obras Selectas*, ordenadas por el mismo autor, en un tomo liviano, flexible, a pesar de sus 1.500 páginas, con canto dorado, en papel Biblia... Un homenaje nacional a un consagrado.

En América se puede escribir de todas las maneras. Pero será mejor escribir en americano, entendiéndose por ello cierta novedosa liberalidad en el idioma, la dirección americana de los temas y su proyección. Con el castellano no podemos ser peninsulares sino continentales. Y es honrado y legítimo que así se haga: parecerá mejor al peregrino que nos lee; de tal guisa estaremos en bienaventuranza de novedad y originalidad. No importa que haya el rechazo de algunos. Pero podremos, por tal camino, universalizarnos, es decir, agregar una voz valedera universal.

En Picón se cumple enteramente este propósito. Si su castellano es perfecto, su estilo y su intención son americanos por el caudal del discurso adornado de nuevas voces criollas y la clara dirección de sus temas. Su formación intelectual y académica tiene un destino irremediable: lo americano.

Europa, donde vive actualmente, le ayuda en la percepción de los contrastes, Picón supo afrontar la responsabilidad de su hora de escritor. Ha sufrido todas las contingencias de su generación, ha sufrido y se ha alimentado de sus errores, acaso de la culpa de sus indefiniciones.

Pasada la hora de los polígrafos americanos del siglo XIX que escribieron para educar y civilizar, viene esta otra ola de escritores, menos seguros y más audaces, más aventurados y aventureros, que volviendo a tomar las cosas desde el principio, no van a impartir conocimientos escolares sino a poner lo anterior frente al abismo de la duda. Es el revisionismo de nuestros días, la busca de un rostro seguro. En su parte, esta línea se identifica, en la crítica interpretativa, con la actitud de Alfonso Reyes, tan hispanista como mexicano, tan puro, tan purista, línea que viene



a hilvanarse, en alguna parte, con Arciniegas, con Picón Salas, hombres de letras *par excellence*, pero con la inquietud que agita al cuerpo social americano y su raíz histórica. Habrá que excusarles envidiosamente sólo haber llegado a una hora fácil y temprana aún para el verdadero estudioso, entre categorías diplomáticas, antes de las urgencias que se ven venir por un turbio horizonte. Hora por venir en la cual el hombre y su individualidad sea cosa de no poder salvar, sea cosa de sacrificar temporal o eternamente.



Juan Loveluck

MARIANO PICÓN SALAS: AÑOS DE CHILE¹²

Ha muerto Mariano Picón Salas, y la muerte comienza a darle su definitiva estatura. Los mastines de la envidia y la ignorancia ya no tendrán que gruñir a su perdida sombra y se echarán a esperar nuevas presas en su abita modorra de miedo y destrucción. “La eternidad lo ha cambiado en sí mismo finalmente”. Esta es la promesa sobrenatural de Mallarmé, que él conocía y seguramente esperaba. De todo lo que la vida y la obra, la admiración y la malquerencia, las acciones y las omisiones, la verdad y la apariencia, fueron amontonando sobre su claro nombre, comienza ahora a surgir, como la roca del arrecife bajo la marea, el indestructible perfil de su presencia...

ARTURO USLAR PIETRI, LA VISITA DEL DISCRETO

La ejemplar aventura espiritual del sagaz ensayista de Venezuela hace poco fallecido en Caracas, muestra mucha igualdad con la de varios hombres de su generación en la América hispana —los nacidos en torno al 900. Surgidos del quieto rincón de semicolonial rezago y lenta vida, llegó a Caracas en las vecindades de los veinte años, en peregrinación ilusionada a la capital de la que todo se espera, como en un inagotable acto de magia. Como para otros miembros de su generación, la capital haría de trampolín de su fama o de su éxito, o se convertiría en testigo de la declinación de los sueños, cuando a éstos lograban sobreponerse —tantas veces— la rutina, la impetuosa abulia o el descubrimiento de que hay destinos más prácticos que los del arte o aquellos a que conduce el espíritu en busca de plenitud.

12 *Boletín del Instituto de Literatura Chilena* (Santiago de Chile), núm. 10, julio de 1965, pp. 48-51.



En su Mérida natal, bajo la conducción de su padre y del mentor francés que éste le dio, en trato con intelectuales, como el rector de la universidad, Diego Carbonell, infatigable en las lecturas o en contacto vivo con la singular naturaleza andina, se fueron acendrando su imaginación y fantasía con sello original que pasará a definir su ulterior existencia y buena parte de su obra literaria por venir. En Mérida, además, “se fue habituando a la cortesía, esa flor del espíritu andino que sólo desmienten generales y caudillos con el brutal testimonio de sus hechos” —según el certero apunte de Ricardo A. Latcham, fiel compañero de los años chilenos de Picón Salas¹³. El recuerdo y la nostalgia de su mundo merideño nunca ceden en intensidad, a pesar de complicados periplos que cumple el escritor en sus tareas diplomáticas u oficiales —o como mero vagabundo inteligente. Su inquietud, difícilmente colmable, le impulsa a muchas errancias, pero regresa siempre a Mérida, al menos en los tributos de su corazón. En *Viaje al amanecer*, en *Las nieves de antaño*, en *Regreso de tres mundos*, y en otras muchas obras suyas encontraremos inalterada la memoria merideña y el homenaje sentimental al lugar de sus infancias.

Picón Salas llegó a Caracas al borde de los veinte años, y en la cercanía de una fecha clave en el desarrollo intelectual de Hispanoamérica, cuando se inicia —en casi toda ella, como en un eléctrico despertar— un desesperado esfuerzo por interpretarla y entenderla mejor en la complicada urdimbre de su pasado y en su nervioso presente: es el año de gracia intelectual, 1920. “La cifra redonda del año 20 —anotó Picón Salas— se colorea y resuena de dramática vibración en la historia de nuestra juventud: asume la importancia de una frontera”¹⁴. Pero bajo los ásperos calendarios de la larguísima tiranía gomecista, esa permanencia caraqueña será sólo una “estación” —como escribió el autor en

13 Ricardo A. Latcham, prólogo de los *Ensayos escogidos*, de Picón Salas. Selección de Juan Loveluck. Santiago: Zig-Zag, 1958, p. IX.

14 *Regreso de tres mundos*. México: Fondo de Cultura Económica, 1959, p.44.





sus memorias de *Regreso de tres mundos*. El joven llegaba, con ciertos libros de que no podía separarse, y con algún prestigio crecido en Mérida. No necesita ser audaz, al oírle, para vaticinar sus alcances futuros. Pedro Sotillo, testigo de esas fechas, ha escrito la siguiente estampa de Picón Salas en sus veinte años:

Nosotros recordamos, con la más viva emoción, aquellos días en los que Mariano Picón en los comienzos de su juventud, desembocaba en Caracas, con el fácil caudal de sus palabras y aquel castellano naciente, no excluido de influencias bien regimentadas pero ya con el sello de la personalidad y una riqueza deslumbradora de información literaria de categoría. Venía Picón Salas, al son de buscar el camino, como lo expresó en su libro primigenio [. . .], a servir un poco de guía y de orientador entre los hombres de su tiempo y a animarles por los difíciles, para él ya familiares caminos de su erudición [...]. Con todo aquel recibimiento, que se repetía por los lados caraqueños, Mariano se mantenía sin exponerse al manto de la vanidad o del solicitado exhibicionismo. Más que sus conocimientos, lo que buscaba repartir entre sus compañeros era su ansia de cultura, su entusiasmo por el estudio, su dedicación al trabajo literario que ya era norte y razón definitiva para él.¹⁵

Transeúnte en Caracas —purificando su vida en el magro régimen de la casa de pensión— le llegan pronto desde su ciudad natal las noticias de la decadencia y ruina de la fortuna familiar. En esa hora regresa a la provincia y tiene la dramática visión del derrumbamiento. “El último paraíso se desvanecía en mí” —lo que unido a la irrespirable atmósfera del gomecismo, le inclina a buscar rumbos más seguros, en que sus ambiciones intelectuales y universitarias no corran riesgo de perecer. Por otra parte, el movido pulso ideológico de esos días impide la apacible adhesión a una vida de escritorio. Hay que comprometerse y hay que vocear, porque el nirvana esteticista no calza en la dinámica de esta nueva edad; a los

15 Pedro Sotillo, en “Ocho escritores venezolanos opinan sobre Mariano Picón Salas”. Papel Literario en *El Nacional*, Caracas, febrero 7 de 1965, p. 4.

complejos culturales que condicionan sobre el subsuelo hispano-indígena lo peculiar y paradójico de la vida hispanoamericana, se mezcló en los escritores de mi generación (los que concluíamos la adolescencia hacia 1920) el carácter tan desgarrado de la época. Ya ni en la literatura era nuestra tarea primordial un “esteticismo autónomo” como el de los escritores del Modernismo. Siendo tan grande Rubén Darío, los poetas de 1920 ya no tenían voluntad de continuarlo, como los progresistas no se iban a conformar con hacer “pastiches” de Valle Inclán, Gabriel Miró, Díaz Rodríguez o Ventura García Calderón. En un venezolano de mi promoción literaria se juntaban el natural instinto de rebeldía contra la bárbara dictadura de Juan Vicente Gómez y nuevos credos políticos que estaba esparciendo el mundo de la primera postguerra¹⁶.

No hay otro camino, en esa hora, que dejar Venezuela. Y se convierte en un trasterrado, en un representante de aquel bando, que moldea a su patria —a veces con lágrimas desde fuera, en la dolorosa peregrinación de los destierros. Acaso desde entonces concibe escribir una historia literaria y cultural de su patria en que ingresen los hombres de estas “dos Venezuelas”, partidura obligada de una nación tan sujeta a violentos azares políticos. Esa obra vendrá, años más tarde, con el título de *Formación y proceso de la literatura venezolana*. Entre tanto, buceando en su mente, se aferra a un nombre que un día en Londres llenó de ilusiones a otro gran venezolano: Chile.

AQUEL JOVEN QUE EMBARCÓ EN CRISTÓBAL

En la nada halagüeña tercera clase de un barco que conduce abigarrado pasaje de inmigrantes, desterrados y aventureros de toda dimensión, “ligero de equipaje”, se hace a la mar, rumbo a Valparaíso, el mismo puerto que acogiera —bajo parecidas ráfagas invernales— a don Andrés Bello y, más tarde, a Rubén Darío. Confundido con Antonio, con Juan y con Pedro, e inquieto por las gracias de Felicidad —que va a casarse a Valparaíso—

16 Mariano Picón Salas, “Pequeña confesión a la sordina”. Págs. X-XI de las *Obras selectas*. Madrid-Caracas: Ediciones Edime, 1953.



contempla la efímera estela del barco y se ablanda ante el imperio sentimental del acordeón.

Antonio el gallego va a trabajar donde su tío, el prestamista, que posee una casa de empeños; Juan el asturiano irá a las minas de Lota, en el sur de Chile; Pedro, a una tienda de abarrotes en Santiago; Felicidad —la muchacha que nos sirve de musa o talismán durante el viaje— se prueba el vestido de novia con que desembarcará en Valparaíso. Entretanto —cuando la noche es serena, sobre este cielo seco, de litoral desértico, del sur del Perú y del norte de Chile—, tocan en coro el acordeón y conjuran de canciones el fluido camino de su esperanza¹⁷.

Valparaíso será la estación obligada para recuperar fuerzas económicas y alcanzar, después, hasta la capital. El fino pensador y diplomático de años por venir, tiene que peregrinar entre sordideces que hacen de catarsis a su persona. Empieza sus peregrinaciones chilenas en un mísero tenducho que por las noches es su cárcel y su dormitorio alucinante, cuando las vejeces parecen cobrar vida para prolongarle el insomnio:

Hace frío, comienzan los primeros temporales invernales de Valparaíso entre una niebla negra que hace aullar las sirenas del puerto; tendré que comprarme un abrigo para la gélida estación que viene, y acepto el primero y humildísimo empleo, que es el de trabajar en una sórdida casa de “minutas” de la avenida Ecuador. Me espanta la fealdad del negocio que consiste en la compra y venta de muebles y objetos viejos que se amontonan en polvorienta confusión abigarrada. Son a veces pedazos de útiles caseros: un jarro al que le falta la palangana; un aguamanil roto, la manchada luna de un espejo, un biombo que perdió la pintura, el vestido de un buzo; unas botas de cazador. Y para que ahorre en habitación y defienda el negocio de posibles ladrones, debo dormir en el establecimiento y tender mi camastro sobre el mostrador. En esas horas de la noche, a la luz de un débil bombillo, todo ese despojo de cosas gastadas y muertas me ofrecen su perfil fantasmal...¹⁸

17 *Regreso de tres mundos*, edic. cit., p. 71.

18 *Regreso de tres mundos*, pp. 71-72.



El joven escritor ya había tenido trato con el periodismo de su país —de modo especial había colaborado en *Panorama*, de Maracaibo— y ahora empieza a publicar en *La Estrella*, de Valparaíso. Uno de sus artículos, “escrito caluroso” sobre cierta novela de Eduardo Barrios, logra buen eco: Picón Salas siente que una mano, y la mano de un escritor importante, se tiende hacia él. Eduardo Barrios le escribe una carta a propósito del artículo crítico, le pregunta quién es, de dónde viene, y concluye con una invitación. Ésta, a las tertulias que en su casa se reúnen en las noches del sábado. Gracias a Eduardo Barrios, pues, el joven merideño ingresa en los medios literarios de Santiago.

Se hace presente la necesidad de completar los estudios universitarios iniciados en Venezuela. Las Leyes —que nunca le entusiasmaron en su país— le atraen cada vez menos y, en cambio, su inquietud creciente por los problemas socioculturales de Venezuela y de toda América, parece perfilar con exactitud sus intereses y encaminarlos hacia la Historia. El Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, hervidero entonces de estudiantes de toda América, acoge al escritor, que pronto empieza a sobresalir en su posición de guía e inspirador generacional. Ricardo A. Latcham, testigo de esos años, escribió lo que vale por un completo retrato espiritual del recién llegado: “Siempre fue para nuestra generación un gran animador, una especie de conductor mágico, desprovisto de ambiciones, pero que sabía descubrir como nadie un problema, dirigir una investigación o sacar una luz nueva de un asunto que en otras manos resultaba algo estéril o improvisado”.¹⁹ Pero no se crea que la forma de destacarse que lucía Picón Salas era por medios plebeyos, o con la plúmbea suficiencia de tantos que no superan la promesa. Como fueron siempre normas suyas la discreción y la finura intelectual, “obraba por presencia, con socrática vocación, sin ningún residuo pedagógico, con señorío y elegancia de ademanes y actitudes. Esto último era algo

19 Ricardo A. Latcham, prólogo citado, pp. X-XI.



natural en su persona, tan definida intelectualmente y tan ajena a cualquier diletantismo”.²⁰

Premunido de algunas recomendaciones, obtiene un cargo de inspector en el Instituto Nacional. Son sus primeros pasos por Santiago. En el Instituto, inspectores y profesores trazan ante él la historia del ilustre establecimiento y el joven extranjero se convierte en el centro de todo, mientras es

la cara nueva, de acento distinto, que se incorpora a la larga mesa donde sirven el sabroso “charquicán”, el estofado y el té de almuerzo. Hablan los jóvenes de Política y Literatura, de los debates de radicales y conservadores, de las polémicas en el Congreso, de los libros y las gentes de moda, y parece completarse así un capítulo de mi formación de hombre. Contra la reticencia venezolana —legado de las dictaduras— que nos acostumbró apenas a insinuar las cosas o a velar con un rictus las palabras que no queríamos decir, aquí se habla a pulmón libre, y se enfrentan en la discusión los más diversos juicios. Tenemos muy poco dinero, pero se prolonga durante los recreos la animosa charla; compartimos nuestros cigarrillos baratos, paseamos por calles y plazas, o vamos en la tarde de un domingo a un baile estudiantil donde hacemos gentiles amistades femeninas que ya nos convocan por teléfono. Como el trabajo del Instituto me deja tiempo, me inscribo en los cursos de Historia de la Facultad de Filosofía y Educación. Tengo la alegría de un neófito que empieza a descubrir formas del conocimiento que le eran desconocidas²¹.

Son años de quehacer intenso. Y de disciplina que más tarde le rendirá frutos. Él nos cuenta cómo debía dibujar mapas, estudiar las dinastías de Egipto, hacer de detective con los pasos de Colón, reducir a fichas la *Raccolta*, de Cesare de Lollis, y las colecciones de documentos de Navarrete y Juan Bautista Muñoz. Rebelde ante esta mecánica un poco fatigosa, preguntó un día a uno de los catedráticos —don Luis Alberto Puga—: “¿Pero es

20 Ricardo A. Latcham, prólogo citado, pp. X-XI.

21 *Regreso de tres mundos*, pp. 80-81.



que no sirvo para algo más inteligente?”. Y la respuesta: “Hay que aprender a documentarse antes de interpretar”.

No consideraba inútil ese aprendizaje de datos, de ciencia y cosas precisas que me imponía la Universidad chilena. Sometieron a algún orden —que nunca fue perfecto— mi instinto revuelto de hombre tropical más guiado por iluminaciones y corazonadas que por métodos reductibles a medida, cálculo y experimentación²².

Los doce años que Picón Salas vive en Chile —como estudiante, como profesor más tarde, como periodista y escritor— dan peso, de verdad, irrecusable a aquello de su patria segunda, y son, además, los tiempos de su formación definitiva, en aulas y en bibliotecas. En tales años concluye su integración humanística esencial, y sus rigurosos estudios de Historia en la Universidad de Chile, más la meditación a que le inclinaba su condición básica de ensayista y escritor de ideas, serán el basamento de casi toda su rica interpretación venidera de nuestra historia cultural hispanoamericana. Esta se proyectará primeramente en cursos dictados en colleges y universidades norteamericanos y de modo principal en las sólidas páginas de *la Conquista a la Independencia*, que aparecerá en 1944.

La obra escrita, que dejó en Caracas los tributos iniciales — en Caracas alcanzó a publicar su primer libro, *Buscando el camino*, en 1921— empieza a crecer en Chile y a seguir las direcciones básicas por las que discurrirá todo su quehacer ulterior, en torno a lo que él precisa como centro de su misión futura y de la tarea del escritor hispanoamericano de ideas. “Pensé desde entonces que la misión del escritor de América estaba en la capacidad de expresar esa naturaleza y ese enigma de sangres mestizas (que todavía no alcanzan a juntarse con amor) que es la de nuestra progenie indoamericana”.²³

22 *Regreso de tres mundos*, p. 82.

23 *Regreso de tres mundos*, p. 84.





Es el programa que empieza a cumplir desde la publicación —en 1931— de *Hispanoamérica, posición crítica* y que abarcará todo un decenio, hasta 1941, que corresponde a la definición de su pensamiento en torno a Hispanoamérica, la más constante de sus indagaciones.

Entretanto, ocurre lo que para los desterrados pareció siempre un sueño lejano: muere Juan Vicente Gómez. Y a comienzos de 1936, por cualquier medio de los existentes, empieza a producirse el urgido regreso de los hombres que dispersó la tiranía. Centenares de intelectuales regresan a Venezuela y, entre ellos, Picón Salas. Pero es tiempo de ir y venir. Permanece muy poco en Caracas, pues se le encomienda una tarea diplomática en Praga: en esa ciudad publica su biografía-elegía de Alberto Adriani, que contiene muchas claves para conocer al propio autor y las inquietudes de su generación en Venezuela. A la vez, Picón Salas cumple su primer periplo europeo, del que regresa con páginas admirables.

La memoria de Chile lo intranquiliza y de nuevo reconocen su caminar erguido y lento las calles de Santiago. Pero por poco tiempo. Su rumbo es otra vez Caracas, donde hombres de su talla tienen tanto que hacer y empezar a levantar.

Esta vez pasará mucho tiempo antes de que vuelva a ver la capital de Chile. Sus calles, sus gentes, sus modos de vida estaban grabados con nitidez fotográfica en la cera sentimental de su memoria. Y estos eran temas preferidos de sus charlas en Europa cuando algún chileno le visitaba. Tal fue nuestra experiencia, mientras viajábamos por Francia en su compañía —primavera de 1960.

Hay unas hermosas palabras tuyas, en el capítulo “En la fértil provincia señalada”, de *Regreso de tres mundos*, con que deseamos terminar estas improvisadas notas de homenaje al gran desaparecido:

Muchos rostros chilenos; mucho buen desvelo de horas chilenas en que quise ser mejor o me esforcé por ser mejor, hay en mis recuerdos. Horas de estudio, de reflexión, de rebeldía ante la injusticia; de pasión de saber y de expresar, pasan por el cuadrante de la memoria. Moré en todos los barrios, viví todas las vidas, conocí la inquietud, la pena y el goce. Porque llegué tan joven, se acabó de formar el hombre. Hay en mi alma cicatrices chilenas que se ahondan junto a las cicatrices venezolanas. Y la imaginación volandera, aun cuando fuese arrastrada hacia otras comarcas, siempre añora aquel verdor del valle de Santiago con su trasfondo de nieves y sus avenidas de álamos...

OBRA DE MARIANO PICÓN SALAS

Buscando el camino, Caracas, 1921. *Páginas escogidas* de J. V González, Caracas, 1921. *Mundo imaginario*, Santiago, 1926. *Hispanoamérica, posición crítica*, Santiago, 1931. *Odisea de Tierra Firme* (Vida, años y pasión del Trópico), Madrid, 1931. *Imágenes de Chile* (en colaboración con Guillermo Feliú Cruz), Santiago, 1933. *Problemas y métodos de la historia del arte*, Santiago, 1933. *Registro de huéspedes*, Santiago, 1934. *Intuición de Chile y otros ensayos*, Santiago, 1935. *Para un retrato de Alberto Adriani*, Praga, 1936. *Preguntas a Europa* (Viajes y ensayos), Santiago, 1938. *Un viaje y seis retratos*, Caracas, 1940. *1941: cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana*, Caracas, 1940. *Formación y Proceso de la literatura venezolana*, Caracas, 1941. *Antología de los costumbristas venezolanos del siglo XIX*, Caracas, 1940. *Viaje al amanecer*, México, 1943. *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, México, 1944. (Versión inglesa de Irving A. Leonard, The University of California Press, Berkeley and Los Ángeles, 1962 y 1963). *Miranda*, Buenos Aires, 1946. *Apología de la pequeña nación*, Puerto Rico, 1946. *Europa-América* (Preguntas a la esfinge de la cultura), México, 1947. *Pedro Claver, el Santo de los esclavos*, México, 1950. *Gusto de México*, México, 1952. *Obras selectas*, Caracas, 1953. *Suramérica: período colonial*, México, 1953. *La pintura en Venezuela*, Caracas, 1954. *Los tratos de la noche*, Caracas, 1955. *Los días de Cipriano*



Castro, Caracas, 1955. *Comprensión de Venezuela*, segunda edición aumentada, Madrid, 1955. *Crisis, cambio, tradición (Ensayos sobre la forma de nuestra cultura)*, Caracas, s.f. [1955]. *Ensayos escogidos*, Santiago, 1958. *Las nieves de antaño*, Ediciones de la Universidad de Zulia, 1958. *Regreso de tres mundos*, México, 1959. *Estudios de literatura venezolana*, Caracas, 1961. *Hora y deshora*, Caracas, 1963. *Suma de Venezuela*, Caracas, 1965.

The Ohio State University



MARIANO PICÓN SALAS²⁴

Cada vez que se recuerde a Mariano Picón Salas, perdido ahora para la democracia y la inteligencia latinoamericana, y el afecto de sus amigos, será preciso preguntarse por qué determinados hombres sienten la vocación de escribir como una manera de expresar su pensamiento y de actuar en los destinos del mundo en que se hayan inmediatamente inmersos.

Porque este egregio venezolano y, a la vez chileno, que tuvo dos patrias dentro del corazón y consagró a cada una de ellas el mismo amor sincero e inquebrantable, recordaba mucho el estilo de los viejos meditadores del antiguo humanismo.

Nacido en la Venezuela que nos dio un día a Andrés Bello, la ola de las viejas dictaduras de su patria lo trajo hasta nosotros en plena adolescencia. Su espíritu agudo y generoso, su talento ávido de saber y su emoción recatada y fina, lo inclinaban a la reflexión y al estudio desinteresado. Pero allá en el fondo de su alma había también una conciencia de intelectual responsable, de hombre que se sabe en deuda con su tiempo, su país y América Latina, y no estimaba posible la clausura en una torre de marfil evasiva y cobarde.

²⁴ *El Mercurio* (Santiago de Chile), 23-1-1965, p. 5. Publicación sin firma.





Estudió en nuestro Instituto Pedagógico y, con el andar del tiempo, desempeñó en él importantes cátedras. Mientras tanto, el escritor atento al contorno y a los demás hombres que en él moraban, comenzó a hacer sus primeros ensayos. Escribió en periódicos chilenos y en revistas extranjeras y emborrionó cuartillas anunciadoras de sus primeros libros. Nada le era lejano o indiferente. Una curiosidad que era en mucho ese amor intelectual de que hablan los filósofos, lo inducía a detenerse en todos los acontecimientos, ya pasados o presentes, para bordar alrededor de ellos la fina orla de una meditación.

Quiso entender a su continente, a su raza, a su país y a los que con él constituyen una constelación espiritual inseparable. Por eso se volvió hacia la historia e incursionó por ella con inteligencia, elegancia y sentido trascendente. No buscaba en el pasado lo que había dejado de ser, la escoria muerta de lo que un día tuvo vigencia y dejó luego de tenerla. Perseguida, sí, la esencia americana, la raíz de su actitud ante el mundo y del núcleo original que ésta representa en la convivencia, no siempre fraterna con otras naciones y culturas.

Su certera intuición de humanista, es decir, de hombre que entiende al hombre en cuanto tal, por debajo y más allá de la apariencia diferencial que no separa, lo hizo concebir una imagen integrada de nuestro hemisferio. No cayó, por eso, en los falsos indigenismos que a muchos seducen y que, acaso, no son en el fondo más que una renegociación de lo que Europa y España hicieron de este entonces nuevo continente. Su visión de América fue la de una comunidad en que la impronta hispánica se marca sobre la sensibilidad indígena y produce una cultura mestiza en que se acusa la materia prima autóctona y ésta resplandece sellada y enaltecida por la forma hispano-europea. Amó y subrayó todo lo que estas tierras y pueblos tienen de intraducible e inalienable, pero los ligó, porque así es la verdad, al firme tronco hispánico, tan visible en nuestros varios modos de ser y en la orientación

fundamental que nutre nuestro sentido de la vida. De ello hay amplio testimonio en su libro *De la conquista de la independencia*.

El valioso escritor que en él sobresalía fue, por eso, también un político en el sentido rico y creador que encierra esta palabra. Su convicción occidental, su cordial rastreo del pasado iberoamericano, su diáfana y noble filosofía personal, lo confirmaron cada vez más en la certeza de que los países de esta porción cósmica son una versión del gran tema de Occidente: la dignidad de la persona humana, con su supremo valor individual, destinada a dar a su vida y a la de su nación un sentido libre y generoso, imbuido de la noción del derecho de cada uno, pero hallando ya en éste la raíz de un deber que lo vuelca y dirige hacia los demás.

De allí su resuelta incorporación a las filas democráticas. Él que había sufrido la dictadura y visto a su país aplastado largas décadas por ella, veía en el marxismo colectivista otra forma de la misma vejación humana, más peligrosa cuanto más consciente y sistemáticamente enraizada en una doctrina impermeable y una organización insensible. Colaborador inapreciable del presidente Betancourt realizó en Venezuela una ingente labor cultural y dio a la empresa de restauración de la libertad sus mejores y lúcidas energías.

Siguió siempre escribiendo. En medio de las obligaciones de militante político, sabía descubrir ese pequeño minuto en que la inteligencia y el espíritu pueden quedarse en silencio consigo mismo y entregarse al delicioso ejercicio de la meditación. El último libro que de él conocemos, y que es como una prolongación y amplificación de los ensayos que publicara en Chile en la editorial Zig-Zag, lleva un paradójico título: *Los malos salvajes*. Y esos malos salvajes no son otros que los producidos por la civilización y vueltos contra ella, los renegados de la fraternidad, de la tolerancia y del amor al semejante, que carecen incluso de la espontaneidad y el fresco impulso del bárbaro que todavía no



emerge hacia un mundo civilizado pero tampoco es hostil hacia ella.

En ese libro, formado por algunos armoniosos y penetrantes ensayos, Picón Salas muestra su rica ilustración, su conocimiento cabal y prolijo del movimiento intelectual, filosófico, literario y científico de nuestros días, en que no falta ni siquiera la equilibrada y admirativa meditación sobre la obra de Teilhard de Chardin. El estilo, despojado de ornamento inútil, ceñido a la idea, pero enriquecido por el leve tremolar de una emoción, queda allí resplandeciendo en páginas tan precisas como nítidas, tan densas de comprensión como diáfanas de sentido musical.

Nuestro país no puede olvidar tampoco el afecto que Picón Salas tuvo a esta su segunda patria. Vivió en ella años inolvidables y se sintió uno de los nuestros. Con sinceridad comunicativa y generosa fue otro chileno más y de los mejores. Los juicios y recuerdos sobre el país y sus habitantes, sobre tantos intelectuales o políticos que fueron sus compañeros y amigos o simplemente las figuras que vio destacarse en su horizonte, estaban impregnados de admiración y de afecto.

Despertó también entre nosotros igual respuesta. Donde quiera que actuó, su talento y su nobleza se impusieron y tanto los periódicos y revistas como las editoriales chilenas acogieron sus escritos con entusiasmo y cordialidad. Sus lectores en el país fueron millares, y en cada uno de ellos dejó el recuerdo de su agudeza espiritual, de su ciencia finamente hecha humanidad y de su elegancia de artista en quien la exactitud y la belleza de la expresión eran consustanciales.

Su desaparición entristece a Venezuela, que tanto le debió cultural y políticamente. En Chile deja una nota de soledad y de dolor que no podrá borrarse. Se ha ido un gran americano y en su corazón Chile y Venezuela eran como las dos válvulas que nutrían su vida y animaban su alma y su pluma.



Domingo Miliani

CENTENARIO DE MARIANO PICÓN SALAS (1901-2001): SUS HUELLAS EN CHILE²⁵

La vida personal o la Historia no es sino la nostalgia del mundo que dejamos y la utopía ardorosa, siempre corregida y rectificada, de ese otro mundo a donde quisiéramos llegar.

M. PICÓN SALAS. "ADOLESCENCIA". (VALPARAÍSO, 1923).



Un venezolano de 22 años emprende viaje rumbo a Chile en Puerto Cristóbal de Panamá. Toma un barco de inmigrantes. En tercera clase poblada de asturianos y gallegos, algún inglés traspapelado y una muchacha llamada Felicidad navega hasta Valparaíso.

Es junio de 1923. El barco se arrima a su destino entre “una niebla negra que hace aullar las sirenas del puerto”. El frío se multiplica en la piel del hombre tropical habituado a temperaturas altas y poco variables aun en las parameras de sus Andes nativos. En altamar, a dos semanas de navegación, guiado “por un duende interior” que lo hace olvidar cómo deberá sobrevivir al tocar tierra, comienza el verdadero viaje hacia sí mismo, el inventario de fuerzas y balances espirituales para el camino de las pruebas, como todo héroe mítico que el hombre imagina y encarna en los ensueños o los viajes del proscrito, aunque el destierro sea voluntario.

En Valparaíso, Mariano Picón Salas trabaja en una tienda de “minuta”, ubicada en la Avenida Ecuador. Su hipersensibilidad

²⁵ *Punto Final* (Santiago de Chile), núm. 490, feb. 2001, pp. 20-21.



de intelectual, no apta para el comercio, lo sacude cada vez que alguien llega a vender sus muebles derruidos o a sacar grasientos billetes para adquirirlos. “Me espanta la fealdad del negocio, que consiste en la compra y venta de muebles y objetos viejos que se amontonan en polvorienta confusión abigarrada. Son a veces pedazos de útiles caseros: un jarro al que le falta la palangana, un aguamanil roto, la manchada luna de un espejo, un biombo que perdió la pintura, el vestido de un buzo, unas botas de cazador. (...) En esas horas de la noche, a la luz de un débil bombillo, todo ese despojo de cosas gastadas y muertas me ofrece su perfil fantasmal”. En la soledad de los insomnios busca la compañía de personajes ficcionales: “Nagel”, de Knut Hamsun, cuyas novelas *Hambre* y *Pan*, hacían de breviario a los aprendices de novelistas en Hispanoamérica de los años 20 y 30.

Termina el trabajo. Mariano se mezcla con los obreros portuarios y los dirigentes anarcosindicalistas de la plaza o asiste a sus reuniones públicas en diversos lugares de la ciudad. Cuando regresa al tenducho de viejo, a cuidar una mercancía que daría vergüenza robar, en los insomnios de mala luz y muchas ansiedades, escribe el primer capítulo de una autobiografía: “Adolescencia”. Lo acogen en la revista *Claridad* (1923). Después formará parte de su libro *Mundo imaginario*. Revisado, trasvasará a sus memorias: *Regreso de tres mundos* (1959). El cambio en la escritura es palpable en este ensayo donde alternan relato y reflexión.

La vida miserable de empleado comercial lo va sublevando. En las noches se familiariza con la literatura narrativa chilena. Escribe una nota de conjunto para *El Universal* de Caracas. De todas sus lecturas se impresiona especialmente con una novela de Eduardo Barrios: *Páginas de un pobre diablo*. Estaba recién editada por Nascimento (1923). Picón Salas envía un comentario a *La Estrella* de Valparaíso. Lo invitan a continuar colaborando en el periódico. En algún momento de estrechez lo había pregonado por las esquinas del puerto. Refiere el venezolano que “Eduardo Barrios —hombre de ejemplar generosidad—

me respondió con una carta de estímulo y agradecimiento; me preguntaba quién era y de dónde había venido, y me invitaba a visitarle en las tertulias literarias que se celebraban cada noche de sábado en su casa santiaguina, plaza de San Isidro 387”. Líneas adelante completa aquel momento decisivo para su vida chilena: “...bajé las empinadas aceras de la Avenida Ecuador, y compré un pasaje en el tren expreso que partía a Santiago. En la noche buscaba, entre los árboles de la plaza de San Isidro, la casa donde vivía Eduardo Barrios”. La odisea continuaba en una segunda ida a Santiago. Al amanecer del día siguiente, tal vez entre las nieblas invernales, vislumbró unos cuantos montes nevados que lo harían recordar la lejana Mérida de origen, la otra Santiago de los Caballeros, con su Sierra Nevada, de donde había partido, como en un exilio, de un paraíso que sólo habría de recobrar en las evocaciones.

La tertulia de Eduardo Barrios fue el umbral de ingreso a la vida santiaguina: tertulias, universidades y ambientes intelectuales sacudidos por brisas renovadoras. Barrios era entonces un hombre de cuarenta años. Conocedor de América Latina por su vida trashumante de juventud, le abrió puertas y caminos, le presentó amigos. Entre ellos, Salvador Reyes, Armando Donoso y Sara Hübner, cuya hospitalidad no olvidaría nunca el escritor venezolano. Barrios iniciaba por entonces un rápido ascenso en la vida pública, primero como conservador de Propiedad Intelectual, en 1925; director general de Bibliotecas, Archivos y Museos en 1927, para culminar como ministro de Educación durante el gobierno del presidente Ibáñez del Campo. Su influencia en el destino inmediato de Picón Salas fue determinante. Lo hace ingresar a la Biblioteca Nacional en un cargo creado a la medida del lector sin tregua: oficial de número, encargado de adquisición y canje. Ya en la plenitud de su obra y edad, en una “Pequeña confesión a la sordina”, escrita a modo de prólogo de sus *Obras selectas* (1953), revela con emoción no exenta de nostalgia: “Nunca he leído más que en aquellos años en que fui empleado de la Biblioteca Nacional de Chile y pasaban por mis manos



—para clasificarlas— obras de la más variada categoría. (...) Y con esa capacidad proteica de los veintitantos años, el gusto de devorar libros no se contradecía con el ímpetu con que asistíamos a los mítines políticos y forjábamos ya nuestro cerrado dogma —en apariencia muy coherente— para resolver los problemas humanos”.²⁶

Inspector de estudiantes del Instituto Nacional, obtiene una modesta remuneración, además de residencia que le permite ingresar en la Universidad. Obtuvo en 1927 el título de profesor de historia y geografía. Se doctoró después en filosofía en 1928. La vida literaria chilena lo ve con frecuencia transitar por el corro de la Librería Francesa, en la esquina de Huérfanos y Estado. Allí confronta opiniones con Mariano Latorre, Carlos Préndez Saldías, Alberto Romero. Salvador Reyes lo incorpora en su revista *Letras* fundada ese año, como uno de los animados colaboradores.

Recién graduado, ingresa como jefe de trabajos prácticos de la Universidad de Chile, donde sería profesor de historia del arte y literatura general hasta 1935. En las aulas universitarias llegó también la hora del amor. Aquellos días de novias fueron el hallazgo de la autenticidad. Una de sus más hermosas páginas en *Regreso de tres mundos* lo autorretrata en esos pliegues de vida personal a la que no fue dado referirse en su escritura. Por eso adquiere relieve esta pequeña estampa santiaguina de los años veinte:

Un trato más claro y directo se me ofrecía en esos días de estudiante en Chile. ¡Y qué buena compañía, no sólo para la caricia sino para la confianza y la caminata, nos dispensaban esas muchachas con quienes el domingo podíamos ascender a la nieve de la cordillera, trepar por las vertientes o bañarnos en tiempo primaveral bajo los bambúes y eucaliptus fragantes del valle! Chile ponía su fiesta de verdura y de pomaredas, de yuyos amarillos en los caminos, de guindos que se enrojecen como bocas, en esa primavera que va del mar a la serranía, gozosa

26 M. Picón Salas. “Pequeña confesión a la sordina”. *Obras Selectas*. Caracas-Madrid, EDIME, (1ª ed., 1953; 2ª ed., 1962).

de soles, de promesas de amor, de tonadas y de viñedos que acendran su dulzura para las cosechas de abril. La ciudad ofrecía, aun a nuestra pobreza, una vida confortante y alerta. Brindábamos por la juventud —sin necesidad de estar ebrios— desde las colinas del San Cristóbal o de Santa Lucía, con la ciudad a nuestras plantas, como si el destino del mundo dependiera un poco de nuestros estudios o el dinamismo con que cargamos los sueños²⁷.

Una de esas muchachas, alumna suya en las clases de literatura, fue su esposa en 1928: Isabel Cento Manso, con quien tuvo una hija única: Delia Picón Cento, nacida en Santiago en diciembre de 1937. Ambas residen hasta hoy en Caracas.

El bullicioso ambiente de tertulias estaba impregnado de los aires de reforma universitaria. Las sesiones de la Federación de Estudiantes de Chile y de los clubes políticos eran encendidas. Picón Salas conoce otros estudiantes latinoamericanos y chilenos con quienes comparte un desvelo americanista. Su sensibilidad literaria se vigoriza con las inquietudes de la lucha política y la efervescencia social. Al evocar aquellos días resalta la figura de su maestro, Pedro León Loyola, quien gritaba por la calle contra una asonada militar: “O vivir libres, o no vivir”. El proyecto de una nueva emancipación era apremiante para barrer con la horda dictatorial que azotaba algunos países de América Latina: “Se pensaba, bellamente, en esos años del 20 y tantos que el ímpetu de reforma universitaria que había recorrido todo el continente, desde la Córdoba argentina hasta el México donde era ministro José Vasconcelos, no sólo nos haría más sabios y justos, sino contribuiría a modificar la áspera realidad de tiranos y tierras intervenidas, que era la de toda la América Latina. Nunca como en esos días tuvimos el deseo de ser más generosos. Pensábamos que otra generación de la Independencia habría de encontrarse, para restablecer la unidad de nuestro perdido destino continental. Cada estudiante que asaltaba la apasionada tribuna quería ser por un momento el nuevo Bolívar, el nuevo Martí. Padecíamos

27 “Amor, en fin, que todo diga y cante”. *Regreso de tres mundos. Autobiografías*, p. 215.



por toda la América de nuestra sangre, fuese la de la Revolución Mexicana o la Nicaragua de Sandino”²⁸.

En los estudios del Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, tuvo como maestros a Luis A. Puga y el Jefe de Trabajos Prácticos en Historia, Guillermo Feliú Cruz, de quien Picón Salas no sólo fue su alumno desde 1925 hasta 1930 sino también acreedor de una amistad que no se interrumpió nunca. Juntos trabajaron en la Biblioteca Nacional. Feliú era conservador de la sala José Toribio Medina, desde 1925, cuando el gran historiador donó sus fondos bibliográficos. Picón Salas, oficial de Adquisiciones. Ambos compilaron un hermoso libro, *Imágenes de Chile* (1933), editado por don Carlos Nascimento. Alcanzó tres exitosas ediciones.

La Biblioteca Nacional forjó la erudición del gran latinoamericano y el maestro de la prosa. El tránsito por la Universidad de Chile labró un educador y un combatiente por las causas sociales y culturales. Durante la revolución socialista de Marmaduke Grove, el rector de la Universidad de Chile presentó su renuncia. Lo reemplazó una junta rectoral de tres miembros: Pedro Godoy, profesor de la Escuela de Arquitectura; Pedro León Loyola, profesor de Instituto Pedagógico, y Mariano Picón Salas, profesor de la Escuela de Bellas Artes. Aquella experiencia duró apenas doce días, pero Picón Salas no la olvidó nunca y, ya en la madurez caraqueña, con su fina ironía afirmaba: “Don Andrés Bello y yo hemos sido los únicos venezolanos que alcanzamos el alto honor de ser rectores de la Universidad de Chile”. Feliú Cruz observa que aquella experiencia rectoral se explica en el caso de Picón Salas por lo siguiente:

Loyola era un viejo maestro, una recia personalidad moral e intelectual, y asimismo, tenía las mismas virtudes el ingeniero civil Godoy. Mariano Picón Salas no alcanzaba aún los rangos de los otros, pero su prestigio intelectual descollante en las aulas y en la cátedra, lo situaban como

28 “En la fértil provincia señalada”. *Autobiografías*, p. 203.



un buen director de la política universitaria en esos difíciles trances. Representaba las aspiraciones de la Izquierda revolucionaria de Chile. Se hallaba cerca de las doctrinas proclamadas por el Partido Socialista, cuyo jefe era Eugenio Matte Hurtado. Picón Salas prudentemente no hacía ostentación visible de partidismo, y creo sinceramente que nunca lo hizo. Su condición de extranjero lo alejaba de las tiendas de sus afecciones ideológicas y por eso no formó parte del Partido Socialista ni de ningún otro. Pero estaba identificado con él y era uno de sus mentores, junto con Eugenio González, Oscar Schnake, Manuel Eduardo Hübner, Arturo Bianchi, Luis Mandujano Tobar, Arturo Natho, Julio César Jobet y otros más con quienes hizo intensa vida de camaradería intelectual²⁹.

El nivel intelectual alcanzado por Picón Salas era producto de una incesante labor de escritura. Fue asiduo colaborador de las revistas *Nosotros* (de Buenos Aires), *Repertorio Americano* (de Costa Rica), *Claridad*, *Atenea* (de Concepción), por invitación de su amigo Domingo Melfi; de *Letras*, y *Zig-Zag*. Pero su tarea literaria e ideológica de mayor impronta fue la fundación de la revista *Índice*, en la cual lo respaldaron sus compañeros de literatura y luchas Eugenio González Rojas, Ricardo A. Latcham, Domingo Melfi y Mariano Latorre, Oscar Vera, Raúl Silva Castro, Héctor y Humberto Fuenzalida, Benjamín Subercaseaux, junto a otros pertenecientes a promociones anteriores: Mariano Latorre y Fernando Santiván. Al comentar la revista, Guillermo Feliú Cruz anota que *Índice* era una revista “de carácter literario, pero en cuyo fondo ideológico palpitaban muy vivamente las ideas socialistas del grupo político al que pertenecían los cofundadores”³⁰. En otro capítulo de su ensayo Feliú transcribe fragmentos del manifiesto inicial firmado por Picón Salas con sus iniciales. El crítico lo considera ya, con Latcham, un “líder intelectual... obraba por presencia, con socrática vocación, sin ningún residuo

29 *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*. Santiago de Chile: Edit. Nascimento, 1970, pp. 32-33.

30 *Ibid.*, p. 33.



pedagógico, con señorío y elegancia de ademanes y actitudes”³¹. Latcham, por su parte, estima que *Índice* congregó un grupo extraordinario de intelectuales “de múltiple categoría y de generaciones diversas, mancomunadas en un esfuerzo creador que contribuyó a enriquecer y ensanchar los horizontes de la cultura nacional y a despertar una nueva vocación americanista frente al aislamiento en que vivieron las promociones europeizantes más antiguas”³².

Muchos de los artículos editados entonces por Picón Salas permanecen dispersos, en espera de su compilación. Otros fueron agrupándose en libros significativos dentro de su obra, algunos de ellos publicados durante su permanencia en Santiago³³.

El sentimiento de unidad latinoamericana, casi premonitorio, leído en Lastarria y en Bilbao, en Alberdi y en Sarmiento, en Hostos y en Martí, en Ingenieros y Manuel Ugarte, trabajaba ya desde los años treinta en el pensador que soñaba un proyecto modernizador de América Latina. Ese sentimiento aflora casi como un desgarramiento geológico de su enorme amor por la tierra y el pueblo chilenos, que tanto le dolían. No en vano escribía al final de su ensayo “Intuición de Chile” (rev. *Atenea*, 1933), estos párrafos de asombrosa actualidad conceptual:

“Pensamos que, como en las logias y los ejércitos de hace cien años, nuestra inquieta juventud de América volverá a encontrarse para realizar un plan grandioso. Veremos entonces que lo que nos une es mucho mayor que lo que nos separa; que el aislamiento es lo que nos entrega a la voracidad extranjera, y lo que debilita en esta América que habla español, el sentimiento nacional. Chile, como toda nación indoame-

31 *Ibid.*, p. 65.

32 Ricardo A. Latcham. Prólogo a *Ensayos escogidos*. (Comp. de Juan Loveluck). Santiago de Chile: Zig-Zag, 1958, p. XI.

33 *Mundo imaginario* (1927), *Hispanoamérica, posición crítica* (1931); *Odisea de Tierra Firme* (1931); *Imágenes de Chile* (en colaboración con Guillermo Feliú Cruz) (1933); *Registro de huéspedes* (1934); *Problemas y métodos de la Historia del Arte* (1934); *Intuición de Chile y otros ensayos* (1935); “Pablo Neruda en 1935” (1935).



ricana, busca esa idea nacional que no puede edificarse sino sobre la común Cultura, la organizada Economía y la vasta voluntad de permanencia histórica.

Al bloque cultural y político latinoamericano con que ya soñamos, para salvarnos, Chile aporta su tradición de pueblo sagaz y tranquilo que conoció el Estado mientras otros vivían la montonera, que tiene ya una industria que aspira a ser libre, pero que sufre como todos de falta de eco, de afonía espiritual”³⁴.

Ya el escritor y el hombre combativo llegaba a la madurez. Chile era cobijo y espacio de grandes realizaciones. Compromisos y proyectos bullían en la imaginación del escritor y del soñador social. En Venezuela se avecinaban grandes cambios. Un retorno masivo de exiliados haría la nueva historia. Entre ellos volvía a su tierra Mariano Picón Salas. En la capital chilena habían quedado recuerdos de aulas y amores, libros y amigos inolvidables; tanto lo habían marcado los años transcurridos desde 1923, que el hombre del retorno iba a constituirse en un fundador cultural incansable.



34 “Intuición de Chile”. En: *Viajes y estudios latinoamericanos*. Caracas: Monte Ávila, 1987, p. 19.

Domingo Miliani

MARIANO PICÓN SALAS Y LA BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE³⁵

Me atiborraba de desordenadas lecturas; me placía seguir las huellas de las gentes que fueron, adivinarles en las barbas y las duras levitas de los retratos las pasiones que los agitaron; y comenzaba a acosarme, para que los liberase la fantasía, una nutrida familia de fantasmas.

MARIANO PICÓN SALAS, "TENTACIÓN DE LA LITERATURA",
REGRESO DE TRES MUNDOS (1959).



El joven Mariano Picón Salas, una noche de sábado de 1924, buscaba por las calles santiaguinas la Plaza San Isidro, 387. Allí vivía Eduardo Barrios. Cada semana, reunía una tertulia intelectual en torno suyo. Gran viajero por América Latina, Barrios por entonces (1924-27) era personaje relevante en la vida pública bajo el Gobierno de Ibáñez del Campo: director de Propiedad Intelectual (1925), director de Bibliotecas, Archivos y Museos y Ministro de Educación (1927).

Picón Salas había recibido una carta de don Eduardo, en la cual le agradecía el comentario periodístico sobre su novela *Vida de un pobre diablo*. Lo invitaba a visitarlo. Gracias a la amistad surgida de una lectura, Eduardo Barrios incorporó a Picón Salas en la Biblioteca Nacional de Chile, al lado de Guillermo Feliú Cruz (1901-1973), quien sería en el futuro con Ricardo Latcham

35 Publicado en Domingo Miliani, *El mal de pensar y otros estudios*, Rafael A. Rivas D. (comp.), Mérida, Universidad de Los Andes-Vicerrectorado Académico, 2006, pp. 317-321. Fechado en Santiago de Chile, 20 de noviembre de 2001.

y Salvador Reyes, integrante de aquel universo de amigos hasta el último día de la vida.

El cargo para el cual fue seleccionado Picón Salas, no pudo ser más acertado. Feliú Cruz, su compañero de trabajo y amigo fraternal precisa que “...fue funcionario de la Biblioteca, desde su nombramiento por decreto supremo 695 del Ministerio de Educación Pública, del 18 de marzo de 1927, como Oficial de Número. Eduardo Barrios lo incorporó al servicio. Se le entregó la función de la adquisición de libros en atención a su dilatada cultura general. Encontró allí un puesto cómodo y descansado. Fue esta una época feliz de su vida espiritual y de tranquilidad como escritor. Pudo leer a sus anchas cuanto quiso y deseó y a veces de primera mano. El cargo le permitía disponer, por la compra, de las primicias literarias y científicas que anunciaban las librerías o editoriales o que él descubría en sus rebuscas. Así lo reconoció él mismo”³⁶.

Añade el biógrafo que Picón Salas no fue “un modelo de funcionario”. Era reacio a la disciplina formal. Dedicó tiempo a tertulias formativas. Con el propio Feliú comentaba temas de Historia americana. Allí continuó su descubrimiento de la pasión histórica, cuyo antecedente chileno se ubica en la Biblioteca del Instituto Nacional, donde fue Inspector de Estudiantes y donde conoció al maestro José Toribio Medina, a quien llamó, entre otros calificativos elogiosos, “Sumo Oidor de la Historia americana, que de leer tantos papeles coloniales podía contar —como si lo hubiera visto— cómo se desarrolló un proceso de la Inquisición”³⁷.

Desde el rincón de la Biblioteca Nacional, a fuer de hurgar en libros y documentos del Fondo José Toribio Medina, dirigido

36 Cf. *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*. Caracas, La Casa de Bello, 2000, p. 66.

37 “En la fértil provincia señalada”, *Regreso de tres mundos. Autobiografías*. Caracas, Monte Ávila, 1987, cap. VI, p. 209.





por su entrañable Guillermo Feliú Cruz, Mariano Picón Salas terminó leyendo en el hombre y en la geografía chilenos, como había aprendido en la adolescencia merideña al hojear los viejos papeles del abuelo Federico Salas Roo. Hombre y paisajes pueden ser tan legibles o ilegibles como las páginas escritas. Son otros lenguajes a cuyos códigos sólo acceden las sensibilidades que saben mirar más allá de las nieblas y las máscaras. Y uno de esos lectores de mundos fue don Mariano.

En la Biblioteca Nacional, Picón Salas y Feliú Cruz compilaron uno de los más bellos libros sobre costumbres y gente de los siglos XVIII y XIX. Lo titularon *Imágenes de Chile*. Con estupendo humor recuerda Feliú Cruz aquel libro, producto del esfuerzo de dos empresarios de ilusiones. En el Capítulo introductorio a la biografía chilena de Picón Salas, cuenta Feliú que *Imágenes de Chile*, nació como resultado de un diálogo en esta biblioteca:

Un día como cualquier otro del mes de mayo de 1932, entró a mi Oficina en la Biblioteca Americana de José Toribio Medina de la Nacional de Santiago, mi ex alumno y amigo Mariano Picón Salas, funcionario de ese establecimiento. Tenía a cargo la sub-sección adquisición de obras, en atención a su preparación literaria, y, sin rodeos, me dijo:
—¿Qué hacemos para salir de esta pobreza?
—Pues, hagamos un libro —le respondí.
—¿Y cuál y cómo sería ese libro? —me inquirió con vehemencia.
—Uno sobre Chile que relate la vida del pasado en sus diferentes aspectos, a través del testimonio de los viajeros extranjeros —aclaré.
—Es buena la idea y no es difícil de realizar —arguyó Mariano Picón Salas³⁸.

Imágenes de Chile alcanzó tres ediciones. Las dos primeras muy exitosas, animaron al editor-mecenas don Carlos George Nascimento para una tercera, de 1970. Picón Salas había muerto en 1965. Su amigo no lo olvidó nunca. Escribió un prólogo en homenaje al compañero desaparecido: *Para un retrato psicológico*

38 *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*. Caracas, La Casa de Bello, 2000.

de Mariano Picón Salas. Allí vive la historia cultural compartida por ambos con otros escritores y fabricantes de utopías. Con motivo de cumplirse cien años del nacimiento de don Guillermo, el pasado año 2000, fue reeditado el Retrato de don Mariano, por la Casa de Bello en Caracas. Ahora, con motivo del otro Centenario, el de don Mariano, cuatro instituciones tomaron en sus manos la iniciativa de reimprimirlo para lectores chilenos de hoy. Son la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Congreso, la Universidad de Chile y la Embajada de Venezuela. Tenemos la esperanza de verlo pronto en circulación³⁹.

Por los mismos años en que la idea de los dos escritores estaba gestándose, llegó a Santiago y visitó la Biblioteca Nacional otro grande en espíritu latinoamericanista: Alfonso Reyes. Aquí hizo tertulia con Picón Salas, Feliú y otros amigos. En carta inédita fechada el 16 de agosto de 1933, para Ricardo Latcham, quien se hallaba en Pucón, Picón Salas comenta:

Aquí entre las novedades literarias está la llegada de Alfonso Reyes que viene a buscar unos días de reposo cordillerano, pues se siente muy cargado de trópico y diplomacia. No va a desempeñar ninguna actividad pública. Hoy lo fui a ver al “Crillón” y tuvimos con este hombre pequeñito de cuerpo pero de espíritu muy fino, una hora de charla muy cordial. Le di, para que contrarrestara la impresión del mundo oficial, un panorama de los problemas que a nosotros nos interesan; le hablé de ti y de los hombres jóvenes que representan dentro de la soterrada vida chilena un nuevo ímpetu.

La correspondencia de Picón Salas y Alfonso Reyes comenzó en 1927. Ha sido compilada recientemente por Gregory Zambrano⁴⁰. Reyes era embajador en Brasil. Picón

39 La obra se editó ese mismo año con prólogo de Domingo Miliani titulado “Feliú Cruz y Picón Salas”. Santiago de Chile: Biblioteca del Congreso Nacional de Chile-Universidad de Chile-Embajada de Venezuela, 2001, 129 p. [Nota de Rafael Ángel Rivas en la edición original].

40 Cf. *Odiseos sin reposo. Mariano Picón Salas y Alfonso Reyes (Correspondencia 1927-1959)*. Mérida, Venezuela. Casa de las Letras Mariano Picón Salas, 2001.





Salas le escribe desde la Biblioteca Nacional el 13 de noviembre de ese año y en su carta revela conocimiento de la obra del mexicano. En discretas funciones preparatorias de la VII Conferencia Internacional Americana, Reyes visitó Uruguay, Argentina y Chile entre el 7 de agosto y el 5 de octubre de 1933. Estos datos confirman el diálogo del Hotel Crillón y, además, por carta de Picón Salas escrita en la Biblioteca Nacional con fecha 9 de mayo de 1934, podrían imaginarse las tertulias que tuvieron por escenario esta Biblioteca: “Volví a escucharle —como aquella tarde de la Biblioteca Nacional en que Ud. convirtió en deleitosa meditación moderna los silogismos del peregrino Fuente la Peña, al través de la magnífica edición que me remitió, junto con el poema a Güiraldes que ya había gustado en la privatísima edición de Buenos Aires. Aquí se le recuerda a Ud. con afecto y siguen viviendo los estímulos espirituales que dejó a su paso”⁴¹.

Los años chilenos vividos por Picón Salas (1923-1936) fueron poblándose de libros y tertulias, de remembranzas y aprendizajes latinoamericanos. Centro de confluencias, casi embudo de un vórtice infinito de diálogos escritos en libros o de libros que dialogan en charla, fue esta Biblioteca Nacional. Y una vez más me convenzo de la profundidad conmovedora que encierra una frase de Goethe. La recordaba Antonio Caso, en el Ateneo de la Juventud. La retomó Pedro Henríquez Ureña en homenaje a Alfonso Reyes. Hoy pudiera transferirse una vez más en el homenaje a Picón Salas: “La Literatura es la sombra de la conversación”. Mientras los hombres no perdamos la capacidad de mantener ese diálogo infinito de memorias, todavía tendremos la esperanza de que los negociantes de la muerte no sigan ensombreciendo la pequeña esfera errabunda en el espacio.

41 Gregory Zambrano; comp., *op. cit.*, p. 46.

Hernán Miranda

MARIANO PICÓN SALAS, UN VENEZOLANO ENTRE NOSOTROS⁴²

Sorprendentes y poderosos vínculos han unido a Chile y Venezuela en los últimos dos siglos. Baste para ello mencionar que el independentista caraqueño Francisco de Miranda fue maestro y guía de O'Higgins, y que al también caraqueño Andrés Bello le correspondería ser el primer rector de la Universidad de Chile, además de que redactó nuestro Código Civil y ejerció enorme influencia en la vida cultural del siglo XIX (y tanto es así que a Bello se debe que los chilenos hablemos hoy de tú y no de vos, como se sigue haciendo en Argentina o El Salvador).

En contrapartida, intelectuales chilenos, como Pablo Neruda y Gabriela Mistral, tuvieron gran influencia en la vida cultural venezolana del siglo XX, a lo que se suman los intercambios fortuitos pero a la larga provechosos derivados de los mutuos exilios. Por ejemplo, la novelista Isabel Allende inició su exitosa carrera literaria desde Caracas, en tanto otros intelectuales como Martín Cerda, Mahfúd Massís y Humberto Díaz Casanueva realizaron una intensa labor cultural en este país hermano.

A todo ello habría que agregar un hombre de primera importancia: Mariano Picón Salas, uno de los mayores hombres de letras venezolanas del siglo XX, que llegó a Chile huyendo de la dictadura del general Juan Vicente Gómez en 1923, a los 22

42 *MTG* (Santiago de Chile), 29-1-2001, pp. 8-9.



años de edad, y regresó a su patria a la muerte del dictador en 1936, luego de lo cual retornó en 1937 y permaneció en nuestra tierra hasta 1938, una presencia que aquí dejó profundas huellas en la vida literaria y universitaria.

En Chile escribió parte importante de su obra, y realizó una brillante carrera académica. Es que, como lo dijo el crítico literario Ricardo Latcham, Picón Salas, “después de Andrés Bello, ha sido el venezolano más incorporado a nuestra realidad”.

En un acto efectuado el viernes en la Biblioteca Nacional, se rindió homenaje al centenario del escritor, nacido en Mérida el 26 de enero de 1901 y fallecido en Caracas el 1º de enero de 1965, y se dio inicio a una serie de actividades tendientes a realzar su vida intelectual realizada en nuestro medio, como la publicación de la obra *Imágenes de Chile*, en conjunto con el historiador Guillermo Feliú Cruz, que lo muestra como un profundo conocedor de la historia, las costumbres y la geografía de nuestra tierra.

A ello se agrega el dato no menos significativo de que el escritor venezolano se haya casado con una chilena, Isabel Centro Manso, que su única hija, Delia Isabel naciera en suelo chileno y que, curiosamente, sus dos hermanas, Josefina y Adita, viven todavía entre nosotros. A ello habría que agregar que el regreso del escritor a Venezuela fue decidido a raíz de que el novelista Rómulo Gallegos, que había asumido la Secretaría de Instrucción Pública en el gobierno de transición de Eleazar López, lo llamó para que encabezara un proceso de transformación de la enseñanza.

Fue así como Picón Salas organizó una misión de educadores, integrada por Eugenio González, Juan Gómez Millas, el poeta Humberto Díaz Casanueva, Omar Vera, Humberto Fuenzalida, Humberto Fuentes, Manuel Mandujano y Humberto Parodi, quienes crearon el Instituto Pedagógico Nacional, lo que es hoy la Universidad Pedagógica Libertador.



El actual embajador de Venezuela en Santiago, Domingo Miliani González, egresado de esa casa de estudios y también un destacado intelectual, menciona la gratitud que se siente en su patria por esa histórica colaboración en una época en que Venezuela tenía un alto analfabetismo.

Después de 1973, uno de esos educadores, Manuel Mandujano, retornó como parte del masivo exilio chileno, en un nuevo capítulo de la férrea amistad entre los dos países.

Lo anterior no es más que una apretada síntesis de una relación de Picón Salas con Chile que bien podría servir de argumento para una gran obra cinematográfica. Es una historia que se inicia con el desembarco del joven escritor en Valparaíso, en compañía de sus padres y hermanas⁴³.

En ese Valparaíso de inicios de los años 20, el venezolano empezó trabajando como vendedor de una modesta mueblería, para después convertirse en reportero del diario *La estrella*.

El paso siguiente fue trasladarse a Santiago, donde ingresó como alumno de historia en el ex-Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, que entonces se ubicaba en Alameda con Cumming, y de inmediato empezó a vincularse a la vida literaria santiaguina.

Así es como sus primeros artículos aparecieron en la legendaria revista *Claridad* de la Fech, la misma que publicó los primeros poemas de Neruda.

La actividad de Picón Salas en Chile resultó variada y muy provechosa intelectualmente. Después de ser inspector

43 Picón Salas y su padre Pio Nono Picón viajan solos, en 1923. Se embarcan en Panamá rumbo a Valparaíso. Allí se separan. Pío Nono se instala en Santiago y más tarde se le unen su esposa, Elena Ruiz Fonseca y sus hijos mayores, Alberto y Josefina. La hija menor, Ada, permanecería todavía un tiempo más en Mérida al cuidado de sus abuelos maternos. [N. del C.]



del Instituto Nacional y desempeñarse como jefe de trabajos prácticos en la U. de Chile, en 1927 ingresó como funcionario de la Biblioteca Nacional, en tanto al año siguiente recibió el grado de doctor en Filosofía y Letras en la casa de Bello.

Al mismo tiempo, fue profesor del Internado Nacional Barros Arana hasta 1930, junto con mantener una estrecha amistad con muchos de los escritores de esa época, como Eduardo Barrios, Mariano Latorre, Carlos Préndez Saldías, Alberto Romero y el estudioso Guillermo Feliú Cruz.

Otro dato de primera importancia y poco conocido es que en 1932, a la caída de Ibáñez, Mariano Picón Salas, ocupó fugazmente, por acuerdo entre los estudiantes y las autoridades, la rectoría de la Universidad de Chile, en conjunto con otros dos catedráticos: Pedro León Loyola y Pedro Godoy.

Durante su exilio en nuestro país, Picón Salas publicó varias obras, entre ensayos y narraciones: *Mundo imaginario*; *Odisea de tierra firme*; *Hispanoamérica, posición crítica*; *Imágenes de Chile. Vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX*; *Registro de huéspedes*; *Problemas y métodos de la historia del arte*; *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica* y *Preguntas Europa*.

A ello se añade numerosos artículos aparecidos en revistas como *Atenea* y *Letras*, en tanto fundó y dirigió la revista literaria *Índice*. De la extensa obra escrita luego de su exilio en Chile se destacan títulos como *Los tratos de la noche*; *Regreso de tres mundos*; *Hora y deshora* y *Pedro Claver, el santo de los esclavos*.



ESCRITOS DEL INTELLECTUAL SOBRE CHILE DE LOS AÑOS 20

Aquí presentamos algunos extractos de textos escritos por el intelectual venezolano Mariano Picón Salas.⁴⁴



NERUDA JUVENIL

En la Federación de Estudiantes de Chile y en el Instituto Pedagógico encontré muchachos de la más varias patrias americanas, y me llevaron a contarles la tragedia de Venezuela.

Me convidaron, luego, a cenas juveniles que terminaban recitando versos de los poetas últimos, y allí vi y oí por primera vez a un joven largo, de descoyuntados pasos y de voz melancólica, que se llamaba Pablo Neruda.

¡Qué efecto de extraña salmodia —contra todas las normas de la recitación— nos hacían sus versos desgarrados que levantaban en nosotros aquel subconsciente nocturno de tristeza, indecisión, vaga y herida sensualidad que duerme en el alma mestiza!

¡Cómo iba a identificar después la voz y la poesía de ese hombre con el paisaje llovido, desbordado y relampagueante del sur de Chile, de donde viene desde los bosques profundos la voz de la “trutruca”, la larga trompeta en que el indio araucano lanza su alarido cósmico!

⁴⁴ [Mariano Picón Salas, *Regreso de tres mundos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1959, pp. 78-81. N. del C.]

VIDA CULTURAL

En la tertulia literaria de Eduardo Barrios, las noches del sábado; en la casa de Armando Donoso, en la de la encantadora Sara Hübner (primeros nombres, primeros amigos fraternales que iba encontrando en el dédalo de mis andanzas) se interesaron por mi suerte. O tenía la oportunidad de medir aquella hospitalidad chilena tan dispuesta, que no sólo convida la taza de té y la buena conversación, sino es capaz de ofrecer servicios más permanentes. Era, sencillamente, un hombre joven que necesitaba trabajo. y me daban cartas de recomendación o hacían llamadas telefónicas a personajes influyentes, hasta que la mejor oportunidad se me ofreció como inspector de estudiantes en el Instituto Nacional de Santiago, para que pudiera continuar mis estudios universitarios. Estaba ya instalado con el colchón y las sábanas y los mínimos utensilios de mi pobreza, en uno de los dormitorios del viejo establecimiento. Por allí pasaron —desde que en 1813 el prócer José Miguel Carrera fundó el Instituto— generaciones y generaciones de chilenos ilustres y algunos hispanoamericanos errantes que buscaron en Chile "asilo contra la opresión", y caluroso hogar de cultura. Una historia edificante que contaban los institutanos era la de don Manuel Montt, el egregio Presidente, amigo de Andrés Bello, quien desde su pobreza y mediocridad de vigilante de muchachos se elevó, por el estudio, a gran jurista y austero organizador civil de la República. Todos los movimientos sociales y literarios del país se asociaban de algún modo a los fastos del Instituto: el Romanticismo político con el mensaje inflamado de Bilbao denunciando el abuso de las oligarquías y la miseria del pueblo; las luchas de los liberales por forjar un Estado laico contra la abrumadora tutela eclesiástica; el Positivismo con la áspera y gruñona figura de Barros Arana, quien quiso inundar en Ciencia moderna los últimos residuos del verbalismo colonial; esa especie de "kulturkarnpf" contra el prejuicio y las convenciones que realizaron en Chile aquellos profesores alemanes, doctores de Gotinga y de Heidelberg, que trajo para reformar la enseñanza el Presidente Balmaceda en 1889; el Modernismo literario en los versos estridentes de un malo y copioso imitador de Daría, pero hábil forjador de palabras y ritmos audaces, que se llamó Pedro Antonio González. De semejante pasado, iluminado de anécdotas y tradición, me hablaban los inspectores y profesores del Instituto, mientras soy la cara nueva, de acento distinto, que se incorpora a la larga mesa donde sirven el sabroso "charquicán", el estofado y el té de almuerzo. Hablan los jóvenes de Política y Literatura, de los debates de radicales y conservadores, de las polémicas en el Congreso,



de los libros y las gentes de moda, y parece completarse así un capítulo de mi formación de hombre. Contra la reticencia venezolana -legado de las dictaduras- que nos acostumbró apenas a insinuar las cosas o a velar con un rictus las palabras que no queríamos decir, aquí se habla a pulmón libre, y se enfrentan en la discusión los más diversos juicios. Tenemos muy poco dinero, pero se prolonga durante los recreos la animosa charla; compartimos nuestros cigarrillos baratos, paseamos por calles y plazas, o vamos en la tarde de un domingo a un baile estudiantil donde hacemos gentiles amistades femeninas que ya nos convocan por teléfono. Como el trabajo del Instituto me deja tiempo, me inscribo en los cursos de Historia de la Facultad de Filosofía y Educación. Tengo la alegría de un neófito que empieza a descubrir formas del conocimiento que le eran desconocidas.



María Monvel

MARIANO PICÓN SALAS. LECTURA SELECTA⁴⁵



Nació en Venezuela en el año 1901. Tiene, pues, 26 años de edad. Y la política borrascosa de su país, lo impulsó a alejarse de su tierra. Y de todas las tierras americanas donde pudo marchar en busca de aventuras, prefirió venir a Chile. Hace cuatro años que vive entre nosotros, y durante esos cuatro años, se ha conquistado numerosos amigos, gracias a su talento indiscutible, a su sencillez y a su carácter tranquilo y sin envidias. En Venezuela, había publicado ya dos libros, más que de juventud, de adolescencia, que considera con un desprecio afectuoso. En Chile ha publicado en *Atenea* y en *Zig-Zag*, algunos cuentos y artículos. Nascimento editará una novela suya que ya tiene en prensa.

El cuento que publica hoy en *Lectura selecta* reúne las finas características de su estilo minucioso y exacto en los detalles, un estilo como si dijéramos hambriento de verdad. Episodio sin duda autobiográfico, da cuenta de sus andanzas de vagabundo por la ciudad dormida y todavía no del todo entregada. Y después, la vulgar circunstancias de su encuentro con una buscona, pero no tampoco la buscona corriente, sino una muy “sui generis” delicada y enferma, que físicamente le repele y le conmueve el espíritu juvenil en un arrebato de piedad ardiente.

45 *Lectura selecta*, núm. 35, año 2, 13-5-1927, pp. 5-6.

Dentro del suceso sin importancia, el equilibrio casi perfecto de un talento seguro y como maduro a pesar de su corta experiencia. Acción muy expresiva y sin movimiento, como el de las recitadoras seguras de las sugerencias de su voz. En suma, un talento sin balbuceos, y sumamente medido a pesar de su extracción tropical.⁴⁶



⁴⁶ Presentación a *Aventura de un hombre vago (Divagaciones psicoanalíticas)*, Santiago de Chile, *La Lectura Selecta*, Revista Quincenal de Novelas Cortas, 1927, 30 p. [N. del C.]

Ronnie Muñoz Martineaux

MARIANO PICÓN SALAS EN LA RUTA DE ANDRÉS BELLO⁴⁷

No hay duda que, después de Andrés Bello, la figura venezolana más notable por su labor pedagógica y literaria en nuestro país fue Mariano Picón Salas. Llegado a Chile desde Mérida, en 1923, puso al servicio de nuestra universidad y el país su sorprendente acervo cultural superponiéndose fuertemente con todos los movimientos intelectuales de su tiempo.

Nacido en la mencionada ciudad el 26 de enero de 1901, ya a los quince años publica, precozmente, el poemario “Moza campesinas”⁴⁸ e inicia sus estudios de Derecho a los 17 años en la Universidad de Los Andes. Posteriormente, a los 21 años, fue nombrado jefe de los Servicios de la Dirección de Política Internacional. Y luego Director de Política Económica de su país⁴⁹.

La fulgurante carrera diplomática y literaria de Picón Salas fue cercenada en 1923, al igual que la democracia venezolana,

47 *U-Noticias* (Revista, Santiago de Chile), núm. 29, nov. 2001, p. 10.

48 Se trata de una breve composición en prosa poética, publicada originalmente en el periódico *Desde la Sierra* (Mérida), vol. 1, núm. 15, 1917, p. 3. Recogida luego en su primer libro *Buscando el camino*, Caracas, Cultura Venezolana, 1920, pp. 34-36. [N. del C.]

49 Con la ayuda de su profesor de Filosofía del Derecho, Esteban Gil Borges, entonces ministro de Relaciones Exteriores, ocupa por breve tiempo el cargo de “Jefe de servicio”, primero en la Dirección de Política Internacional y luego en la de Política Económica de la cancillería. [N. del C.]



con el advenimiento de la siniestra dictadura del general Juan Vicente Gómez, lo que determina su largo exilio.

EN LA RUTA DE DON ANDRÉS

El gran humanista tenía 22 años cuando arribó a Valparaíso. Nuestro país lo atraía, tanto por la magnífica experiencia de Andrés Bello, como por el movimiento intelectual y político de los años veinte. En los inicios conoce el duro pan de la diáspora y trabaja de vendedor de muebles y, posteriormente, consigue un cargo de reportero en *La Estrella* de Valparaíso. No obstante, su meta era Santiago, adonde lo impele su pasión por la enseñanza y la literatura.

En la capital ingresa al Instituto Pedagógico y sus artículos pronto son recogidos por la legendaria revista *Claridad*, donde Neruda también se iniciaba con sus primeras armas. Su inquietud se enfila por diversos cauces: Inspector en el Instituto Nacional, alumno de Historia en la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile; Oficial de número de la Biblioteca Nacional, más tarde, Profesor del Internado Nacional “Barros Arana” y de la Cátedra de Historia del Arte y Literatura de las Facultades de Bellas Artes y Filosofía de la Casa de Bello.

En sus recuerdos autobiográficos el egregio venezolano evocaría su profunda integración a la vida universitaria: “En la Federación de Estudiantes de Chile y el Instituto Pedagógico, encontré muchachos de las más variadas patrias americanas y me llevaron a contarles la tragedia de Venezuela”. Respecto al Instituto Nacional, hace una emocionada evocación: “Por allí pasaron, desde que en 1813 el prócer José Miguel Carrera fundó el Instituto, generaciones y generaciones de chilenos ilustres y algunos hispanoamericanos errantes que buscaron en Chile “asilo contra la opresión”, y caluroso hogar de cultura... todos los movimientos sociales y literarios del país se asociaban de algún





modo a los fastos del Instituto. El Romanticismo político con el mensaje inflamado de Bilbao, denunciando el abuso de las oligarquías y la miseria del pueblo; la lucha de los liberales por forjar un Estado laico contra la abrumadora tutela eclesiástica, el positivismo con la áspera y gruñona figura de Barros Arana, quien quiso inundar en ciencia moderna los últimos residuos del verbalismo colonial...”

Mariano Picón Salas encontró en la Universidad de Chile refugio y aliento para su fecunda labor intelectual. Ello se patentiza en el curso de trece años, esto es desde 1923, año en que llega el país, hasta febrero de 1936, que regresa a su patria a la caída de la satrapía de Juan Vicente Gómez, para asumir como Superintendente de Educación.

En 1937 retorna a Chile y retoma la cátedra de Arte y Literatura Comparada en la Casa de Bello. Ese mismo año nace su única hija Delia Isabel. Mas nuevamente es requerido por el gobierno de Venezuela, así, en 1938 lo tenemos nuevamente en Caracas, donde asume el cargo de Director de Cultura y Bellas Artes.

RECTORADO FUGAZ

Es importante revelar que recién recibido de Doctor en Filosofía y Letras en nuestra Universidad el gran autor de *Regreso de tres mundos* contrae matrimonio con Isabel Cento Manso. Ello fortaleció aún más su amor en nuestra tierra y su compromiso con los movimientos literarios y sociales que se vivían a fines de la década de los veinte. No hay que olvidar que desde su arribo a Valparaíso, don Mariano se había vinculado con los movimientos anarcosindicalista y socialistas.

En 1932 luego de la caída de la dictadura del general Carlos Ibáñez del Campo, el país cruzaba por graves eclosiones

político-sociales. El movimiento estudiantil que veía en el maestro venezolano a una brillante figura del pensamiento y a un adelantado de su tiempo consiguió que ocupara el cargo de Rector en conjunto con los académicos Pedro León Loyola y Pedro Godoy. Su rectorado fue fugaz, pero descolló en medio de los tempestuosos tiempos de la reforma universitaria, su valor y oratoria encendidos. Así patentizaba el ejemplo de su maestro Pedro León Loyola, que arengaba a los estudiantes en las calles a gritos de: “O vivir libres o no vivir”.

En su autobiografía *Regreso de tres mundos*, escribiría más tarde: “Se pensaba, bellamente, en esos años del 20 y tantos que el ímpetu de reforma universitaria que había recorrido todo el Continente desde la Córdoba argentina hasta el México donde era Ministro José Vasconcelos, no sólo nos haría más sabios y justos, sino contribuiría a modificar la áspera realidad de tiranos y tierras intervenidas, que era la de toda la América Latina. Nunca como en esos años tuvimos el deseo de ser más generosos. Pensábamos que otra generación de la Independencia habría de encontrarse, para restablecer la unidad de nuestro perdido destino continental. Cada estudiante que asaltaba la apasionada tribuna quería ser por un momento el nuevo Bolívar, el nuevo Martí. Padecíamos por toda la América de nuestra sangre, fuese la de la Revolución mexicana o la Nicaragua de Sandino”.

La amplia acogida que le brindó la Universidad de Chile, el profundo fervor que consagraron sus alumnos a sus enseñanzas, signaron sin duda su permanencia entre nosotros. Al respecto el escritor diplomático Domingo Miliani ha dicho: “Si la Biblioteca Nacional forjó la erudición del gran latinoamericanista, el tránsito por la Universidad de Chile labró un educador y un combatiente por las causas sociales y culturales ...”



ESCRITOR DE LA LIBERTAD

Vasta y poderosa es la obra literaria de quien fuera catalogado como “Escritor de la Libertad”. Desde su obra primigenia, “Mozas campesinas”, publicada en 1916, recorre los multifacéticos senderos de la poesía, el ensayo, la historia, la prosa y la crónica periodística. En Chile se vinculó con fervor a la vida literaria de la época merced al decidido apoyo del novelista Eduardo Barrios.

Tal como anota el Embajador venezolano Domingo Miliani: “La tertulia de Eduardo Barrios fue el umbral de ingreso a la vida santiaguina: tertulias, universidad y ambientes intelectuales sacudidos por brisas renovadoras...”

Es precisamente en casa del gran autor de *El niño que enloqueció de amor*, que Picón Salas se conoce e inicia imperecedera amistad con Armando Donoso, Salvador Reyes y Sara Hübner. Más tarde, y siendo director de la Biblioteca Nacional, Barrios lo hace contratar, en donde inicia gran amistad con Guillermo Feliú Cruz, de quien fuera alumno. Esta concatenación de ideales hace que maestro y discípulo compilen el celebrado libro *Imágenes de Chile* (1933) que alcanzará numerosas ediciones. De sus colaboraciones literarias dan cuenta sus enjundiosos trabajos en la revista *Atenea* de Concepción, mas su mayor logro fue la fundación de la revista *Índice*. Allí estuvieron las plumas de Eugenio González Rojas, Ricardo Latcham, Domingo Melfi, Mariano Latorre, Benjamín Subercaseaux, Fernando Santiván y otros.

En general, en la mayor parte de sus escritos, Picón Salas transmite acrisolados sentimientos de unidad latinoamericana. En su ensayo “Intuición de Chile”, expresa: “Pensamos que, como en las logias y los ejércitos de hace cien años, nuestra inquieta juventud de América volverá a encontrarse para realizar un plan grandioso. Veremos entonces que lo que nos une es mucho mayor



que lo que no separa: que el aislamiento es lo que nos entrega a la voracidad extranjera y lo que debilita en esta América que habla español...”.

Es precisamente durante su permanencia en Chile que escribe dos obras capitales: *Intuición de Chile y otros ensayos* e *Hispanoamérica, posición crítica*. En ambos trabajos aboga por la formación de un férreo bloque político y cultural latinoamericano.

Esta es parte de la labor literaria y docente de uno de los más brillantes humanistas venezolano del siglo XX, quien se integró con fervor a nuestra universidad y cultura nacionales. Con cuánto acierto dijo don Ricardo Latcham: “Picón Salas, después de Andrés Bello, ha sido el venezolano más incorporado a nuestra realidad”.



Eugenio Pereira Salas

AUTÉNTICO VALOR DE LA CULTURA HISPANOAMERICANA⁵⁰



Es, sin duda, Mariano Picón Salas uno de los valores más auténticos y valiosos de la cultura espiritual de Hispanoamérica. Su existencia plena, movida y trashumante queda unida indisolublemente a nuestro país, que hizo madurar su talento, en esa austera lección universitaria que él se complacía en evocar. Vivió entre nosotros su primera juventud. Graduado en la Universidad de Chile, repartió docencia superior en diversas escuelas. Aquí se publicaron sus libros iniciales, con algo de risueña experiencia personal, nostalgia del terruño aherrojado entonces por la dictadura y antipos de sus rectoras ideas humanistas.

Viajó por doquier con la patria en su corazón. Fue embajador en Brasil y en México, en la Unesco, profesor de la Universidad de Columbia, peregrino en Europa. Alcanzó figuración nacional en la Venezuela democrática restaurada. Animó múltiples cruzadas de bien público y meditó profundamente sobre las esencias americanas. Personalidad espontánea y simpática, suave filósofo en la línea del neo-espíritu de la ilustración, su pensamiento corría diáfano en el ensayo, género en que fuera maestro. Historiador erudito y comprensivo, estudió el proceso literario y artístico de su patria. Fue biógrafo de su ilustre compatriota Francisco de Miranda. A su pluma se deben libros tan excelentes como *De la conquista a la independencia*, que circula traducido a

50 *El Mercurio* (Santiago de Chile), 11-1-1965, p. 5.

diversos idiomas, tan hermosos y delicados como su *Pedro Claver, el santo de los esclavos*. Supo aquilatar valores olvidados, repensar con originalidad muchos problemas y verdades; defendió con entereza la noble causa de la individualidad humana. Creía en la América con fe de devoto, y compartió ese tipo de amistad que deja herencia tan cuantiosa como el riquísimo caudal de sus *Obras selectas*, recogidas en denso volumen trascendente.



Ricardo Ramírez Requena

MARIANO PICÓN SALAS EN CHILE: 1923-1936⁵¹

Partí, es cierto, sin ninguna vocación de héroe, quizá defendiendo egoístamente lo más personal e intransferible.

MARIANO PICÓN SALAS



En 1923, Mariano Picón Salas parte para Chile, a un largo exilio de 13 años. Tiene apenas 24 años, y cuando regrese al país, en 1936, luego de la muerte de Juan Vicente Gómez, tendrá 37, un título universitario, experiencia laboral y profesoral, y un matrimonio. Es en Chile en donde ocurren sus años de formación intelectual y de vida, en un país muy alejado de las realidades del suyo en esos tiempos. El país del que se aleja Picón Salas es un país sembrado de gomecismo hasta los tuétanos, donde la cárcel parece ser el camino de la mayor parte de los estudiantes que quisieran ver realizadas las ideas progresistas que viven con ardor en sus cabezas.

En *Regreso de tres mundos* (Otero ediciones, 2015), podemos recorrer el periplo vital de Picón Salas en sus años de formación: sus primeros estudios, la llegada a Caracas y su estadía breve en años allá, y su partida hacia Chile, en un exilio voluntario pero también, según sus reflexiones, inevitable.

51 En su libro: *Otros bosques. Ensayos sobre literatura venezolana contemporánea*, Bogotá, El Taller Blanco Ediciones, 2019, pp. 87-93.

En verdad, el panorama no puede ser más desolador. Picón Salas parte hacia el sur cinco años antes del año 28, con el resonar que significó la participación activa de los estudiantes contra el régimen de Gómez, y la esperanza de un cambio de gobierno que se diluyó como sal en el agua. El ambiente intelectual en Venezuela no es, para nuestro autor, el más elevado e idóneo. Su estadía en Caracas, a donde llega desde su Mérida natal en 1919, llena de momentos dorados de juventud, se va oscureciendo ante la imposibilidad de un futuro. Nos dice Picón Salas:

Pero todo ser puro en aquella Venezuela en que triunfaban los más audaces y cínicos (ya lo observé cuando hice entrega de las cartas de recomendación) tenía que preguntarte si valía la pena cumplir la vigilia de Parsifal en busca del vaso sagrado. ¡Cuántas generaciones se frustraron persiguiendo esa copa divina que debía contener sólo unas gotas de libertad; las necesarias para producir la alegría del pueblo en servidumbre! Al final de toda ascesis, de este pulimiento del alma para su tarea superior, nos esperaban —como a las mejores y dignas gentes del país— las cárceles de Juan Vicente Gómez.

La visión de la vida intelectual y de la posibilidad de desarrollarla es oscura. Picón Salas ve la mediocridad reinante en la capital, llena de poetas borrachines, de gente vendida al gomecismo, o de algunos otros que han preferido el silencio creador, sin esperanzas mayores de publicar, mientras se van consumiendo como un cáncer. No ve Picón Salas con buen ánimo ni talante a los “viejos escritores” y sus tertulias, mucho menos la pobreza reinante entre todo individuo dedicado a la cultura. Frustración histórica, es una frase frecuente en su pluma al recordar esos años. Apenas el solaz del gozo sexual con las muchachas y las clases con Razetti, levantan alabanzas mayores. Impotencia, imposibilidad, escepticismo, descreimiento, son palabras que aparecen en la mente del lector al leer algunas páginas de sus memorias. Poco tiempo después, se regresa a Mérida, a ayudar a su familia en sus tierras, pero esta aventura terminaría en fracaso: el quiebre de su padre y la ruina de su familia. Ante un escenario como este, se ve resuelto a abandonar el país: “También nosotros nos marchamos



buscando un poco de sombra en la desazón de nuestro destino. No somos precisamente héroes, pero quisiéramos hacer algo o partir muy lejos”.

CHILE

El ideal para partir de Picón Salas es romántico. Sueña con la realización intelectual y artística, y con la posibilidad de un futuro de triunfo (más que de fama). Piensa que su permanencia en Venezuela significaría una vida de “señorito que no sufre por la comida ni por la ropa limpia” y, como rechazo a ese futuro, se imbuje del ideal del inmigrante de todos los tiempos: “vencer la adversidad con el trabajo de mis manos, con la energía y la constancia que extrajera del alma”. Su llegada ocurre en Valparaíso, luego de viajar en un barco lleno de gallegos y asturianos, entre otros gentilicios. Estos están llenos de optimismo, el optimismo y la esperanza que sostienen los que sueñan y creen en un futuro promisorio y cierto en tierras diferentes a las suyas. Consigue trabajo en una casa “de minutas”, dedicado a la compra y venta de muebles y objetos. No es un lugar agradable. Duerme en el mismo establecimiento, para resguardarlo de posibles ladrones. En Valparaíso comienza, casi inmediatamente, a relacionarse con grupos políticos anarquistas. Comienza, también, a escribir varios artículos que salen publicados en la revista, *Claridad*, de Santiago. El hecho de que le aceptaran los artículos lo estimula y lo hace cuestionarse esos días de trabajar en la tienda. En otro periódico, *La Estrella*, le publican una nota sobre Eduardo Barrios. El autor le escribe agradeciéndole el texto y lo invita a su casa. Muy pronto, Mariano Picón Salas se ve tomando el tren a Santiago, olvidando nuevamente esa vida mediocre y procurando seguir el camino de sus sueños de escritor.

Picón Salas vive la exaltación agradecida de quien vive la experiencia de la oportunidad en tierras foráneas. Su exaltación y agradecimiento, su idealización incluso, es enorme. Chile significa para Picón Salas algo que no consiguió en Venezuela:



un sentido de la medida, del orden inglés, de paz constitucional y jurídica. También, el ejemplo de Andrés Bello termina siendo proverbial. Nuestro autor procura algo que suele ser despreciado: un espacio donde priva el sentido común. Chile lo fue para Bello. También lo será para Picón. (Otras experiencias venezolanas en Chile, como la de Juan Sánchez Peláez, Guillermo Sucre o Francisco Massiani, fueron diferentes. Ya eran otros tiempos y había otras exaltaciones). Nos dice don Mariano: “Contra la reticencia venezolana —legado de las dictaduras—, que nos acostumbró apenas a insinuar las cosas o a velar con un rictus las palabras que no queríamos decir, aquí se habla a pulmón libre, y se enfrentan en la discusión los más diversos juicios”.

Picón vive en Chile, además, un momento grandioso para la educación en América Latina: la huella de Vasconcelos, el énfasis en la proliferación de colegios, en especial en el Sur del continente, que lo auparon más adelante a creer en la posibilidad de un futuro para la región, en especial para Chile. Con esta vivencia está la de la fiesta y las muchachas, la camaradería, la noche. Nuestro autor, eso sí, no se engaña: vive en la pobreza y la soledad, y sabe que su camino apenas se está gestando.

Muy pronto consigue un trabajo esperado: inspector de estudiantes en el Instituto Nacional de Santiago. En paralelo, se inscribe en los cursos de Historia de la Facultad de Filosofía y Educación. Aprende el oficio de investigar, de documentarse, de estudiar. Decide emprender la carrera de Pedagogía en Historia. Luego será profesor universitario durante algunos años.

Hay dos elementos que conforman la experiencia vital de Picón Salas en Chile: La educación sentimental y la educación política. Pocas cosas definen más a un hombre en la juventud. Sus entradas en el libro sobre el amor y la revolución son exploraciones ensayísticas en las que priva la celebración y la exaltación de la pasión y el amor (hijo de Stendhal, hijo de Francia en este sentido, hablamos de un hombre de un epicureísmo permanente),



y la crítica y el cuestionamiento de lo dogmático y agresivo en las ideas revolucionarias. Devoto de Spinoza y de Kant desde joven, observa al marxismo siempre con sospecha.

Desde sus lecturas y conocimientos, cuestiona el ideario marxista leninista. No puede concebir un sistema que privilegie tanto los elementos materiales de la existencia. Cito:

No se trataba de defender el capitalismo, sino de buscar para el hombre una liberación más radical que la de la ley de bronce del salario. Y ninguna dictadura, aunque se llame la bendita y transitoria de los proletarios, puede establecer la libertad por la contradicción intrínseca de los términos.

Hay una crítica, desde la denuncia y desde el escepticismo, del “endemoniado” dostoievskiano:

La característica del “endemoniado” es su sequedad de corazón, su nomadismo o destierro afectivo que petrifica en una sola idea o pasión simplificada lo que en el hombre normal y ecuánime se reparte en afectos o sollicitaciones vitales. Siente que el mundo lo castigó o no supo adaptarse a él, y verterá su insatisfacción en la venganza.

Picón Salas comienza a ser, en Chile, el hombre templado que será el resto de su vida. Su visión de la política, en la soledad del exilio, le permite la reflexión y distancia necesaria para poder pensar los avatares políticos de su tiempo. Lo que reflexiona Picón sobre el “endemoniado”, parece un retrato del ideal revolucionario que cruzará todo el siglo XX, no solo en Venezuela o América Latina, sino en el mundo entero. Con ese temple, regresará nuestro autor a costas venezolanas, para pensar en la construcción de un país. Un hombre ya curado de impacencias.

EL REGRESO

Picón Salas vuelve a Venezuela en 1936, luego de la muerte de Juan Vicente Gómez. Durante años se mantuvo en comuni-



cación, a través de numerosas cartas, con diferentes intelectuales y políticos venezolanos, en especial Rómulo Betancourt. ¿Por qué vuelve un hombre ya instalado en otro país que lo acogió, en donde realiza su trabajo intelectual lleno de tranquilidad? ¿Para qué vuelve un expatriado? Son preguntas que consideramos válidas hacer. El regreso de Picón Salas, claro está fue providencial. Es encargado de negocios en Checoslovaquia, entre otros cargos diplomáticos, y director de Cultura y Bellas Artes del Ministerio de Educación. Funda la *Revista Nacional de Cultura* en 1938 y trabaja como conferencista y profesor en diferentes universidades estadounidenses. Publica varios títulos importantes, destacando entre ellos *Formación y proceso de la literatura venezolana*, *De la conquista a la independencia*, y *Viaje al amanecer*. Pero también vivió los avatares de la transición gomecista y de un país al que le costaba tomar el ritmo de cambio ideal. O iba muy rápido (el afán de los partidos políticos por generar cambios de manera vertiginosa) o muy lento (el proceso de democratización real que demanda el país, y que los gobiernos de López Contreras o Medina Angarita parecían no leer de manera idónea). En este vaivén, se mueve Picón Salas, quien percibe un país que no termina de despertar y está lleno de resentimientos y dolores acumulados. Además, un país que ve con desconfianza a los que regresan: “A todos los que regresan —desde el glorioso ejemplo de Miranda hasta el mínimo de los viajeros de 1936— se les cobra un obligado peazgo sentimental”.

La visión crítica de Picón Salas no deja de estar presente. Recorre sus artículos y discursos. Lo mueve, paralelo a su preocupación permanente por lograr que el país pueda entrar definitivamente al siglo XX. Dentro de esas preocupaciones, está la paralización que el gomecismo logró en la población venezolana. Y cómo esta población percibe, incluso, los cambios que se presentan en los años subsiguientes a la muerte del dictador. Cito:



Hubo los que se acostumbraron a la dictadura que les ahorra-
ba toda preocupación de pensar y que cuando se portaban mansos los asegu-
raba el empleo, y hubo después —al morir el tirano—los ofuscados
vengadores y los que propiciaban el cambio y la agitación permanente
para que las cosas se moldearan de acuerdos con sus ideologías.

El panorama del regreso, para Mariano Picón Salas y
muchos más, es difícil. Algunos, prefirieron tomar, de tanto en
tanto, una delegación diplomática para paliar la imposibilidad
de acostumbrarse a los asuntos del país, o nuevamente el exilio,
con la llegada de Pérez Jiménez, en el año 48. Hablar de regresos,
muchas veces, es más difícil que hablar de las partidas. Picón Salas
dejó atrás una vida hecha, soñada desde joven, por el regreso a un
país que apenas comenzaba a despuntar.

No fue una decisión sencilla, ese regreso. El legado de
Picón Salas, en obras y acciones, nos dice que sí valió la pena. Si
ese regreso no hubiera ocurrido, quizás la historia intelectual de
Picón Salas hubiera sido distinta.



Salvador Reyes

“PRÓLOGO”.
PARA UN RETRATO PSICOLÓGICO
DE MARIANO PICÓN SALAS⁵²

Sería de creer que la admiración literaria y el afecto personal facilitan la tarea de prologar este libro, cuyas páginas han sido escritas por un amigo sobre otro, ambos de alta significación para mi espíritu. Pero al revés, siento que afecto y admiración tienden a obstaculizar mi trabajo, cerrándome el camino con escrúpulos y dudas, ¿Podré decir algo digno de Guillermo Feliú Cruz y de Mariano Picón Salas? ¿Daré una imagen aproximada de su brillo intelectual? ¿Lograré, por lo menos, contar algo que tenga para el lector un valor anecdótico? Éstas y otras cuestiones me hacen vacilar y temer. Me queda como consuelo la idea de que para muchos lectores, es de rigor pasar el prólogo por alto.

Mis escrúpulos se fundan, principalmente, en la circunstancia de que no frecuenté los medios universitarios en que se desarrollaron las actividades de mis dos amigos y en que no conocí a muchas de las figuras con que ellos alternaron. Provinciano, llegado a Santiago alrededor de los veinte años, pasé algún tiempo haraganeando antes de ingresar al periodismo. Y aun éste lo ejercí de manera desordenada, lo cual contribuyó tal vez, a que no fuera asiduo de los círculos literarios. Manteniendo relaciones muy cordiales con mis contemporáneos, concurrí apenas a las tertulias

52 “Prólogo” a Guillermo Feliú Cruz. *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*. 2ª ed. Santiago de Chile, Biblioteca del Congreso Nacional de Chile-Universidad de Chile-Embajada de Venezuela, 2001, pp. 11-16.





en casa de Eduardo Barrios y de Armando Donoso y rarísima vez me incorporé al grupo reunido a las puertas de la Librería Francesa. En el paseo cotidiano de aquellos tiempos, cambiaba generalmente rápidos saludos con los buenos amigos enfrascados en sus conversaciones literarias. Divisaba allí a Mariano Picón Salas, Mariano Latorre, Carlos Préndez Saldías, Alberto Romero y tantos otros, pero no me unía a ellos. ¿Por qué? ¿Acaso cierto espíritu vagabundo me hacía preferir dar vueltas a la manzana para admirar a las lindas y elegantes mujeres que adornaban “el centro” en aquellos años?

Pero, como el Santiago de entonces era mucho más reducido que el actual, se me ofrecían otras ocasiones de encontrarme con Mariano Picón Salas y de charlar agradablemente. Tenía Mariano una mente penetrante, una gran lucidez de juicio y una simpática espontaneidad. Hablaba con rapidez sobre variedad de temas. Era erudito sin el menor asomo de petulancia y le gustaba oír a su interlocutor, cosa no frecuente entre escritores y otros que no lo son.

Al iniciar con un grupo de amigos la publicación de la revista *Letras* en 1928, pensé inmediatamente en Mariano como en uno de los colaboradores más seguros. No es que los escritores se desinteresen por entregar artículos a publicaciones tan pobres que no los remuneran, sino que, como es natural, consagran lo mejor de su tiempo a trabajos pagados. No son ricos y hay que vivir. La colaboración gratuita viene después, en los momentos libres que andan escapándose siempre. Pero Picón Salas era un trabajador sorprendente y llenaba muchas carillas al día, sin desatender su trabajo pedagógico ni las animadas reuniones literarias. Cuando le hablé de *Letras* acogió el proyecto con el entusiasmo juvenil que era característico de su personalidad. Su pasión por los libros lo hizo ver de inmediato en nuestra revista un excelente medio de difusión de nuevos valores y también de otros, ya no tan nuevos, injustamente olvidados. Me entregó a los pocos días un ensayo y fue uno de nuestros colaboradores más fieles.

Intentar una biografía de Mariano Picón Salas sería repetir (y sin duda con menos fortuna) lo que más adelante dice Guillermo Feliú Cruz. El gran escritor venezolano, que residió trece años en Chile y que tanta admiración y arraigo amistoso dejó entre nosotros, ha encontrado en Feliú Cruz su mejor crítico y biógrafo. Él sigue paso a paso la trayectoria literaria, política y docente de Mariano dentro y fuera de Chile. Fue la de estos hombres una estrecha amistad del intelecto y del cariño y por eso es tan excelente uno de sus frutos, este libro en el que palpita el pasado de nuestra patria a través de páginas escogidas con sensibilidad y sabiduría.

Más que muchos chilenos, Picón Salas comprendió e interpretó a Chile en ensayos admirables, cálidos, penetrantes de pensador y de artista. Marcó una huella en la cultura nacional, y de ahí que su pérdida, en plena madurez de su talento, nos doliera como una desgracia de nuestra propia intelectualidad.

Como Guillermo Feliú Cruz lo cuenta, Mariano regresó a Venezuela en 1936, a la caída del dictador Gómez: Lo despedimos con pena y hasta con asombro, pues descubríamos de pronto que esta figura tan dinámica y simpática del ambiente intelectual santiaguino, no era chilena. De ninguna manera calzaba a Mariano el adjetivo de “extranjero”.

Recibí algunas breves cartas suyas; supe que era político, embajador, educador eminente. Alcanzaba los altos cargos a que su talento lo hacía merecedor.

En 1961 fui a visitarlo a la Unesco en París, donde era delegado permanente. Me invitó a almorzar en el restaurante de la institución, que algo tiene de la *buvette* en alguna estación de ferrocarril asiático o africano, tal es la variedad de trajes exóticos y de colores de piel que allí se encuentra. Mariano Picón Salas amaba París, pero sentía fuertemente la nostalgia de su tierra y de su idioma. Me habló con entusiasmo de Grecia —donde yo



vivía por aquel entonces— y me dijo: “El mar de Grecia es el más hermoso del mundo”.

Poco después regresó a Venezuela, pero como conservaba siempre su representación ante la Unesco y ésta celebró, creo que al año siguiente, uno de sus congresos en Estambul, mi amigo llegó por un día a Ankara (adonde yo había sido trasladado) y charlamos largamente en la Embajada de Venezuela. Uno de los temas favoritos de Mariano era el recuerdo de su vida en Chile, de los amigos que había dejado en Santiago, de aquellos años de juventud apasionada y un poco bohemia. A cada instante venían a sus labios los nombres de Eduardo Barrios, de Ricardo Latcham, de Mariano Latorre, de Guillermo Feliú Cruz y de tantos otros que habían sido sus compañeros en la Universidad o en la Biblioteca Nacional. Comentando el carácter de Latorre me dijo: “Mariano era un niño”. La sensibilidad y la formación eminentemente humanística de Picón Salas se hallaban también excitadas por cuanto acababa de admirar el museo de Ankara, donde se encuentran reunidos tantos tesoros de la civilización hitita.

No transcurrió mucho tiempo sin que volviera a encontrarme con mi viejo amigo. Fui trasladado a París y allí llegó nuevamente Picón Salas a otra asamblea de la Unesco. Lo fui a buscar a su hotel y dimos un pequeño paseo a pie. No se sentía bien y me habló de molestias que le producía el corazón. Sin embargo, estuvo animado durante la comida, hablando de proyectos literarios, de viajes y recordando siempre a los amigos chilenos de Santiago y de Caracas, pues en su capital, la Embajada de Chile venía a ser un trocito de aquella calle Huérfanos donde tanto había departido con fraternales amigos. El embajador, Juvenal Hernández y el adicto cultural Héctor Fuenzalida no podían ser mejores representantes de una generación intelectual que había fuertemente influido sobre Picón Salas y en la cual él había dejado un sello que todavía subsiste.



Por esos días una editorial parisiense publicó la traducción francesa de su libro *Regreso de tres mundos*, en el cual un largo capítulo recuerda sus años en la “fértil provincia señalada”. Con motivo de esa publicación hubo un cóctel en la Embajada de Venezuela y aquella fue la última ocasión en que charlé con mi amigo. Regresó a su patria y un año después recibí la noticia de su fallecimiento. Todos los que habíamos sido sus amigos, desde los juveniles años de Santiago, sentimos que habíamos perdido a uno de los nuestros.

No podían haberse unido dos espíritus más afines y dos conocedores más completos de la historia y de las letras chilenas que Guillermo Feliú Cruz y Mariano Picón Salas para componer un libro como *Imágenes de Chile*, que hoy aparece en su tercera edición. En ambos, el erudito se une al delicado gustador de las letras y al enamorado del idioma. Picón Salas, como ya se ha dicho, se había adentrado más que muchos chilenos en nuestra cultura; y si hay un intelectual que conozca las típicas costumbres de hoy y del pasado, a lo largo de nuestro territorio, que haya analizado en todas sus formas las expresiones de nuestra idiosincrasia, ése es Feliú Cruz. De ahí que todos los testimonios de viajeros e historiadores presentados en este libro sean esenciales.

De Guillermo Feliú Cruz no es necesario que me refiera largamente en estas líneas. Para bien de nuestras letras, se halla en plena producción y su monumental obra (de la cual ya han aparecido cuatro volúmenes) *Historia de las fuentes de la bibliografía chilena* da la medida de su saber y de su asombrosa capacidad de trabajo.

Pero el autor de esta obra básica para la historia literaria de Chile, está a mil leguas del frío erudito y del investigador únicamente encerrado entre los muros de una biblioteca. Es crítico sensible a la belleza literaria y observador sagaz del corazón humano. Así lo demuestran obras suyas como *Emilio Vaisse*, *Omer Emeth*; *Alessandri*, *personaje de la historia*; *Francisco A. Encina*,



historiador y muchas otras, que no son sólo acuciosas biografías, sino agudos retratos psicológicos y panoramas de medios y épocas que sólo un escritor de gran vuelo puede lograr.

En su obra *Omer Emeth*, Feliú Cruz estudia los antecedentes de la crítica literaria; en el volumen sobre Encina describe los comienzos de la edición en Chile y traza una cordial silueta de don Carlos George Nascimento. Así, cada trabajo de Guillermo Feliú Cruz está animado de calor humano y de simpatía, lo que hace de este autor una figura única dentro del campo de la crítica y de la erudición chilena.

Suerte ha sido para nuestras letras que los caminos de Guillermo Feliú Cruz y de Mariano Picón Salas corrieran paralelos durante tantos años.



Luis Alberto Sánchez

MARIANO PICÓN SALAS⁵³

Se marchó a Venezuela, llamado por la Junta. No sé cómo fuera eso, porque Mariano no creía en Acción Democrática. Como les ocurre a ciertos intelectuales muy señoriles, Mariano fundó la Facultad de Humanidades de la Universidad de Caracas. Fue su primer decano. Por entonces, después de una escala en México, había largado un libro medular, *De la conquista de independencia*. Realmente memorable.

Del decanato resultó embajador en Colombia. Lo hizo tan acertadamente que, apenas instalada la junta que madrugó (este verbo tiene severas implicaciones) a Rómulo Gallegos, se estrellaron contra Mariano y pretendieron hacerle víctima de un atraco moral. Mariano se sacudió con elegancia. Se fue a México. Nos vimos de nuevo en La Habana. Se marchó después a Nueva York.

¡Que sí estaba indignado contra los poderes castrenses y lo demás, Picón Salas en aquel mayo de 1950! Lo tuvimos que asistir en sus justas protestas. Poco después supimos que se había reintegrado a Venezuela. Allí acaba de obtener, seguramente con hartos merecimientos, el Premio Nacional de Literatura, gracias a una monografía sobre Cipriano Castro. *Habent sua fata libelli*.

53 *Zig-Zag* (Santiago de Chile), núm. 2558, 3-4-1954, p. 17. [“Siluetas americanas”]



En el entretanto, Mariano publicó su libro mejor escrito, *Pedro Claver*, verdadera joya de buen decir y bien sonreír. Y antes había dado en la flor de una biografía de Francisco de Miranda. De donde resulta que Picón Salas triunfaba en el difícilísimo género de los Strache y Maurois.

Lamento a menudo ser un poco exigente en la memoria y en la línea de vida. Me duele, cuando el hombre es de talento, que no se guarde la constancia al nivel de su capacidad intelectual. Pero son meras inducciones, majaderías de peleador profesional frente a los amateur. Mariano pertenece a una vieja familia caraqueña. Los Picón Febres, que tienen largo entronque literario. Los Picón, en general, significan mucho en la vida política y cultural de la patria de Bello.

Mariano ha sido siempre un apasionado de América. Uno de sus libros, *Preguntas a Europa*, como que se desviaba de su camino, pero no: fue una manera de volver a lo mismo. Tuvo la sensibilidad de la generación del 20. Era —y debe ser—, aunque pasajeros eclipses y desvíos le aparten de su real camino, uno de los nuestros. Sin exquisiteces nefandas, sin titubeos innecesario, Picón Salas tiene su puesto aquí, a la vera de los de mi generación. Los unos dimos un vuelco más brusco, pero, en el fondo, nuestros pensamientos y el suyo, nuestra sensibilidad y la suya, siguieron siendo, hoy como ayer, idénticos.

Se halla en Venezuela desde hace como tres años. No los mejores de la historia contemporánea. Hubo de sufrir las consecuencias de la independencia universitaria, es decir, la del claustro. Ahora ha ganado un concurso con un libro sin duda admirable. El sujeto no puede ser más sugestivo: Cipriano Castro. Allá en Puerto Rico he recogido anécdotas de su permanencia llena de colorido. Gómez mismo me contó, en ocasión inolvidable, cómo Cipriano le confió la jefatura del ejército y él, “por librarlo de los malucos que lo intrigaban”, se hizo del gobierno y dejó al compadre fuera de tiesto. Pfo Gil ha referido episodios punzantes. Castro era un



tipazo, de esos que merecen a Suetonio y Tito Livio. No les irá a la zaga Mariano; antes bien, con ventaja de ironía y modernidad, dirá las cosas tan bien, que ya deben estarse acuñando sentencias a base de su libro. Empero.

Los que bien queremos a Mariano, le imaginamos con mejores augurios, aquí, en este lado, dejando que su personalidad madura ofrezca todos sus frutos. Me gustaría que pudiese decir todo cuanto se le viene a la fantasía, que le fuese dable tratar de todos los temas que le sugiriesen su cultura y su temperamento; y que no fuera solo buen decir, excelente decir, lo primordial de sus libros, si no bien guiar, excelente conducir a quienes han esperado, y esperan de él, la lección práctica que adelantó en la teoría. Gran escritor, sin duda, lleno de gracia y suave humorismo, posee todo lo que se requiere para impresionar mentes jóvenes, y las otras, salvo acentuar los perfiles de la acción, los claroscuros de la conducta. Y allí, aunque no sean pocos los que dudan, le defienden y le avalan. Los muy inteligentes suelen pesar demasiado los pros y los contras, y los muy dados a lo estético confunde la armonía exterior con la interna. Que la vida ilumine a Mariano Picón Salas para que escriba, a poco más, otra biografía de otro “cabito” simbólico, no para darles ánimo a los compinches (y estoy seguro de que en eso jamás pensó Mariano), sino para desengañarlos definitivamente. Amén.



MARIANO PICON SALAS⁵⁴



Cuando volvemos a la realidad después de la fuerte impresión, hallamos varias tiernas dedicatorias en libros de Mariano, o enviados desde su rincón diplomático o recibidos directamente de él en Río de Janeiro, donde por última vez le vimos. Había sido encumbrado por hados propicios; era ya difícil distinguirlo en medio de esas nubes. Pero nosotros, sus amigos de siempre, nos hacíamos la ilusión de que su mirada nos distinguía en la turbamulta, por lo menos cuando esforzando la voz, gritábamos:

“Mariano. Mariano Picón”

Y entonces él nos tendía afectivamente la mano, nos emplazaba en el tiempo y en el espacio, nos aseguraba haber leído atentamente todos nuestros artículos, y hasta nos interrogaba sobre nuestras ocupaciones. Le producía, a la distancia, cierto cosquilleo de emoción todo lo chileno. Había pasado aquí los años de la adolescencia, de la juventud, de la formación universitaria; publicó revistas, libros, proyectó, amó, sufrió, aspiró en vano y, en fin, se fue de Chile. En su patria ya no iba a aspirar en vano. Todo lo contrario: fue distinguido, editado, condecorado, nombrado director, consejero, embajador; exaltado a diferentes pináculos.

54 *El Mercurio* (Santiago de Chile), 11-1-1965, p. 5.

Estaba en Río de Embajador cuando le vimos; en México de Embajador, cuando un discreto ataque cardíaco le señaló plazo. El ciclo vital iba a cumplirse en él, como en todos: después de la exaltación, de la gloria, del aplauso, el silencio de la tumba, la frialdad de los años que vienen galopando a sumergirnos a todos.

“Publicó revistas”, decíamos, y así fue en realidad. Formamos el Grupo Índice con la decidida intención de abrir a las letras una nueva senda, equidistante de los imaginistas a cuya cabeza rolaban Salvador Reyes y Luis Enrique Délano, y a los criollistas, comandados por Mariano Latorre. Éramos todos amigos de unos y de otros, pero nuestra intención fincaba en lograr una literatura de mayor peso intelectual, con un bagaje cultural abundante y sólido, proyectada hacia problemas humanos y no solamente locales. Era el tiempo de los espadones y en cada nación americana, de las que hoy llaman subdesarrolladas, gobernaba un hombre de cuartel, con gritos de cuartel y arrogancias de cuartel. En la sombra, insidiosamente, por decirlo así, *Índice* —la revista— debía minar el suelo de los espadones, a ver si se caían.

Mariano Picón Salas estuvo allí junto a Eugenio González, hoy Rector de la Universidad de Chile; a Ricardo A. Latcham, a José Manuel Sánchez y a quien esboza estos recuerdos. Como organizadores, tomamos a nuestro cargo la parte ingrata del negocio: conseguir suscriptores, enviar los papeles a la imprenta, corregir las pruebas, colocar ejemplares en consignación en los puestos de periódicos y en las librerías. Cuando se es joven, todo parece llevadero. El hecho es que algunos números de *Índice* lograron imprimirse, y allí pueden leerse los ensayos doctrinales, de forma algo barroca, con la firma de Mariano. Entre los espadones ya aludidos, en Venezuela, la patria de Mariano, se disfrutaba la sombra auspiciosa y refrescante de don Juan Vicente Gómez, a quien para variar Blanco Fombona llamó alguna vez “Juan Bisonte”. De los espadones, fue el de mayor duración, porque ejerció en paz —la paz de los sepulcros— su gobierno



hasta que la muerte, piadosa con los demás venezolanos, quiso llevárselo. Sólo entonces el buen Mariano pudo volver a su patria.

Durante sus años en Chile, sin embargo, a Mariano varias veces se le ofreció la oportunidad de quedarse a firme. Había obtenido el título de profesor de Estado, y en consecuencia podría hacer clases en cualquier liceo. Escribía bien, y no le habría faltado colaboración en un periódico, y efectivamente la tuvo en *La Hora*, junto a Juan de Luigi, a Héctor Fuenzalida y otros. Logró, también, publicar algunos de sus primeros libros, esbozos de novelas, cuentos, algo densos, sin emoción, a los que hubo de volver pronto la espalda.

Su dominio parecía ser el del ensayo. Decíamos que su expresión era algo barroca; pero se dulcificó. En uno de sus últimos libros, *Regreso de tres mundos* (1959), aparecen algunos capítulos destinados a rememorar a grandes rasgos, con escasa exhibición de nombres propios, los días chilenos, de cuando estaba recién llegado y debía ir al comercio para ganarse la vida, hasta que, más adelante estudiaba para obtener título. El libro es, en conjunto, una serie de ensayos, ligeramente unidos con algunas indicaciones autobiográficas. Pesan en su ánimo los viajes, que hubo de hacer desde que, vuelto a Venezuela, comenzaron a distinguirse los gobiernos que habían sucedido al de Gómez. Compara culturas, posiciones ante la vida, generaliza, y es el apetito de generalizar el más visible en él. Con audacia que no todos tienen, coge al paso la frase, la anécdota, el ademán del hombre en la calle, y sobre él lucubra una teoría.

Para poner en solfa a los franceses, que hacían libros sobre todas las cosas y sobre muchas más, dícese que uno desembarcó en Dover y anotó en su libreta de viaje: “Todos los ingleses son altos, fornidos, vestidos de negro, mascan tabaco y tienen el pelo rojo”. Aquí está llevada al absurdo la propensión a las generalizaciones que estábamos acotando. El “primer” inglés que vio el turista francés era así, probablemente los otros no fueran exactamente



iguales. La gracia de las cosas está en que el hombre se atreva a generalizar, pase lo que pase, es decir, muera quien muera, entendiendo que generalmente el primer muerto es el sentido común.

Mariano, claro está, como hombre inteligente, no iba tan lejos como decir que “todos los ingleses”, etc., pero generalizaba. Los ensayos que le debemos sobre Chile, por ejemplo, son ajustadísimos desde el punto de vista afectivo, sentimental, humano por decirlo así; pero van careciendo de precisión a medida que el escritor debe aproximarse a otros temas. Nunca falta allí la vibración solidaria del amor a la cultura, campo en el cual Picón Salas podía tener algunos pares, pero donde acaso no encontraba nadie que le superara. Y todo bulle, además, con la forma literaria, una expresión algo arrastrada, algo suntuosa, algo adormecida, con entradas y salidas y curvas y meandros, como si el pensamiento no tuviera prisa alguna, sino, al revés, quisiera detenerse acariciando, con molición y sin esfuerzo, no solo el plinto de la estatua sino también, y sobre todo, el relieve del busto y la frente coronada de cabellos. Hablamos de estatua, ¡oh mortales! y no de seres de carne y hueso. Mariano también los acarició, pero eso forma la otra cara de la medalla que estamos ahora contemplando por una sola.

El hecho es que el nombre de Chile figura en las páginas de Mariano Picón Salas y con ello da la vuelta al mundo. Imaginemos que a un grande hombre se le interroga, cuando ha llegado a la cumbre de su carrera, sobre los seres a quienes debe algo en la vida; imaginemos, en fin, que este hombre cita a la nodriza que tuvo de chico, la que le cambiaba la ropa sucia y le aderezaba la cena, le desnudaba y le ponía en la cama cuando era llegada la hora de dormir. En un rincón de su corazón impera la nodriza. Bien. Se nos ocurre que Chile fue algo así como una ama seca o nodriza para Mariano Picón, a quien portentosos vientos remontaron después a los más altos sitios. Recordaba entonces a Chile, sí, a condición de que se le hiciera presente el punto, y en su suave sonrisa, en sus silencios, en la expresión apagada de su nostalgia,





en la curiosidad con que allegaba sitios, rincones, personas, para ver modo de compaginar con todos ellos un pequeño retablo de saudades, era evidente que el buen Mariano concedía a los chilenos no mucho más discernimiento que al aya de la lejana infancia. Habíase cortado el lazo afectivo entre la patria de los días juveniles y el amplio mundo por donde hubo de vagar después, en calidad de funcionario internacional, y el condecorado embajador dejaba entender, con exquisita discreción, eso sí, cuán lejanos quería sentir aquellos ásperos comienzos.

Más de una vez, desde que supe la noticia, me he preguntado a solas qué había en Mariano Picón Salas que tanto atraía a quienes fueron sus amigos, más allá de la comunidad de las ideas. Era un hombre regalón, a quien advertíamos o suponíamos indefenso. No conocía bien la longitud de las horas, a las cuales solía atribuir doscientos minutos de duración. Leía mucho, conversaba mucho, escribía mucho. A sus amigos les consta que echó a la basura miles de páginas y originales que en un instante dado le parecieron malos. A este ser regalón, que parecía algo indefenso en medio de las precisiones horarias del mundo, era necesario, pues, quererlo, a ver si se le podían evitar algunos contrastes. Y es seguro que en Chile tuvo una buena corte de amigos así, que le comprendían tanto en la idea como en el sentimiento. Nodrizas, hayas, secretarios, que fueron allanando el camino al grande hombre para cuando, titularmente, se le aceptara como tal.

Hernán del Solar

FELIÚ CRUZ: PARA UN RETRATO PSICOLÓGICO DE MARIANO PICÓN SALAS⁵⁵

Los trece años que Mariano Picón Salas vivió en nuestro país (1923-1936) incitan al historiador Guillermo Feliú Cruz no solo a enfocar la formación del recordado escritor venezolano sino a bosquejar una breve semblanza autobiográfica, a la vez que el acaecer histórico de la vida chilena. El tema es amplio. Se trata de dos personalidades importantes y de unos años que por múltiples razones se han ganado el derecho a que se les tenga en la memoria.

Feliú Cruz, con notoria capacidad sintética, desenvuelve su estudio en escasas y amenas páginas. Entre las dos fechas que delimitan la estada del venezolano en Chile se encierra un tiempo que inevitablemente había de tentar a un hombre atraído con irresistible fuerza por cuanto lleva a un buen conocimiento de lo que somos. Historiador extraordinariamente laborioso, Feliú Cruz no fija su atención únicamente en hechos fundamentales y dilatados, que constituyen el cuadro de muchos de sus extensos trabajos, sino que también se preocupa de determinadas personalidades, circunscribiéndose a los años de su actividad. Habitado a surcar ágilmente cualquier trecho de nuestra historia y a ordenar los elementos que la componen, en estos últimos tiempos le vemos entregado a ensayos que solo en apariencia le exigen una actividad menor. Traza retratos de escritores. Y estos le imponen

55 *El Mercurio* (Santiago de Chile), 15-2-1970, p. 5.





además la agudeza en la mirada, diestra rapidez para captar detalles, relaciones que ensanchan el ámbito observado. Lo que en un principio podía aparecer mero intento biográfico, pronto se torna en un examen en profundidad de un hombre complejo y de sus coetáneos no siempre accesibles. Alrededor de las figuras hay múltiples cosas que se corresponden. Para una pintura cabal no puede prescindirse de ninguna de ellas.

Guillermo Feliú Cruz nos dio no hace mucho una semblanza crítica de Omer Emeth, iniciador de nuestra crítica literaria como actividad sostenida. Pudimos admirarle entonces como retratista de líneas fáciles, de bosquejo certero y preciso. La evidente grandeza de Omer Emeth debía grabarse en poquísimas páginas. Ser una estampa de firmes contornos. Y así se nos apareció en el ensayo aludido. Hoy vuelve a los retratos rápidos. Ha elegido de modelo a un escritor que, formado entre nosotros, estaba destinado a ser una de las personalidades literarias continentales de mayor relieve. El retrato que tenemos delante está espléndidamente realizado. Dice Salvador Reyes en el prólogo de la obra, que edita Nascimento, cordiales y justas palabras destinadas a señalar que Mariano Picón Salas no podía tener mejor biógrafo que el historiador chileno. La biografía es breve, la crítica es penetrante, y el escritor venezolano se nos muestra en su auténtica significación de maestro.

Como acostumbra, tenemos aquí a Feliú Cruz en prolijo estudio del biografiado, sin intervención de conjeturas, improvisaciones, adivinación de la vida íntima. Las páginas se escriben a entera conciencia. Se basan en conocimientos inobjetables, conseguidos en fuentes valederas. Éstas son el recuerdo personal, la convivencia, el testimonio de escritores veraces, las notas autobiográficas que el venezolano prodiga a lo largo de su vasta producción. Sobre bases tan firmes se levanta, claro, nítido el recuerdo de Picón Salas.

Con el propósito de que su obra adquiriera soltura y en ningún instante rehúya la amenidad, el autor no se ciñe con estrictez a la cronología. No le interesan desfiles de hechos en cuidadosa formación de años. Si lo que se quiere es presentar a Picón Salas en su tiempo chileno, no hay para qué empezar con la evocación de su infancia y juventud en Venezuela, hasta su llegada a Chile, donde se le seguirán sus pasos con fidelidad de espejo ambulante. El biógrafo elige para el comienzo de su silueta una escena melodramática. Se halla Feliú Cruz en su oficina de la Biblioteca Nacional. De repente entra Picón Salas y pregunta con angustia contenida qué puede hacerse para vencer a la pobreza. Son años duros. 1932 no ofrece al venezolano (tampoco al chileno) grandes posibilidades económicas. Feliú Cruz contesta que no hay camino mejor para tal gracia que ponerse enseguida a escribir un libro. El optimismo de los escritores les sopla al oído que la idea es muy buena. Feliú ha dado el tema: “Un libro sobre Chile que relate la vida del pasado en sus diferentes aspectos, a través del testimonio de los viajeros extranjeros”. De inmediato se entregan al trabajo. Leen sin descanso y a diferentes velocidades: páginas que piden paso lento, y otras por las cuales hay que pasar a trote largo, a galope desenfrenado.

Todo está muy bien. Pero ¿y el editor? El problema es serio. Los editores no abundan, el libro será grueso, costará una fortuna su impresión. Perfectamente, pero ocurre que las buenas ideas, como las malas, nunca vienen solas. La dificultad se resuelve apenas se piensa en don Carlos George Nascimento. Es un editor que acogerá la iniciativa. Le ha dedicado sus mejores esfuerzos a la aventura de desarrollar las letras chilenas. Feliú Cruz al recordar estos instantes rinde tributo al gran editor. Ya lo ha hecho en ocasiones anteriores, pero nunca será bastante cuanto se diga en cabal estimación de Nascimento. “Orgullosa de su obra —escribe Feliú Cruz— no buscó nunca ni socios ni colaboradores financieros. Quería correr solo —ya había andado la parte más dura de su aventura— el riesgo de ser el editor de los libros chilenos de literatura, especialmente”. Abonaron el éxito de Nascimento un



criterio firme y seguro, un instinto y una intuición milagrosos, una voluntad perseverante hasta la obcecación y una fe religiosa, mística, hasta sectaria, en la tarea a que entregó sus colosales energías”.

Este parecer tan exacto no puede contar sino con la adhesión de cuantos observan de cerca la vida del libro chileno. El caso es que Nascimento acogió la obra —*Imágenes de Chile*— pagó con generosidad a sus autores y aguardó sin vacilaciones el éxito, que fue grande.

La iniciación de la biografía ha sido hábil. El lector conoce sin mayor atraso la amistad de dos escritores, la perspicacia de un editor, la suerte de un libro, que hasta estos días puede contar con numeroso público. Se ha abierto una ancha avenida para dirigirse con paso liviano, sin cansancio posible, al recinto histórico que es núcleo de la obra: la psicología de un gran escritor venezolano que fortaleció en Chile su personalidad, la actividad de un historiador que en estas páginas recuerda algunos de sus actos, subrayando muy particularmente la importancia de todos aquellos (como el profesor Puga) que sin reservas le estimularon, y el movimiento político, educacional, literario de nuestro país, creado o sostenido por esa brillante generación llamada del 20. Feliú Cruz abre su generoso recuerdo a hombres, cosas, hechos, recuerdos, realizaciones. El cuadro que se pinta, a grandes rasgos, pero con vigor, es el de un tiempo de inquietud y creación, de grandes propósitos destinados a enderezar el destino del país.



Luis Rubilar Solís

MARIANO PICÓN SALAS Y LA UNIVERSIDAD DE CHILE⁵⁶

“La América se hace más fría, más justa y organizada en la latitud de Chile. Chile es un largo escabel de granito que está siempre esculpiendo el Pacífico... Porque llegué tan joven se acabó de formar el hombre” (Picón Salas, 1987: 200), así percibió y se autopercibió Mariano Picón Salas en su estancia y errancia por tierra chilena en su exilio durante el lapso 1923-1935.

Y Chile lo acoge y lo despide —casualmente— con un mismo Presidente: Arturo Alessandri, pero ni los tiempos ni la figura presidencial eran ya los mismos cuando retornara a su patria venezolana: en el intertanto la historia se movió con intensa ebullición involucrando irremediabilmente en su dramático proceso al propio personaje. La experiencia vivida en aquellos anárquicos años chilenos, su cauta asimilación del proceso liberalizador, su admiración por el pujante movimiento reformista universitario, su contacto con artistas e intelectuales, con socialistas y con exiliados peruanos del APRA (de R. Haya de la Torre), tendrán honda repercusión en su formación político-ideológica y cultural.

Dos grandes antecesores, quienes vivieron desterrados desde el Trópico hasta esta *Finis Terrae*, operarán como secretos modelos receptores e identificatorios para el recién llegado al mismo puerto de Valparaíso: Andrés Bello y Rubén Darío.

⁵⁶ *Anales de la Universidad de Chile* (Santiago de Chile), núm. 15, 2003.





El quehacer de este tranquilo montañés merideño en la capital fue inquieto y multifacético; escribe entre otras revistas en *Claridad* de la FECH, en *Atenea* de Concepción, en *Cultura Venezolana* de Caracas, en *Letras y Revista Chilena* de Santiago, incidiendo siempre en la temática histórico-literaria y, cada vez más, en la hispanoamericana.

Aquellos fueron años de fondas, de pobreza y apuros económicos. Picón Salas recibió la ayuda solidaria de Eduardo Barrios, Armando Donoso, Sara Hübner, y adoptó la gratificante decisión de estudiar Pedagogía en Historia, carrera donde cultivara, además, amistades de toda la vida. Trabajó como inspector en el Instituto Nacional y en la Biblioteca Nacional mientras paralelamente estudiaba Historia (1924-1928) en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde conoció a una estudiante de Castellano, Isabel Cento Manso, su futura esposa y madre de su única hija: Delia Isabel (“Pascualita”) hoy residente en Caracas. En el Archivo de la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación (ex Pedagógico) se encuentran las actas con las materias cursadas (19) y notas obtenidas (x: 5,5) por Mariano Picón Salas, durante los cuatro años en que estudiara Historia y Geografía. En 1924 ingresaron 23 alumnos, 12 mujeres y 11 hombres. Terminaron sus estudios 7. Fueron compañeros de curso de Mariano Picón Salas: Humberto Fuenzalida, Julio Heise, Eugenio Pereira y Julio Pinto.

De su motivación por la carrera docente nos cuenta: “La idea de estudiar Pedagogía en Historia acaso enrumbaba por un camino útil mi nostalgia de desposeído, o convertía mi insuficiencia en deseo de servir a los demás no sólo a través de una obra literaria presuntuosa o narcisística, sino como modesta tarea del que se pone a dialogar con un gran grupo de muchachos y a comunicarles lo que aprendió... Era llegar más allá en el oficio de escritor, porque nada tiene tanta fuerza carismática como la palabra o el ejemplo directo... Tanto como escribir he amado mi profesión de maestro... Me dio una felicidad que nunca observé

en tantos y turbados poderosos que ignoraban qué hacer con su hastío... Aquella profesión parecía, además, un propósito para servir a mi tierra cuando pudiera regresar” (Picón Salas, 1987: 207-208).

Confesión clave para entender la personalidad y roles de nuestro personaje; no sólo reivindica el vapuleado papel del docente en nuestra sociedad, no sólo se predica profesor gratificado y gratificante sino, además, muestra palmariamente su permanente proyecto de “retorno a la patria”: de aquí su estancia en Chile como “errancia”.

Por aquellos años se produce un significativo encuentro entre Mariano Picón Salas y Pablo Neruda. Así cuenta el poeta el suceso: “A Venezuela amé, pero no estaba.../ el Orinoco era una carta eterna/... y respiraba Simón Bolívar/ (mientras llegaba a Chile un caballero / a enloquecernos con su ortografía).../ buscando a Venezuela / sin encontrarla me pasé los días / hasta que Picón Salas de Caracas / llegó a explicarme lo que sucedía” (Neruda, 1960: 32-33).

Por su parte, Picón Salas rememora: “el adolescente tiempo en que lo conocimos en 1923 cuando callado y triste y mal estudiante del Instituto Pedagógico de Santiago de Chile... 'Galopa la noche en su yegua sombría, desparramando espigas azules sobre el campo', le escuché decir un día”. En *Regreso de tres mundos* (1959) su remembranza fue más explícita y abarcadora:

En la Federación de Estudiantes de Chile y en el Instituto Pedagógico encontré muchachos de la más variadas patrias americanas, y me llevaron a contarles la tragedia de Venezuela.

Me convidaron, luego, a cenas juveniles que terminaban recitando versos de los poetas últimos, y allí vi y oí por primera vez a un joven largo, de descoyuntados pasos y de voz melancólica, que se llamaba Pablo Neruda.

¡Qué efecto de extraña salmodia —contra todas las normas de la recitación— nos hacían sus versos desgarrados que levantaban en nosotros





aquel subconsciente nocturno de tristeza, indecisión, vaga y herida sensualidad que duerme en el alma mestiza!

¡Cómo iba a identificar después la voz y la poesía de ese hombre con el paisaje llovido, desbordado y relampagueante del sur de Chile, de donde viene desde los bosques profundos la voz de la “trutruca”, la larga trompeta en que el indio araucano lanza su alarido cósmico! Y Pablo Neruda podía decir, por ejemplo: "Sucede que me canso de ser hombre." (Picón Salas, 1987: 203-204).

Ya titulado él del oficio, en los Liceos Barros Borgoño e Internado Nacional Barros Arana y en el propio Instituto Pedagógico, la prodigalidad creadora, la inquietud política, las presiones económicas, la lejana aventura de Venezuela, ocuparán prioritariamente su tiempo chileno. Desde 1924 escribirá diversos artículos dando a conocer la literatura venezolana: autores como Rómulo Gallegos y Arturo Uslar Pietri, entre ellos.

En abril de 1930 participa en la creación del Grupo y Revista *Índice*, junto a Eugenio González, Ricardo Latcham, Raúl Silva Castro, entre otros, germen de la concepción doctrinaria socialista chilena, donde esbozó sus primeros ensayos americanistas. Y a tanto llegó su ascendencia personal que fungió temporalmente como Rector de la Universidad de Chile, como miembro de un triunvirato, junto a Pedro León Loyola y Pedro Godoy, en julio, 1931, siendo avalado su nombre por la FECH. Según su maestro y biógrafo, Guillermo Feliú Cruz, “Picón Salas representaba las aspiraciones de la izquierda revolucionaria de Chile. Se hallaba cerca de las doctrinas proclamadas por el Partido Socialista, cuyo jefe era Eugenio Matte Hurtado... no militó ... era uno de sus mentores junto con Eugenio González, Oscar Schnake, Manuel Edo. Hübner, Luis Mandujano, Julio César Jobet, y otros con quienes hizo íntima vida de camaradería intelectual” (Feliú Cruz, 1970: 32-33).

Urgido por estrecheces económicas compila con G. Feliú Cruz Descripciones de viajeros sobre Chile, durante los siglos XVIII y XIX, libro aprobado y recomendado por el Ministerio de Educación cuando fue Ministro del ramo Eugenio González, en la efímera República Socia-

lista, 1932. En la introducción de *Imágenes de Chile* expresa: “Una excursión en el pasado de América no se puede realizar sin el auxilio de los libros de viajes, que descubrieron para la pupila europea el color de esas tierras... y el tiempo y la tierra americana han plasmado un tipo psicológicamente diferenciado que se llama criollo... Falta en Chile esa Historia social —excepto algunas páginas de Vicuña Mackenna—, del trabajo y las costumbres colectivas...”. Y pedagógicamente recomienda: “sea leído por la juventud... pasado sin el cual no se comprende el presente” (Picón Salas y Feliú Cruz, *Imágenes de Chile*, Santiago, Ed. Nascimento, 1938, p. 5, 8 y 9).

Aquí ya se enuncia su preocupación por lograr una comprensión más integral, la cual recoja no sólo la Historia “oficial” —la escrita desde la perspectiva de la cultura dominante— sino también la “intrahistoria” (Unamuno), la crónica paralela, silenciada, pero que constituye el “subsuelo de la nacionalidad”: la relativa al “trabajo, a las costumbres, a los valores religiosos y sociales”, en síntesis “la historia como un modo más íntimo del ser de los pueblos”. Con ello Picón Salas se adelanta a lo que hoy se plantea como “microhistoria”, estudio de “las mentalidades”, o la tan relevante emergencia de los análisis de “la vida cotidiana”.

En 1934 publica un rico mosaico de novelas cortas: *Registro de Huéspedes*, de matiz biográfico-histórico en heterogénea simbiosis con su aventura chilena. Es el último intento en la creación de ficción, nunca lograda como prosa, antes de ingresar al campo de su consagración: el ensayo. En septiembre de 1935 la Universidad de Chile lo envía junto con Ricardo Donoso a Lima, viaje que generará sus ensayos contenidos en *Estampas de un viaje inconcluso al Perú*.

Como intuyendo su próximo alejamiento de Chile, el entonces Profesor de Historia del Arte de la Universidad de Chile trabaja materiales elaborados desde 1929, dando publicidad a su mejor producción de aquel entonces: *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, obra clave y fundante en tanto marca el ingreso como ensayista en el campo americano.



Constituye su hallazgo, el camino que buscaba, y una meta, el rol de escritor-ductor que lo consagrará para siempre.

Apertura y cierre, tanto en cuanto a Chile, estancia, y a Picón Salas, huésped; a Chile dando adiós al venezolano y a éste viajando a otro amanecer hacia su tierra que amanecía, pero más que cierre, apertura, el sabio venezolano hacia el mundo. Pese a su alejamiento del lar chileno, Picón Salas, ya sea desde el solar de Caracas o desde remotas tierras viajando su nomadismo, volverá iterativamente a Chile (1937, 1945, 1962), donde ha dejado perennes lazos familiares y de amistad. En sus obras reverberará siempre el tema chileno y sus nombres: José Toribio Medina, Monseñor Crescente Errázuriz, Carlos Pezoa Véliz, Gabriela Mistral, Pablo Neruda, entre ellos. Pero junto a las figuras que descuellan en su magnífica obra, brilla con luz propia don Andrés Bello. Por ello, será Mariano Picón Salas a quien se encargue el Prólogo del volumen XIX, Bello y la Historia de las *Obras Completas*, edición venezolana del Maestro (1957). Allí el escritor, forjado en el estilo y el método de la Casa de Bello, describe, a más de la historiografía general, su propia visión de esta tierra: “*La Araucana* da a Chile un mito nacional, una aguerrida conciencia de estirpe, antes que sentimientos parecidos broten en otras comarcas americanas. Por otra parte, la misma lejanía en que vivía la población criolla de aquel país, separado del mundo por los desiertos del norte y los mares solitarios y helados del extremo sur, acendra en sus valles agrarios, al pie de la cordillera, un espíritu territorial austero, vigilante... sobriedad y entereza... la epopeya de esa móvil frontera que se va corriendo y poblando a medida que se gana tierra a los indígenas, es asunto permanente de la Historiografía chilena desde las admirables *Cartas* de Pedro de Valdivia al Emperador Carlos V, hasta las *Crónicas* de Diego de Rosales y Miguel de Olivares, pasando por libros de tanto encanto literario como la *Histórica Relación del Reino de Chile* del padre Ovalle y el *Cautiverio feliz* de Pineda y Bascuñán. Tenía, pues, el hombre chileno mayor ocasión de reflexionar sobre su pasado y hazañas colectivas que el de otros países indianos”.



Aquí se contienen los elementos básicos del proceso de sociogénesis etnocultural de la nacionalidad chilena. Pero el historiador avanza, más allá del Maestro, su propio juicio respecto a la situación sociopolítica existente para el siglo XIX y hoy, en esta República: “El pueblo estaba ausente del drama... ingenuo Juan Pueblo en que se juntaban alborozadamente las sangres de Castilla, Andalucía y Arauco... La clase dominante se había constituido una historia, verdadera crónica heráldica en que el derecho a la gloria y a la tradición se lo reservaban unas cuantas familias. El roto no podía leer tan severa historia y se entretuvo con los cuentos de Pedro Urdemales, con los corridos, con la leyenda de Manuel Rodríguez, que fue el héroe que había entendido mayor el alma de este pueblo... (pero) un sordo rumor irremediable va colmando el alma de este pueblo que es dentro del Estado chileno otra nacionalidad, otro Estado, aún sin forma, cuya historia, cuya economía, cuya moral no pueden medirse con la escala que sirve a las clases dominantes”.

Otra página precursora que anuncia “La Otra Historia”, la que escriben los pueblos, (como lo expresara Salvador Allende), de la historia crítica o crítica histórica que se desarrollará más tarde en Chile. Y consecuente con tal perspicacia y experiencia directa hay textos suyos donde se consignan o coleccionan decires populares, como rodeos, topeaduras, huaso, apequenarse, hacerse el lesa, tinca o pije.

Tales son sólo algunas muestras del cordial aporte de Picón Salas respecto de su segunda patria; a su vez, Chile lo designó Correspondiente de la Academia Nacional de Artes y Letras (1958). Este mismo año sus amigos dan a conocer sus obras sustantivas en una cuidadosa edición de Zig-Zag: *Ensayos escogidos*, por Juan Loveluck, con un sentido Prólogo de Ricardo A. Latcham. En 1962 la Universidad de Concepción lo invita, en su postrer viaje, como participante en un Coloquio sobre Imagen de América Latina, y en rauda visita por Santiago dicta una conferencia en la Universidad de Chile sobre el jesuita Teilhard



de Chardin, su último hallazgo ideológico; aquí departió con su familia y con su viejo amigo Julio Barrenechea, Premio Nacional de Literatura. Parte por última vez de su Chile para morir, prematuramente, al despuntar 1965 “sin dejar dinero, sino la herencia de sus libros y sus pensamientos” (así finaliza sus recuerdos, su hermana Josefina Picón Ruiz, en carta dirigida al autor de este trabajo). Su deceso causó desolación entre sus amigos y en el medio cultural nacional. El Congreso de Chile rindió homenaje al venezolano y la prensa se hizo eco del sentimiento colectivo. Si estuviera entre nosotros este alumno de historia y Maestro en nuestra Universidad de Chile, respecto de todo lo dicho tal vez sólo con modestia repetiría: la historia que comenzó Bolívar está por continuar.

BIBLIOGRAFÍA

- Consalvi, Simón A. “Viaje al amanecer”, en *Profecía de la palabra*, Caracas, Tierra de Gracia Editores, 1996: 122-130.
- Feliú Cruz, Guillermo. *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*, Ed. Nascimento, 1970.
- Neruda, Pablo. *Canción de gesta*, Imprenta Nacional de Cuba, 1960.
- Picón Salas, Mariano. *Autobiografías*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1987.
- Picón Salas, Mariano. *Ensayos escogidos*, Selección Juan Loveluck. Santiago, Ed. Zig-Zag, 1958.
- Picón Salas, Mariano. *Obras selectas* (2ª ed.), Caracas-Madrid, EDIME, 1962.
- Picón Salas, Mariano y Guillermo Feliú Cruz. *Imágenes de Chile*, Santiago, Ed. Nascimento, 1938.

Volodia Teitelboim

UN COMPATRIOTA DE BELLO EN CHILE⁵⁷

Un joven pobre, rico en sueños, procedente de Venezuela, arriba en 1923 por barco a Valparaíso. Al cabo de algún tiempo, tras una permanencia difícil en el puerto, donde paga el noviciado del inmigrante sin dinero, toma el tren expreso a Santiago. Don Andrés Bello está sentado en la estatua, junto a la puerta de acceso, invitando a la juventud a ingresar a la morada de la sabiduría, que ha fundado ochenta años atrás en el corazón de la capital. En esos días las aulas se encuentran revolucionadas.



AL ASALTO DEL PODER UNIVERSITARIO

Soy uno de los novatos de la última fila. Acompañamos con gran alboroto a los líderes estudiantiles, que penetran como invasores en la solemne sala del Consejo Universitario. Destituyen al rector y a todas las autoridades del Alma Mater. Es el colmo del desacato, que ya se ha consumado en grado mayor dos cuadras hacia el poniente, cuando Marmaduke Grove y Eugenio Matte, después de tomarse La Moneda, deponen al Presidente Juan Esteban Montero y declaran que en Chile se instaura la República Socialista.

⁵⁷ *Tierra Firme* (Caracas), vol. 19, núm. 73, 2001, pp. 15-19.

EL RECTOR MARIANO PICÓN SALAS

A doscientos metros de distancia el alumnado insurrecto se arroga la facultad de designar la nueva autoridad universitaria. En un gesto rupturista no habrá un rector sino un triunvirato, compuesto por dos viejos maestros aceptables para la juventud, y un carismático Mariano Picón Salas, que ya tiene prestigio académico. Es un fascinante profesor del Instituto Pedagógico. Lo circunda una aureola de escritor de la nueva ola y de pensador que mira al futuro. Posee otro título: es compatriota del fundador al cual reemplazará fugazmente en la rectoría. La aventura duró doce días. No olvido que allí escuché por primera vez el nombre de Mariano Picón Salas. No mantuve con él una relación asidua. Yo era uno en el bullicio de la manifestación que lo avivaba.

REMECER LOS CLAUSTROS POLVORIENTOS

Nos seducía su fama de intelectual de avanzada, la naciente leyenda de su amplio saber. Sus alumnos del Pedagógico lo definían como un maestro de nuevo cuño, lleno de ideas incitantes y muy atento a lo que sucedía en tantos países convulsionados por la crisis, la aparición del fascismo y los golpes de Estado. No era mi profesor. Yo estudiaba en otra Facultad. Pero lo escuchaba hablar a ese auditorio que exigía la renovación de la Universidad. Agitábamos la bandera de la Reforma. Desde la Córdoba argentina recibíamos el mensaje convocándonos a sacudir el polvo de los rancios claustros escolásticos.

Nuestro sueño tenía varias dimensiones. Su ideal supremo era la Revolución Social. Vivíamos tiempos turbulentos a nivel del mundo y muchos creían posible un cambio radical a corto plazo. Este abarcaría todos los planos, desde luego la cultura. Dentro de ella la literatura proclamaba nombres símbolos, inspiradores de una sensibilidad inédita, extendiendo partidas de nacimiento a



una novelística fascinante e insólita. Era la hora de adorar divinidades sorprendentes. Se repetían los nombres de Proust, Joyce, Kafka.

ESCRIBIR HONDO CON CLARIDAD PRIMOROSA

Mariano Picón Salas se incorpora rápidamente a la inquieta legión de aquellos que en Chile quería también renovar las letras. Fue un motivo personal que acrecentó nuestro interés por ese intelectual que escribía profundo, con primorosa claridad, difundiendo ideas de la vanguardia, integrándolas a las nuevas tendencias que comenzaban a influir en toda el área. Había muchachos dispuestos, ansiosos de decir una palabra distinta. El fenómeno se inscribía en un mundo que cambiaba y en un espíritu ávido de desafíos y transformaciones audaces.



LA BOMBA EN EL ATENEO

A nivel chileno los más extremistas actuábamos a la sombra del sepulturero de la vieja poesía y padre del verso nuevo, Vicente Huidobro. En 1935, por cuenta propia, junto a Eduardo Anguita, decidimos poner nuestra bomba y encender la mecha que hiciera estallar el reino de las bestias sagradas. El artefacto terrorista se llamó *Antología de la poesía chilena nueva*. Olímpicamente los pretenciosos compiladores excluyeron a Gabriela Mistral y se incluyeron con gran desenfado en la lista de los “Top Ten”, anunciando la poesía del porvenir.

LOS “PRECIOSOS RIDÍCULOS”

La respuesta del sistema no se hizo esperar. Dio el toque de rebato llamando a la operación castigo, encabezada por el crítico oficial, el Papa Alone (Hernán Díaz Arrieta), quien gratificó a

los dos imberbes autores del sacrilegio con una página de diario entera, sobrepoblada de sarcasmos lapidarios. Nos puso en la picota disparando flechazos no del todo inmerecidos, calificándonos de “preciosos ridículos” y “jovencitos apresurados que toman con demasiada anticipación medidas para entrar a la inmortalidad”. Ambos precoces herejes debían arder en una hoguera irrisoria, que provocara burlas y carcajadas, lo cual por cierto no nos hacía gracia.

PICÓN SALAS TERCIA EN EL DEBATE

Mariano Picón Salas el 4 de agosto de 1935, en el diario *La Hora*, dará una mirada no exenta de simpatía semisonriente, entre irónica y comprensiva, a aquella empresa juvenil, en la cual tal vez reconociera algún rasgo de sí mismo cuando tenía la edad de la inocencia escandalosa. “A las puertas de la Antología —dijo— los señores Teitelboim y Anguita (nadie hasta entonces nos había llamado señores) asumen el papel de armados e irascibles arcángeles. Son demasiado jóvenes, nadie los conocía antes de esta tentativa, pero ya esgrimen la espada de fuego de la justicia poética. De entre los numerosos poetas que existen en Chile ellos sólo aceptan a diez, entre los cuales, como es de rigor, se cuentan ellos mismos”⁵⁸. No pararía allí la turbamulta. Si tres años antes se había depuesto a un rector anacrónico, instalando en una de las sillas gestatorias a otro venezolano, ahora los muchachos “justicieros” insistían en la tarea de mandar al cementerio de los elefantes a todas las vacas sagradas del conservatismo literario. El desaire no respetaba intocables. Respondía al todo por el todo de “una juventud excesiva y ardiente”, como Neruda había definido a la suya once años antes.

58 El artículo, titulado “Poesía, truco y subconsciencia”, fue publicado en *La Hora* (Santiago de Chile), el 4-8-1935, y recogido en Mariano Picón Salas. *Prosas sin finalidad (1923-1944)*. Delia Picón Salas (comp.), Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010, pp. 327-330. [N. del C.]

UNA AIRADA Y PINTORESCA POLÉMICA LITERARIA DEL SIGLO XX

El desacato cobraría proporciones aún más desmedidas. A las tentativas de fusilamiento de los infractores se agregaría en la plaza pública un espectáculo nacional, recogido como una fiesta por la gran prensa de aquella época. Se instaló un ring en la calle para presenciar el choque entre los pugilistas. Saltó la chispa de la más encendida y palabreada controversia literaria en el Chile del siglo XX. Se cruzaron furiosos y a ratos tragicómicos mandobles entre el gran trío desbocado, Huidobro-De Rokha-Neruda. Picón Salas compartió esa época, pero tal vez no alcanzó a vivir el tiempo en que a aquella bienhadada o malhadada Antología se la llame “mítica” y sea instalada por cada nueva generación en el altar de sus santos patronos. El maestro venezolano era una mezcla de pasión y serenidad contemplaba la zalagarda con cierto ánimo de filósofo activo y contemplativo a la vez. Al fin y al cabo había hecho su viaje de Ulises a esta hipotética Ítaca del Sur cuando tenía la edad de los años locos. Podía, por lo tanto, entender a los vapuleados irresponsables del texto convocatorio a un pequeño Apocalipsis literario con la mirada de quien sabe que se trata de una manifestación de vida, expresión de un descontento que andaba por muchas partes y sobre todo impulsaba a la juventud.

HACER DEL DESTIERRO UNA SEGUNDA PATRIA

El hombre impartió otra lección que nos sirvió para afrontar futuras o probables turbulencias. De su ostracismo voluntario no extrajo unilateralmente la idea del extrañamiento como culto a la nostalgia y la soledad desesperada. Por el contrario, lo asumió como lo había hecho antes su compatriota, el fundador de tanta cosa del espíritu en la América hispánica del siglo XIX. Adoptó su actitud a sabiendas de que el destierro no es siempre un entierro



de los sueños y un acta de rendición. Puede ser el descubrimiento de una segunda patria, que a veces cobra caracteres de primera. Es así para los creadores irremediables que insisten en realizar su tarea y cumplir su misión en la vida estén donde estén y cueste lo que cueste. Conversé con él en raras ocasiones. Había en mí la inhibición que puede sentirse ante un hombre que se admira. Intercambiamos noticias sobre lecturas comunes. Me alegró y me confirmó autores favoritos. Nos hermanaba la seducción ante la magia de la lectura de novelistas escandinavos, de clásicos y revolucionarios rusos, que estaban tan lejos y sentíamos tan cerca.

NERUDA, PICÓN SALAS

Más que nuestra generación, la suya, la de sus iniciaciones, coincidió con la de Neruda, aquella que en Chile se denomina del año 20. Ambos jóvenes colaboran en *Claridad*, la revista de la Federación de Estudiantes. Son alumnos simultáneos del mismo Instituto Pedagógico. Picón Salas sigue historia; Neruda, francés. En sus aulas viven el amor estudiantil, sienten la atracción de las enardecidas asambleas anarcosindicalistas y se incorporan, aunque no en los mismos grupos, al despertar literario promisor de aquella época.

No les resulta tan fácil editar sus primeros libros. Un novelista de la generación anterior les dará una mano. Eduardo Barrios recomienda a un desconocido Neruda al editor Nascimento, impenitente inmigrante portugués, que se entrega a la tarea de dar a la estampa a los debutantes de aquel tiempo tormentoso. El mismo autor de *El niño que enloqueció de amor* conseguirá que este joven talentoso venido de la frontera norte sudamericana obtenga un empleo en la Biblioteca Nacional, lugar apropiado para un lector voraz, donde se las ingeniará para dar rienda suelta al vicio impune y solitario, sin cuya droga no podría vivir.



EL ESCRITOR CAUDALOSO Y CRISTALINO

Nascimento acogerá a Picón Salas dentro de la parvada de los nuevos escritores. Serán autores representativos de un siglo XX en el primer tercio de su camino. La literatura de algún modo interpretará la calle, esa Alameda tumultuosa por la cual entra y sale de la Biblioteca, diciéndole que los libros han de ser una imagen de la vida y deben tomar las medidas al hombre, sin olvidar a aquellos que Víctor Hugo llamó “los miserables”. No escribirá una literatura de la fealdad, pero ella se nutrirá de lo vivido, de lo sentido y lo pensado y también de lo mucho que aprende un eterno estudioso. Sin aspavientos será un doctor en filosofía, colaborador puntual de revistas literarias y autor de una prosa digna de la palabra insigne. Escribe con hondura, con gracia y enjundia, con mirada fresca, porque es esencia que le fluye desde muy adentro de la existencia.

Como en todas las épocas ciertos seres aspiran a una vida en plenitud. Amores estudiantiles, romance entre el maestro y la alumna que culmina en matrimonio. Está viviendo un tiempo vital, inflamado por fermentos políticos, que lo devuelven en algún momento al mayor escenario de sus sueños: una América bolivariana y martiana, libre y unida. Son asignaturas pendientes que han cruzado la línea divisoria de los siglos como deudas de la historia. Mariano Picón Salas, hombre de lecturas interminables, será un continuador personalísimo de la reflexión intelectual de Bello y de aquel Simón Rodríguez, soñador impetuoso, con su encendido anhelo de una sociedad diferente. Se siente en Chile como en su casa, porque al fin de cuentas cada una de nuestras naciones es una habitación de la residencia múltiple y titánica propuesta por el que un día convocó al Congreso Anfictiónico. En sus fecundos años chilenos el escritor publica con la fuerza creadora de un torrente: *Mundo imaginario* (1927); *Hispanoamérica, posición crítica* (1931), *Odisea de tierra firme* (1931); *Imágenes de Chile* (en colaboración con Guillermo Feliú Cruz)



(1933); *Registro de huéspedes* (1934); *Problemas y métodos de la historia del arte* (1934); *Intuición de Chile y otros ensayos* (1935); *Pablo Neruda en 1935* (1935). Admirablemente prolífico, laborioso, sugerente, aquí, como Rubén Darío, inicia, despliega su vuelo. Sería quizás, lo hubiera dicho así Vicente Huidobro, digno de Altazor, pájaro de las cumbres.

REGRESO QUE ES UNA PERMANENCIA

No eran Bello ni Picón Salas los únicos venezolanos que rehacían sus vidas y continuaban sus trayectorias en estas tierras del Sur. Un aluvión de estudiantes llegaba en esos tiempos desde Caracas, Mérida, Barquisimeto, de diversos puntos de la patria, a proseguir sus estudios en la Universidad de Chile. También los impelía al viaje el clima intelectual estrecho impuesto por la tiranía de Juan Vicente Gómez. Esa muchachada ansiosa de respirar aire libre se incorporó apasionadamente a un país que buscaba un cambio en la sociedad y una apertura hacia una cultura abierta y plural. Cuando avizoraron cambios en Venezuela muchos apresuraron el regreso. Mariano Picón Salas supo que había llegado la hora del retorno que no tuvo su compatriota de la estatua. Tal vez no dijo a Andrés Bello la palabra “adiós” sino un “hasta siempre”. El hombre que volvía había entrado a la estación de los frutos maduros. De ello deja constancia el escritor que merece ser considerado un clásico del continente. Nacido hace un siglo, conserva la juventud inherente a un trabajador constante de un estilo de vida y escritura cuya hondura, mirada espacial y riqueza de corazón nos entregan en prosa espléndida un retrato de nuestra América.



Manuel Vega

PICÓN SALAS, NOTABLE ENSAYISTA⁵⁹

Con sobrada razón se ha dicho que gracias a los éxitos de André Maurois, Stefan Zweig y Emil Ludwig se puso de moda en América la biografía novelada. Y como una derivación, los ensayos de tipo histórico sociológico. Quizás ya existía el fermento entre los escritores hispanoamericanos. Pero valiosas incitaciones contribuyeron a dar prestancia a un género literario, a una manera de enfocar los temas medulares del vivir. Entre esos escritores descuella Mariano Picón Salas, de sólida formación intelectual, de rica sensibilidad que se ha proyectado por los dominios de la novela y el cuento, ambos contruidos con la inteligencia y el rigor del ensayista.

Mariano Picón Salas vivió emigrado en Chile. Pocos escritores americanos conocieron mejor la íntima realidad chilena. Por esta razón, sus ensayos tienen un valor documental. Y sus conclusiones son la cifra exacta, algo así como la culminación de una señera inteligencia, enriquecida por el dominio de un arte literario llevado a sus más bellas delgadeces. De sumo interés, pues la iniciativa de la editorial Zig-Zag. Al publicar una selección de ensayos del eximio escritor se rinde un altísimo servicio a la cultura, hace posible la relectura o el primer conocimiento de

59 [Firmado V. M.] *Las últimas noticias*, Santiago de Chile, 3-1-1959, p. 17.



unas obras que dan prestancia al quehacer literario de Hispanoamérica⁶⁰.

Un magnífico prólogo de Ricardo A. Latcham contribuye a situar el escritor en su justo marco. Una nota preliminar de Juan Loveluck explica las orientaciones selectivas. Y se abre el inmenso panorama de auténtica creación. Entre sus títulos figuran: Páginas europeas con resonancias de Francia, Austria, Italia y España; páginas americanas referidas a Chile, Perú y Argentina. Después, como una invitación al pensar profundo, el tema alucinante del barroco de indias, estudiado en su complejidad, en su perspectiva histórica, para detenerse en el caso entrañable de sor Juana Inés de la Cruz.

La cultura del escritor venezolano es multiforme. Su acuidad es de suma limpieza, solo tiene compromisos con la verdad, con la interpretación correcta. Ejemplo, su trabajo en torno a lo que podría ser un “proceso del pensamiento venezolano”.

Las grandes figuras de la literatura chilena han pasado por su tamiz, entre conceptual y emotivo. En sus páginas rebullen las creaciones de Pablo Neruda, los arrebatos místicos de Gabriela Mistral.

60 Esta nota se refiere a la publicación de *Ensayos escogidos* de Picón Salas. Selección y nota preliminar de Juan Loveluck. Pról. de Ricardo A. Latcham, Santiago de Chile, Edit. Zig-Zag, 1958. 233 p. [N. del C.]



LA OBRA Y LA CRÍTICA

«HISPANOAMÉRICA,
POSICIÓN CRÍTICA» (1931)

Gregory Zambrano

HOMILÍA CONTRA EL DESDÉN
(A PROPÓSITO DE LA CONFERENCIA
"HISPANOAMÉRICA, POSICIÓN CRÍTICA",
DE MARIANO PICÓN SALAS)¹

El interés por comprender e interpretar los problemas comunes de los países hispanoamericanos fue un motivo insistente en la obra de Mariano Picón Salas (1901-1965). Esta comprensión tuvo también una perspectiva totalizadora en el modo como asumió el estudio de la historia como destino, al que quiso explicar en busca de claridad.

Para Picón Salas es fundamental analizar las coyunturas históricas y moldear la reflexión, para que no sólo dé cuenta de los hechos sino que los interprete en función del devenir. No otra cosa intentó en obras que muestran su visión de conjunto: *Europa-América. Preguntas a la esfinge de la cultura* (1938), *Formación y proceso de la Literatura Venezolana* (1940), *De la conquista a la independencia* (1944), *Dependencia e independencia en la historia hispanoamericana* (1952), entre otras. En ellas definió su perspectiva propia y su expresión autotélica. Adhiere un pensamiento de estirpe americanista, emparentado espiritualmente con pensadores y estilistas del idioma, como José Martí, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña; también —aunque con otras trazas ideológicas—, autores como José Carlos Mariátegui,

1 En: Clara María Parra y Raúl Rodríguez Freire (comp.), *Crítica literaria y teoría cultural en América Latina. Para una antología del siglo XX*. Valparaíso, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Editorial Dársena, 2015, pp. 134-151.



Héctor Murena y Ángel Rama, o interactúa entre eruditos como Germán Arciniegas, Arturo Uslar Pietri y Octavio Paz.

Cuando imparte la conferencia “Hispanoamérica, posición crítica” el autor, con treinta años de edad ya posee una madurez intelectual acrisolada en un cúmulo de lecturas fundamentales, perfectamente asimiladas, que lo llevan por los caminos de la interpretación política, histórica y cultural, en diálogo con pensadores americanos y europeos. Su orientación metodológica decanta en un minucioso análisis, al que contrasta con su propia experiencia de vida, lo que denomina “correspondencia vital”. Esta es una de sus constantes, o como escribió Cristian Álvarez, “su búsqueda de comprender y esclarecer, para compartir fielmente su anhelo de construcción de una sociedad mejor en la permanente defensa de la conciencia libre”². Picón Salas confía en su intuición al momento de elaborar explicaciones o formular hipótesis que permitan comprender e interpretar ciertos episodios históricos o algunas realidades que son consecuencia de los procesos sociales. Su entusiasmo y su aguda sensibilidad social, muestran ya una impronta que habría de caracterizar los retos de su pensamiento y escritura por venir. Está siempre atento a los cambios culturales de Hispanoamérica, como lo corrobora el hecho de que ese mismo año de 1930, se había vinculado al grupo fundador de la revista *Índice*, con Ricardo A. Latcham, Raúl Silva Castro, Eugenio González, Benjamín Subercaseaux, Juan Gómez Millas, Domingo Melfi, Óscar Vera y Mariano Latorre, comprometidos con el estudio de las ideas, el conocimiento de la historia y la formación de valores latinoamericanistas.

Como en muchos de los ensayos que escribió posteriormente, en esta conferencia anuncia esa perspectiva integradora, consciente de que los problemas de un país no son sólo de éste sino que forman parte de “un vasto problema continental”. Y de

2 Cristian Álvarez, “Prólogo” a Mariano Picón Salas. *Prosas sin finalidad (1923-1944)*. Delia Picón Salas (comp.). Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2010, p. 12.

manera particular sustenta la tesis de una necesaria superación de las mentalidades ancladas en el relativismo cultural, que sólo ofrece explicación de la realidad bajo premisas mágicas, al mismo tiempo que soslayan el sentido pragmático y realista de los hechos.

Esta conciencia crítica va también alertando sobre las limitaciones del legado positivista, que impregnó la formación cultural de buena parte de la intelectualidad hispanoamericana de finales del siglo XIX. Gracias a su agudeza intuitiva, va más allá de comprender las contradicciones entre el estado de naturaleza y el estado de cultura, y plantea la necesidad de rebasar supersticiones, fórmulas mágicas, dogmas o prejuicios. En esa revisión crítica pasa a explicar cómo ciertas prácticas políticas foráneas, que fueron impuestas a nuestros países, se transformaron paradójicamente en taras como el caudillismo que imperó en buena parte el siglo XIX y se extendió con diversas variantes hasta su contemporaneidad.

El caudillo es visto por Picón Salas como un jefe de horda, que gobierna con los hombres de su clan y se sustenta en una clase intelectual que lo justifica con pretensiones filosóficas. Esa actuación caudillista se pretende ocultar, de manera perversa, en la medida en que hacia el interior del país que la sufre hay un riguroso control del pensamiento y voluntad de la población, mientras que hacia afuera —como sucede con los imperialismos o los amos del capital—, los caudillos se arrodillan o acatan de una manera sumisa las directrices que estos quieran imponer.

Picón Salas denuncia esa escisión, manifestada en el deseo de sostener una falsa conciencia nacional que busca ocultar la realidad, atada a intereses personalistas o sustentada como verdad inequívoca por teóricos que sólo defienden la voluntad del jefe. De aquí que el ensayista destaque cómo el pensamiento liberal del siglo XIX repudió el caudillismo, aunque luego se quiso imponer como un “arquetipo político”, que justificaba la existencia de ciertos patrones de dominación colonial, sobrevivientes aún





después de la conformación de los estados nacionales. Picón Salas subraya de manera aguda su postura crítica y lo ejemplifica con los casos de Juan Manuel de Rosas en Argentina, José Gaspar Rodríguez de Francia en Paraguay, Gabriel García Moreno en Ecuador, Porfirio Díaz en México o Juan Vicente Gómez en Venezuela.

El joven pensador no se queda sólo en la denuncia de estas posturas políticas redivivas en su tiempo, sino que postula también la necesidad de incluir como parte de la discusión la crisis de cultura, que pone al hombre frente a sí mismo y donde cada pueblo tiene la revelación de sus potencialidades. Aquí hace énfasis en la necesidad de reclamar para los pueblos de América Latina el conocimiento mucho más abierto, crítico de su propia herencia y la necesidad de asumir los retos que le impone el presente, vislumbrado éste como caótico o hipertrofiado, y poseído por un excesivo celo para romper sus límites, o expresamente reprimido en su necesidad natural de desarrollarse.

Para Picón Salas es importante comprender la cultura a partir de la realidad propia de cada pueblo. Esa idea es patente en esta conferencia y en muchos otros de los ensayos y artículos que escribirá después. Para el escritor venezolano hay un reto permanente que se revela en la conciencia de autonomía, que debe impulsar a todos los pueblos hispanoamericanos. Estos deben ir más allá de la adaptación de modelos foráneos que, si bien partían de la Ilustración, obedecían a la necesidad de otros pueblos cuya naturaleza es históricamente distinta.

En este sentido clama por un “humanismo integrador” que vincule de manera eficiente el uso práctico de la técnica con el espíritu que emana del interior de los hombres. Es su “homilía contra el desdén”. Esta postura requiere un sentido abarcador, ecuménico, como lo concibió Simón Bolívar y que Picón Salas en esta conferencia, refrenda desde la perspectiva histórica:

Negando lo propio, sometiéndonos indolentemente a nuestro carácter de factorías de la cultura europea, no afirmaremos nunca nuestra autonomía espiritual. Estaremos avistando siempre las naos que vengan de Occidente. Nuestras universidades repetirán sin agregarles ningún contenido, moviendo como un cuerpo extraño las ideas llegadas de Europa. Nuestra literatura y nuestro arte expresarán tal vez la última moda surgida en los cenáculos de París, pero en ningún modo la esencia y la verdad de la tierra. Pero hay que defenderse también de la sobrestima y el nacionalismo rabioso, que nos cantan una canción optimista y nos ungen ya de un destino mesiánico³.

Así como muchas de sus ideas sobre el devenir hispanoamericano tienen su impronta en el llamado ecuménico, de manera consciente y sin fanatismos, esta conferencia marca un derrotero que no deja de ser una tarea pendiente. Para el ensayista —y consecuente educador— es necesario tener clara una conciencia de unidad cultural, necesaria para asumir y mostrar como un valor irrenunciable lo que es propio y genuino.

Esta conferencia, leída en la Universidad de Concepción, Chile, en noviembre de 1930, plantea una serie de retos que Picón Salas asumiría en los años por venir. Su perspectiva crítica se explaya en muchas de sus obras donde se planteó la idea de síntesis, proceso y sistema para comprender e interpretar la cultura. Este modo de entender los procesos políticos se corresponde con una especie de plan que alienta buena parte de su obra. Como bien lo expresó Pedro Henríquez Ureña al comentar *De la conquista a la independencia*:

Oportuno y ejemplar es el esfuerzo del distinguido escritor venezolano. Mucho queda, y quedará siempre, por investigar, pero con los materiales ya reunidos es posible emprender obras de conjunto con espíritu de síntesis, sin esperar —larga espera, y vana— a que esté completo el repertorio de los datos. Y tanto más ejemplar y oportuno cuando

3 Mariano Picón Salas, “Hispanoamérica, posición crítica”, pp. 200-201.



el autor sabe recordarnos que el pasado es lección para el presente, si sabemos leer⁴.

“Hispanoamérica, posición crítica”, pertenece al conjunto de textos que Picón Salas no seleccionó para conformar sus *Obras selectas* (1953). El autor excluyó muchos de sus textos juveniles, escritos antes de 1933. Prevalecía en el escritor venezolano un sentido crítico de su propia expresión individualista. Consideraba la necesidad de comunicarse con la palabra de los otros, es decir, superar la perspectiva del “yo” para expresar la voz de un colectivo, un “nosotros”, que permitiese reflejar los problemas ingentes de su tiempo, de su generación, asumiendo una perspectiva abarcadora. No casualmente sus memorias, *Regreso de tres mundos* (1959), llevaban expresamente como subtítulo “un hombre en su generación”.

La conferencia puede leerse como un intento de síntesis que vincula lo histórico con lo literario, lo social con lo político y económico. Estos universos se enlazan en su pensamiento, sustentados en la necesaria interacción entre ideología y praxis política. Para Picón Salas es muy importante la expresión, el diálogo, la manera cómo se perciben y se muestran los rasgos que definen la cultura. Y por supuesto, los modos como estos se concretan, lo que él llamó “las formas de nuestra cultura”.

El autor muestra de manera constante esta idea la cual, de cierta manera, sintetiza en su obra *Crisis, cambio y tradición; ensayo sobre la forma de nuestra cultura* (1955). Al valorar los alcances de la obra de Picón Salas, Julio Ortega escribió:

Fue, es cierto, un historiador de la cultura, que en lugar del tratado académico utilizó el ensayo histórico, no menos erudito pero más positivo. Escribió para un público menos especializado y más venidero, un lector que estaba aún formándose como interlocutor del mundo

4 Pedro Henríquez Ureña, “Pasado y presente”, en su libro *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989, p. 31.

que le había tocado en herencia y lectura. Tiene, por ello, el equilibrio moderno entre la información y la crítica, entre la historia y el ensayo, entre la enciclopedia y el periodismo. Esas armonías no descuentan la pasión crítica, que se transparenta en la alta demanda de sus opciones estéticas, pero tampoco eluden la convicción política, que se evidencia no sólo en su condición de exiliado sino en su crítica de las dictaduras y vocación de independencia⁵.

La disertación que presentamos es un texto crítico y erudito, escrito con la armonía de una prosa elegante y fluida. En ella expresa un conjunto de ideas que aún conservan vigencia y muestran un derrotero o marcan una bitácora de tareas pendientes para continuar reflexionando sobre la unidad cultural y sobre la identidad común de los pueblos hispanoamericanos y más aún, plantea la necesidad de abrirse a un diálogo sin complejos con otras culturas del mundo contemporáneo.



OBRAS CITADAS

- Álvarez, Cristian, “Prólogo”, a Mariano Picón Salas. *Prosas sin finalidad (1923-1944)*. Delia Picón Salas (comp.). Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2010, pp. 3-12.
- Henríquez Ureña, Pedro, “Pasado y presente”, en su libro *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1989, pp. 27-31.
- Ortega, Julio, “Conversaciones con el ensayista”, en Gregory Zambrano (comp.), *Mariano Picón Salas y México*. Maracaibo: Universidad Cecilio Acosta, 2002, pp. 94-98.
- Picón Salas, Mariano, *Crisis, cambio y tradición; ensayo sobre la forma de nuestra cultura*. Caracas: Edime, 1955.
- _____, “Hispanoamérica, posición crítica”. En: Mariano Picón Salas, *Europa-América, preguntas a la esfinge de la cultura y otros ensayos*. (Selección de Guillermo Sucre. Introducción de Adolfo Castañón. Notas y variantes de Cristian Álvarez). Caracas: Monte Ávila Editores (Biblioteca Mariano

5 Julio Ortega, “Conversaciones con el ensayista”, en Gregory Zambrano, *op. cit.*, pp. 95-96.

Picón Salas, 5), 1996. pp. 187-203. Texto publicado originalmente en *Hispanoamérica, posición crítica. Literatura y actitud americana; sentido americano del disparate y sitio de una generación*. Santiago: Imprenta Universitaria, 1931.





ODISEA
DE TIERRA FIRME (1931)

J. Henri Amiel

ODISEA DE TIERRA FIRME¹

Es la segunda edición de una novela publicada por primera vez en 1931. Llena de tristeza inconsolable y profunda melancolía, este pequeño volumen es el grito de desesperación de un escritor venezolano exiliado, el documento nostálgico de quien evoca su tierra querida, Tierra Firme, la costa este de Venezuela, y sus antepasados, y lamenta los días transcurridos, la edad de oro de Venezuela antes de que el tirano Gómez llegara al poder. Historiador social, Picón Salas escribe con una prosa moderna e imaginista, amenizada con localismos. En su prefacio a esta segunda edición, el autor admite que el clima político y las circunstancias históricas han cambiado para mejor desde que se publicó por primera vez el volumen y que la Venezuela militarista que presenta ya no existe. Con el fin de los treinta y cinco años de dictadura de Gómez, se cerró un ciclo de barbarie y violencia.

Muchos de los caracteres de los personajes son excelentes y algunos de los episodios trágicos se cuentan conmovedoramente. Hay dos notas muy halagadoras al comienzo del libro, una del célebre novelista mexicano Mariano Azuela, la otra de Ricardo A. Latcham, el brillante escritor chileno. Un glosario de tres páginas de expresiones y modismos locales resulta muy útil.

Mariano Picón Salas. *Odisea de Tierra Firme*. Santiago, Chile. Zig-Zag. 1940. 139 páginas.

¹ *Books Abroad* (Norman, Oklahoma), vol. 16, num. 4, 1942, p. 434. [Reseña publicada originalmente en inglés, ha sido traducida para esta edición. N. del C.]



Ricardo A. Latcham

LA ODISEA DE UN NOVELISTA²



Mariano Picón Salas es el novelista más representativo de la tragedia civil de Venezuela. Sin la intensidad ni el patetismo de Pocaterra, el terrorífico relator de peripecias dantescas y de tragedias brutales lo aventaja por su técnica nueva, por su concepto audaz de la novela, por la raíz poética de su prosa.

La literatura venezolana es tremendamente romántica. Ni el propio Pocaterra se desprende de tal caparazón, que le da un colorido arcaico a muchas páginas que salvará el hondísimo acento doloroso. Nadie se escapa en Venezuela del imperativo civil. Colombia está llena de venezolanos, hasta el extremo de que en Cúcuta, pueblo fronterizo, hay más deportados voluntarios o reales que habitantes nativos. En París se hallan los criollos de abolengo, los rígidos *patiquines* en cuyos cenáculos pontifica sobre mundología la señora Teresa de la Parra. Por fin, en el vasto continente americano, sobre todo en las universidades yanquis, permanece la flor de la juventud venezolana al aguaito de la tierra abrumada por el despotismo más brutal que recuerda la historia.

2 *Atenea* (Concepción, Chile), vol. 16, núm.75-76, 1931, pp. 92-96. También es el prólogo a la 3ª ed. de *Odisea de tierra firme*, Santiago de Chile, Edit. Zig-Zag, 1940. pp. 9-13.

Picón Salas, nuevo Ulises de cultura humanística, experimentó la odisea que en su novela entrega más de un secreto nativo.

Ha preferido para hacerla una nueva técnica de planos superpuestos, donde, poco a poco, se justifica históricamente el advenimiento de Juan Vicente.

Primero fue Venezuela un sitio de porfiadas luchas hasta que un régimen civil conservador de hombres letrados y juriconsultos, reemplaza a los padres de la patria. De paso diremos que, en América, los padres de la patria fueron tentados por la autoridad y solían terminar sus días como arbitrarios mandones que se colocaban bandas presidenciales sobre los andinos ponchos y los raídos uniformes que marcó el balazo español.

Picón explica admirablemente la manera propia de su libro al decir, en el prólogo, que le agradecería verlo leer *de adentro hacia fuera*. Y eso es lo mejor que podemos hacer al penetrar en esta apretada área de pasión cuya fibra americana es inconfundible. Picón prefiere a la crudeza y el dramatismo tendencioso de Pocaterra, romántico de origen como su actitud vital, una postura que podría definirse como la *geografía lírica del trópico*. Los planos del relato sucedense de tal forma que llegamos sin sentirlo al riñón político y a la medulosa pasión del cuadro inicial.

Relación con las Antillas tiene algo barroco, propenso al costumbrismo, pero sin el costumbrismo. Ahí sacan su genealogía los personajes. Se avivan estampas valleinclinascas en unos parajes donairosos, con finas palmeras y criollas guitarradas. Lo negro tiene un colorido donoso que Picón aprovecha con su avizor sentido de las proporciones. Es subjetivo y poético. Hincan sus raíces y logra atisbos certeros en el preambiente de los postreros relatos. Va justificando con el doble instinto del artista y del literato lo que vendrá después: el drama civil, el desplazamiento del criollo rico y letrado por el soldadote andino, de amplia ruana y de sombrero agresivo.



Nótese en el relato primero un dominio de la técnica novelesca que destiñe a la narración de todo lo episódico, de cuanto signifique anécdota manida, abuso del costumbrismo, simple dependencia de las tres unidades clásicas.

La geografía lírica tiene allí su lugar. Se combinan finalmente la referencia pintoresca, el dominio de lo histórico y hasta la geografía humana, v gr. : “la evocación de Cartagena”, con su larga sequía y el inaguantable calor; Río Hacha, ciudad campamento, poblada con improvisados edificios; Saint Thomas, islote de contrabandos y el Caribe, con su prodigioso contenido, sus alevos enfermedades y sus recuerdos piráticos.

En tiempos federales surge un poeta sugerente, que evoca tiempos muy duros de la Venezuela republicana, ya semiahogada entre los militares fotutos.

El estilo de Picón cobra allí ese acento tan suyo, mezcla ardiente de trópicos sanguinoso y de firmes disciplinas clásicas. Un adjetivo valleinclanesco aparece al lado de cuatro líneas sobrias como una visión de Humboldt.

“Tintinean sobre el pavimento, *aferrallan* el pavimento, las grandes espuelas del viejo Juan Araújo. El viejo Juan Araújo viene arrastrando su cobija paramera, alto y barbudo como la montaña, seguido de sus diez hijos, a pedirle justicia al presidente del Estado un día de 1882...”.

Nuestro novelista busca el color y hacer incursiones en la botánica. Evoca la malagueta, la vainilla y saca partido del frondoso mundo tropical con sus variadas aves y sus inagotables arbustos.

¡Cuán sincero es el tono de este relato, que se tiñe de dramatismo o se desvanece en íntimo fervor patriótico! El aleve criollo saca su cabeza hirsuta y contrasta con esas doncellonas católicas y



solteras, que huyen de la furia federal. Bien graduada la emoción entre el paisaje llanero y el primer paisaje andino. Entre estos dos paisajes en pugna, con dos climas y dos actitudes vitales, parece girar, en ocasiones, la historia de Venezuela.

“Entre andinos y llaneros, como el “pinto” y el “paro” de los arrieros que se encuentran en el alto de la cuesta, se desmontan, se afirman el puñal en el cinturón y extienden sus dados sobre la cobija como en un tapete, se había echado a rodar nuestro destino civil”.

Picón trasiega en el habla popular, vibrante de contenido tendencioso. Busca su intención, labra vocablos finos y saca adjetivos de la americanidad capaz convencer hasta los tozudos críticos parisienses de Chile. “La piedra montañesa es más firme y hostil. Los hombres más reconcentrados”.

En dos palabras se crea un paisaje psicológico.

La casuística andina es terrible. Una revolución se llama “hacer una travesura” y matar a un enemigo político “despachar el asunto”. Las montañas de Venezuela están llenas de estos sumarísimos episodios que despueblan de adversarios y hacen tremolar el machete como un único principio indiscutible.

De repente salen a relucir los cuchillos. “Cuidado: lo perjudico con el palillo de dientes”, dicen a los pulperos...”. Y el pulpero suelta la mercancía sin chistar, mientras en una revuelta del camino se ha perdido el sombrerón domeñador de hirsuta pelambreira.

Los andinos son terribles y de sus inexpugnables montañas suelen bajar a hacerle la travesura a don Juan Vicente, cuya psicología astuta tiene los secretos del andinismo político, como la tuvo también el brioso *Cabito* Cipriano Castro.

Picón exhala un quejido de hombre civil cuando ve el estéril sacrificio de los que luchan por una inalcanzable legalidad y por





un derecho agujereado por los machetes y balazos. Es admirable y poético ese personaje don Juan de Dios, viejo hombre de principios, que se mete en cama cuando ve naufragando toda la constitucionalidad de Venezuela. Y se queda en el lecho, sin ver y recibir a nadie, fuera de Verónica, viejísima criada, que le sirve tisanas, hasta su muerte. El novelista cierra ese maestro capítulo con esta frase vigorosa, evocadora:

“Muerte apacible y sin agonía de los hombres que trabajaron por la inasible justicia: muerte que llegaba sin angustia ni afán, como el sueño a los ojos cansados de la vigilia”.

Odisea de un novelista es este pletórico libro de Picón. Su sensibilidad lo lleva por un laberinto de evocaciones, preñadas de plasticidad y así, deriva en la terrible época contemporánea en que el odiseo máximo, Riolid, deja a su padre después del estéril fracaso del general Cachete e' Plata.

Los soldados de la revolución arrasan con todo. Los villorrios se despueblan, las mujeres huyen despavoridas, las que se quedan son violadas brutalmente. Venezuela retorna al régimen feudal del ható. Un caudillo inmisericorde se ha trepado a la suprema magistratura. “Donde llegan esos “paisas” —ha dicho un personaje de la Odisea—, nadie más “pelecha”.

Así está hoy la patria de Bolívar y de Bello. Nadie “pelecha” sino el General y su abigarrado y cortesano cotarro de culatillos, de doctorcitos y de escritores áulicos. Los métodos de expoliación son variados y fecundos en terrorismo. He aquí uno: la sagrada. El novelista nos lo explica: “La sagrada” es una institución que solo podían inventar los macheteros andinos. Un tropel de soldados se instala en la hacienda, con amplias facultades de gastar y destruir lo que exista. Pertenecer a la “sagrada” es vivir en permanente festín, los soldados se reponen de su ordinario y mal rancho. *Donde ellos pasan, el barbecho se convierte en rastrojo.*

¿Y qué decir del creador de la suprema “sagrada”, de la que hoy tiene domeñado el país bajo una expoliación ilímite como un llano de la patria? El novelista se encarga también de pintarlo cáusticamente: “El General Gómez, como buen hombre de montaña, es prolífico: todo su fósforo se transformó en descendencia”. (Pág. 145).

Sus hombres de confianza son abogados famélicos, criollos ávidos, explotadores ambiciosos. Riolid, el protagonista, los define así: “Y las leyes de Caracas las explicaban unos hombres hepáticos y entristecidos por la sumisión y hasta por el clima”.

Odisea de tierra firme constituye un nuevo diagnóstico de América. Es una novela hermana de *Sangre en el trópico* de Hernán Robledo y de las *Memorias de un venezolano de la decadencia* de José Rafael Pocaterra. En sus páginas hay acentos coloristas y sinceros y una hábil mezcla de fantasía y de realismo, vigorosamente condimentado con una prosa moderna e imaginista. En cuanto a la técnica revélase Picón Salas sagaz entendido en esa superposición de planos que aleja de la anécdota infecunda y que saca del ensueño el fino esmalte poético. Técnica de arabesco y de bordados, de velutas y decorados del buen barroco. Barroquismo es el suyo que tiene de lo clásico unidad de intención y lo eternamente actual que es su esencia.

La novela de Sud-América se acrecienta con un relato de fantasía y de ensueño, que a la vez levanta una poderosa protesta: la de esos blancos de Tierra Firme, que aún aguardan los hombres nuevos.

Hombres nuevos como éste son los que necesita América y también libros novedosos y eficaces por su sentido social, hermano de un arte deleitoso que anima páginas de un relieve insuperado en el relato actual del continente.





IMÁGENES DE CHILE
(VIDA Y COSTUMBRES
CHILENAS EN LOS SIGLOS
XVIII Y XIX) (1933)

CHILE VISTO DESDE FUERA¹

El maestro de generaciones universitarias e historiador chileno Guillermo Feliú Cruz y el humanista venezolano Mariano Picón Salas publicaron hace treinta y nueve años una selección de los relatos de viajeros extranjeros que visitaron nuestro país en los siglos XVIII y XIX.

Esta tercera edición profusamente ilustrada de *Imágenes de Chile* (Editorial Nascimento, 1972), viene enriquecida con un magnífico estudio de Feliú Cruz: *Ensayo de un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*.

Don Guillermo nos traza una imagen muy completa de su amigo y colaborador, aprovechando su conocimiento directo del personaje y las páginas autobiográfica que aparecen en algunos libros del gran venezolano (*Odisea de tierra firme*, *Registro de huéspedes*, e *Intuición de Chile*). Picón llegó a Valparaíso huyendo de la dictadura de Juan Vicente Gómez.

“Mariano Picón fue empleado de la Biblioteca Nacional, redactor de *Atenea*, codirector de *Índice*, catedrático de Historia del Arte de la Universidad de Chile. Nadie le negaba su vocación de chileno sin olvidar su origen y ciudadanía venezolana.

1 *Última Hora* (Santiago de Chile), 13-8-1972, p. 8. [Publicación sin firma, N. del C.]



Mariano se distinguía por su locuacidad inquebrantable y su claro y ya maduro juicio. Comunicaba a la tertulia de la esquina de Huérfanos con Estado, es decir a la puerta de Gath y Chávez —era la Casa Francesa— y a la vez de la Confitería Palet, cierto aire tropical, que arrancaba sonrisas benévolas al seco e imaginativo Mariano Latorre, al extrovertido Rafael Maluenda y hasta al “humoroso” Jenaro Prieto, todos ellos pertenecientes a una promoción anterior a la de Mariano”.

“A la caída del general Carlos Ibáñez, Picón Salas tomó la dirección de la casa de Bello, en un triunvirato formado por el acuerdo del gobierno legal y los estudiantes. Compusieron el triunvirato, Pedro León Loyola, Mariano Picón Salas, ambos de la Facultad de Filosofía y Pedro Godoy. Profesor de la Facultad de Ingeniería. Con gracia diría después que Venezuela había dado dos rectores a la Universidad de Chile: Bello y él”.

Imágenes de Chile es un caleidoscopio intrahistórico de la vida nacional. En vívidas estampas seleccionadas en los libros de John Byron, María Graham, M. Frezier, Edmond Reuel Smith, Basil Hall, Lafond du Lurey, Head, Ruschenberger, “Jotabeche” y Vicuña Mackenna, el más sabroso e imaginativo de nuestros historiadores, el lector toma contacto con la sociabilidad chilena de los siglos XVIII y XIX. Los extranjeros, mentalidades curiosas, románticas, en busca de lo exótico y fabuloso de la vida americana, en un naípe multicolor nos describen los trajes, las comidas, bailes y canciones; el comercio y la industria; la vida religiosa y popular de criollos y mapuches.



Pedro Grases

HOMENAJE A MARIANO PICÓN SALAS²

A caba de publicarse por la editorial Nascimento de Santiago la tercera edición del libro *imágenes de Chile*, que prepararon conjuntamente Mariano Picón Salas y Guillermo Feliú Cruz, en 1932. Aparece ahora con unas palabras prefaciales de Salvador Reyes, de la Academia Chilena, y un largo estudio de Guillermo Feliú Cruz, titulado: *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*, suerte de interpretación del humanista venezolano fallecido hace cinco años, escrita por quien fue su profesor, compañero y amigo durante los trece años de permanencia en la República de Chile, entre 1923 y 1936.

El trabajo es una emotiva y certera evocación de Picón Salas. Recorre toda la vida del escritor merideño, desde su infancia hasta su muerte el 1º de enero de 1965, pero ofrece especial interés todo lo que relata del periodo chileno de Picón Salas. Para ello está particularísimamente capacitado Feliú Cruz, dada la estrecha convivencia que mantuvo con Picón Salas en los años de vida en Chile. Acaso no quede hoy otra pluma que pueda explicar con más riqueza de datos y de referencias, tanto lo que significó Picón Salas en Santiago en esa etapa de su juventud, cuanto lo que Chile suministró a la definitiva formación del ensayista venezolano. Es visible el conocimiento directo y vivo que Feliú Cruz posee. Además escribe en el momento de mayor sazón, recogido entre el admirable tesoro de la biblioteca que ha reunido





en su casa de Santiago, provisto del extraordinario capital de sus propias experiencias, dedicado con nobilísimo afán a culminar su estupenda labor de historiador y crítico de la cultura chilena. En ese lugar donde hasta hace pocos años presidían la sonrisa y la mirada de doña Inés, las más suavemente persuasivas que haya visto en mi vida, Feliú Cruz elabora sin interrupción los volúmenes de su obra monumental que van dándole aire, perfil y jerarquía semejantes a los de su maestro y modelo, don José Toribio Medina.

Como grata diversión de sus graves y sesudas investigaciones de historia y bibliografía, Feliú Cruz ha ofrecido a la memoria del amigo ausente la rememoración de los días en que su vida y la de Picón Salas “corrieron caminos paralelos”, como afirma acertadamente Salvador Reyes. Es de agradecer, desde Venezuela, que este sentido de homenaje a la amistad nos haya proporcionado “esta semblanza bien organizada” de Picón Salas en Chile, con lo que se va completando el conocimiento de uno de los nombres mayores de las letras venezolanas de nuestro siglo.

*

Imágenes de Chile fue un libro de hambre. Así lo explica Feliú Cruz al consignar la respuesta a la pregunta que le formuló Picón Salas un día de mayo de 1932, en la sala de la Biblioteca Americana de la Nacional de Santiago:

—¿Qué hacemos para salir de esta pobreza?

—Pues hagamos un libro.

Y desde ese momento nació el proyecto y el plan de revivir el pasado de Chile a través de los testimonios de los viajeros extranjeros.

La comprensión y la generosidad del editor Carlos Jorge Nascimento, a quien rinde Feliú Cruz el obligado tributo de

gratitud, hizo posible el libro que ha corrido buena fortuna, tanta que ahora, a distancia de cuatro décadas, sigue con suficiente fuerza y vigor para una tercera salida.

Toma como punto de partida de este acontecimiento editorial para reconstruir Feliú Cruz la biografía chilena de Picón Salas, desde 1923, como estudiante del Instituto Pedagógico, cuyos profesores cobran relieve singular, particularmente Luis A. Puga, quien mereció también de Picón Salas el reconocido recuerdo en algunas páginas de sus libros. Las clases, los discípulos y la materia de enseñanza dan tema a Feliú Cruz para zurrir descripciones y memorias emocionadas. Picón Salas tenía al ingresar en el curso de Historia de Chile veinticuatro años. “Conservaba un rostro todavía con una ingenua expresión infantil. Solo los anteojos le daban cierta representación, que luego desaparecía al oírle hablar con voz fresca y entonada. La faz era risueña, sonriente y animada. La estatura era regular y de bien formada complexión.

Los brazos adquirían una gran movilidad y las manos se agitaban nerviosamente de acuerdo con el interés que ponía en su conversación, siempre abundante, salpicada de reflexiones. Tenía una alocución fácil, amena, persuasiva. No era orador y huía del tono del discurso. La voz sonaba agradable y cálida. La charla le atraía y él era un conversador de primer orden. Tuvo el don de escuchar, de saber escuchar, es decir, poner atención en lo que otros decían, lo que además de ser tal conducta una regla de educación, constituía una manifestación de tolerancia intelectual. En las frases de la charla o conversaciones de Mariano Picón Salas hubo siempre un agudo sentido irónico, exento de maldad, de intención dañina. La naturaleza suya era generosa, altruista y siempre fue un buen compañero y un incomparable amigo. Ya por entonces había comenzado a sufrir las primeras escaramuzas de la vida”.



*

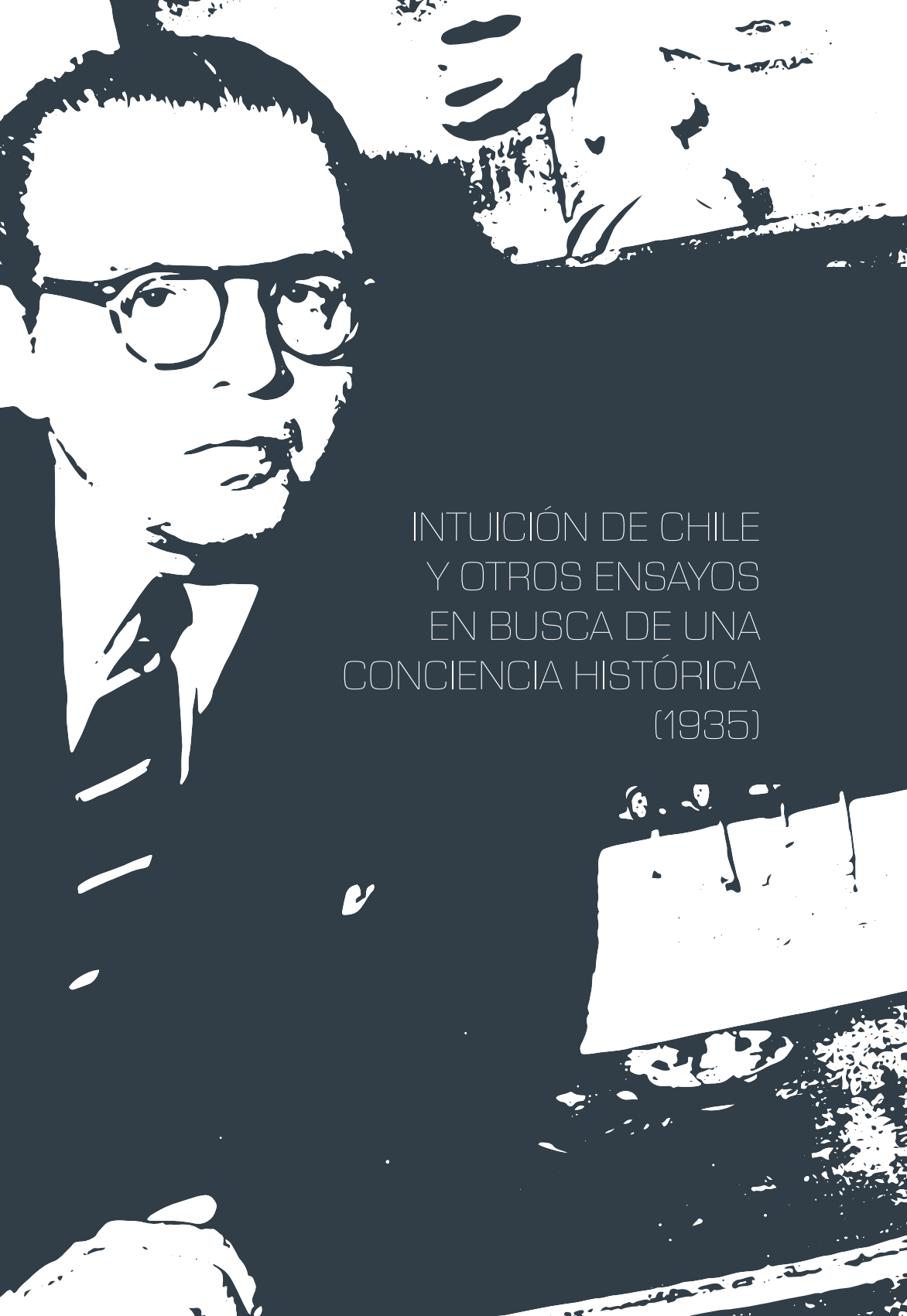
Reconstruye Feliú Cruz la infancia y mocedades de Picón Salas en Mérida y en Caracas, antes de ir a Chile, mediante atinadas citas autobiográficas de Picón Salas, y pasa luego al viaje y establecimiento en Santiago, durante trece años. Esta porción del retrato psicológico de Feliú Cruz es inestimable: estudios, amigos, tertulias, proyectos, ilusiones, ideas políticas, actividades, escritos, revistas, libros publicados, sucesos, hasta la fugaz ocupación de la rectoría de la Universidad de Chile, etc., que lo convirtieron, después de Bello, “en el venezolano más incorporado a nuestra realidad”, al decir de Ricardo Latcham.

Y, más tarde, el regreso en 1936 a Venezuela. Sigue Feliú Cruz en Picón Salas, lo que llama “la impronta de Chile”, a través de las actuaciones políticas, de literato, de profesor y diplomático que llevó Picón Salas hasta su muerte. Los contactos con Chile y con los chilenos son anudados amorosamente por Feliú Cruz, presididos por lo que dijo el propio Picón Salas: “el tropical que hay en mí..., ha sentido la influencia moderadora, lógica, de esta raza templada de la inteligencia y la sensibilidad chilenas”. Reproduce Feliú Cruz el capítulo relativo a la vivencia de Chile en Picón Salas. “En la fértil provincia señalada”, tomado de su libro autobiográfico *Regreso de tres mundos* (1959).

Finaliza su estudio Feliú Cruz con los postreros recuerdos de Picón Salas, y concluye con la visita a Beatriz Otáñez, la viuda, en ocasión de su viaje a Caracas al cumplirse el centenario de la muerte de Bello, en octubre de 1965.

En resumen, un trabajo bien documentado que suscita emoción y gratitud, por el hondo sentimiento de amistad y respeto hacia el amigo desaparecido.

Caracas, 3 de abril de 1970.



INTUICIÓN DE CHILE
Y OTROS ENSAYOS
EN BUSCA DE UNA
CONCIENCIA HISTÓRICA
(1935)

Enrique Espinoza

INTUICIÓN DE CHILE DE MARIANO PICÓN SALAS¹

La nueva generación literaria de nuestra América que está haciendo poco a poco el camino de las generaciones precedentes, ocupa ya casi todas las vacantes altas y bajas del periodismo y de la política; y, ahora que va llegando a la madurez, empieza a dar también su literatura de la emigración, como fruto de su trasplante de un país en otro. Pero, a los apóstoles del latinoamericanismo, que tras de recorrer el continente, iban a recalar en París, ha sucedido un nuevo tipo de escritor que vive silenciosamente su ideal en cualquier ciudad de nuestra América. El fenómeno es particularmente apreciable en Santiago de Chile. Mi paisano Manuel Rojas es un caso ejemplar aunque no único. Otro entre varios igualmente notables lo constituye Mariano Picón Salas.

Este joven escritor venezolano parecido hasta en su físico a más de un muchacho argentino, —el gaucho y el llanero no sé que lo fueran menos— es todavía por su mentalidad más semejante a cierto tipo de intelectual puro que se da en México. Fracasarían pues, quienes se dedicaran a ubicarlo en un sentido total por encima o debajo del trópico. (Sólo para los filólogos de morondanga tropo tiene que ver con trópico). Según la fórmula consabida, Picón Salas sería de cualquier modo uno de los escritores más alejados de la línea ecuatorial.

1 *Revista Cubana* (La Habana), vol. 11, 1938, pp. 96-100.





Por otra parte, esto del tropicalismo ha sido definitivamente enterrado por Pedro Henríquez Ureña en uno de sus *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* con las pruebas del tropicalismo francés.

El reciente libro de Picón Salas cuyo título encabeza estas notas, me ha recordado precisamente por su tono y medida a nuestro sabio profesor dominicano. Picón Salas también lo es. Sin embargo, más que en su sentido pedagógico usa la palabra intuición en su sentido filosófico, bergsonian. Antes que aleccionar a los chilenos con quienes comparte inquietudes desde hace más de diez años sin sentirse en destierro, Picón Salas traza la historia de su propia intuición de Chile dentro del panorama mundial.

Un siglo después de D. Andrés Bello, vivo aún allá más que por sus obras por las de sus descendientes, sale asimismo Picón Salas según sus propias palabras “en busca de una conciencia histórica”. No sólo del ayer sino también del mañana. Consigue quizá en mayor proporción lo primero. Es tan difícil lo segundo.

Apenas se había ligado enteramente a Chile cuando se puso a escribir las páginas de este libro. Antes había publicado algunas obras de ficción: *Mundo Imaginario*, *Odisea en tierra firme* y *Registro de huéspedes*. Solo esta última de la realidad inmediata.

En 1930 Picón Salas funda con unos cuantos compañeros chilenos un periódico mensual bajo el nombre de *Índice* cuyo plan reproduce dentro de su brevedad en este libro. Pero esta posición pasajera no es la intemporal que asume ahora, mejor definida en el prólogo del mismo que fue escrito naturalmente, al final.

Aquí Picón Salas después de contar un par de anécdotas ejemplares y de hacer una referencia más o menos pintoresca al Kraussismo del expresidente argentino Hipólito Irigoyen, apunta

de paso una concepción dialéctica de la historia americana que por cierto contradice luego a lo largo del volumen. El tiempo transcurrido entre uno y otro artículo recogido explica en parte esta falta de unidad ideológica. Una clara conciencia de ello lleva al autor a conservar las fechas al pie de cada ensayo y a juntar la palabra “Digresiones” al vocablo *Prólogo* así como a colgar, tras una nueva conjunción, otro plural, “Actitudes”, al nombre de *Panorama* que pone a la primera parte de su obra. Todo eso revela honradez y buena fe al mismo tiempo que una lamentable falta de método. En efecto Picón Salas no lo tiene sino en algunos momentos felices de su libro. Por eso confiesa paladinamente que sólo se ha limitado a ofrecer al lector como en un diagrama las curvas del tiempo y del calor en la conciencia colectiva, cuidándose de trasudar con la multitud en desmedro de gran serenidad del Arte con mayúscula. Desde luego, esta gran serenidad redundante por lo mismo en perjuicio de la historia que es y ha sido siempre turbulenta. Picón Salas por no tomar partido en la acepción inmediata del término, no toma tampoco partido en el sentido histórico. De haberlo tomado su encendida visión de 1932, presente en las páginas entusiastas que sirvieron de prólogo al libro *Sin Brújula* de otro historiador literario, Domingo Melfi, no se habría esfumado con el fracaso del primer intento de gobierno socialista en Chile. De esta falta de fe social, que sobra en aquellas páginas, se resiente a mi juicio el ensayo inicial titulado “Intuición de Chile”, lleno por lo de más de grandes aciertos descriptivos como la media página dedicada al roto y la otra más penetrante a la *tinca* o sea nuestro palpito.

Picón Salas plantea en dicho ensayo la historia de Chile como una lucha entre dos clases sociales; pero sin arribar a las consecuencias últimas de esa lucha. Se diría que el profesor traba un poco el desarrollo total de sus premisas si no con una inútil erudición por lo menos con frecuentes referencias clásicas. Por su propia decisión el escritor se queda en lo “puramente poético e intuitivo”.



Por suerte, las notas sobre “Cautín, sur de Chile” completan magníficamente el ensayo principal así como el pensamiento del autor sobre la realidad más inmediata de la tierra a que visita.

Menos trabajadas que las anteriores estas páginas sobre el militar y el caballero chilenos, el indio y el alemán (de sedicente sangre aria); el estado y la educación; el campo y la ciudad; son más vitales y aladas por lo mismo que son más espontáneas. Recuerdan por momentos algunas inolvidables disecciones de Martínez Estrada en su *Radiografía de la Pampa*.

Es una pena que el escritor sudamericano bien dotado pueda sólo en circunstancias excepcionales y a costa de grandes sacrificios llevar a cabo una obra orgánica. En general, tiene que conformarse con simples esbozos más o menos periodísticos. Picón Salas logra aun en medio de estas impresiones nerviosas y rápidas muchas viñetas perfectas y algunos aciertos de visión total que revelan al novelista a quien sólo las contingencias de nuestro continente obligan a ser crítico. Lo es sin embargo y magistral en el ya mentado prólogo al libro de Melfi y en uno de los dos ensayos que dedica a Waldo Frank: el que precede su ya conocida conferencia sobre “Hispanoamérica, posición crítica”.

Vale la pena destacar muy especialmente este ensayo sobre “El americanismo de Waldo Frank”. Picón Salas coincide con el malogrado José Carlos Mariátegui — la mente más clara de nuestro continente— en su apreciación del “arielismo”, al decir que entre el yanqui explotador y el venal político hispanoamericano sólo existe una retórica negativa, incapaz de esclarecer el fenómeno.

Lástima que en el otro ensayo sobre Frank, titulado “Sugerencias Rusas” el autor contradiga en parte esta imprescindible función de la inteligencia.



Es cada vez más frecuente el caso del intelectual que so pretexto de valorar lo irracional del hombre alardea de irracional. Picón Salas no llega a tanto; pero sí parece negar el conocido aforismo: “Sin teoría revolucionaria no hay acción revolucionaria”. Y eso que el aforismo pertenece al *leader* de una revolución triunfante.

No es en cuanto esté de acuerdo con Marx que ha triunfado la “Revolución rusa”, dice textualmente, olvidando su propia afirmación en “Hispanoamérica, posición crítica”: “La realidad del mundo está primero en el cerebro del filósofo que en las manos del hombre práctico”.

Por eso precisamente pudo decir el más grande realizador de nuestro tiempo: “Cuando la realidad no coincide con la teoría, tanto peor para la realidad”.

Esto es igualmente cierto en el orden moral y sobre todo en el de la creación artística. Hay una frase de Alain en su *Système des Beaux Arts* que dice: “Quelques unes des plus belles trouvailles d'images ont été dues à la contrainte des formes rigides du vers classique”.

Picón Salas nos ofrece precisamente en la segunda parte de su libro: *Formas de la Cultura*, algunos ejemplos en ese sentido desde Goethe hasta Alfonso Reyes. La mayoría de estos ensayos fueron escritos con motivo de aniversarios y conmemoraciones. Son páginas de valor muy disparate y tono desigual; pero que, como las últimas del libro dedicadas a recordar circunstancias de la vida de Bolívar, Sucre y Bello revelan una constante preocupación del hecho americano, principalmente en su faz histórica. Sería injusto juzgarlo a Picón Salas sólo por ellas. En conjunto su libro demuestra que las ha superado y por ello lo celebramos sin detenernos a señalar tal o cual error a propósito de Sarmiento, tal o cual acierto a propósito de Montalvo.



La historia de ayer nos interesa menos que la de hoy; pero es preciso revisarla cuidadosamente si queremos contribuir en algo a la de mañana.



Elena Martínez Chacón

EN BUSCA DE AMÉRICA. SOBRE
INTUICIÓN DE CHILE, POR
MARIANO PICÓN SALAS²

En abril de 1935, firmaba Mariano Picón Salas una nota al ensayo “Cautín, sur de Chile” en la que explicaba que la falta de unidad del tono de éste respecto al resto de los ensayos, le era consciente, pero que su inclusión en el libro obedecía a la necesidad de destacar “algunos de los problemas provinciales de Chile en este momento” (pág. 29)³.

Hemos leído más entre líneas. La cita exacta pareciera dar una minúscula medida de lo que es el ensayo y sus alcances, porque ¿qué podrían importar problemas provincianos nuestros en relación a la búsqueda de una conciencia histórica? Sin embargo, importan para el concepto unitario, total, que de América tiene M.P.S. y Cautín adquiere un sentido ecuménico al proyectarse a cualquier región americana donde el problema del indio a medias incorporado a la nacionalidad florece con todas sus aristas.

Así encontramos que *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica* recoge en 15 diversos títulos una temática que va desde la mirada romántica al paisaje hasta el análisis crítico literario de una obra reciente, coordinada, estruc-

3 Mariano Picón Salas, *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*. Biblioteca Americana. Vol. XVIII. Editorial Ercilla, Santiago de Chile, 1935.



turada sobre un tono común de aviso, señal y camino sobre el destino de América.

Hombre culto —con esa cultura profunda, sincera, que él quiere para todos— M.P.S. es algo más que el maestro, historiador, sociólogo, ensayista, político crítico literario aislados y algo más que todos ellos sumados. Es un hombre que desde intangible altura personal tira del pasado de América —la historia— hacia un futuro de sólida cimentación en lo auténtico nuestro: la cultura.

Su “pasión histórica” (al decir de L. A. Sánchez) y que M.P.S. no desmiente, le da una perspectiva vital e ideológica que lo hace buscar raíces antiguas y la forma cómo prolongarlas hacia floraciones actuales y legítimas. Así, su acento es crítica sin adjetivos anestésicos cuando apunta a los cauces errados o siente que algo valioso se pierde en su improvisación o copia. Y así, también, es claro estímulo para los que se ponen en lo que él siente como el verdadero camino de América morena. Conciencia histórica, educación, cultura, son los *leitmotiv* de su pensamiento, las fórmulas en las que se afina el futuro de nuestra tierra y el nacimiento de un real hombre americano con valor universal.

Estas ideas, omnipresentes en todas sus obras, impregnan, naturalmente, *Intuición de Chile*. Naturalmente, porque como expresa en el Prólogo, fue escrito con la intención de fe:

Si he jalonado con fechas los ensayos que ahora reúno es porque quiero que el propio lector observe como en un diagrama las curvas del tiempo y el calor de la conciencia colectiva. Hay por ahí un ensayo sobre Chile que no podía llevar otra fecha que 1933. Surgió de las conversaciones, del desaliento de la juventud, de esas masas que iban por la calle entristecidas y estupidizadas en la repetición sin esperanza de su pobre consigna diaria. De lo económico e inmediato queríamos remontarnos a lo espiritual y trascendente... ¿Por qué también no habría de salir de nosotros, de esta deprimida raza criolla que tiene un continente donde esparcirse la levadura de una nueva fe? Y discutíamos con los políticos prácticos la urgencia de este mensaje. En la catástrofe del mundo, solo



podría salvarnos nuestra propia voluntad de poder, de existencia (*op. cit.* pág. 12).

Pero no es fe de carbonero sino creencia racionalizada en estudio acucioso, en meditación larga y en amor total por esta América de problemas como heridas y de anchas heridas que envejecen a la luz del tiempo.

Intuición de Chile, a treinta años de plazo, no ha envejecido. Su vigencia hace de sus páginas un libro actual en lo profundo, si bien ha habido cambios. Pero en lo fundamental observado, seguimos casi como entonces. Asusta comprobarlo, porque M.P.S. no escribe en estos ensayos asuntos de especulación pura, ni digresiones formales, ni literatura al uso del arte por el arte. Este es un libro de análisis de realidades. De realidades de hace 30 años que resultan actuales. Si no, revisemos algunos discursos de reciente proclama-toria política eleccionaria, que apuntan a los mismos problemas y aparecidas soluciones que las “intuidas” por M.P.S.

El título del libro es un acierto. Las voces nativas que decían simultáneamente las mismas cosas, eran, por nacionales, conoci-miento. La palabra de un “extranjero” debía ser, por aproxi-mación simpática, intuición. Y hay mucho de eso, de ese conocer que nace del no conocer sino sentir, quizás más valedero por no aprendido en el convivir diario y largo o en el libro de escuela repetido hasta la saciedad en mal sentido nacionalismo. Sensibi-lidad. Ojos limpios. Voz entera sin lección recitada. Y al fondo, las grandes nervaduras de toda la obra de M.P.S.

En *Intuición de Chile...* se trasunta esa esencial naciona-lidad americana que lo acoge y lo impregna. Fronteras son límites de hombre político. El hombre-América es uno solo, diferente en matices, acuciado por necesidades semejantes, afrontando problemas similares, divergente de manifestaciones personales pero común en hambre espiritual de autenticidad y tronco nutricional. Como una prole numerosa donde se dan todas las



variantes posibles pero, al fin, con rasgos similares de fraternidad no desmentida.

Esta incorporación real, sensible e inteligente de cada país y cada hombre al amplio patrimonio de América es como una estructura central de pensamiento sobre la que el ensayista apunta, observa, anota, dirige, para dejar al final, siempre en vivo, la misma conclusión que es también el punto de partida: tradición, política, economía, educación, es decir, integrantes de la Cultura con mayúscula legítima, son en Indoamérica urgencia de trabajo. Nuestro continente necesita apresurar y hacer consciente el proceso de elaborar e incorporar una forma nuestra “que nos eleve del estado de Naturaleza al estado de Cultura”. (*op. cit.* pág. 13).

Dice: “Somos pueblos de biografía más que de historia” (*op. cit.* pág. 81). ¿Lo somos aún? Se dirá que treinta años es poco tiempo para la demorada tarea del cambio profundo y que vamos hacia la historia, dejando atrás la biografía, haciéndola partícipe y no hito del desenvolverse de cada nación. Sin embargo, la historia personal de cada una de estas regiones de la América entera, cernida de anécdotas, se nos queda en unos cuantos hombres, otras tantas batallas, varias fechas de independencia. Pero aún somos hijos de la biografía y nuestra historia se sigue escribiendo con nombres de líderes que arrastran masas y destruyen o construyen. Pero la incorporación verdadera de la conciencia de los pueblos a su quehacer histórico es todavía pequeño brote, y lo que es trágico, aislado. América logró unida, libertad, organización, gobierno. Pero el sentimiento mediato del común esfuerzo, del destino común, la lucha serena por darle personalidad a América se queda todavía en asambleas, congresos y conferencias. Nuestros pueblos: el llanero Juan, el guaso Pedro, el gaucho Domingo, limitan el norte con su pedazo de tierra y al sur con su esperanza personal, auténtica y válida, pero estrecha. No hay más puntos cardinales para los americanos-masa y hasta indio, negro, mestizo, no hay América para ellos. No estamos aún cohesionados por esa forma espiritual que nos identifique



más allá del fútbol y el folklore entre nosotros. Más allá de los paraísos turísticos en tecnicolor que la propaganda vulgariza y regalándonos palabras verdes, azules, antiguas o extrañas con que se reconoce algo de lo americano. Acapulco. Machu Picchu. Caracas. Copacabana. Mar del Plata. Llanquihue...

¿Y qué más? ¿Por dónde arribar a esa verdadera incorporación de nosotros en nosotros mismos? ¿Cómo hacer para llegar al límite ilimitado de una Cultura grande y auténtica? M.P.S. ve el camino, incluso en detalles. Porque una región, un país, pasan a ser detalles en la gran tarea:

Acaso pueda surgir aquí, de entre las reflexiones de esta hora de prueba, la gran idea histórica, la única que puede incorporar nuestros pueblos desunidos a la Economía y a la Cultura mundial: la idea ecuménica indo-americana que ya para nosotros no es sueño de visionarios, sino la única posibilidad de vivir.

... Al bloque cultural y político latinoamericano con que ya soñamos, para salvarnos, Chile aporta su tradición de pueblo sagaz y tranquilo que conoció el Estado mientras otros vivían en polvorosa montonera, que tiene ya una industria que aspira a ser libre, pero que sufre, como todos, de falta de eco, de afonía espiritual.

... El hambre del mundo es, en gran parte hambre de fe. Y sacarla de sí misma, arrojlarla a las siembras del porvenir para crear su raza, es el deber de Chile como de toda tierra americana.

Ya es casi vergonzante decir que América será la voz nueva que surgirá en el consenso de naciones, etc. Son frases que van adquiriendo ritmo de lugar común y relleno vacío —y valga la paradoja— para asambleas del pueblo chico y escolar discurso de principiante. Se le ha dado tanto tiempo la palabra a América que vamos corriendo el riesgo de parecer un continente mudo. Y mientras tanto, la gran construcción se pierde en caudillos, revoluciones personales, coronel y junta, caciques políticos chiquitos y otra revolución y otro coronel y otra junta... Los países con estabilidad política, con solidez gubernativa y larga tradición de paz constructiva y los que caminan admirablemente a eso, se pierden en un aislamiento entre



sí y entre sus propios ciudadanos. América sigue incomunicada por sus raíces, aunque haya conferencias de fronteras y abrazos en frente a monumentos limítrofes...

En el “consenso de las naciones”, América Latina es una entidad comercial en la que se engloban, indiscriminadamente, toda diferencia y múltiples necesidades. Pero no es todavía una entidad cultural sólidamente hecha porque en ese campo sí que se diferencian problemas y necesidades, sin que lleguemos a la “cultura mundial” más que, a veces, con nombres grandes de presencia universal pero que, para nosotros mismos, son el *rara avis* de la propia intelectualidad. La historia literaria de América lleva cuatro siglos de “biografía más que de historia”, también. Ni Darío ni su macerado modernismo lograron un movimiento de percusión a larga onda. Imitadores —a pesar de la advertencia “Lo primero, no imitar a nadie. Y menos a mí”— que, sin tocar fondo, removieron superficies y diluyeron en burbujas la gran raigambre americana que latía bajo las formas ajenas. Y los otros logran quebrar las murallas separadoras por espaciados momentos, pero la circulación de ideas y formas literarias sigue siendo artículo de lujo. Resulta más fuerte, todavía, el arancel aduanero que la necesidad de cultura.

“La cultura, como la vida social, necesita permanencia” (*op. cit.* pág. 81), anota M.P.S. Y para darle esa permanencia hay que empezar por integrar realmente a los pueblos, no solo a la idea-América sino, en muchos casos, a su propio territorio espiritual, en que bases étnicas diversas mantienen aún pequeños grupos nacionales aislados dentro de una nación. Esto se logrará a través de la educación adecuada que no es otra que la adaptación a la idiosincrasia nuestra de los buenos modelos, buscando la forma en que, al fin, ese resulte un método nuestro. “Método europeo, contenido americano parece por el momento la fórmula conciliadora de nuestro supranacionalismo cultural”. (*op. cit.* pág. 87). Primero educar para luego lanzar a los americanos hacia América. Así, para el indio de Chile, extranjero en su suelo, pide “... una Escuela diferenciada para los indios. Don Tomás Guevara,



benemérito, estudioso y servidor de la Araucanía clamaba por ella hace ya treinta y cinco años... Acaso una escuela, una educación de otro tipo, transformase al mapuche. Una educación que ... consultara su instinto creador original. Sueño en esa futura Escuela de Artes Aplicadas ubicada en Temuco que con los elementos de la tierra y el alma mapuches mejore el arte popular y las industrias artísticas de la región. En las escuelas del campo junto con el arte industrial... se enseñaría la técnica agrícola que es la única que puede salvar al indio que posee tierras, de la miseria y de la explotación del gringo o del chileno”. (*op. cit.* pág. 44-5).

Por otra parte, también debe ser incorporada esa colonia extranjera que se anidó en rincones que el criollo despreció por difíciles y que, dejando esperanza y huesos en la tierra dura, logró tras generaciones, una siembra de ramazón firmemente hecha a ese suelo. Sobre este andamiaje de sacrificios, se levanta una colonia que ha logrado ser un conglomerado superior al nativo en riqueza, propiedades y orgullo.

“Pocas veces el hijo del alemán va al Liceo Fiscal o concurre en el quinto o sexto año para sacar su Licencia Secundaria cuando ya la mentalidad y el lenguaje estuvieron formados en su hermética idiosincrasia alemana... Se pediría, sí, al Estado que tratara de nacionalizar más esas pequeñas Europas que se encierran y humillan un poco al criollo después que la tierra americana los enriquece... Bastaría que en esos colegios extranjeros a donde acuden en el Sur los hijos y los descendientes de los colonos ricos, enseñara mejor y con mayor control la lengua materna; que la Historia de Chile se transmitiera no sólo porque lo exige el Programa, sino como un estímulo vivo; que la voluntad histórica chilena tomara a esos hombres nuevos y fuera ya más fuerte que la nostalgia de su perdida Europa”. (*op. cit.* pág. 38-9).

¿No es acaso el mismo problema en tantas partes de América, el de ingresar efectivamente a la patria al pueblo que vino de afuera y aquí recibió semilla y bandera?





Tarea de educar. Pero también de educación política, económica, técnica, y no solo esa que remata en “ilustración” y no en “cultura”. La oposición de contenidos involucrados en estos dos conceptos dan lugar a otro de los ensayos de este libro que quisiera citarse entero: “Hispanoamérica, posición crítica”. En él afirma y reafirma lo que de una u otra manera está expresando siempre. Conciencia histórica, hispanoamericanismo, educación, cultura. No el comentario de hueca erudición sobre el último libro, sino la aprehensión que se hace sangre y carne del espíritu de las ideas que de algún modo nos pongan, dirijan o impulsen al camino de encontrarnos. En los párrafos finales del ensayo citado, M.P.S. afirma: “El hispanoamericanismo, si no se queda en las vanas fanfarrias y los discursos de las fiestas de la raza, si no es un pretexto para hacer retórica, si se apuntala en un firme método crítico, puede darle a la presente y a las próximas generaciones del continente, una conciencia de raza y de cultura que sería lo mejor que nuestra América criolla ofreciera al mundo”. (*op. cit.* pág. 88-9).

El ensayo que nomina la colección que releemos, nace —móvil inmediato— de un viaje que M.P.S. emprende por el sur de Chile y le sirve —móvil mediato— para enfocar problemas chilenos que son asunto de los americanos todos. De regreso, anota conclusiones. En ellas, leamos como él quería que se leyera: donde dice chileno, entiéndase, además, peruano, colombiano, o argentino. Cámbiese campo y selva por llano o montaña. En vez, además, de Santiago, léase cualquier nombre de capital de Hispanoamérica. Tendremos otra vez la lección viva y de ahora, casi no envejecida a treinta años de lejanía:

Se piensa en lo que un Estado vigilante pudiera sacar de estas promisorias provincias. Se precisa una Educación que arraigue al hombre en la tierra, y no trate solamente de mandar a Santiago candidatos a profesionales y burócratas, como es el más seguido empeño de la actual enseñanza. La conciencia regional que despierta, necesita integrarse en la Educación y en la Economía. Una zona de Geografía y recursos tan

propio, no habrá de acatar siempre los rígidos programas educativos que para un país abstracto elaboran los funcionarios santiaguinos. El campo y la selva del Sur están siempre pidiendo hombres que bien los conozcan e interpreten. Quizás ese estado depresivo, ese complejo de inferioridad económica que el chileno del sur empieza a sentir junto al gringo, provenga de dos cosas: que el Estado no nacionaliza bastante y que la Educación no se vincula y arraiga suficientemente a la tierra. Se pide también un ideal cultural que eleve el tono de la vida diaria, el pequeño rencor y la aldeana mezquindad de la política circundante, y ofrezca su puesto de previsión y de lucha a toda una juventud chilena que se oxida en el nihilismo y la insatisfacción de estar excluida. Si las tierras son jóvenes, los móviles son viejos. En la confusión de las luchas y el materialismo de los intereses, se pierde la visión histórica, el derrotero y la aspiración final. (*op. cit.* pág. 48-9).

Intuición de Chile es merecedor de una demorada lectura, de un hondo comentario. M.P.S. habla de Chile pensando en América y cuando dice “América morena” hay que entender cada uno de los pueblos que la conforman en su problemática particularísima, en sus aspiraciones similares, en su destino común. Fe, pide el autor. Conciencia de lo que somos. Seguridad en lo que debe llegarse a ser. Éste y los ensayos restantes son lección de acierto y alerta. Escritos en revisada prosa, aparecen con fresca tonalidad de charla al pasar, en ajustada palabra. Cuando habla de “Cautín, sur de Chile”, su estilo nos recuerda algo del criollismo de Mariano Latorre, amoroso de detalles, verdecido y húmedo de adjetivos. El Sur nuestro, de quieta selva que no apabulla al hombre ni lo devora, es invitación abierta a la palabra lenta y matizada. M.P.S. no se ausenta de este convite y es notorio el cambio de expresión que va en él desde la descripción de los paisajes sureños a la recia, casi seca, forma de historiar o apuntar problemas. Su sensibilidad —su intuición— de escritor se hace permeable a la telúrica influencia de un norte o un sur de Chile. El verso de dura roca de Gabriela —norte—. La liana perfumada y longitudinal de Neruda —poesía del sur—. Y para decir América, M.P.S. afina y depura la voz fiel a su horror al “tropicalismo verbal”.



'Tropicalismo' es incapacidad de llamar las cosas por su justo nombre, delirio verbal, deformación de los hechos o las ideas. Pero me parece injusto relacionar cierta manera de escribir y pensar con una determinada latitud geográfica... Si dentro de la cultura hispano-americana resulta más el tono hiperbólico de los hijos del trópico... tal vez más que de clima el problema sea de educación... Porque esto de escribir con claridad el sentido de las proporciones, es también un problema de educación. (*op. cit.* pág. 108-9).

Educación. Y de ella, a la Cultura grande. Y junto y simultánea, el solventar las angustias de economías mal dirigidas, de integraciones raciales no hechas, y adquisición de conciencia histórica americana. Por donde sea, siempre los mismos motivos. Es que, fiel a sí mismo, maestro de cátedra-palabra o cátedra-libro, M.P.S. sigue su pensamiento claro como un iluminado pero muestra, como médico en anatómica vivisección, este cuerpo fuerte y fresco de América. Aquí la llave. Aquí el remedio. Educación. Cultura. No la panacea del médico hechicero que con dos hierbas lo cura todo sino la racional, científica aplicación de medicina, sin venda, sin concesión al lenitivo. Educación y cultura, una hacia otra en devenir imprescindible y necesario.

Todavía a treinta años de sus palabras, siguen siendo imprescindible necesidad de la América nuestra, que se guió por su palabra en la gran medida en que él y otros de su altura hicieron de sus ideales Universidad intangible por las abiertas aulas de campo, selva y llano del continente.

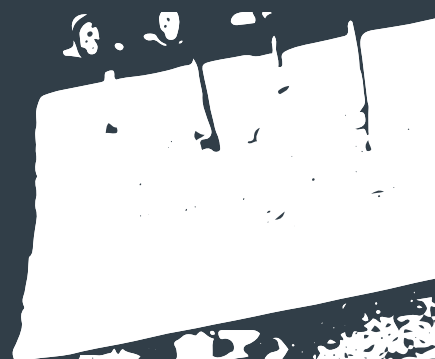
Enero, mes ladrón de voces señeras —Mariano Picón Salas, Ricardo A. Latcham—, nos dejó sordos de repente. Ellos que no supieron de frontera y que hablaron el mismo lenguaje de pasión por lo nuestro, desde su real silencio definitivo aún dicen la tarea grande y dura que debe continuarse en idea y trabajo. Hacerlo es el mejor homenaje al claro camino que dejaron. Que la lágrima se haga palabra. Que la palabra se haga obra.

Santiago de Chile, marzo 1965





PREGUNTAS
A EUROPA (1937)



A. R.

PREGUNTAS A EUROPA¹

En seis meditaciones sobre varios países europeos, visitados recientemente, el autor hace balance de la tradición europea, define sus esencias espirituales y examina con serenidad la crisis actual. No es, por tanto, la impresión de la vida moderna lo que le interesa recoger en su viaje, sino del perfil de cada cultura: equilibrio intelectual y moral —“sagesse” y espíritu geométrico— en Francia; impulso y racionalista y primitivo —voluntarismo vital— en Alemania; delicadeza de estilización aristocrática de la Viena moribunda; profunda inspiración religiosa de la nacionalidad en Bohemia; sentido clásico de la forma y la vida en Italia. Pero casi más que las líneas generales del pensamiento, no enteramente nuevo, se distingue la visión del ensayista venezolano por percibir con sorprendente claridad los matices psicológicos de cada pueblo. Citemos como ejemplo una exactísima definición del carácter italiano: “Éste es el país de los calculadores ardientes... Porque la pasión en este país de la ópera suele ser, desde Maquiavelo, la máscara del cálculo y de la oportunidad”. De aciertos así, bien meditados y expresados con precisa elegancia, están llenos estos sugestivos ensayos.

1 [Firmado A. R.] *Revista Hispánica Moderna* (Nueva York), Año 5, núm. 3, jul., 1939, p. 235. Título original: “Mariano Picón Salas. *Preguntas a Europa*. Santiago de Chile, Zig-Zag, 1937, 145 págs.” [N. del C.]





Todos ellos van dirigidos hacia una interrogación sugerida en el título, formulada luego en el prólogo: ¿Qué lecciones encierra esta crisis del viejo mundo para la conciencia de los pueblos jóvenes de nuevo? El escritor americano no se regocija ante la perspectiva de un derrumbe europeo, pensando en una simple hegemonía de sus propios países. Dando la vuelta a una idea creada por el Romanticismo, siente, por el contrario, que lo específicamente europeo y lo específicamente americano, lejos de excluirse, se complementan. “La cultura de Europa y la naturaleza de América se desean, pues, y se buscan, como en un vasto sueño de humanidad total. Sin vacilar en su fe ante el porvenir de América, medita sobre el vacío que la ruina de unas culturas seculares puede dejar y advierte la grave responsabilidad de la herencia. Se cuida, además, de destacar las ricas reservas que aún pueden salvar a los pueblos hoy amenazados con un cataclismo. Aquí sus simpatías y esperanzas van hacia las luces de las civilizaciones neo-latinas, creadoras de la cultura clásico-cristiana. A ellas, como buen hispanoamericano, se siente particularmente vinculado. El peligro, según él, para Europa y para el mundo, viene, ahora como siempre, de los países germánicos, donde no es la primera vez que triunfa la suplantación de la forma por la violencia apasionada. Y la raíz del desorden contemporáneo es preciso buscarla en el olvido del antiguo humanismo cristiano, sustituido por el predominio de lo económico. Ahora bien: lo económico no es sino la sublimación de los apetitos vitales que tiene su origen en las culturas germánicas y sajonas. Con todo, no puede negarse —seguimos glosando las ideas del libro— cuánto hay de necesario en este nuevo imperio de la economía. Nazismo, comunismo, otras manifestaciones de la misma dolencia, son males en cierto modo inevitables, nacidos de la disolución espiritual que significó la Gran Guerra. Su única cura está en la vuelta a una moral humanística que acepte cuanto hay de justo en sus aspiraciones.

Rusia queda fuera del itinerario, pero su sombra ingente se proyecta sobre más de una idea. La tragedia española aparece

evocada en unas breves y nobles páginas: “España desde lejos”. No se siente el autor ajeno a ella. Señala, sobre todo, dentro de su panorama desconsolador, el resurgimiento del valor “pueblo” o, dicho con la mayor precisión, el valor “hombre”, símbolo eterno de la cultura española, que ahora se afirma, en grave coyuntura, una vez más. La lucha en conjunto, quizá no sea sino “una rigurosa catarsis... para llegar a un nuevo momento universal de España”. Palabras alentadoras.

Es éste un libro valioso por las ideas tanto como por el estilo. En él, Picón Salas confirma su rango como uno de los buenos escritores jóvenes de Hispanoamérica.



PREGUNTAS A EUROPA²



En *Preguntas a Europa*, el más orgánico y novedoso de los libros del conocido escritor venezolano, según sus editores, el autor “asume una posición beligerante” en presencia de los graves problemas de la cultura europea, que, como los de toda cultura son problemas “esencialmente de formas”.

Convencido de que Europa es “la gran creadora de formas”, y de que la América se halla apenas en los comienzos de su formación cultural, Picón Salas se preocupa seriamente por la actual situación del Viejo Mundo y siente que cualquier solución que ella tenga habrá de influir hondamente en los destinos del Nuevo. “La cultura de Europa” —dice— “y la naturaleza de América se desean y se buscan” y habrán de encontrarse al fin en la realización victoriosa de “un vasto sueño de Humanidad total”. Esta es la tesis central del libro, el *leitmotiv* que inspira los siete interesantes capítulos que lo componen.

En los momentos actuales, la vida intelectual iberoamericana, ante el misticismo social ruso, el vitalismo alemán y el pragmatismo norteamericano, le parece a Picón- Salas un *cocktail* —maridaje híbrido y maceración de lo opuesto— que sólo ha

2 En su libro *Estudios hispanoamericanos*, México, El Colegio de México, 1945, pp. 291-194. Título original: “*Preguntas a Europa*, por Mariano Picón Salas” [N. del C.]

producido “una vaga embriaguez”, que no una “voluntad” de vida honda, de poder y de cultura... Y habiéndolo bebido, nos lleva a varios países de Europa y nos dice lo que en ellos ve, de cerca unas veces, y otras desde una posición un tanto lejana. . . Veamos lo que halla en esos países, que él visitó en los años de 1936 y 1937.

Cap. I. *Meditación francesa*. Picón Salas simpatiza con Francia y en su pueblo halla valores que admira y recomienda. Allí hay orden, disciplina moral e intelectual, cautela y claridad. El pueblo francés, sociable y racionalista, ama el equilibrio social y se esfuerza por conservar la vida y por gustarla con *sagesse* y dentro de las normas de un epicureísmo exquisito, amable y sonriente.

Cap. II. *Meditación alemana*. Alemania, en contraste con Francia, es para Picón Salas un “país problema”, “cargado de peligrosa inflamabilidad”, donde “se han invertido profundamente los valores que habían guiado a Europa”, y donde un “pueblo místico” y enamorado de “los mitos fantásticos”, y ahora impelido por fuerzas de índole “fría”, “demoníaca”, “cruel” y “mesiánica”, se lanza a las aventuras armadas y violentas, queriendo establecer en el mundo una peligrosa jerarquización de la sociedad en sentido que es contrario a las doctrinas del cristianismo en general y en particular del catolicismo.

Cap. III. *Música y muerte de Viena*. En la vieja capital de los emperadores austriacos, cuya alma se conjuga tan bien con “ese dorado y exquisito otoño que se llama la música de Mozart”, el viajero venezolano ve a un pueblo que “baila sobre las ruinas de su venerable historia” y que, después de haber perfeccionado y refinado el valse y la polka de los esclavos, inventó el psicoanálisis para atraer a los enfermos ricos del resto del mundo...

Cap. IV. *Reino de Bohemia, reino de Dios*. Al visitar a Praga y al contemplar las campiñas bohemias donde lucha en silencio un pueblo humilde, grave, religioso y profundamente democrático,





Picón Salas se pone lírico, y nos dice a los iberoamericanos mil cosas que deben saberse y repetirse. El paso de Alemania a Checoslovaquia, “es el paso del mundo del Orgullo al de la perfecta Humildad”. Si en aquélla hay demonios sueltos, en ésta un pueblo de campesinos y de obreros descendientes espirituales del gran Juan Huss, reza y medita, y sonrío tristemente, con la mirada puesta en lo Alto, en extática contemplación del futuro establecimiento del Reino de Dios en el mundo de los hombres.

Cap. V. *Italia*. Con los libros de Stendhal y de Burckhardt en la mano, y tratando de reconciliar sus opiniones, Picón Salas nos lleva por las tierras de Italia, de “donde emana una poderosa voluntad energética”, tierras apolíneas, ricas de cal, de fósforo y de fosfatos, donde vive un pueblo ajeno a las torturas metafísicas y a las morbosidades de la sensibilidad, capaz del canto natural y melodioso bajo el oro del sol, y cuya sangre ardiente y generosa no le impide ser realista, frío, razonador y político, y, por lo mismo, capaz de transformar la cultura.

Cap. VI. *España, desde lejos*. No pudo ir a España Picón Salas, por estar envuelta en guerra horrible y trágica, empeñada en defender sus libertades, sojuzgadas por Franco, el “trágico pelele” que ha “traicionado” a su pueblo y quiere entregarlo a los extranjeros, sin comprender que ese pueblo está compuesto de hombres para quienes la “conducta es lema de su vida”, y sin ver que sólo él ha sabido mantener en Europa el honor caballeresco y la dignidad humana.


Cap. VII. *Perspectiva final*. Sin olvidarse de que el hecho económico existe, el autor ve en Europa, más que otra cosa, la lucha entre la fuerza y la audacia, de un lado, y la ley y la razón del otro. Y, como esa lucha se inicia ya en Iberoamérica, él no sólo plantea los problemas que implica, sino que ofrece sus soluciones, guiado por su criterio de simpatías y antipatías. Picón Salas no quiere ni el pragmatismo anglosajón (industria, comercio, prosperidad material a costa del arte y de la vida), ni quiere el vitalismo

alemán (racismo fetichista, mitos fantásticos, violencia, orgullo y voluntad política), ni quiere el misticismo económico ruso. Sus simpatías están con la serenidad y la exquisitez y la claridad francesa; la noble idealidad checa; el realismo apolíneo italiano; el suave humanismo vienés, y el estoicismo español digno y heroico.



Juana Quindos

PREGUNTAS EUROPA³



Flaubert en su *Correspondencia* formula un precepto en cuya práctica fue inexorable: “para que una cosa sea interesante —dice—basta con mirarla largamente”.

Bajo idéntico signo parecen situados estos excelentes ensayos tan a “tempo” lento que algunos de ellos se agrupan bajo el denominador común de “Meditaciones”. Pero con una diferencia: que la visión de lo observado iba a corresponder a la que el moroso observador traía de antemano plasmada en las pupilas del espíritu. Como esos hombres que se enamoran de una bella mujer por retrato, y al conocerla tienen la doble fruición de verse correspondidos y de constatar no haberse equivocado.

Picón Salas interrogó a Europa, pero previamente saturado de la sustancia de lo que iba a constituir las posibles respuestas. Su libro, antes que el de un viajero, es el de un erudito que no solo “sabe” sino que también “siente”, advertimos, para aliviar el calificativo de su natural pesadumbre. Y de esa visión panorámica de Francia, Alemania, Austria, Italia, Checoslovaquia, España —escenas del pasado, presentimientos de lo que está por venir, impresiones de grandes ciudades, observaciones sobre siglos pretéritos; antes que antología de paisajes, nomenclatura de ideas—

3 *El Mercurio* (Santiago de Chile), 6-2-1938, p. 7. [El libro de la semana].

extraemos, como espíritu informante, una exaltación romántica por la historia y un insólito y ejemplarizador gesto de humildad.

Picón Salas ve a Europa en entusiasta, nunca en resentido. Para enjuiciarla recurre a Nietzsche, a Burckhardt, y a Stendhal. Para amarla, le basta con propios sentimientos de gratitud, de poesía, de reverencia que, ya en son comunicante, viste de seductora gracia verbal.

Así, en este ensayo “Reino de Bohemia, reino de Dios”, el de significación más original para nosotros, y que, al parecer, con respecto al autor, es el que absorbe más gozosamente su sensibilidad: “Humildad y concentración interior, un poco sombrías, fueron los primeros rasgos espirituales que advertí en el pueblo checo, en violento contraste con sus vecinos alemanes. Quizá por la larga cautividad y lucha desesperanzada que ha sido su historia, sea el pueblo humilde entre los altaneros pueblos de Europa. La difícil lengua checa, lengua que amontona consonantes, las hace silbar y parece subrayarlas en un terrible esfuerzo fonético para nuestros labios latinos, se llena de extraña suavidad en aquellas sus palabras tan específicas, que indican la ceremonia del saludo. Checoslovaquia es el país donde más se saluda y donde existen las más musicales palabras para cumplir con este humano rito del encuentro. Pero, traducidos al castellano, algunos saludos checos en frases aproximativas como: “Tengo el honor de verle”, “Beso las manos de la señora”, no dan aquel sentido de humilde homenaje y melancólica música que tienen en bocas eslavas. Y es grosería imperdonable no saludar, aunque se trate de la anónima vendedora de fósforos que ofrece su pobre mercancía arrebujada en un grueso pañolón en una de las avenidas de Praga. Aunque se renuncie de aquella terrible lucha mental y lingual que sería aprender el idioma checo, deben practicarse al menos algunos saludos nacionales, que para mi gusto cuentan entre los más bellos saludos del mundo, no surgidos de la cortesanía ni de la adornada retórica, como pueden serlo las fórmulas de la sociabilidad francesa, signo de cierto sentimiento de fraternidad





humana. Entre las comunidades de “hermanos” que después del movimiento religioso y nacional, de los husitas, surgieron en la tierra bohemia, el saludo recobraba aquel signo de humildad y de paz que tuvo en el cristianismo primitivo. Y aquellas pobres y curtidas sirvientas eslovacas a quienes la estrechez y dificultad de una tierra agrícola milenariamente trabajada atraen a Praga y hacen con sus duras manos todo lo que humanamente puede hacer una sirvienta: cocinar, acarrear el carbón de los subterráneos hasta el cuarto o quinto piso, limpiar y fregar las escaleras, los vidrios y la chimenea, son, sin embargo, tratadas por sus amos con un título que en castellano es todo un madrigal. Se les llama “jóvenes señoras” (*mlada pani*) aunque sean sexagenarias”.

Este peregrino ilusionado que transparenta un espíritu probo, balsámico, consolador y hasta tradicionalista —en orden a la conservación reverente por América de la cultura europea— abandona, sin embargo, su elegante postura de serenidad, frente a problemas que constituyen hoy uno de los puntos neurálgicos de Europa y ante sentimientos sobre los que gravitan nada menos que veinte siglos de tradición y de polémica.

El disentir del autor no va a restarnos, sin embargo, el placer de hacerle justicia en cuanto a la belleza y al fervor interactivo que resume en muchas de esas densas y logradas páginas de humanista.

Tolerancia, por lo demás, muy compatible con nuestras auténticas funciones. Ya que si en algo el glosador de libros puede aspirar a coincidir con el cristiano preconizado por Maritain es en aquello de que debe estar por todas partes y permanecer siempre libre.



ESTUDIOS DE LITERATURA
VENEZOLANA (1940)

Juan Loveluck

ESTUDIOS DE LITERATURA
VENEZOLANA,
POR MARIANO PICÓN SALAS¹

Desde sus años de Chile, país al que llegó para respirar el aire que le negaba “el crónico azar político” del suyo, viene ofreciendo Mariano Picón Salas al mundo hispánico su aguda, equilibrada visión de los fenómenos literarios y culturales de nuestra América. Con él tenemos una deuda larga de pagar, porque nos ha dado libros de la talla de *De la Conquista a la Independencia*² y centenares de otras páginas de las que surge, viva y nítida, la faz de Hispanoamérica, la luz que aclara su problemática pasada y presente, suelo necesario para una anticipación de futuro.

Justo era que, entre las preocupaciones primordiales de don Mariano, figurara la de trazar una historia del proceso literario de su país, Venezuela. Pero, dada su condición de observador sagaz y de “varón humanísimo” (como él llamó a D. Alfonso Reyes), dejó para otros “el sueño difícil y académico de una historia objetiva, tan fría y tan fiel, que parezca una entelequia”, y quiso hacer

1 *Atenea* (Concepción, Chile), año 39, tomo 148, núm. 397, jul-sep, 1962, pp. 223-226. Título original: “*Estudios de Literatura venezolana*, por Mariano Picón Salas. Caracas-Madrid, Ediciones Edime, 1961, 320 pp.” [N. del C.]

2 La obra acaba de traducirse al inglés, por Irving A. Leonard, *A Cultural History of Spanish America from Conquest to Independence*, Berkeley and Los Angeles, The University of California Press, 1962.



—¡en buena hora!— “el libro popular y sencillo”, en busca del camino que “dé las imágenes más reveladoras de nuestra marcha espiritual, el que suscite el gusto por una tradición que —de acuerdo como se la sienta y se la mire— es capaz de ofrecer a los hombres de hoy su fresca vivencia”.

Son sus propias palabras explicatorias.

Ellas ampararon la primera salida de *Formación y proceso de la literatura venezolana* (Caracas: Edit. Cecilio Acosta, 1940) , Después de esa fecha aparecieron las ediciones que adobó el dolo editorial, de lo que el autor justamente se queja: “Rescato de la peligrosa aventura pirática de que ha sido víctima en los últimos años mi pequeño libro de *Literatura Venezolana*. Tuvo éxito de venta, de que yo no disfruté. Los persistentes reeditores extranjeros, cuyo domicilio social no pude conocer —por mi falta de dones detectivescos—, nunca me consultaron, escribieron ni hablaron para sus continuas impresiones. Y me decido hoy, por los maltratos que ha sufrido el libro, a recogerlo, revisarlo y casi me atrevería a decir, lavararlo, como a un hijo pródigo. ¡Sufrió —el pobre— tantos arañazos y reveses en el camino!”.

Reaparece, pues, el libro, no con el torvo rostro de las ediciones piráticas —endemia del indecoro editorial hispanoamericano— y con otro título que el original, *Estudios de literatura venezolana*, nombre más comprensivo, admite el antiguo libro de 1940 (pp. 9-188), una “coda final”, agregado en que se pasa revista a los dos últimos decenios de la literatura venezolana y, por fin, una serie de ensayos que, de algún modo, complementan las páginas iniciales. Bajo la designación de “Algunas páginas sobre escritores venezolanos”, ocupa las páginas 201 a 303, y aporta capítulos de tanto interés como “Memoria de Gonzalo Picón-Febres”, “Cartas de Teresa de la Parra” —sobre el epistolario editado por Cruz del Sur, que el mismo autor prologó—, o “Ejemplos del modernismo venezolano”, a propósito de la reedición caraqueña de las poesías del sacerdote Carlos Borges,



verdadero goliardo caraqueño, cuyas andanzas, no siempre confesables, eran pasto de las lenguas: “En una Venezuela más pequeña, ingenua y aletargada que la de nuestros días, las conversiones, caídas y recaídas del Padre Borges constituían clamoroso y excitante escándalo. Mientras unos celebraban en él una especie de François Villon o “Pauvre Lelian” del trópico, otros rogaban para que le volviera a favorecer la divina gracia” (p. 256) .

Los quince capítulos de la historia de las letras venezolanas, que constituyen el meollo de los *Estudios...* corresponden al libro de hace veinte años y siguen siendo una aproximación rigurosa —aunque no acartonada— de lo que las letras venezolanas han conquistado hasta el periodo contemporáneo. El libro que, en su versión primitiva, concluía en los alrededores de 1940, ahora agrega una “coda final” que prolonga su análisis hasta 1900. Es ello buena muestra de que Picón Salas ha vencido sus ausencias —por actividades diplomáticas o de representación ante la UNESCO— y no le es nunca ajeno el pulso lejano de su patria.

Si los análisis de las contribuciones individuales son acertados, límpidos y de seguros relieves —véanse, por caso, los dedicados a don Andrés Bello (Virgilio americano para un Augusto criollo, Bolívar, p. 65), Juan Vicente González, los románticos J. A. Maitín y Abigail Lozano, o los modernistas Coll, Dominici, Blanco Fombona y Díaz Rodríguez—, no menos valiosos, sabios y grávidos de poder caracterizador son los enjuiciamientos de distintos *ismos*. Las etapas barroca, neoclásica, romántica y modernista, exhiben el atuendo del historiador de las ideas y las culturas, la traza del crítico capaz de poderosas síntesis que no desfiguran la contemplación de más ancha perspectiva. Son, por ejemplo, de verdadera eficacia crítica los juicios vertidos en torno al modernismo en Venezuela. El recuerdo de que en Venezuela el modernismo se dio primero en el campo de la prosa (ya ha señalado Manuel Pedro González a Caracas como cuna de la prosa modernista, por la influencia fecunda de José Martí) para después derivar a la poesía: “Sin negar la influencia de Darío,



podemos decir que en Venezuela ella no fue la única y más determinante causa: y se observa en nuestras letras que el movimiento renovador impregnó antes la prosa que la poesía. Quien examine objetivamente el problema, podrá comprobar que es a través de los grandes prosadores de entonces por donde llega hasta la poesía la voluntad artística del tiempo” (pág. 144) Observaciones de sumo tino que han de tenerse presentes para equilibrar críticamente la consideración de la importancia de la renovación en la prosa, tradicionalmente preterida —en estudios y antologías— ante el peso del modernismo en la poesía.

En lo más cercano a nuestros días, el autor quiso ofrecer “una reducida sinopsis”, por lo mismo que la visión es aún aperspectivista y no son del todo nítidos los relieves que presentan las obras cuya elipse no está completa. Sin embargo, no ha soslayado Picón Salas el riesgo crítico en lo actual: atraviesa con donaire y propiedad interpretativa lo que atañe a las últimas promociones literarias de su país.

De ese balance final surgen consideraciones de interés bien definido: 1) La mirada atenta y emocionada que los venezolanos tienden hacia su historia, ha significado una intensificación de los géneros históricos y la aparición de valiosas obras enlazadas con ellos, como las de Isaac Pardo, C. Parra Pérez, Ramón Díaz Sánchez, etc. Otros, como el Dr. Ramón J. Velázquez, se han ocupado del ayer inmediato, en ensayos que fuera conveniente reunir en volumen. 2) Esta misma constante dedicación a la historia, más la conciencia de que debe ponerse al alcance de un mayor número de lectores el acervo histórico erudito, ha cristalizado en ediciones que hacen accesibles las obras básicas. A estas tareas han contribuido instituciones como la Academia Nacional de la Historia e investigadores como el meritísimo Pedro Grases. 3) En consonancia con lo anterior, la mirada a la historia de las ideas en Venezuela tiene hoy más seguros asideros. Juan D. García Bacca, ha completado, con sus descubrimientos de textos de escolásticos y “escotistas”, el panorama de la ocupación colonial por la



filosofía. Asimismo, se han editado con pulcritud los escritos de figuras relevantes, como los de don Simón Rodríguez o los pensadores de la Independencia. 4) y 5) Los estudios de ciencia literaria y lingüística se han multiplicado fecundamente para las letras y la lengua de Venezuela y América hispánica: nombres como los de Orlando Araujo, Isaac Pardo, Oscar Sambrano Urdaneta nos hablan en su obra de estos avances, a los que no poco han contribuido investigadores foráneos de larga residencia en Venezuela, como los profesores Edoardo Crema y Ulrich Leo. Las modalidades venezolanas del español —en relación indudable con la calidad de los que se cumplen en el Instituto de Filología “Andrés Bello”— han merecido un análisis magistral en la obra de Ángel Rosenblat, *Buenas y malas palabras en el castellano de Venezuela*. 6) Es notorio el florecimiento del teatro —preterido hasta no hace muchos años—, al que han contribuido autores como Uslar Pietri, Díaz Sánchez y, más recientemente, la poetisa Ida Gramcko. 7) La poesía, como en otros países de América hispánica, se cultiva con abundancia y éxito en Venezuela. Una antología reciente, *La nueva poesía venezolana*, de José Ramon Medina (1959), presenta cuarenta nombres de poetas que aún no llegan a los treinta años y varios de los cuales constituyen una promesa cabal. “Dentro de lo complejo que es marcar las fronteras de distintos tipos de poesía, señalábase ya [en 1940] una nueva corriente, que pudiera llamarse épica, de canto a los trabajos, aventuras y esperanzas del hombre venezolano, y a la que aluden poemas tan valiosos como *Mi padre el inmigrante*, de Vicente Gerbasi; los fragmentos que ha dado a conocer Ali Lameda de su extenso *Canto estelar a Venezuela*; el magnífico poemario de *Las torres desprevenidas*, de Jacinto Fombona Pachano; el *Canto a los hijos*, de Andrés Eloy Blanco, y el potente *Nuevo Mundo Orinoco y Tierra muerta de sed*, de Juan Liscano. No se opone esta corriente a la más ceñidamente lírica, introspectiva e intimista que continúan con gran éxito y renombre poetas como José Ramón Medina, cuyo hermoso libro *Memorias y elegías*, obtuvo el Premio Nacional de Literatura del año 1961; Luz Machado de Arnao, Juan Manual González, Ana



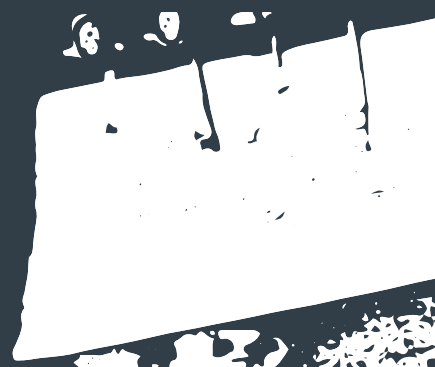


Enriqueta Terán y Otto de Sola, que en su reciente poemario *El árbol del paraíso*, parece mezclar, con gran riqueza metafórica, lo lírico-metafísico" (193-194). 8) y 9) La rica actualidad del cuento y la novela, estimulado el primero por concursos como el anual de *El Nacional*, de Caracas, y la narrativa por mayores facilidades editoriales, destacan los nombres de Gustavo Díaz Solís, Antonio Márquez Salas, Alfredo Armas Alfonzo, Oscar Guaramato, Adriano González León, Raúl Valera, Carlos Dorante, Héctor Malavé —en la producción cuentística— y los de Guillermo Meneses, Antonio Arráiz, Miguel Otero Silva, Antonia Palacios, y otros, en la novela, a la que han contribuido también ensayistas como Mario Briceño Iragorry (*Los Ribera*). 10) Por último, destaca la vitalidad actual en Venezuela —y en toda América, agreguemos— de la ocupación ensayística, interrumpida muchas veces por “el combate político de la Venezuela de estos días [que] a veces no deja sosiego para madurar los libros; pero en hojas periódicas y revistas ofrecen los escritores su casi cotidiano y vivaz testimonio del mundo” (197) . Picón Salas prefiere no juzgar a los que en los últimos años se han iniciado: “aun el estímulo más optimista, al correr del tiempo, puede parecer angosto” (198) .

Las anteriores observaciones en torno a los *Estudios de Literatura Venezolana* traducen —así lo esperamos— la singularidad y el valor permanente de este ágil y riguroso libro.



LOS TRATOS
DE LA NOCHE (1955)



Ricardo A. Latcham

UNA NOVELA DE MARIANO PICÓN SALAS¹

Mariano Picón Salas es, sin duda, uno de los escritores venezolanos de más renombre en su patria y en todos los países de habla hispana. Acababa de consolidar su reputación al publicar *Los días de Cipriano Castro*, vívido cuadro novelesco de una frondosa dictadura tropical. Siempre Picón Salas se interesó por los problemas políticos de nuestro continente, pero su carácter de intelectual descontento lo hizo desconfiar, a menudo, de la mezquina realidad criolla y de sus imponderables. No significa lo anterior que no traslade a los libros sus inquietudes, su visión del mundo, nada de pesimista, pero siempre acongojada por los turbulentos días que vivimos y su gravitación tremenda en el destino social. A pocos meses de analizar al abrupto caudillo andino vuelve a tocar en *Los tratos de la noche* un tema inagotable: el de su suelo y el de la actitud del hombre frente a la riqueza inesperada que derramó el petróleo. Muchos son los asuntos que se entremezclan en una narración morosa, de moderno sesgo, de gran expresividad, que constituye el cañamazo argumental de su obra. Desde luego, el fracaso de una generación ilusionada por la demagogia verbalista de los que combatieron a Juan Vicente Gómez y encontraron luego un territorio transformado por la técnica del capitalismo y el aluvión de cosas materiales derramados por poderosas inversiones foráneas y elevados salarios en

1 *El Diario Ilustrado*, Supl. de *El Diario* (Santiago de Chile), 30-10-1955.





dólares. Junto a ese desencanto de la denominada generación de 1928 y que asumió responsabilidades a la caída del tirano, Picón Salas exhibe en planos cinematográficos de gran calidad plástica, el dramático asunto de la inmigración extranjera que arribó a Venezuela, convirtiéndolo en sustancia novelística al pintar el enredo amoroso del protagonista principal, Alfonso Segovia, con la judía austriaca Dora, a quien expulsó Hitler de su tierra.

La crítica venezolana suele descubrir en Picón Salas carencia de acción pura, regodeo estilístico y evasión de lo central para dispersarse en elementos secundarios del relato. No encontramos razón a esos reparos, porque siempre el escritor renueva su prosa, escruta la actualidad y extrae consecuencias de moralista, sin perjudicar el movimiento escénico de sus héroes de ambos sexos. Pocos prosistas actuales alcanzan semejante madurez y una conciliación más admirable entre el fondo y la forma, entre el núcleo de la obra y los detalles decorativos y ornamentales del idioma. Con razón se le ha colocado junto Alfonso Reyes, a Ermilo Abreu Gómez, a Lino Novás Calvo, a Ramón Díaz Sánchez y a otros intelectuales que representan lo más significativo de la vanguardia literaria hispanoamericana.

Picón Salas es un hombre de su época y no olvida sus deberes de artista. No está entregado a consignas que emponzoñan la vida interior del escritor y tampoco se complace en el escapismo de los literatos más jóvenes, algo desengañados de un realismo convencional ya acomodado a los intereses del partido.

Para conocer más íntimamente el concepto de Picón Salas sobre el escritor, vamos a citar una página suya muy expresiva de su ensayo admirable *Europa-América* (México, 1947): “Al escritor o al pensador le corresponde la grave —y a veces desagradable función— de ser como el guardagujas de la Historia. De su pupila para ver el peligro y encender la señal en la profunda noche, depende, en parte, el derrotero del tren expreso. El político acude, a veces, al recinto del intelectual a pedirle palabras lemas,

conceptos, que aunque en la boca de aquellos más bulliciosos, se suelen agotar con los aplausos del último discurso durante la elección del comicio. Esto plantea otra cuestión demasiado compleja para ser absuelta en este ensayo volandero: lo que yo llamaría cautela del intelectual que sin defraudar la fe del pueblo, necesita defender en cualquier época y bajo cualquier régimen, su derecho al disenso. Táctica es una palabra de gran empleo moderno y que a veces sirve para escudar el silencio ante la verdad. “Hay que callar por táctica”. “No conviene a la táctica”. Si tales mitos se generalizan, si una moral universal no supera los intereses del grupo, sí que estaría en grave peligro la cultura humana.

Ajustándose a lo anterior, Picón Salas ha sabido revelarnos con entereza el estado social y moral de su pueblo. Sin actitudes de tribuno, sin proponerse programas de inmediata ejecución, pero excavando en la onda realidad del pueblo, en las vivencias históricas y en la actitud desenfrenada del moderno hombre venezolano. Con ese particularísimo método de interrogar a su tiempo, Picón Salas ha conseguido desplegar una visión totalizadora de la vida moderna de su tierra, contrastándola con el patriarcalismo de unas costumbres que disolvió el torbellino de nuestra época. La crisis es una dolencia característica de los seres que poseen historia y hasta ahora se usaba ese término para nombrar los lapsos decisivos del crecimiento en el ser humano individual, la adolescencia, la incorporación en la madurez y para los que creen en otro mundo, la muerte, es decir, estos trances peligrosos en que un ser que es uno, sin dejar de serlo tiene que transformarse en algo distinto, pero no por caprichoso azar, sino por imperativo físico, y otro que no va a ser diverso, sino más sí mismo, más sumergido en el anterior. La crisis de un individuo, el caso de Alfonso Segovia, residuo de un mundo distante, pero también individuo moderno, se refleja en la crisis colectiva de su país, en la alucinación o vértigo que hace perder el paso a todos los venezolanos de la actualidad.





Entonces podríamos arribar fácilmente a la conclusión de que Picón Salas ha querido retratar a la sociedad en que vive, pero no por capricho de virtuosismo literario, sino con propósito de trascender la realidad y juzgarla a la luz de un pensamiento atrevido y analítico.

En *Los tratos de la noche* se funden y confunden lo sociológico, lo narrativo puro, lo histórico y lo crítico. Nunca pierde Picón Salas la proporción justa de su sensibilidad finalmente diluida en metáforas transparentes, en cuadros de época y en sutiles atisbos de su medio y de su gente. Por ejemplo, esta frase que ha tenido gran éxito en toda su patria: “Era por su americanización la ciudad más grande del estado de Texas según la frase sarcástica de un viajero yanqui, o el proyecto de una nueva Babel cuyas claves y signos ya escapan a los venezolanos”. Así define a Caracas y a su cosmopolitismo actual, tan distante de las evocaciones de Díaz Rodríguez, de los primeros esbozos novelísticos de Rómulo Gallegos o a las pinceladas impresionistas de Teresa de la Parra.

Más adelante, el novelista vuelve a clavar su dardo satírico en el carácter de sus paisanos, con logros psicológicos reveladores de su penetración de moralista laico: “¿No le preguntó Dora, una vez, si era el mestizaje o el clima, la mezcla de sangres que no alcanzaron a fundirse bien, el despótico señor que lucha con el esclavo en el alma de cada venezolano, o la propia violencia de la naturaleza —sin sueño invernal— lo que hace a ratos tan introvertidos, taciturnos e inconformes a los hombres de este país” (página 40).

En este momento de honda perturbación o crisis espiritual y económica todos los maestros continentales arriman su lupa a la realidad estremecedora. Un pensador cristiano dotado de un virtualismo literario notabilísimo y de una condición moral que todos respetan, Mario Briceño Iragorry, acaba de coincidir con su compatriota Picón Salas en su volumen *Aviso a los navegantes*

(Madrid, 1953). Defiende las tradiciones nobles del idioma, del respeto a los valores patrios, lo integrante de la nacionalidad, con un lenguaje fuerte y admonitorio que recuerda las oraciones civiles de Cecilia Acosta o las advertencias de Juan Vicente González. Teme a la barbarie que imita lo externo y espectacular de la gran nación del Norte, sin conocer su literatura y sus valores perdurables, cuando expresa lo siguiente: “el papiamento verbal puede tornárenos en papiamento de conciencia”. O bien, cuando se coloca frente a ciertos totalitarismos y dice estas hondas palabras: “La República no es unanimidad, sino armonía de contradicciones”.

Picón Salas ha tenido el valor de revelar su disconformidad, pero lo hace con elegancia mental, sin la estridencia de los politicastros adictos a una retórica senil. Por eso, en *Los tratos de la noche* la acción puede plantearse en tres tiempos: un tiempo pasado, de evocación de la infancia en el solar provinciano de Alfonso Segovia, uno posterior, que pinta el periodo dictatorial de Juan Vicente Gómez, con la represión a los estudiantes y las torturas y prisiones crueles en La Rotunda o el castillo de Puerto Cabello, y uno final, destinado a esclarecer nuestra época y las horribles contradicciones afrontadas por los individuos sumergidos en un océano de riquezas materiales, pero magro en vivencias espirituales. Son clásicas las páginas destinadas a hacer revivir la adolescencia de Alfonso Segovia, al lado de su padre, hombre de tradición libertaria, enemigo del dictador y que muere en presidio. Lo mismo diremos de esa delicada estampa de la madre señorial y desvanecida en modos y costumbres que disuelve la modernidad. También es de retablo la imagen de la tía Doloritas aferrada a su inacabable idilio con el preceptor, don Eudoro, “de bigote envaselinado, corbata de lazo” y, agregaremos nosotros, chapado a la antigua. En la época presente el relato se va enlazando a cuadros y a visiones recortados, de técnica neorrealista, casi cinematográfica, que permiten a Picón Salas desplegar, los inagotables tesoros de su imaginación. Porque este escritor es de los pocos que saben combinar un realismo veraz con una poesía que





esmalta toda su acción de planos superpuestos. En la novelística venezolana, donde hay estilistas de la dimensión de Ramón Díaz Sánchez, Arturo Uslar Pietri, Rómulo Gallegos y Antonio Arráiz, Picón Salas posee un sitio aparte. Es un artista de la palabra y un conocedor profundo de la historia, no en un sentido rutinario o erudito, sino en forma interpretativa y funcional. De ahí que en *Los tratos de la noche* más que un examen del universo venezolano del presente y del hombre que lo puebla, lleno de codicia, de ambición y de espíritu de lucha, presenciamos también un análisis de la crisis moderna. Y toda crisis, según apuntó Ortega, nace, como la filosofía, de un sentimiento de naufragio. Pero el escritor, con mirada futurista, deja entrever al final, una salida para las gentes, que desazona el elefantismo de Caracas y su sed de oro: el retorno de la tierra, que también preconiza Briceño Iragorry. Por eso como símbolo provisorio del libro, que hace olvidar al demonismo de Míster Gallard, el tentador de Alfonso Segovia, o el oportunismo de muchos camaradas de generación, surge la imagen de Eulalio Gutiérrez. Este personaje, que vive en los Valles de Aragua, “puerto de una Venezuela más verde y más ancha, que aún necesita trabajo y amor”, es un contraste de la atracción urbana, del luciferino incentivo de la urbe de cemento levantada con los dólares del petróleo.

Los tratos de la noche es una novela significativa y trascendente que se coloca entre las mejores del instante. Por caminos inesperados, Picón Salas siente idénticas inquietudes a las de muchos hispanoamericanos que contemplan el desmoronamiento del mundo tradicional sin nada que lo reemplace más que una civilización mecánica y materialista. Y aquí el ojo vigilante del escritor, el buceador de almas y de panoramas que inspira al sociólogo y la valentía, a veces salpicada de un humorismo sonriente, del moralista, se completan en el análisis, en ocasiones cáustico, de todo un panorama humano.

No se vaya a creer que Picón Salas no entiende y siente lo moderno y la palpitación animada de las grandes ciudades.

Veamos este trozo sobre Caracas para captar su poderoso don expresivo y su riqueza metafórica: “Amaba el ritmo de la ciudad tan vivaz; tan activamente despierta; los macizos de casas que trepan con sus zócalos policromos y tejas rojas por los cerros; las “cartepillars” que taladran las colinas para dirigir nuevas calles y viviendas; el esperanzado quehacer de los transeúntes. Y sospechaba también cómo sería esa otra inmensa Venezuela que está más allá de las cumbres de granito que encierran a Caracas, bajando los más verdes fosos, la Venezuela de anchos valles, llanadas y grandes ríos (Página 172).

En *Los tratos de la noche* el insigne prosista venezolano, tan vinculado intelectual y afectivamente a Chile ha sabido demostrar que es de aquellos hombres de letras que saben medir la función cultural y adaptarla a una realidad histórica terrestre. Sin renunciamentos y sin condiciones se sitúa en el plano de la comprensión humana y de la cabal realización estética.





ENSAYOS
ESCOGIDOS (1958)

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
LIBRARY

Ricardo A. Latcham

MARIANO PICÓN SALAS¹

Existen escritores formalistas que denotan pronto el esfuerzo y descubren su artificio. Otros, por el contrario, nacen dotados de gracia y en todo lo que realizan exhiben su maestría instintiva. Entre estos últimos se cuenta Mariano Picón Salas, cuyos *Ensayos Escogidos* me ha encargado prologar la Editorial Zig-Zag. Hacer su biografía o su semblanza equivale a enfrentarse con lo más maduro del pensamiento intelectual de Venezuela en el último cuarto de siglo.

La patria de Picón Salas es una tierra de enormes riquezas potenciales, de considerables extensiones sin poblar, de contradictorios paisajes que van desde el páramo andino hasta los vastos llanos que se pierden en un horizonte de fuego. Tocóle nacer al esclarecido ensayista en la ciudad andina de Mérida, el 26 de enero de 1901, en un medio recogido y devoto que definía un estilo de vida distinto al que prevalecía en otros sitios turbados por las permanentes guerras civiles o descabros económicos derivados de la violencia. “Aguas frías que descienden de la

1 Publicado como prólogo del volumen *Ensayos escogidos*, de Mariano Picón Salas, selección y nota preliminar de Juan Loveluck, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1958. (Biblioteca de Ensayistas); pp. IX-XXII. Incluimos la versión de Ricardo A. Latcham, *Antología. Crónica de varia lección*, selección y prólogo de Alfonso Calderón y Pedro Lastra, Santiago de Chile, Zig-Zag, 1965, pp. 80-95. [N. del C.]





montaña nevada; árboles de luminosas hojas verdes y sombra apaciguadora; helechos y musgos donde se cristaliza el rocío; permanente rumor de los cuatro blancos y espumosos torrentes en que la altiplanicie de Mérida se va a bañar los pies; continua circulación de pájaros (gonzalitos, colibríes, azulejos, chupitas) por el esmerilado cielo azul; la masa de la Sierra con sus helados picachos del Toro, la Columna, el León, cerrando el estupendo telón de fondo que erigió la naturaleza, daban a mi ciudad deleitable color y placidez entre todas las de Venezuela.” Así se ubica admirablemente el escritor en su ambiente nativo.

Era entonces un niño aplicado y estudioso en que ya se definían las líneas de su carácter. Además, en Mérida se fue habituando a la cortesía, esa flor del espíritu andino que sólo desmienten generales y caudillos con el brutal testimonio de sus hechos.

Alcancé a conocer al padre de Mariano, don Pío, que se preocupó fervorosamente de encaminar los rumbos de la inquietud de su hijo, entregándolo a las pedagógicas directivas de un mentor francés, Monsieur Machy. En ese sosegado remanso, propicio a la meditación y el estudio, transcurrió la juventud de Picón Salas, hasta que empezó a intervenir en las discusiones literarias y a señalarse como un asiduo colaborador de la revista *Aristides Rojas*, fundada con la ayuda del doctor Diego Carbonell, rector de la Universidad de Mérida. Se realizaban las tertulias intelectuales en los corredores del hotel Mérida, del cual era propietario el poeta Emilio Menotti Spósito, que daba a conocer Baudelaire a los jóvenes y les brindaba vino con rangoso gesto.

Es indudable que Picón Salas no ha olvidado nunca a su patria chica. La recuerda en todos sus libros y le ha consagrado evocaciones estupendas en sus novelas.

No soy de los que creen en la definitiva influencia del medio sobre los escritores, pero en el caso de Picón Salas se

concentran muchas de las virtudes regionales obtenidas del impacto familiar y de las actitudes tolerantes de ese círculo de letrados que en las generaciones más viejas tenía su expresión en la revista *Literatura andina*. De Mérida salieron muchos hombres de letras y en el claustro universitario se modelaron importantes vocaciones destinadas a remover el atraso intelectual de Venezuela. De allí también partió, en un lejano día de 1920, Mariano Picón Salas con el propósito de hacerse un individuo culto en el más amplio escenario de Caracas.

La capital de Venezuela ostentaba todavía un aire provinciano que no era propicio a la noble ambición de un estudiante de Derecho. La dictadura de Gómez imperaba con su tremendo ruralismo sobre una nación sometida y sojuzgada por un pequeño grupo de caporales que obedecían sumisamente al prepotente caudillo.

No existían la libertad de prensa, de reunión, ni la de escribir con valentía sobre los pavorosos problemas que se acumulaban en un país que Picón Salas definió como “potencialmente rico, pero políticamente débil”.

El novel escritor empezaba a descubrirse a sí mismo en su trato con gentes diversas y a través de tertulias en que actuaban literatos y poetas como Pedro Sotillo y Jacinto Fombona Pachano, que se reunían a discutir y comentar novedades en los rincones de la Plaza Bolívar y en los cafés vecinos. De ese período vacilante e incierto data su primer libro, *Buscando el camino (Páginas de adolescencia)*, impreso en Caracas en 1921.

Picón Salas lo amputó de la lista de obras escogidas que dará a luz posteriormente con gran atuendo tipográfico.

Ya empezaba a modelarse la extraordinaria personalidad intelectual del escritor nacido en el riñón andino. A veces buscaba el trato de los viejos literatos venezolanos que se congregaban en la



Cervecería Strich, entre los cuales solían aparecer José Austria, que fue ministro en Chile; Eloy G. González, historiador y ensayista, y también Lisandro Alvarado, que desentraña el contenido social del pasado en luminosas interpretaciones.

Sin embargo, Picón Salas se ahogaba entre las discusiones bizantinas y el escaso incentivo intelectual de un período gris de la existencia venezolana. Cuentan que un día le dijo a su amigo Julio Planchart: “Don Julio, el cincuenta por ciento de los venezolanos son abogados, y yo no tengo nada que hacer en Caracas”.

Se dedicó entonces a escribir sin tregua, volviendo a su ciudad natal y colaborando en el diario *Panorama*, de Maracaibo. En ese tiempo lo sorprendió la ruina económica de su familia y tomó la decisión más importante de su vida: partir a Santiago de Chile a realizar estudios universitarios en el Instituto Pedagógico. Desde entonces data mi amistad con el escritor, cuya acción en los círculos literarios de Santiago se concretó en innumerables realizaciones de gran categoría. Siempre fue para nuestra generación un gran animador, una especie de conductor mágico, desprovisto de ambiciones, pero que sabía descubrir como nadie un problema, dirigir una investigación o sacar una luz nueva de un asunto que en otras manos resultaba algo estéril o improvisado.

Casi todos los escritores chilenos cultivaron la incomparable amistad de Picón Salas. Dejó su huella en el Instituto Nacional, en el Pedagógico, en el Liceo Barros Arana, en la naciente Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile, en las columnas de la revista *Atenea* y, sobre todo, en las páginas de *Índice*, publicación correspondiente al grupo del mismo nombre, fundado en 1930 y que sobrevivió hasta 1932. El grupo “Índice” contó con colaboradores de múltiple categoría y de generaciones diversas, mancomunadas en un esfuerzo creador que contribuyó a enriquecer y ensanchar los horizontes de la cultura nacional y a despertar una nueva vocación americanista frente al aislamiento en que vivieron las promociones europeizantes más antiguas. Al



lado de Mariano Latorre, de Domingo Melfi, de Manuel Rojas, de González Vera, de Eugenio

González, de Juan Gómez Millas, se asentaron valores más jóvenes y se estrenaron poetas y ensayistas que después influirán en el pensamiento chileno.

En torno a *Índice* había prolijas discusiones, debates apasionados, ciclos de conferencias como las de Juan Gómez Millas sobre la ruina del Mundo Antiguo y la de Benjamín Subercaseaux en que analiza la poética de Rimbaud. Sectores diversos y a veces antagónicos se confundieron en activas tareas y provechosas búsquedas de valores desconocidos en diversos aspectos de la literatura, la política, la historia y la filosofía.

Nadie ha olvidado en Chile a Mariano Picón Salas, que después de Bello ha sido el venezolano más incorporado a nuestra realidad. Aparte sus valiosos libros, maduros ensayos y breves pero fructuosas exégesis históricas, habría que situar su labor personal de indiscutido líder intelectual. Picón Salas obraba por presencia, con socrática vocación, sin ningún residuo pedagógico, con señorío y elegancia de ademanes y actitudes. Esto último era algo natural en su persona, tan definida intelectualmente y tan ajena a cualquier diletantismo.

En Chile permaneció Picón Salas hasta la caída de la dictadura de Gómez, provocada sólo por su muerte. En 1936 estaba de nuevo en Caracas, después de una ausencia de doce años. En Santiago escribió varias de las obras que iban a cimentar su reputación de novelista y ensayista: *Mundo imaginario* (1927); *Hispanoamérica, posición crítica* (1931); *Odisea de Tierra Firme* (1931); *Problemas y métodos de la Historia del Arte* (1933); *Imágenes de Chile (Vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX)* (1933); *Registro de huéspedes* (1934), e *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica* (1935).





Quizás el mayor legado que dejó a sus compañeros de grupo fue el interés que puso siempre en definir los sentimientos americanistas y la curiosidad por el mundo mestizo. Ya en su Conferencia sustentada en la Universidad de Concepción, en noviembre de 1930, con el título de *Hispanoamérica, posición crítica*, decía estas excelentes palabras: “Hace falta en América recobrar esta objetividad ante las cosas. Porque teníamos ideas antes que realidades, aquéllas, naturalmente, obtenidas por préstamo, importación y herencia. Las abstracciones y nomenclaturas románticas (otra manera de magia) no nos han permitido durante un tiempo largo buscarnos y fijarnos objetivamente. La cultura no ha existido por sí misma, sino siempre en función, en servicio de algún tótem político. Han existido en América, por ejemplo, la historia liberal y la historia conservadora, pero no lo que era mucho más interesante: la Historia. Nuestra determinación nacional ofuscada por el prejuicio no ha podido precisarse. Así esa corriente de historia que se llama la tradición no es propiamente en América la tradición nacional, ecuménica, como la de un francés de cualquier campo político o religioso que contemple una catedral gótica, sino una tradición particular de clan o de horda. Cada clan defiende su tótem, su dios tutelar, aunque sea muy semejante al del clan del vecino”.

Y en el prólogo de su libro *Intuición de Chile y otros ensayos*, sostenía lo siguiente, que contiene el núcleo de muchas de sus ideas posteriores: “No podemos improvisar el proceso de nuestra naciente cultura americana, ni, asustados de su caos, del carácter tumultuoso que toman la vida colectiva y las ideas en estas sociedades en formación, asumir ante ellas el aristocrático aislamiento de algunos estetas. Mejor es comprender. Si hay algo de dramático en la misión del escritor en estos pueblos que, más que las bellas frases, parecen demandar las máquinas del ingeniero o las grandes botas del *pioneer*, es que, como ellos, también estamos descubriendo, trazando, explorando; tratamos de crear un Universo moral, una conciencia de perduración que nos eleve del estado de Naturaleza al estado de Cultura”.

Promisorias palabras las de Picón Salas. Al regreso a su patria entonces supo allegar su refinado conocimiento, de los problemas americanos, pero pronto tuvo que contrastarlos con su primera visión de Europa, que recorrió al ser designado encargado de negocios en Praga.

Desde la ciudad gótica y barroca, manantial de divergentes influencias y centro polarizador donde gravita lo occidental en la misma frontera de lo eslavo, siguió el artista ensanchando su campo de visualidad. En Praga publicó su magnífico y breve ensayo *Para un retrato de Alberto Adriani* (1936), y pronto en Santiago la Editorial Zig-Zag, en 1938, dio a conocer sus *Preguntas a Europa (Viajes y ensayos)*.

A mediados de 1937 lo encontramos de nuevo en Santiago viviendo la febril existencia literaria y política de un instante de transición en el desarrollo institucional de Chile. En 1938 regresa otra vez a Caracas como dinámico promotor de empresas espirituales. El Ministerio de Educación le encargó la organización del departamento de publicaciones. La mejor muestra de su actividad quedó en las páginas de la *Revista Nacional de Cultura*, fundada por él y que todavía constituye una de las mejores expresiones intelectuales venezolanas.

En 1939 visita Nueva York, invitado por el PEN Club, y le toca asistir a la Feria Mundial. En 1940 salen nuevos ensayos con el título de *Un viaje y seis retratos*.

El pensamiento de Picón Salas tenía un sentido americanista y un sesgo cosmopolita que lo revelaba como el mejor representante de la inquietud de su generación. Una técnica diversa lo apartaba del viejo positivismo de los ensayistas anteriores de su época, entregados a un oportunismo político que conciliaba la razón de Estado con el ablandamiento doctrinario. Una especie de oscuro determinismo apoyado en la interpretación del pasado venezolano a la sombra de recetas y fórmulas apaciguadoras





dominaba en las páginas de Gil Fortoul y de Laureano Vallenilla Lanz. Siempre fue Venezuela tierra de claros pensadores, de pedagogos de la acción, que no renunciaban al imperativo de la reforma moral de un suelo abatido por los peores caudillismos. Entre esos hombres previsores y que se anticiparon al pesimismo posterior estuvo Cecilio Acosta, que tiene diversos puntos de contacto con nuestro José Victorino Lastarria.

En el extenso y decisivo ensayo titulado *1941. Cinco discursos sobre pasado y presente de la nación venezolana*, Picón Salas formula uno de los más nítidos panoramas de las ideas en su patria que se conocen. Estudia a Cecilio Acosta, a quien considera “pensador aislado”, y luego examina a Pedro Arcaya, diciendo que sus ensayos tienden a producir “ese conformismo o renunciación del hombre ante el medio”. Para Arcaya “la Historia es una especie de ciencia natural”, y a Vallenilla Lanz lo define así: “Para él, Venezuela ya “es” y no comprende y no quiere comprender que Venezuela “deviene”. Luego expresa con brillo que el modernismo literario de 1800 a 1900 se caracteriza, a través de las formas de pensamiento literario, en el “criollismo folklórico y el ausentismo exótico”. Habla, en seguida, de un interregno trágico de la historia venezolana entre 1848 y 1935 (ochenta y siete años), desde la primera presidencia de José Tadeo Monagas hasta la presidencia “que parecía vitalicia” de Juan Vicente Gómez. La vida social venezolana se caracteriza en los años bárbaros por su “extrema movilidad”.

El militarismo, a juicio de Picón Salas, “es la única fuerza coordinadora, la disciplina instintiva de un pueblo en ebullición, en trance de fundirse”.

En Venezuela, el proceso histórico, después de la Independencia se singulariza más bien por una lucha por “la nivelación igualitaria”. “Igualdad más que Libertad”; “cada venezolano ha fundido en sí mismo un complejo aporte étnico ya venezolanizado”.

Contrasta con estos ángulos mesiánicos de la acción política de los caudillos el hecho de que en Venezuela no hay multitudes indígenas que redimir.

La jerarquía intelectual de Picón Salas nunca se solazó en los desplantes demagógicos de otros escritores de su generación. Su amor al pueblo, su decidido carácter democrático, su sentido del equilibrio, confrontaron siempre las tremendas contradicciones del tumultuoso escenario en que empezaba a actuar el entonces joven escritor. Por eso sintió también la necesidad de regulación, el instinto de un orden asentado en la ley, de una convivencia que hiciera fructuoso el desenvolvimiento de un territorio de vasta potencialidad económica, pero de muy embrionaria madurez cívica. “Formar pueblo —decía en 1941— es decir, integrar nuestra comunidad nacional en un nuevo esfuerzo creador, trocar la confusa multitud en unidad consciente, vencer la enorme distancia no sólo de leguas geográficas, sino de kilómetros morales que nos separan a los venezolanos, y adiestrar “comandos”, es decir, hombres que comprendan su tiempo, que se entrenen para la reforma con que debemos atacar nuestro atraso, que tengan voluntad y coordinen sus esfuerzos, es la tarea educativa más premiosa que reclama nuestro país.”

El diagnóstico del escritor fue confirmado pronto por los hechos que se sucedieron sobre el aborrecido panorama de su patria. Surgieron nuevos caudillos civiles y militares, se ensayaron formas sedicentes de democracia que fracasaron ante la oscura realidad. El torrente de la riqueza petrolera, que contribuyó después a la diversificación de la economía venezolana, tuvo en sus comienzos consecuencias incalculables en la vida nacional. Muchas irresponsabilidades y demasías se justificaron en nombre de la teoría de que Venezuela era más apta para la democracia social que para la libertad política. Un verdadero alud de apetitos y atropellos se escondió bajo las apariencias de una prosperidad inagotable. Un tenebroso equipo de juristas y financieros comenzó a reemplazar a los caudillos provincianos y a los



generales de opereta. La influencia sórdida de los gestores y el desplante de los nuevos ricos correspondieron a un período de la historia venezolana que todavía no se ha clausurado.

El escritor concebía su oficio, a veces, como un intérprete de una realidad social que se escapaba a su control. Diversos equipos secundaron a los nuevos jefes y a los demagogos de turno. Entre ellos Picón Salas siempre representó con dignidad la actitud de un director espiritual, de un excepcional escrutador de los fenómenos cotidianos que compulsaba con agudo criticismo. Si todas las novelas tienen algo de entrañado ensayismo, todos sus ensayos se escapan al mundo de lo imaginativo. En el estilo del autor de *Proceso y formación de la literatura venezolana* (Caracas, 1940) vibraba un nuevo acento, un contenido distinto al de los antiguos analistas de los acaecimientos intelectuales. Ya en este libro surge el método histórico-cultural de Picón Salas. No es un simple acumular de fechas y de fichas bibliográficas, como se percibe en otras historias de las literaturas nacionales hispanoamericanas. Supera el inventario desordenado de Gonzalo Picón Febres o el impresionismo crítico de Blanco Fombona. Una auténtica raíz humanística da calidad y vuelo a los juicios de Picón Salas y el proceso intelectual de Venezuela se desmenuza en función de las ideas representativas, de las generaciones y de los vínculos entre el hombre y el medio que lo produjo. No cabe definir aquí el sistema crítico de Picón Salas, pero sí destacar su diverso modo de entender la historia literaria.

En una página de gran finura analítica expresa que en su *Proceso y formación de la literatura venezolana* buscó a través de los libros y los hombres característicos la herencia moral de su país; lo que no es sólo erudición muerta ni ornamento descolorido, sino vida bullente, arte lozano, esperanza y destino de nuestro pueblo.

Paralelamente a su magnífico panorama de la vida intelectual de su tierra, el notable prosista publicó, en 1940, una



Antología de los costumbristas venezolanos del siglo XIX. Nuevamente puso a prueba su vasta erudición y el talento para elegir un conjunto excelente de los antiguos evocadores de tipos y escenas criollos. En un medular prólogo examinó a los distintos autores, donde sobresalen algunos que van a constituir lo más señero del costumbrismo patrio, como Mendoza y Bolet Peraza.

El costumbrismo —dice el hábil recopilador— es como un hito de unión entre la Historia heroica que escribían graves varones de la época de la Gran Colombia, como Restrepo, Yanes, Baralt, y la novela que todavía no despuntaba. El período en que Picón Salas realiza los diversos trabajos que resumimos es de los más activos de su laboriosa vocación. No se da tregua y en abril de 1941 es invitado por la Universidad de Puerto Rico, donde asistió a la ceremonia del levantamiento de un busto de Eugenio María de Hostos en San Juan. Más tarde, en 1942, es nombrado agregado cultural a la Embajada de Venezuela en Washington.

En las universidades norteamericanas da diversos cursos sobre temas literarios y culturales y es invitado también por el Smith College, en North Hampton, Massachusetts, como catedrático de literatura hispanoamericana. En 1943 sale en México su novela *Viaje al amanecer*, con un prólogo de Ermilo Abreu Gómez.

El estilo de Picón Salas alcanza aquí a las cimas de la perfección. Evoca con gran sentido poético los días de la infancia transcurridos en Mérida y su amor a la tierra natal se descubre en sus interpretaciones del paisaje y del hombre andinos. Ese mismo año aparece su ensayo *Rousseau en Venezuela*, y en 1944, uno de sus volúmenes más significativos: *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*, impreso por el Fondo de Cultura Económica.

En agosto de 1944 se encontraba en Caracas y recibía la consagración de la crítica continental por su sobria y justa interpre-





tación del desarrollo literario y artístico de América. En el campo del ensayo se cimentaba su amplio dominio de los fenómenos culturales y su habilidad para manejar las ideas con un estilo terso y lúcido. En 1946 publica su biografía de *Miranda* en Buenos Aires y la *Apología de la pequeña nación*, en Puerto Rico. En 1947 se incorpora a la Academia de la Historia de Venezuela con un discurso que contestó el sociólogo y ensayista Augusto Mijares. Es un breve y enjundioso estudio de la historiografía venezolana y de su propio concepto del arte de describir el pasado. Considera que el estudio de la historia nacional ha sido, en su patria, desde el clásico Oviedo y Baños hasta Gil Fortoul —para no nombrar sino a los muertos— tarea de individualidades señeras, de solitarios y magníficos investigadores, que “siempre pidieron al pasado una conciencia y razón del presente”. A manera de complemento de su revisión de los principales analistas del acontecer patrio, expone su criterio renovador y destaca la necesidad de que los nuevos historiadores acudan a las ciencias auxiliares, como la filología, la arqueología y la etnología, para vertebrar mejor sus obras. Es notable, también, su criterio al sostener que la Colonia no finalizó radicalmente con el movimiento iniciado en 1810. “Cuanto de colonial queda —dice— en las costumbres y estilo de vida de algún rincón aldeano; en ciertas formas de lo que puede llamarse nuestro derecho consuetudinario; en las tradiciones del arte popular, en ritos y supersticiones, es todavía tema de investigación para el sociólogo o historiador de la cultura.” Picón Salas, con raro sincretismo, revisó los conceptos positivistas que no entendieron la cultura colonial y no penetraron en su complejidad psicológica. Sin apartarse de una interpretación social, sustentada también en la acción implacable de lo económico, aparta lo significativo de cada etapa histórica, penetra en su misterio inefable y descubre las ocultas relaciones de las épocas a través de diversos testimonios. Trata de ver más allá de la Historia externa y de las fórmulas frecuentemente convencionales y mentirosas, o sea lo que don Miguel de Unamuno llamaba la intrahistoria, el oculto y replegado meollo de los hechos, que resulta la tarea sutilísima

del historiador. Se reproducen aquí sus propias palabras que denuncian su apasionado rigor y su poder de síntesis evocativa. Siempre le quedó a Picón Salas ese afinamiento de los sentidos adivinatorios que consiguió en una paciente y minuciosa tarea de compulsador de archivos, documentos y viejas crónicas que le traspasan su escondida sugestión. Varios de sus libros, como *Miranda* y *De la Conquista a la Independencia*, logran infiltrar al lector más que los voluminosos manuales y eruditos tratados. Por eso dice en su ensayo “Antítesis y tesis de nuestra historia”, al aludir a la acción de las contiendas civiles de su tierra: “Quien pueda sentir nuestra historia, no como documento inerte, sino como color, cuadro, imagen, notará cómo estas guerras fueron cambiando el tono y mudando el paisaje social”. Aquí parece resumirse el método que vuelve a vitalizar a dos de sus obras más recientes: *Pedro Claver, el Santo de los Esclavos* (1950) y *Los días de Cipriano Castro* (1955). La historia de San Pedro Claver todavía presenta zonas oscuras que no podían ser reconstruidas por los siervos del menudo dato y de la árida papeleta. Pero no se crea que Picón Salas en su fabulación histórica menosprecia lo erudito en el detalle o el indicio perdido en una crónica polvorosa, en una carta o en un relato contemporáneo de la vida del santo. Lo que hizo fue sorprender el ámbito en que se desarrolló la singular existencia del evangelizador catalán y restaurarla en un cuadro de época sencillamente magistral.

“Me he contentado —dice— con que sea mi libro una aproximación emocional y poética más que estrictamente objetiva. Quise, sí, relacionar la acción de Claver con ciertos hechos de historia social a los que de modo muy rápido aludieron sus biógrafos: los años de evangelización entre los indios de Tunja; la manera cómo debieron impresionarle algunos procesos inquisitoriales ventilados con escándalo y violencia por el Tribunal del Santo Oficio de Cartagena; las extrañas supersticiones y causas de brujería que conmovieron en su tiempo a aquella revuelta y muy híbrida sociedad indiana.” (Pág. 11.)





La reconstrucción se inicia con la excelente pintura del mundo hispánico en el instante en que Pedro Claver nace en el pueblecito de Verdú. Eran los días postreros del reinado de Felipe II, emblema severo de la Contrarreforma y del totalitarismo religioso. La Compañía de Jesús atrapó en sus redes misionales al hijo de Pedro Claver y de Ana Sabocana. A los quince años Pedrito parte a Barcelona con su ropa remendada y unos cuantos escudos. Entre latines y sólidas letras sagradas y profanas se disciplina su espíritu y despierta su inteligencia. Estudia en Barcelona, Tarragona y Gerona, pero su vocación definitiva cuaja en el Convento de Montesión, de Mallorca. Allí conoce al maestro de perfecciones que se llamó el padre Alonso Rodríguez, autor de un insuperable tratado ascético. Picón Salas va recreando, con regodeo barroco, adecuado a sus héroes, el ambiente ignaciano y el medio fervoroso en que se determinó el futuro destino de San Pedro Claver.

Sin duda los mejores capítulos del volumen son los destinados a revelar las empresas cartageneras del santo. El hervidero humano del puerto que fue considerado un bastión principalísimo de las Indias, las costumbres abigarradas de sus moradores, la suntuosidad de las fiestas religiosas y civiles, el arribo de los galeones españoles, la codicia de los mercaderes esclavistas, el sufrimiento de los negros y la credulidad supersticiosa de los mestizos, conforman el tapiz prodigioso de tan vívida reconstrucción histórica.

La hagiografía laica tuvo en el ensayista venezolano a un rapsoda ejemplar que a los trescientos años de desaparecido el santo de Cartagena de Indias refunde su imagen traspasándola de emoción lírica y profundidad humana.

Con procedimientos novedosos, gran poder evocador y enorme documentación se trabajó el material narrativo de *Los días de Cipriano Castro* (1955).

Ha sido el libro más discutido de Mariano Picón Salas, pero también mereció el Premio Nacional de Literatura, compartido con el renombrado escritor Arturo Uslar Pietri.

Aquí se trata de criticar los vicios de la organización social presente a través de los defectos orgánicos del régimen político venezolano. Libro saneador de la atmósfera civil, encendido alegato acusador, a pesar de la gran objetividad histórica del cuadro. En la técnica especialísima de *Los días de Cipriano Castro* han entrado diversos elementos: el recorte periodístico de la época, el testimonio de muchos contemporáneos, las novelas de Pío Gil, como *El Cabito*, cartas y memoriales, literatura oficial y oficiosa. Es un panorama crudo y mediocre, en que se malograron grandes esperanzas y se frustraron serias posibilidades. Castro cedió el terreno a Gómez, que extremó la violencia y el rigor en una interminable dictadura. Picón Salas ha combinado lo novelesco, por medio de finos rasgos satíricos y psicológicos, con un estudio de las condiciones políticas, económicas y sociales de ese lapso opaco y desmoralizador.

Defendiendo su intención histórica y su teoría del arte narrativo, el escritor estampó los siguientes y esclarecedores conceptos: “Como todas las Historias que se escriben sobre nuestro pasado inmediato, ésta encierra un largo caudal de energía perdida, de frustraciones y derrotas. El país todavía se agitaba en el más irracional crecimiento caótico. La Razón y la Cultura no planifican aún el desarrollo equilibrado de la nación. Los caudillos encarnan —llámense Castro, Rolando o el Mocho Hernández— vagos mitos colectivos. Se actúa más por impulso mágico que por deliberación lógica. Las cabezas más iluminadas de entonces prefieren hacer discursos, negocios o trapacerías leguleyas. Cipriano Castro no es más culpable que los que le asesoran y le sirven. Pero si este cuadro de la nación de hace medio siglo, que he excavado de colecciones de periódicos y recuerdos y anécdotas de viejos, dista mucho de ser edificante, acaso ofrezca el efecto catártico de todas las tragedias. También se



escribe Historia con la Utopía de mejorar los tiempos y liberarse, a la vez, de muchos materiales y formas muertas que arrastra el pasado”.

En la mayoría de las grandes evocaciones de Mariano Picón Salas, desde *Odisea de tierra firme* hasta *Los tratos de la noche* (1955), surge una especie de antihéroe criollo: el caudillo bárbaro. Es la imagen negativa del instinto hecho poder, del salaz Cipriano Castro, del ávido Juan Vicente Gómez, de los coroneles y generales que imponen la ley de la espada. Con los diversos elementos dispuestos por la fantasía reanimadora del novelista doblado en ensayista, se puede fácilmente descomponer toda la evolución política venezolana. También presenta el escritor, en agudo contrapunto, a sus protagonistas civiles, como Riolid, que abandona su patria en *Odisea de tierra firme*, después del estéril fracaso del general Cachete 'e Plata, y Alfonso Segovia en *Los tratos de la noche*, residuo de un mundo distante, pero también individuo moderno que refleja la crisis colectiva de su país en la propia.

Entonces se podría arribar con facilidad a la conclusión de que Picón Salas ha querido retratar a la sociedad en que vive, pero no por capricho de virtuosismo literario, sino con propósitos de trascender la realidad y juzgarla a la luz de un pensamiento atrevido y analítico.

La vida de Picón Salas ha sido rica últimamente en acontecimientos intelectuales que apagan sus actuaciones breves en la diplomacia o en algún cargo público. En 1947, casi junto con su nombramiento de embajador en Colombia, fue elegido miembro correspondiente de la Academia Venezolana de la Historia. Ocupó su sinecura diplomática con gran dignidad y prestancia. Lo hallé en Bogotá en los aciagos días del denominado "bogotazo", estallido revolucionario sin directiva que provocó enormes daños en la propiedad y ensanchó el abismo de las diferencias políticas y sociales. Se desempeñaba con gran tacto y frecuentaban su confor-



table residencia en Chapinero los principales escritores nacionales de todas las ideologías, desde Gilberto Alzate Avendaño hasta Antonio García y Gerardo Molina. Mariano Picón Salas era una especie de embajador ideal, un prototipo de una utopía diplomática que apenas hemos visto realizada en personalidades como Carlos Lozano, Alfonso Reyes o Gonzalo Zaldumbide. Dejó el cargo sin pena ni gloria en 1948, a pocos meses del reventón revolucionario, y se le despidió en un banquete inolvidable al que asistieron personas de la calidad y distinción de Fabio Lozano y Lozano, Roberto García Peña y Eduardo Zalamea Borda.

Lo volví a encontrar el mismo año en Panamá, donde contrajo matrimonio por poder con su actual esposa, Beatriz Otáñez, y nuevamente en México, en 1949, cuando sustentaba una cátedra en el Colegio de México. En 1950 residió en Nueva York, y poco después, en 1952, editó uno de sus mejores volúmenes de ensayos, con el título de *Gusto de México*. Ahí añade la interpretación cultural y artística del país azteca a un atinado y justo conocimiento de sus gentes, costumbres y paisajes. La prosa del escritor ha ganado en agilidad, en galanura y en riqueza. Posee ahora un poder metafórico excepcional, un vivísimo sentido del detalle y un sesgo moderno nutrido por un idioma americanista que no ignora ningún matiz de los profusos regionalismos que constituyen el mosaico idiomático del continente. Así como antes interpretó el rumbo histórico de Chile, frecuentando a sus escritores y escrutando su existencia recóndita, ahora presentó un genuino retablo de la maravillosa tierra mexicana.

Entre 1952 y 1956, la superación humanística de Picón Salas se revela en nuevos trabajos. Tiene un importante destino en el diario *El Nacional*, de Caracas, cuyo suplemento literario dirige con acierto y gran eclecticismo para elegir sus colaboradores. Así como antes fue el primer Decano de la Facultad de Filosofía y Letras de Caracas, la Universidad le abre las puertas de nuevo y desempeña en su casa de estudios el cargo de profesor de Literatura Venezolana y de Literatura Hispanoamericana.





En 1953 se publican en opulenta edición sus *Obras selectas*, que reúnen sus principales producciones. En 1954 da a luz su sintético estudio *La pintura en Venezuela*, que consolida su reputación de hondo conocedor de la historia del arte y de la estética. En 1955, junto con su novela *Los tratos de la noche*, de viva proyección sociológica, se difunde su ensayo histórico *Los días de Cipriano Castro*.

Ese mismo año se imprime la segunda edición aumentada de uno de sus mejores trabajos de exégesis histórica y social, *Comprensión de Venezuela*, de gran jerarquía estilística. Por fin, en 1955 también se distribuye su último enfoque crítico y ensayístico de la realidad venezolana, con el rótulo de *Crisis, cambio, tradición (Ensayos sobre la forma de nuestra cultura)*.

El universalismo mental de Picón Salas, que revelan sus *Ensayos Escogidos*, hace difícil resumir su prolijo pensamiento y ubicarlo en nuestro tiempo. Sigue, en cierto modo, una vertiente de moralismo que también aparece en otros ensayistas de la hora presente, como Jorge Mañach en Cuba, Jorge Basadre en el Perú, Martínez Estrada en la Argentina y Hernando Téllez en Colombia, por no citar más que a los correspondientes a su directiva cultural.

Lo dramático de Picón Salas es que, lo mismo que Arturo Uslar Pietri, contemporáneo suyo, no ha podido intervenir con eficacia en los rumbos equívocos de la vida venezolana. La acción le ha sido restada por el rudo determinismo de los hechos precipitados por una sucesión de acontecimientos fatalistas y empujados ciegamente por la adversidad. El mismo ha planteado la misión del intelectual en un sutilísimo ensayo que inserta en su libro *Europa-América (Preguntas a la Esfinge de la Cultura)* (México, 1947) :

Al escritor o al pensador le corresponde la grave —y a veces desagradable— función de ser como el guardagujas de la Historia. De su pupila para ver el peligro y encender la señal en la profunda noche depende,

en parte, el derrotero del tren expreso. El político acude, a veces, al recinto del intelectual a pedirle palabras, lemas, conceptos, que aunque en la boca de aquél son más bulliciosos, se suelen agotar con los aplausos del último discurso durante la elección o el comicio. Esto plantea otra cuestión demasiado compleja para ser absuelta en este ensayo vlandero: lo que yo llamaría cautela del intelectual que, sin defraudar la fe del pueblo, necesita defender en cualquier época y bajo cualquier régimen su derecho al disenso. Táctica es una palabra de gran empleo moderno y que a veces sirve para escudar el silencio ante la verdad. “Hay que callar por táctica”, “No conviene a la táctica”. Si tales mitos se generalizaran, si una moral universal no superara los intereses del grupo, sí que estaría en grave peligro la cultura humana.

Lo que cabe de heroico en el oficio de pensar y escribir es que el verdadero escritor —que siente que la palabra no se le dio como juguete personal, sino como medio para comunicarse con los demás hombres y hacer más habitable el mundo— no renuncie a esa militancia y continua rectificación de la vida que llamaríamos (para llamarla de algún modo) con la desacreditada palabra “progreso”. Queda bien claro que esta palabra, que indica la peripecia del hombre en la continua conquista del mundo, no es sólo la acumulación de datos y experiencias; la infinita línea recta con que soñó el racionalismo de los días de la Ilustración, sino la permanente posibilidad de reconocer los errores y los fracasos; de enmendar el plan de batalla.

Hay culturas que mueren —como la romana de los últimos días del paganismo— porque carecieron de decisión para mirar los hechos nuevos, porque cerradas en el prejuicio escolar y el trabajo formalista de una tradición que les parecía eterna, no advirtieron que al lado suyo inmensas multitudes estaban clamando y sintiendo de diferente manera (*Profecía de la palabra*, págs. 240-241).

Pocas mentes continentales encierran una potencia esclarecedora como la de Picón Salas. En sus novelas y ensayos, en sus crónicas y esquemas interpretativos de la realidad social e histórica, se confunden la seducción del estilo primoroso y la austeridad del pensamiento. Pero, en ningún caso, se trata de un dogmático, de un moralista sin horizonte o un pedantesco pedagogo, sino de un individuo de matices y contrastes que se detiene ante las formas oscuras y caóticas del medio que halla por delante, con el amplio propósito de descifrarlo. Desde un punto de vista más



somero se puede estimar que la genialidad de Picón Salas prolifica en lo eminentemente ensayístico y su ensayismo es producto de una heroica vocación.

Permanentemente vibra su interés al confrontar lo complejo del mundo criollo y su distanciamiento de lo humanístico. Pocos de sus compañeros de generación han tenido la suerte de alcanzarlo en la proyección americanista de sus visiones, en el sosegado análisis de las cosas, en sus dotes de artista equilibrado, que lo mismo define el barroquismo mexicano, la pintura mestiza del Cuzco, la impronta andina en la historia venezolana, el modernismo rioplatense, el gigantismo técnico de los Estados Unidos, la gravedad trágica de Diego Rivera o el hechizo luminoso de Reverón.

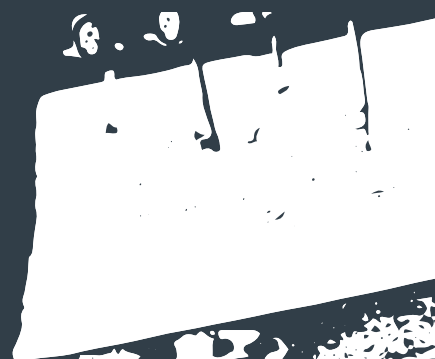
Tal ha sido el programa trazado por Mariano Picón Salas desde que descubrió su temprana vocación: la búsqueda de Venezuela primero, y, en seguida, la persecución del rostro huidizo de América, de lo que alguien denominó “la esfinge mestiza”. Pero todo esto no habría tenido sentido si el artista de la frase, el seguro dominador del idioma, no lo hubiera encapsulado en seguras pautas culturales, en un recio caparazón de pensamiento. Por el amor de América y de lo nuestro arribó a su gran amor a las normas y las formas culturales del mundo, de lo europeo y de lo criollo, de lo americano, de ambas Américas, como se comprueba en Europa-América, uno de sus más sólidos estudios.

También, como ha dicho Arturo Mijares, el escritor venezolano se ha lanzado a la busca del alma y de los que perdieron el alma. En sus apasionantes coloquios, saturados de ritmo y de colorido, los lectores de *Ensayos escogidos* encontrarán un universo lleno de disonancias, pero iluminado por el foco penetrante de una sensibilidad desusada, que no rehúye el diálogo con el invisible oyente y lo guía con mano sabia por una selva de oposiciones y anacronismo políticos y sociales. La gracia, la alacridad, el meollo espiritual, son algunas coordinadas virtudes que hacen de la lectura de Picón Salas un insustituible halago y un fino ejercicio.





LOS MALOS
SALVAJES (1962)



Fernando Durán Villareal

LOS MALOS SALVAJES DE MARIANO PICÓN SALAS¹

¿Qué es un salvaje? ¿Es un hombre que aún no se libera de su sumisión esclavizante a un mundo elemental o, acaso, el que deliberada y voluntariamente regresa a la primitiva caverna de la cual había ya salido? ¿Es, en otras palabras, el individuo dominado por el instinto, de cuyo senos aún no consigue emerger, o el que renuncia a su libertad y torna a colocarse el mismo las cadenas?

He aquí, revisada bajo diferentes matices, la gran pregunta que se formula en este libro de Mariano Picón Salas. Con un caudal serio y hondo de cultura, una ordenación armoniosa y límpida de ideas y un estilo que se pliega ondulante y flexible al ritmo del pensamiento, nos introduce en el tema y nos pone frente a una de las mayores interrogaciones contemporáneas.

Hay, sin duda, los buenos y los malos salvajes. Los buenos son, y huelga la respuesta, los salvajes por necesidad, que se hallan sumergidos en un estado de primitivismo equivalente a la total desnudez de civilización y cultura. Por esas mentes y esas vidas no ha cruzado una sola vía de afinamiento y de perfección, de modo que yacen en una como infancia indefensa, aunque, no escasa vez, agresiva. Rousseau fue uno de los últimos defensores de la condición primitiva del hombre, y su nostalgia de

1 *El Mercurio* (Santiago de Chile), 3-3-1963, p. 13.



la vida elemental, a la que la civilización no ha dañado en su bondad entrañada y decisiva, resuena a través de toda la literatura romántica. Chateaubriand confirió a este tema una vibración evangélica y profundamente lírica, imprimiéndole el acento y la penetración que hasta ahora perduran.

Pero en este “salvajismo” literario el hombre es considerado esencialmente bueno, generoso, movido por impulsos límpidos y cordiales. Todo el siglo XVIII aspira, cansado de sostener sobre sus espaldas una cultura muerta y sin vitalidad, a un regreso a las fuentes de la naturaleza. El soplo pastoril que hincha la poesía y exalta la pintura de aquella época, yendo hasta golpear a la puerta de la filosofía, no es otra cosa que la fatiga lanzada en busca del rejuvenecimiento. Hay, por tanto, una fe candorosa y conmovedora en la solidez de la bondad humana, oscurecida por la acumulación de las deformaciones civilizadas.

Pero desde entonces, acá las cosas han cambiado. La trayectoria del hombre refinado que quiso regresar al primitivismo ha conducido a la hirsutez de un salvaje culto. Es decir, del que, poseyendo todos los medios y los instrumentos de que dota una cultura, los emplea en la destrucción de sí mismo y del mundo en que habita. Si Rousseau regresara a la tierra, vería que el salvajismo que ahora se busca no es, como tan certeramente apunta Picón Salas, “para recuperar la inocencia adánica o edénica que perdimos, sino para entregarnos a lo absurdo y retrogradar a lo infrahumano las normas de la vida”. Y de ello tenemos las pruebas a millares, tanto en las formas políticas —recuérdense los procedimientos refinadamente técnicos pero bárbaramente inhumanos para destruir al semejante— como en las artísticas y literarias. La implantación de lo irracional como substancia y norma de la vida invade nuestro tiempo y su irrupción se siente en la creación estética como en la organización social.

Ciertas formas de existencialismo, como la sartriana, con su centralización de la existencia del hombre en una inmensa



náusea, es ultrasintomática. El individuo contemporáneo se siente en la condición más angustiada y desesperada: está solo y se halla rodeado de semejantes. Su soledad contiene un yo frágil y amenazado, y la comunidad, por ausencia de valores y emociones fraternales, lo ahoga y lo enajena. Ni Sartre ni Kafka, y mucho menos un Genet, un Beckett y un Ionesco, serían explicables si en la raíz del existir no se hubiera alojado una visión del mundo en que el asco y la repulsión constituyen el más decisivo de los supuestos o datos previos.

Por eso también en la excursión ideológica y cultural a que nos invita Picón Salas, resalta el señalamiento de lo demoníaco en nuestro tiempo y del imperio de la mentira sobre nuestro ámbito social. No solamente la verdad, que es el enfrentamiento cara a cara con la realidad, ha desaparecido, sino que los sistemas propagandísticos invaden el pensamiento, la política y todos los campos de acción humana, para expulsarla definitivamente y obturar todos los resquicios por donde pueda volver a penetrar. El hombre no debe pensar sino obedecer y, por tanto, se ha organizado un mundo en el cual, desde la consigna política hasta el aviso propagandístico, lo inducen y arrastran a que deje de usar ese impalpable órgano de visión que se llama la inteligencia. La mentira es un sistema de moderación de la mente y su maquinaria tritura a todo el que trate de detenerla. El caso de Elio Vittorini, el escritor comunista italiano, que como Koestler, Silone, Richard Wright y tantos otros, sintió la imposibilidad de sobrevivir dentro del comunismo por su mecanización de la mentira hecha consigna, sirve a Picón Salas para ilustrar este fenómeno. Y es que la verdad es una experiencia personal, una respuesta que el espíritu da a las cosas contestándoles con un eco visivo y desinteresado. La consigna política totalitaria es incompatible con ella. Negada la persona, queda proscrita toda respuesta individual, y la mentira oficializada pasa constituir la única verdad, aunque se contradiga así misma minuto a minuto.



No todo en el libro de Picón Salas es sombrío o azorante. El autor cree demasiado en el espíritu y en los valores trascendentes para entregarse a un pensamiento sin remedio. Comprueba los abismos de terror y de envilecimiento por cuyos bordes caminamos, pero posee una onda fe en el hombre, y sus páginas la respiran y la exhalan cordial y esperanzadamente.

Allí están esos dos capítulos finales, “América Latina: vecindad y frontera” y “Dirección: Punto Omega” para corroborar que, bajo la angustia actual corren fuertes vertientes de iluminación y de confianza.

América Latina sirve al autor para puntualizar la distinción indispensable entre su desarrollo y cultura, entre estado económico y nivel espiritual.

El tema, que daría y debe dar para un comentario específico, es apasionante y de grandes proyecciones. América Latina es europea por origen y por orientación de su mente y de su alma, y en ella se dio la más sorprendente fusión de lo autóctono e indígena con la cultura europea, transmitida y vivificada por la impronta española. Por lo mismo, al hablar de retrasos materiales no puede involucrarse en la misma calificación a nuestro hemisferio y al África o ciertos sectores de Asia, que necesitan ser elevados tanto en lo físico como en lo intelectual y moral. Y esta convulsa y desconcertante América tiene elementos riquísimos que permiten y prometen un porvenir certero, acentuando esa intercomunicación, que la constituye en vecina y fronteriza con Europa, y a la cual debe su nacimiento y necesita seguir debiendo su futura ascensión.

Pero acaso las páginas mejores y más henchidas de emoción intelectual son las que cierran la obra y trazan una silueta admirativa del padre Teilhard de Chardin. El sacerdote con honda vena mística y el geólogo y científico de prestigio universal aparecen aquí estrechamente unidos en la búsqueda de un sentido



cósmico, de un dinamismo terrestre que parte del mineral y se eleva, en delicada espiral, hasta el hombre y hasta Dios. “Para esta nueva teología —puntualiza Mariano Picón Salas—, si así puede decirse, el cielo no está tan separado de la tierra, ni la trascendencia de la inmanencia, y el hombre es colaborador de Dios. Se le dio la tierra y debe ordenarla y gobernarla. Todavía no sabemos cuántos secretos y fuerzas ha de extraer de la vida y de la materia. Quizás no ha aprendido a conocer todo lo que contiene el mundo y cuánto desprenderá de sí mismo. Adán no ha hecho el inventario del jardín del edén. La historia de nuestro pasado solo es prólogo e indicio de un destino cósmico”. Así, el libro entero implica una aventura, un crucero hábil y agudo a través de nuestros días, que parte del deliberado y buscado retorno a la negación y al salvajismo para ir desplegándose en una ascensional esperanza hacia la integración del cosmos y del hombre en la realización de éste y en la comunión en una tarea en que tanto la materia como el espíritu tienen que colaborar.

Cuando ello suceda, y el hombre siempre vive en el anhelo de sucederse, los “malos salvajes” podrán haberse transformado en “sencillos y diáfanos cultos”. Porque de la misma manera que Aldous Huxley pone en boca de uno de sus personajes la definición de ciertos humanos ejemplares modernos, como “salvajes perfumados”, necesitamos reconocer que hay una pureza fundamental, a la cual siempre es posible volver, en que el perfume se desprende de un espíritu capaz de nobleza y de abnegación.





PROSAS
SIN FINALIDAD (2010)

CRISTIAN ÁLVAREZ

CICATRICES CHILENAS EN MARIANO PICÓN SALAS ¹

“Hay en mi alma cicatrices chilenas que se ahondan junto a las cicatrices venezolanas”, escribe Mariano Picón Salas en *Regreso de tres mundos* (1959). Estas precisas líneas que muestran un testimonio de amor y gratitud por Chile, el país que fue su hogar entre 1923 y 1935, donde completó su formación académica y afinó el sentido y forma de su escritura, también corresponden con exactitud a las “marcas” de sus preocupaciones, de los temas de sus ensayos y narraciones, así como de las intuiciones atinadas acerca de los problemas y rutas de Hispanoamérica que se revelarán después con mayor elegancia, densidad y alcance en su obra literaria. Así, aquellos primeros intentos de comprensión y expresión presentes en los esbozos de sus textos chilenos asomarán justamente los atisbos de lo que muy pronto caracterizará su lúcido pensamiento que funde vida, saber e indagación de la inteligencia, junto a su constante preocupación por el destino y la cultura hispanoamericana —“intensa y extensa a la vez” como en otro momento señala— y la incesante búsqueda personal de plenitud en el gesto de comprender y atender. Y ello encarnado en una prosa que, al decantarse con la depuración y con lo que

1 Estas líneas constituyen el prólogo del libro *Prosas sin finalidad (1923-1944)* de Mariano Picón Salas, conjunto de ensayos compilados por Delia Picón Salas, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010, pp. 3-12.





luego llamaría “pasión de expresar lo concreto”, además de ser rica en el decir, nos va iluminando con el sabor, ritmo y color que descubrimos con el recorrido de nuestra lectura.

Picón Salas nos habla de *cicatrices* cuando rememora en un capítulo especial de su autobiografía intelectual la juvenil experiencia de indagación y exploración existencial en el país austral, esos decididos y entusiastas pasos iniciales de su vocación como escritor y educador, o como lo que él llamará posteriormente con una mayor conciencia de su destino y del tiempo contradictorio y expectante que le tocó vivir: “esa primordial profesión de llamarse venezolano”. Para el autor merideño, ser venezolano —y singularmente un intelectual venezolano durante los dos primeros tercios del siglo XX— se definía como una “profesión diversificada e inconcebible para cualquier europeo o norteamericano aislado en su robinsónico islote especialista”, según concluye en “Pequeña confesión a la sordina”. Consistía para él en una lealtad consigo mismo y con las necesidades y la vivencia de la tierra patria que se expresaba en el concreto e insoslayable compartir los hallazgos de sus reflexiones, las cuales buscaban siempre apuntar hacia la construcción de la convivencia y el bienestar, meta de la cultura.

Pero quiero volver al sentido de aquellas cicatrices anímicas de su estancia en Chile que han dejado también sus huellas en los textos chilenos anteriores a 1933. Trasladémonos brevemente a lo que escribe sobre sí mismo y sobre las visiones de su búsqueda durante aquellos días chilenos en su personal *Libro de notas*. La fecha es 5 de junio de 1930:

Continúo con casi 11 años de distancia estas notas empezadas en Caracas (1919). Tengo ahora 29 años. Daré a estas notas más bien forma de Diario. No creo, como en mi adolescencia, en el efecto ético de aquellas notitas. Tal vez estoy en Chile por exceso de Ética (para América se entiende). Me siento en Chile naturalmente mejor que en la Venezuela de Gómez. Tal vez no salga de Chile. Soy pedagogo y escritor y quizás con una urgencia más trágica que la de 1919 aún continúo buscándolo.

me. Estas notas tendrán muy poca biografía porque en mi literatura he puesto y pongo mucho de lo que he vivido. Sigo con mis planes adolescentes y ni la pobreza ni unos estudios universitarios que tomé demasiado en serio, han logrado enfriarme los sesos.²

Aunque se percibe claramente el carácter de “notas”, llama la atención el trazo sintético de sus experiencias que a la vez van como prefigurando las preocupaciones, temas y motivos de lo que será su vida y de aquello que se expresará en su obra posterior. Así, cuando escribe “planes adolescentes” que no han logrado desvanecer la experiencia en la escasez económica, ni la apertura, la disciplina y el esclarecimiento de su formación universitaria, no se refiere a veleidades de un pensamiento que se tornó intenso por el afloramiento de emociones de una edad juvenil o efusiones ilusas de un carácter inquieto, sino a la afirmación de una vocación en la que se logra identificar certezas y aspiraciones que configuran un destino. Precisamente en 1955, en el recuerdo de los instantes vitales de sus “Días chilenos”, aludirá a esa construcción en su juventud de un futuro que se ve como posible en la medida de la aspiración y sueños: “¡A los veinte años creemos que el mundo puede rehacerse y configurarse a la altura de nuestros deseos!” Por ello resulta curiosa la expresión “efecto ético de aquellas notitas”, la intención de unos apuntes de la que por supuesto trata de precaverse para evitar cualquier tentación por la simplificación de alguna visión limitada y momentánea. Sin embargo, sí insiste en que dudas, interrogantes e indagaciones alimentan ese camino que él denomina búsqueda ética, un peregrinaje que va extendiéndose a un ámbito geográfico mayor y que va revelando ciertas constantes. ¿Cuáles podrían ser esas líneas de búsqueda ética que ya se bosquejan en sus “planes adolescentes”? Dos décadas después, en una evocación de su adolescencia —que luego desembocará en una aguda reflexión sobre los problemas de la civilización contemporánea—, parece describir algunas de las líneas cuando viaja a través de la memoria a sus años como

2 Citado por Guillermo Sucre en “Cronología”. Mariano Picón Salas. *Viejos y nuevos mundos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho (Nº 101), 1983, p. 642.





estudiante del bachillerato en las aulas del Colegio de Valera. En alusión a la lectura del *Juan Cristóbal* de Romain Rolland que por aquel entonces circulaba entre sus condiscípulos, comenta cómo en aquella adolescencia, “suma multánime de ritmos, fragancias, intuiciones y rumores”, los que como él habían nacido con algo de vida interior iniciaban la intensa inquietud del alma interrogante del muchacho que desea ingresar en el mundo de los hombres. Nos cuenta sobre él mismo en aquel momento de exploración juvenil:

... comenzábamos a preguntarnos para qué habíamos venido al mundo, compartíamos la angustia tempranamente agónica de aquel personaje que desde su sueño musical y poético quiere enfrentarse a la sociedad y combatir por la justicia y la belleza (“Coloquio en Valera”, 1953).

Y es precisamente el binomio *justicia y belleza*, casi un *leitmotiv* que veremos aparecer en distintos textos a lo largo de su vida³, el que quizás determine los contornos de su búsqueda: dos ideales que muestran la aspiración individual de contemplación de las formas y su integridad luminosa, y la necesaria armonía y equidad que son bases para la concordia y convivencia humanas. En su ideal, belleza y justicia se tocan como fundamentos integradores de la cultura, y ello lo vemos desde el mismo comienzo de su andar intelectual. Así, en *Regreso de tres mundos* recordará el año 1920 con la pregunta sobre su hacer futuro durante la dictadura de Juan Vicente Gómez: “¿Y nosotros, los jóvenes, que en esa salida de la adolescencia habíamos soñado con la belleza, qué íbamos a hacer por la inmediata justicia?” La pregunta toca lo hondo y apenas abre caminos para iniciar la andadura en el intento de bosquejar las respuestas.

3 Así, de pasada, se podrían distinguir, además del anterior, no menos de cinco lugares con diferentes fechas: “Eternos símbolos de España” (*Europa-América*, 1946), “Adolescencia” y “El año 1920” (capítulos I y III de *Regreso de tres mundos*, 1959), “Hora y deshora” (1963), y aun uno de especial significación como legado: “Prólogo al Instituto Nacional de Cultura”, fechado el 30 de diciembre de 1964, apenas dos días antes de su encuentro con la muerte.

Como sabemos, en un sentido amplio, la ética no solo integra los valores que determinan nuestro proceder, sino que también guía nuestras acciones. Pero si bien esta idea sobre la ética puede explicar una generalidad, lamentablemente también es cierto que con frecuencia parece construir excusas o quizás una argumentación satisfecha de sí misma. Pues, aunque con la ética genuina se trata de conciliar en la conciencia la libertad y la fidelidad hacia una senda tras la construcción más elevada del ser —una tarea no siempre fácil—, muchas veces, por una visión egoísta y torpe, en forma limitada y complaciente, simplificamos y aun adulteramos esa solitaria búsqueda interior que entraña lo ético, y así tendemos a circunscribirla a la exclusiva inclinación individual y a la conveniencia. ¿Cómo enfrentar esta tentación? Creo que la aparición de dudas e interrogantes, al modo como las introduce nuestro autor, más bien nos conduce a un sentido más alto de la ética que aspira acercar lo ideal a la realidad, y de esta forma podemos comenzar a apreciar aquellos valores, que intuimos dentro de la esfera más íntima y propia, como los que se potencian en virtudes por el ejercicio de la voluntad a fin de buscar permanentemente la plenitud humana, acaso una idea verdadera del hombre. De ahí que lo que Picón Salas llama en su *Diario* “exceso de Ética” para América, y en lo particular para Venezuela, es una petición que lo llevará a Chile en las búsquedas de su errancia y continuará con “urgencia” en su llamado insistente para delinear los senderos que elige y que también lo escogen. Su afirmación como “pedagogo y escritor”, según sus propias palabras, se convertirá en el oficio —su “primordial profesión” como venezolano— en el que verá la concreción de la ruta de peregrinaje:

La idea de estudiar Pedagogía en Historia —escribe acerca de sus años chilenos en *Regreso de tres mundos*— acaso enrumbaba por un camino útil mi nostalgia de desposeído, o convertía mi insuficiencia en deseo de servir a los demás, no solo a través de una obra literaria presuntuosa o narcisista, sino como modesta tarea del que se pone a dialogar con un grupo de muchachos y a comunicarles lo que aprendió. Contribuir





a suscitar vocaciones, ser testigo de las almas que despiertan, ayudarles al entretenido viaje de Anacarsis o de Telémaco a través de las comarcas famosas o de los grandes mitos del destino humano. Era llegar un poco más allá que en el oficio del escritor, porque nada tiene tanta fuerza carismática como la palabra o el ejemplo directo (...) Tanto como escribir he amado mi profesión de maestro, aquellos estudios universitarios que me llevaban en el primer autobús de la mañana junto a obreros y menestrales, o el más tardío oficio nocturno de corregir cuadernos de alumnos en los que —entre el convencionalismo de las obligadas frases— despunta el asombro del adolescente ante el Universo.

La vocación de servir está presente en las dos facetas de su oficio, con la intención de compartir y abrir o señalar caminos que puedan aproximar a la iluminación de las conciencias y acaso a la construcción de un mejor mundo. Hay quizás también en su especial opción como profesor “con cariño por su cátedra” — en Historia, en Literatura, en Arte— una como invitación a los estudiantes para que puedan sentarse en la singular mesa de la clase y así comenzar una sabrosa plática con la que aspira que sean partícipes en el acto de interrogar e interrogarse, en el inicio de exploraciones, en la “dicha de entender” —para decirlo borgeanamente— y en la alegría de hallazgos, cuyas sorpresas a su vez puedan provocar nuevas salidas de indagación. Y en el oficio de escritor, con esta conciencia de humano servicio que impregna en su ética, su trabajo tratará de acendrase con parecidos motivos que se originan en el saber de que la literatura no solo es expresión individual, sino participación de vida que alcanza al lector.

Sin embargo, como señala en “Pequeña confesión a la sordina”, en el entusiasmo de manifestar los iniciales descubrimientos y en la ilusión algo fatua de la personal excepcionalidad, “a los veinte años la literatura puede confundirse con una invitación a lo artificioso”, y de esta forma el propio Picón Salas observará, con la serenidad y el sentido modesto de la madurez, aunque también quizás con extrema exigencia, cómo sus primeros intentos de escritura serán un tanto verbosos y acaso pedantes, razón por la cual no los incluirá en sus *Obras selectas*

cuya primera edición es de 1953. “Mis páginas de los veinte y los treinta años estaban casi todas escritas en primera persona”, confiesa, y con ello apunta lo que debía depurar en su escritura para concentrarse mejor en la lucidez de una mirada personal más diáfana que con la conciencia de la subjetividad busca descubrir para comprender, e ir dejando de lado, como lastre estorboso, la individualidad que se envanece. Y como corroboración de que sus juveniles trabajos perseguían abrir el particular camino y aun hallar el lugar más acorde en el mundo, en sus textos se registraba ese intenso vaivén del ímpetu que intenta conocer y explorar temas diversos, y que en el ritmo de su prosa de aquellos años abarcarían desde lo “conceptual”, con “una orgullosa concepción del universo” que lo llevarían a elaborar ensayos “spenglerianos”, hasta el escape “a lo puramente sensorial y estético”, con el fin de seguir un trazo singularmente pictórico en sus primeras narraciones; sobre ellas, más tarde también nos dirá Don Mariano con humilde sinceridad: “hay más paisaje y naturaleza muerta que coherencia realista”. Esta conciencia crítica de Picón Salas sobre su propio quehacer que busca templar sus acciones, desea colocar las cosas en su sitio y estar tras la inacabable senda de perfeccionamiento que exige trabajo y meditación, podemos ver que ya se encontraba presente en sus escritos de 1930. Así, con algo más de experiencia y en el análisis exigente de su obra literaria, no se deja nublar por el ímpetu juvenil en las solicitudes de los cambios que, aunque necesarios y urgentes particularmente en lo social y político, apenas alcanzan a expresarse en la adjetivación osada y en el entusiasta ardor veinteañero, tal vez sin posibilidad de concreción alguna. “Menos oradores de asamblea y más hombres documentados y reflexivos —escribe en una carta publicada en el primer número de la revista *Índice*, de la cual fue director-fundador—. Creo que así se sirve mejor a nuestras tierras nuevas y a nuestro propio destino, que con la retórica espumosa de nuestros ya ausentes veinte años.”

Mas no nos detengamos en las autocríticas rigurosas que realiza Picón Salas a su obra de juventud y veamos qué nos cuenta





y qué podemos encontrar en las líneas de los textos que escribió durante su estancia chilena. Como él mismo dice, en su literatura ha puesto mucho de lo que ha vivido. ¿Qué impresiones vitales de aquellos años perduraron en los recuerdos de nuestro autor que se traslucen en las páginas de su escritura? “Horas de estudio, de reflexión, de rebeldía ante la injusticia; de pasión de saber y de expresar, pasan por el cuadrante de la memoria”, escribe en *Regreso de tres mundos* sobre ese extenso trance existencial que vivió en Chile. Y añade: “Moré en todos los barrios, viví todas las vidas, conocí la inquietud, la pena o el goce”. También dirá cómo, al mismo tiempo, en su formación estudiantil chilena aprendería con paciencia a ordenar las ideas para encauzar las intuiciones e iluminaciones de su “instinto revuelto de hombre tropical” a fin de elaborar con precisión las interpretaciones certeras dirigidas tanto a la realidad y su variada problemática, como a sus estudios históricos especialmente.

Pero al comentar sobre su vocación como “escritor nómada” y su peregrinaje que lo lleva al país sureño, Picón Salas realiza un fugaz recuento en su “Pequeña confesión” sobre las particularidades de aquellos años que indudablemente signaron el pensar y el hacer de las juventudes que cultivaban su intelectualidad en Suramérica. De esta forma nos habla acerca de esa condición singular del ser hispanoamericano, la “instintiva errancia del hombre criollo, la continua aventura de argonautas que debemos cumplir aun para esclarecer nuestras propias realidades”. Y así, en la peculiar, compleja y paradójica vida de nuestro continente, relata cómo “el carácter tan desgarrado de la época” —con las revoluciones europeas y sus efectos impredecibles en los regímenes de los distintos países; con las revueltas civiles mexicanas y sus ideales de reivindicación del indio y de reforma agraria, pero asimismo con su tragedia y su leyenda; con los movimientos estudiantiles de renovación universitaria en Argentina, Chile y Perú, que también, en ideal solidario, se vinculaban a “la emergencia agresiva de sindicatos y organizaciones obreras con su reclamo de derechos sociales”— marcó a los escritores de su

generación en esa aventura de la acción y del intelecto a la que se lanzaban para trazar su camino y su personal definición; “los que —como expresa con sus palabras— concluíamos la adolescencia hacia 1920”:

En un venezolano de mi promoción literaria se juntaban el natural instinto de rebeldía contra la bárbara dictadura de un Juan Vicente Gómez y aquella desenfrenada corriente de ideas y nuevos credos políticos que estaba esparciendo el mundo de la primera postguerra (...) Y todo eso nos alborotó en los años mozos con el ímpetu de quien quiere bogar en el embravecido mar de la época. ¡Cuántos manifiestos y planes para la radical reforma del mundo escribimos entonces! ¡Qué alegre y caliente bullicio en aquella Federación de Estudiantes de Chile, donde los hispanoamericanos de todas partes nos confundíamos con los chilenos en el ansia de hablar y remecer al Continente entero! Si como escritores o aprendices de escritores en un tiempo peculiarísimo nos interesaba la Poesía, la Historia, los clásicos, las formas más explosivas del arte moderno, leíamos también obras políticas; estábamos creyendo —con demasiado ardor— que avanzábamos súbitamente al umbral esplendorosos de una nueva humanidad. Acaso desde que cayó Roma y se expandió el cristianismo no se había presenciado en el horizonte histórico una crisis o una aurora parecida. Que llamáramos, contradictoriamente, “crisis” o “aurora” lo que estaba ocurriendo, dependía entonces de la excitación juvenil o del último libro leído.

Los rasgos del retrato espiritual de estas líneas que recoge su “Pequeña confesión” corresponden a la variada vivencia durante aquella etapa chilena que abarca algo más de una docena de años hasta 1935. “Avidez cultural y sensibilidad social”; ansias de aprender (“Nunca he leído más que en aquellos años en que fui empleado de la Biblioteca Nacional de Chile y pasaban por mis manos —para clasificarlas— obras de la más varia categoría”, recuerda); deseos de comprender en el examen y discusión de los diversos problemas y sus circunstancias: todo aquello alimentaba sus “impulsos” y quizás los de sus compañeros de generación, con la ilusión de construir una sociedad nueva, y que en su perspectiva personal se inspiraba en la realización consciente de las potencialidades de la cultura de nuestros países como carácter, expresión



y forma de un vivir que aspira a un bienestar más pleno, acaso a una mayor felicidad. Este ideal, con su *leitmotiv* de justicia y belleza, conforma el signo de labor y esperanza que impregna su obra de entonces y anticipa también la visión de su tarea futura.

*

No deja de ser interesante el leer al Picón Salas joven desde la obra consolidada del escritor maduro. De modo inevitable, aquellas páginas que inicialmente constituyeron textos de revistas que recogían el asomarse al mundo de la literatura y del pensamiento por parte de un joven intelectual con aspiraciones a escritor, al reunirse varias de ellas por primera vez en un volumen, y luego de muchos años de la publicación de sus libros más importantes y señeros, pueden verse ahora con la mirada atenta que desea hallar claves y constantes que contribuyan al estudio y dilucidación de la obra completa del autor. De hecho, la compilación en sí misma entraña este objetivo. Pero ¿no sería también deseable que pudiéramos llegar a leerlas con una intención menos prevenida para así intentar acompañar al escritor en el asombro y gusto de sus exploraciones juveniles, percibiendo las intuiciones llenas de tino y aun reconociendo en ocasiones un natural titubeo de algunos de los primeros pasos de su aventura literaria? Su hija Delia, quien con amor y devotamente reunió todo este material, también expresó su aspiración a que la lectura de estos textos desconocidos para muchos pudiera no solo propiciar el estudio, sino ser asimismo oportunidad de deleite.

Creo que la escritura de Picón Salas puede invitarnos a compartir simultáneamente el sabor de las dos perspectivas. En el iluminador prólogo que reúne la selección de la obra del autor publicada por la Biblioteca Ayacucho bajo el título *Viejos y nuevos mundos*, Guillermo Sucre llamará la atención sobre un sentido que ofrece la “suerte de empalmes a larga distancia en el tiempo” entre los apuntes de imágenes e ideas de ciertos textos del joven Picón Salas y su reaparición en las acertadas visiones y luminosos



ensayos que escribiré años y hasta décadas después. Aquellas anotaciones conforman —escribe Sucre— “imágenes incipientes que luego, al reiterarse, se amplían, se hacen más nítidas y alcanzan como un punto de visualización total”. Y agrega: “¿no es esto lo que podemos llamar destino de una obra?” Es vista de esta forma que la obra no se percibiría exclusivamente como un *antes* y un *después*, como si tan solo siguiera estadios diferenciados de “evolución”. En la confrontación y contacto de ciertas imágenes e ideas iniciales con su vuelta a aparecer en la reescritura más afinada de otros textos ulteriores, la obra puede apreciarse como un todo orgánico donde las constantes que se distinguen en él se van articulando y arrojando luces mutuas en un proceso de decantación, como si aquellas imágenes e ideas hubieran estado en germinación para luego encontrar más tarde su tono justo y su expresión precisa en el acompasamiento del ritmo verbal de la prosa, lo que solo comprendemos cuando la obra se ha completado y podemos establecer las relaciones apropiadas que dibujan su destino. Acaso estamos hablando de un modo de lectura que, además de dirigirse al texto de un ensayo o de una narración y su decir, trata de apreciar la gestación y la función de un pensamiento que se nutre de vida y se despliega en una obra mayor. Buscamos así observar “su funcionamiento” que se activa en la relectura, en la concreción de las imágenes y en la escritura que lo hace posible. Se intenta, pues, gustar los textos de por sí y, a la vez, las resonancias que nos llevan a dialogar con las imágenes y reflexiones de la obra completa de don Mariano.

Con lo anterior en mente, pienso en el acertado título que escogió Delia Picón para la compilación de este nuevo volumen, *Prosas sin finalidad*: no solo resulta exacto en el tiempo en que se escribieron sus líneas al corresponder coherentemente a la decisión del autor de no incluirlas en sus *Obras selectas*, sino que, con un guiño, también adquiriría un sentido sugerente cuando nos convoca simultáneamente tanto al momento de la composición de sus textos, como a una invitación, quizás un poco traviesa y también retadora, para ir más allá de aquella ausencia





de finalidad inicial y atrevernos a detectar otra finalidad menos evidente, pero que con el leer puede revelarse y hacerse más rica en la visión del “funcionamiento” de la obra completa a través de ese juego de entretejer y dialogar de imágenes, que se descubre en aquello que tendrá ecos posteriores en una forma más exacta y acabada.

¿Qué podemos encontrar en las *Prosas sin finalidad* de Mariano Picón Salas? Cicatrices chilenas y también venezolanas, con los impactos de las vivencias de aquellos años veinte e inicios de los treinta del siglo pasado; el *leitmotiv* ético que funde viejos anhelos y la fidelidad en la vocación que orienta búsquedas en la escritura; ganas de contar historias imaginarias y familiares que se entroncan con la Historia patria, y al mismo tiempo esclarecedoras meditaciones llenas de sutileza sobre los temas de nuestra historia y nuestra cultura; indagaciones acerca del papel del intelectual y ensayos en los que analiza con perspicacia la realidad cultural, social y política en Hispanoamérica; comentarios sobre la obra literaria y el pensamiento de diversos autores; reseñas y críticas de libros... En fin, una gran variedad de materias y formas de escritura que el autor merideño continuará cultivando durante su vida.

Podemos ver así las versiones de algunos de los capítulos que integrarán luego sus primeros libros de narraciones publicados antes de 1935 —*Mundo Imaginario*, *Odisea de Tierra Firme* y *Registro de huéspedes*— y en los que se distinguen los interrogantes e inquietudes del joven en el comienzo de su camino literario, indicios de dudas y búsquedas que tendrán su reflejo en las páginas que dedica a la adolescencia en *Regreso de tres mundos*. Pero también leemos en ellos relatos y personajes que parecen surgir del entorno familiar de su Mérida natal y de “la inmensa y diseminada Venezuela” como dirá después; de los cuentos que quizás escuchaba de niño cuando se internaba en el escritorio del abuelo en su novela autobiográfica *Viaje al amanecer* de 1943. “Porque tengo las orejas muy finas y después pienso y relaciono

todo lo que escucho”, nos dice con la voz infantil del protagonista de este hermoso libro, puede uno imaginar aquellas historias de oídas en voz baja que parecen reelaborarse en los episodios que aquí se recogen. Y de esta forma acudimos en la lectura a las vicisitudes y leyendas de singulares personajes pueblerinos, o a la “vida, años y pasión del trópico” en las aventuras de veteranos de las guerras del candente siglo XIX venezolano, con sus anécdotas curiosas, su actitud viril, su andar desalado y errante, como en la narración que se refiere especialmente a su tío abuelo, el coronel Riolid, quien “después de haber llegado hasta Perú en las campañas de Bolívar, regresó a vivir y morir en Mérida”. Mas la evocación imaginaria que retrata la vida se acompaña a la vez de sus reflexiones sobre ese tiempo agitado por caudillos y revoluciones, donde observa con detenimiento la psicología de nuestros pueblos, el carácter y signos de sus gentes que enfrentan la ventura para construir su destino, y cuya interpretación histórica veremos más adelante en las síntesis vivaces de algunos de sus ensayos de *Suma de Venezuela* de 1966, como “La aventura venezolana” y “Compresión de Venezuela”, e incluso en algunas de las secciones de la biografía *Los días de Cipriano Castro* (1953).

Picón Salas también realiza interesantes meditaciones en torno a la problemática cultural hispanoamericana y asimismo sobre la visión de la literatura venezolana, sobre la que estaba admirablemente al día, a pesar de las distancias geográficas que lo separaban de su querido terruño. En 1924, apenas en el segundo año de su estancia chilena, traza de modo sorprendente un panorama histórico acerca de nuestras letras en el que incluso alude a autores que justo en ese momento se inician o están en vías de publicar sus libros más importantes. Al parecer, estas líneas formarán parte de los primeros apuntes que lo guiarán a escribir *Formación y proceso de la literatura venezolana* que saldrá al público en 1940.

Más llamativas aún creo que resultan aquellas páginas en las que desarrolla su concepción del estudio de la Historia, en





la que su atención se dirige a la forma de vida de los hombres y mujeres en un tiempo y en un espacio geográfico, a la mentalidad de una época, al pensar y al hacer cotidiano y también a las creencias, los temores y los anhelos, esto es, a la cultura, particularmente del período colonial de la América Hispánica. “Bajo la Historia oficial, un tanto hipócrita, que se nos expresa en documentos públicos (...) corre otra historia, la verdadera historia del pueblo”, señala en uno de sus artículos, y con ello parece seguir a aquello que Miguel de Unamuno llamaba la *intra-historia*, en la que, a través de las crónicas y testimonios, del arte y otras expresiones, de las costumbres y aun de la moda en el vestir, de mitos y fábulas, de todo lo que integra la tradición — que para el pensador español es en verdad la *sustancia* interna de la historia—, pueden revelarse elementos más propios de la cultura que caracteriza un conjunto de personas que habita un lugar, una región o un país. Con una perspectiva histórica que lo lleva a comparar la Colonia con aspectos relevantes de la vida medieval europea, el escritor venezolano percibe aspectos y características esenciales de la cultura y del ser hispanoamericano en la que se destaca la elaboración de una serie de cinco ensayos que publica para *Atenea* en 1932: “Los últimos hombres feudales”, “Vida en una ciudad indiana”, “El Eros hispanoamericano”, “La mentalidad colonial” y “El hibridismo religioso”. La intuición penetrante de estos textos de historia cultural, en su intención de comprender nuestro pasado, sin duda se acercan al de su ya clásico libro *De la Conquista a la Independencia* (primera edición: 1944), donde Picón Salas ofrecerá de “manera sintética” “la imagen más nítida (...) del proceso de formación del alma criolla”. Asimismo, rasgos de su forma de acercarse a la historia que se aprecia en estos y otros ensayos del presente volumen, se verá concretada en una proposición de nuevos métodos para la historiografía en Venezuela que expondrá en su discurso de incorporación a la Academia Nacional de la Historia en 1947, *Rumbo y problemática de nuestra historia*.

Finalmente, en *Prosas sin finalidad* podemos hallar una constante especial presente en la actitud general, pero también en ocasiones de forma manifiesta, que nos muestra la posición de Picón Salas como intelectual en coherencia con el *leitmotiv* que describí al comienzo de este prólogo: su búsqueda de comprender y esclarecer, para compartir fielmente su anhelo de construcción de una sociedad mejor en la permanente defensa de la conciencia libre. Habría que añadir que ello mismo se apreciará en otras interesantes páginas posteriores a 1935 pero que también alcanzaron a publicarse en Chile y con las cuales se completa esta compilación: cinco ensayos, cuatro de los cuales fueron incluidos en los libros sobre sus impresiones y meditaciones sobre Europa y Norteamérica; un artículo especial en el que recuerda sus “Días chilenos”; y una serie de entrevistas y declaraciones del escritor cuando visitó el país sureño en 1962 para participar en el Coloquio *Imagen de América Latina* y como profesor visitante de la escuela de verano de la Universidad de Concepción. En estas últimas líneas nos habla acerca de su propia obra en perspectiva y sobre algunos problemas de la civilización contemporánea, tanto en Europa como en nuestro continente.

Con *Prosas sin finalidad* nos queda, pues, la deuda de gratitud a Delia por su inapreciable regalo póstumo, fruto de una devoción y de su trabajo fiel y dedicado que estoy seguro encuentra sintonía con la labor generosa de su padre; ella, como hija, procuró siempre compartir y propiciar la necesaria divulgación de la obra y aportes luminosos de quien fuera uno de nuestros más grandes escritores. Al final de “Pequeña confesión a la sordina”, Picón Salas hacía una hermosa ofrenda a su país en la que su obra y su intención de comprender se presentaba como otro de sus servicios. Creo que esas mismas palabras se ajustan a la delicada personalidad y sincera entrega de Delia o, como a Don Mariano le gustaba llamarla cariñosamente por la alegría de su nacimiento en un día de Navidad, Pascualita: “no nos basta el arte tan solo, porque aspiramos a compartir la múltiple responsabilidad de haber vivido”.



Ioannis Antzus Ramos

American University in Dubai

MARIANO PICON SALAS EN CHILE. PROYECTO POLÍTICO Y CULTURAL (1923-1935)⁴



Mariano Picón Salas (Venezuela, 1901-1965) emigró con su padre a Chile en 1923 debido a la ruina de la hacienda familiar y a la difícil situación política que se vivía en Venezuela bajo la dictadura de Juan Vicente Gómez (1909-1935). El ensayista residió en Chile durante doce años y en ese tiempo completó su formación académica, publicó sus primeros ensayos y novelas importantes, y participó activamente en la vida intelectual. Esta prolongada estadía en el país austral dejó en él una huella indeleble y es evidente que influyó tanto en sus escritos publicados en ese momento como en toda su obra posterior. Sin embargo, este periodo de su obra ha pasado prácticamente desapercibido para la crítica. El objetivo del presente artículo es estudiar el ideario político y cultural que el joven Picón Salas planteó en sus ensayos escritos en Chile entre 1923 y 1935⁵.

4 *Monteaquedo* (Murcia), 3ª época, núm. 23, 2018, pp. 145-167.

5 Durante su estadía en Chile, Mariano Picón Salas publicó los siguientes libros: *Mundo Imaginario* (1927), «Hispanoamérica, posición Crítica» (1931), *Odisea de Tierra Firme* (1931), «Problemas y Métodos de la Historia del Arte» (1933), *Imágenes de Chile (Vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX)* (1933), *Registro de Huéspedes* (1934), e *Intuición de Chile y otros Ensayos en Busca de una Conciencia Histórica*. (1935). Además, editó numerosos artículos en las revistas *Atenea*, *Letras*, *Revista Chilena* e *Índice*, muchos de los cuales fueron compilados por su hija en el valioso volumen *Prosas sin finalidad (1923-1944)*. En el presente artículo nos referimos sobre todo a los ensayos recogidos en esta compilación y a los incluidos en *Intuición de Chile*.

La década que coincide con la estancia de Mariano Picón Salas en Chile fue, a decir de Patrick Barr-Melej, “la más turbulenta en la historia de Chile entre la guerra civil de 1891 y los años sesenta”⁶ y se caracterizó por la inestabilidad y los continuos cambios de gobierno. El propio Picón Salas en varios de los textos que publicó durante su estadía en el país austral se mostraba consciente de que estaba viviendo un periodo de grandes cambios a nivel nacional y continental. Así, por ejemplo, en el artículo “Literatura y actitud americana” (1930), nuestro escritor ponía de manifiesto que Hispanoamérica se encontraba inmerso en un proceso de transformación:

lo que es posible ya afirmar siguiendo el ritmo de la hora histórica es que revolución (no una determinada revolución por un “ismo” determinado, ya que las circunstancias nacionales son diferentes), sino revolución en cuanto expresa cambio, firme despertar de las conciencias nacionales y actitud vigilante, y americanidad que enraíza en la tierra y se sumerge en la voluntad plástica del medio americano, serán dos rumbos indeclinables de la presente y la próxima hora continental.⁷

Igualmente, en “El intelectual y la humana discordia” (1934) Picón Salas reiteraba que “la América Latina de estos años está viviendo un proceso revolucionario.”⁸ Estos comentarios de Picón se explican porque Chile estaba inmerso en un cambio de régimen. Es decir, que la nación austral estaba sufriendo en estos años un “proceso de reacomodo social”, pues en ella se estaba fraguando un nuevo “equilibrio de poder en la fase de aparición

6 Patrick Barr-Melej, *Reforming Chile. Cultural Politics, Nationalism and the Rise of the Middle Class*, The University of North Carolina Press, 2001, pág. 106. Traducción mía.

7 Mariano Picón Salas, “Literatura y actitud americana”, en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010, pág. 137.

8 Mariano Picón Salas, “El intelectual y la humana discordia”, en *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Santiago, Nascimento, 1935, págs. 113-114.



de nuevos sectores sociales.”⁹ En efecto, en el primer cuarto del siglo XX se había hecho evidente que el régimen parlamentario, dirigido por la oligarquía, no podía dar respuestas a los problemas que amenazaban a la sociedad chilena. Esto motivó constantes huelgas y movilizaciones que se canalizaron inicialmente con las esperanzas puestas en el primer gobierno de Arturo Alessandri (1920-1925). Sin embargo, pronto se hizo evidente que la transformación del viejo orden político en uno nuevo iba a necesitar bastante más que un programa de gobierno.

La obra juvenil de Picón Salas se escribió en un contexto en que era posible replantear la forma de concebir la política y la cultura chilenas e hispanoamericanas. Más en concreto, el pensamiento de nuestro autor durante este lapso debe entenderse como parte del intento de las nuevas clases medias por construir una “hegemonía” cultural¹⁰ alternativa a la de la oligarquía. El objetivo de estas clases en ascenso era replantear lo sensible en base a su cosmovisión para naturalizar así su propio liderazgo. En un proceso que había ido ganando peso desde principios del siglo XX, los intelectuales pertenecientes a estos grupos se consideraron a sí mismos los auténticos intérpretes de la naciona-

9 Miguel Ángel Campos, “Mariano Picón Salas y el petróleo recelado”, en *Vigencia de Mariano Picón Salas*, Mérida, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2001, pág. 58.

10 Tomamos el concepto de Antonio Gramsci, quien caracterizó el “momento” político de la hegemonía como ese en que “se llega a la conciencia de que los mismos intereses corporativos propios, en su desarrollo actual y futuro, superan el ambiente corporativo, de grupo meramente económico, y pueden y deben convertirse en los intereses de otros grupos subordinados. Esta es la fase más estrictamente política, la cual indica el paso claro de la estructura a la esfera de las superestructuras complejas [...], determinando además de la unidad de los fines económicos y políticos, también la unidad intelectual y moral, planteando que todas las cuestiones en torno a las cuales hierve la lucha no ya en un plano corporativo sino en un plano “universal”, y creando así la hegemonía de un grupo social fundamental sobre una serie de grupos subordinados.” (Antonio Gramsci, “Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerzas”, en *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004, págs. 414-415). Como queda claro por la cita, entendemos “clase social” no como un concepto económico sino cultural.



lidad y, a través de la escritura literaria y de la educación pública, trataron de imponer su proyecto de reforma de la política y de la sociedad. Nuestro autor actuó como un “intelectual orgánico”¹¹ de estos colectivos sociales en ascenso, y contribuyó con su escritura al proyecto político-cultural de estos grupos, estrechamente vinculado al proceso de modernización capitalista del país. A grandes rasgos, la intención de estas clases era llevar a cabo reformas de manera cauta y proyectar una visión más incluyente de la nación que les sirviera para legitimar su propio poder político y social. A partir de este contexto vamos a ver cómo el joven Picón Salas propuso un proyecto político y cultural para Chile y por extensión para Hispanoamérica. Primero vamos a ver cómo analizó el marasmo político que percibía a su alrededor y cómo trató de construir un nuevo modelo para la vida en común. Después analizaremos su proyecto cultural centrándonos asimismo en su interpretación de la crisis y en la propuesta de soluciones. Evidentemente los planteamientos políticos y culturales del autor están vinculados entre sí ya que ambos son parte de una misma ordenación de lo real o, como diría Rancière, de un mismo “reparto de lo sensible.”¹²

LA CRÍTICA DE LA SITUACIÓN POLÍTICA

Picón Salas pensaba que la crisis política que se vivía en el Chile de los años veinte se debía a la incapacidad de las clases

11 Antonio Gramsci define así esta noción: “Todo grupo social, como nace en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea al mismo tiempo y orgánicamente una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y consciencia de su propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y político: el empresario capitalista crea consigo mismo el técnico industrial, el científico de la economía política, el organizador de una nueva cultura, de un nuevo derecho, etc.” (Antonio Gramsci, “La formación de los intelectuales”, en *Antología, op. cit.*, pág. 389)

12 Jacques Rancière, *El reparto de lo sensible. Estética y política*, Santiago, Lom, 2009, págs. 10-11.





dominantes para refundar el contrato social de acuerdo a las condiciones históricas del presente. En su análisis, las élites chilenas y, por extensión, las hispanoamericanas, se habían mostrado ajenas a la realidad telúrica y social del continente y ese descuido, unido a su carácter conservador, las había hecho vulnerables a la penetración del capitalismo extranjero. Como dice nuestro autor:

este proceso revolucionario [el que se estaba viviendo, según Picón, en esos años] no está partiendo solamente del empuje de las masas, de la agitación de estos pueblos secularmente pacientes, sino en grado principalísimo del carácter arcaico, anti-moderno, feudal, de nuestras clases dominadoras. Ellas, más que por la presión de las masas, se están desbaratando porque no saben resistir a la estrategia y los métodos del capitalismo invasor, porque su concepción del mundo, sus medios técnicos, los vicios sociales los desarmen ante quienes vienen mejor equipados. La hora les ordena elegir entre el Imperialismo y la Revolución. Naturalmente que se deciden por el Imperialismo. A la sombra del capital extranjero, siervos y esclavos de él —porque serían incapaces de crear un poder económico propio— esperan mantener sus últimos privilegios. Toda aristocracia mujeriega se apoya en un poder imperialista.¹³

Para Picón, las élites hispanoamericanas mantenían actitudes feudales y pre-modernas y, al ser incapaces de adaptarse al presente, dependían del capital foráneo. Además, esta incapacidad de las clases dominantes para actualizarse históricamente y para establecer una relación necesaria con la propia realidad habría dificultado la modernización adecuada del continente. Como afirmaba Picón Salas: “la pereza y el carácter antimoderno, antieconómico de las altas clases americanas” ha impedido que en América Latina se desarrolle “la Democracia y la empresa económica moderna” y ello ha determinado que sigan viviendo “en la América Latina aristocrática” “dos mundos sin comunicación ni contacto: aristocracia y pueblo, dominadores y dominados.”¹⁴

13 Mariano Picón Salas, “Prólogo de un libro chileno de Domingo Melfi”, en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 370.

14 Mariano Picón Salas, “Economía colonial. Dos mundos”, en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, págs. 363-364.

Aparte de mantener actitudes arcaicas y de someterse al capitalismo foráneo, Picón Salas pensaba que las élites del continente habían sido incapaces de crear un estilo histórico propio: “son las nuestras, burguesías que mueren sin haber animado una sola fuerza espiritual. [...] en nuestra América la burguesía engordó con los desperdicios de Europa, en la incapacidad de crear un nuevo estilo histórico; fue una clase desarraigada y extranjerizante que se mantuvo extraña a la verdadera agitación, al ritmo propio de la tierra.”¹⁵ Y esta separación entre los grupos dominantes y la propia circunstancia habría impedido la puesta en marcha de un proyecto político y cultural a largo plazo. Por eso nuestro autor denunciaba que

en la confusión de las luchas y el materialismo de los intereses, se pierde la visión histórica, el derrotero y la aspiración final. Se vive como de paso, como aquellos primeros pobladores de Temuco que levantaban sus quinchos de coligue para guarecerse en el primer invierno. Falta de fines, la Política, como la Educación y la Economía, da trastazos y vive de impresiones. La vida colectiva es oscilante, hecha de histéricos entusiasmos y desfallecientes caídas. Cuando no, todo yace en lo puramente vegetativo, inmediato, en el mundo sin historia. Desde el discurso del político, hasta las cuartillas del periodista local, todo es sensacionalismo del instante, pasajera impresión, olvido de los fines.¹⁶

En la opinión de Picón Salas el régimen oligárquico presentaba varios defectos que era preciso corregir o superar. Según él, la crisis política y social se debía fundamentalmente a tres factores. En primer lugar, las clases dominantes habían vivido ajenas al contexto histórico y social y se habían sometido, para mantener sus privilegios, al capital internacional. En segundo lugar, estas clases habían mantenido la división social del continente entre las élites y las masas, lo que habría impedido la creación de un orden civil y el progreso económico y social.

15 *Ibíd.*, pág. 371.

16 Mariano Picón Salas, “Cautín, sur de Chile”, en *Intuición de Chile... op. cit.*, págs. 48-49.



En tercer lugar, no se habrían preocupado de definir proyectos políticos y culturales a largo plazo.

HACIA UN NUEVO ORDEN POLÍTICO

Ante la crisis política y social que percibía en su entorno, Picón Salas se impuso la labor de construir un orden nuevo. En varios textos escritos en Chile, el autor venezolano comparaba el momento histórico que estaba viviendo con otros periodos de grandes transformaciones en los que se había venido abajo un sistema político y espiritual y era preciso construir otro nuevo. En el ensayo “Nuevas notas sobre un viejo tema histórico. La caída de Roma y la civilización antigua” (1925), Picón Salas establecía paralelos entre su época y el fin de la civilización romana. En ese escrito se refería, característicamente, a un tiempo en que “como en nuestra edad, fenecían regímenes sociales y políticos, y los hombres, confundidos y desconcertados, buscaban entre las ruinas de las antiguas creencias una nueva fe, un nuevo principio de vida.”¹⁷

Ante la situación de decadencia e indefinición, Picón Salas se concibió a sí mismo como el constructor de un nuevo sistema¹⁸. Desde su punto de vista, la desconexión entre las clases

17 Mariano Picón Salas, “Nuevas notas sobre un viejo tema histórico. La caída de Roma y la civilización antigua”, en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 76.

18 En este sentido sus modelos predilectos eran San Agustín y Goethe. Sobre el primero de ellos decía: “Acaso el ejemplo más revelador, y para mí casi monstruoso, del papel del intelectual en la discordia de los hombres, es el [...] de San Agustín, que cuando veía morir la cultura antigua, trazaba el cuadro de un nuevo orden espiritual, esa esperanza en medio de la desolación colectiva que se llamó la ‘Ciudad de Dios.’” (Mariano Picón Salas, “El intelectual y la humana discordia”, en *Intuición de Chile... op. cit.*, pág. 115). Por su parte, el escritor alemán, cuya obra estaba siendo reivindicada en ese momento por intelectuales como Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, era también un ejemplo para nuestro autor en la medida en que consiguió minimizar en su obra y en su pensamiento el impacto que supuso la llegada de la modernidad a principios del siglo XIX. (Mariano Picón Salas, “Presencia de Goethe”, en *Intuición de Chile... op. cit.*, pág. 93)



altas y la propia realidad estaba en el origen de los problemas que impedían el desarrollo del continente. Por eso Picón se propuso restablecer el vínculo social en base a una definición más amplia de lo nacional y articular, en base a esa identidad incluyente, un proyecto político y cultural de largo alcance. Esto suponía incorporar las grandes masas al Estado y dirigir convenientemente esta incorporación para dar lugar a la creación de Estados modernos no fallidos. Frente al descuido con que las oligarquías habían tratado al pueblo, nuestro autor sabía que ya era imposible construir cualquier programa político o cultural sin contar con él. Por eso decía que retomaba el asunto allí donde lo habían dejado los próceres de la Independencia:

Junto al núcleo de las oligarquías, están esperando desde la Independencia su incorporación al Estado y a la plena vida jurídica, las grandes masas de la ciudad y del campo, siervas hasta ahora del latifundismo, la Iglesia o el reciente poder financiero. El esfuerzo revolucionario de ellas completaría lo que quedó trunco en el movimiento de Independencia. Y tomamos el problema donde lo dejaron Bolívar y San Martín, cuando después del fuego jacobino de los años heroicos, las clases oligárquicas iniciaron la contrarrevolución: los hacendados del siglo XIX se convirtieron en poder político, o la voluntad bárbara de los caudillos, engendró nuevos grupos de explotadores.¹⁹

Es evidente que para nuestro autor las masas tenían que estar representadas en el Estado. Además no podía existir una gran distancia entre los gobernantes y los gobernados, pues esa separación estaba en el origen de los males que asolaban al continente. En esta búsqueda del reconocimiento del pueblo en una nueva síntesis social, Picón Salas coincidía con otros letrados hispanoamericanos. A decir de Augusto Mijares, ya el mismo Simón Bolívar se había impuesto este “doble objetivo económico y social: por una parte, abrirle al pueblo el acceso a una vida más productiva y remuneradora; y por la otra, modificar la estructura de una sociedad que, sin clases medias, exhibía en lo más alto

19 Mariano Picón Salas, “Prólogo de un libro chileno de Domingo Melfi”, en *Prosas sin finalidad...op. cit.*, pág. 371.





una oligarquía de propietarios, letrados y funcionarios, y no tenía debajo sino un pueblo ignorante, miserable y pasivo.”²⁰ Y José Martí había planteado igualmente que la población indígena o negra no era simplemente “un elemento decorativo del pasado” y que la existencia de estas civilizaciones no podría “separarse de la vida presente y futura” de los pueblos de América²¹. También dos políticos jóvenes y contemporáneos de Picón Salas, Víctor Raúl Haya de la Torre y Rómulo Betancourt, habían propuesto la necesidad de que las masas estuvieran representadas políticamente. El líder peruano había establecido que su partido político, el APRA, fundado en 1924, representaba a todos aquellos grupos desdeñados por el capitalismo extranjero y por las élites locales²². En consonancia con esta idea, Haya definía el APRA como un frente multclasista de trabajadores manuales e intelectuales unidos por su oposición al orden feudal-imperialista. De la misma manera, Rómulo Betancourt en el “Plan de Barranquilla” (1931) denunciaba el hecho de que “hasta ahora no ha tenido Venezuela en su ciclo de república ningún hombre cerca de la masa, ningún político identificado con las necesidades e ideales de la multitud. Las apetencias populares han buscado en vano quienes las interpreten honradamente y honradamente pidan para ellas beligerancia.”²³ Ante la unión tradicional de caudillos y latifundistas, y ante su connivencia con los intereses del capitalismo extranjero, el joven político venezolano proponía transformar completamente “la estructura jurídica y social” para elevar “el nivel político y

20 Augusto Mijares, “Bolívar como político y reformador social”, Prólogo a Simón Bolívar, *Doctrina del libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, pág. XIV.

21 Juan Marinello, “Fuentes y raíces del pensamiento de José Martí”, en José Martí, *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985, pág. XV.

22 Víctor Raúl Haya de la Torre, *El Antiimperialismo y el APRA*, Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2010, pág. 42.

23 Rómulo Betancourt: “Plan de Barranquilla”, en German Carrera Damas, *Emergencia de un líder. Rómulo Betancourt y el Plan de Barranquilla*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1994, pág. 88.

social de las masas.”²⁴ Para él, como también para Picón Salas y Haya de la Torre, el imperialismo, el poder de la oligarquía y la mala situación del pueblo eran tres problemas interrelacionados que había que resolver con premura.

A la vez que proponía la necesidad de representar políticamente a las masas, Picón consideraba imprescindible establecer una síntesis entre los diferentes grupos sociales y entre las diversas posiciones políticas. Su ideal por eso era el término medio frente a los extremismos políticos y sociales. Y así como rechazaba una sociedad polarizada entre las élites y el pueblo, se apartaba de cualquier posición radical. Por eso indicaba que frente a las posturas del reaccionario y del revolucionario, él prefería “la coyuntura de una tercera y más justa posición, la del que busca una perspectiva y anhela extraer del fugitivo instante la más permanente enseñanza.”²⁵ En base a este término medio que para él era sinónimo de lo verdadero y de lo universal, Picón Salas pensaba que era preciso articular una identidad cultural que animase el presente y anticipase el porvenir. Por eso, si bien reconocía la necesidad de reformar las leyes sociales y el nivel económico, para él lo prioritario era crear un orden cultural que hiciera a los países hispanoamericanos dueños de su propio destino y les permitiera convertirse en Estados modernos y soberanos. El pueblo chileno no necesitaba solo mejoras sociales sino, sobre todo, un proyecto colectivo justo y adaptado a las circunstancias reales del país:

El problema no es puramente económico: es también espiritual. Chile, el país aislado, de nervios fríos que en el pasado siglo pudo crear un nacionalismo fuerte, ahora está sin rumbo. Germinan sectas extrañas, se pelea por pequeñas cuestiones de doctrina, quedan empantanados los partidos y los grupos en el bache de las abstracciones. Falta a todos la gran idea que transforme no sólo las condiciones de la vida material

24 *Ibíd.*, pág. 89.

25 Mariano Picón Salas, “El intelectual y la humana discordia”, en *Intuición de Chile...op. cit.*, pág. 115.



o el cerebro pensante de los ideólogos, sino que haga brotar en alegría, decisión, heroísmo, las obturadas fuentes de la vida colectiva.²⁶

|Las naciones hispanoamericanas no podían seguir mostrando una distancia tan amplia entre las élites y el pueblo. Era necesario por tanto refundar la relación entre gobernantes y gobernados y, en base a ese nuevo contrato social, liderado ahora por la clase media, había que proyectar una idea de la nación que funcionara a largo plazo. Estos dos puntos centrales eran precisamente los que Picón destacaba en su interpretación de la Revolución Rusa. En el texto titulado “Sugerencias rusas” (1933) nuestro ensayista indicaba que la Revolución Soviética no había triunfado por seguir la doctrina marxista, sino en la medida en que fue capaz de asimilar “las realidades, aspiraciones, el antes inexpresado destino del mundo eslavo.” Frente a las clases altas rusas de finales del XIX y principios del XX que, al igual que las hispanoamericanas, vivían de espaldas al pueblo y carecían de cualquier sentido nacional, “el oportunismo leninista consistió precisamente en eso: en salvar valerosamente la distancia entre la teoría y la realidad, en hablar en el momento preciso el lenguaje que ya bullía, buscando su acento, en la boca innumerable del pueblo.”²⁷ De esta interpretación nacionalista de la Revolución de 1917, Picón Salas extraía las siguientes consecuencias para Hispanoamérica:

Pudiéramos de todo esto [...] recoger algunas experiencias de uso y aplicación más próxima. Como en la Rusia prerrevolucionaria los pueblos disgregados que forman Hispanoamérica no han podido expresar su voluntad nacional que lucha por abrirse paso entre el juego hostil de los imperialismos que nos subyugan, la inasimilada cultura extranjera, la pereza y el nihilismo de las “élites” y la falta de una disciplina colectiva que emane de una fe, de un destino. Económicamente, como en Rusia, el problema consiste en modernizarse, en industrializarse, pues sólo por medio de la Economía seremos independientes; pero no

26 Mariano Picón Salas: “Intuición de Chile”, en *Prosas sin finalidad...op. cit.*, pág. 26.

27 Mariano Picón Salas: “Sugerencias rusas”, en *Intuición de Chile...op. cit.*, pág. 62.

“modernizarnos” en el sentido superficial en que parecía moderna la “inteligencia” rusa, las pequeñas “élites” políticas o intelectuales de las grandes ciudades, sino arraigando la forma y el progreso europeo en una vasta construcción nacional.²⁸

En la lectura de Picón el éxito de Lenin consistió en representar efectivamente a la nación y en crear un proyecto para la misma. Además, los revolucionarios rusos fueron capaces de expresar la voluntad nacional y de arraigar el progreso europeo en una construcción a largo plazo. Picón Salas pensaba que era necesario, también en Hispanoamérica, unir al pueblo en un nuevo concepto de nación, acabar con la penetración extranjera y con las oligarquías que la favorecían, y poner a las naciones del continente en la senda del progreso económico y político definido por Occidente. En esta concepción de la nación, así como en el ideal de desarrollo propuesto, nuestro autor coincidía de nuevo con Haya de la Torre y con Rómulo Betancourt. Ambos estaban proponiendo en esos mismos años que era necesario seguir con el camino de industrialización que se había iniciado a finales del siglo XIX (aunque ahora este proceso debía ser liderado por los Estados nacionales) y que en él era lícito apropiarse de las innovaciones técnicas de los países metropolitanos.

Establecidas estas ideas de Picón Salas, debemos dejar claro que en su pensamiento la búsqueda de un consenso político no se puede desligar de otros dominios de lo real como la cultura o la estética ya que para él todo constructo histórico tenía un carácter holístico o morfológico. Con esto queremos decir que su posición política era solo un fragmento de la nueva cosmovisión, del nuevo *ethos* que él quería implementar. Es por eso que, más allá de los puntos que acabamos de analizar, la cuestión política no aparece tratada directamente en sus escritos de este periodo. En ellos nuestro autor planteaba que los problemas políticos y sociales del país austral y, por extensión, del continente se tenían que resolver implementando un nuevo concepto de cultura.

28 *Ibíd.*, pág. 62.





Es decir que para nuestro autor la solución a la crisis política y social que se vivía en Chile pasaba por transformar la cultura en su conjunto. Esto es precisamente lo que indicaba en el ensayo “Literatura y actitud americana” (1930):

el deber de toda política no es velar la realidad con bellas frases ni intangibles derechos, sino afrontarla valientemente, prever el porvenir, tener la conciencia y sobre todo el sacrificio que demande la hora. Por ello toda política reclama un contenido cultural que se alce sobre lo transitorio de los hombres y las necesidades, que esclarezca la realidad, integre lo que está disperso y sea capaz de trascender en perspectiva de porvenir y de historia.²⁹

La verdadera política, lo vemos, debía consistir en la implementación de un nuevo paradigma cultural que sería universal, permitiría descubrir lo esencial, crearía consenso y tendría continuidad en el tiempo. Se trataba entonces de lograr que la cultura, concebida en términos esenciales y universales, arraigara en el propio territorio y sentara las bases de un proyecto colectivo. En las páginas que siguen vamos a ver cómo nuestro escritor concebía la cultura del continente y cómo trataba de ordenarla para superar los problemas que advertía en su entorno.

LOS EXCESOS HISPANOAMERICANOS

El joven Picón Salas pensaba que el continente hispanoamericano era un espacio desordenado y anárquico que requería, por tanto, ser ordenado. En muchos momentos de su obra de juventud se aprecian comentarios donde América Latina aparece como un territorio instintivo, informe y desarticulado. En el artículo “El intelectual y la humana discordia”, Picón llamaba al continente “nuestro turbio mundo suramericano” y se refería

29 Mariano Picón Salas, “Literatura y actitud americana”, en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 141.

a él como “estas tierras no bien desbrozadas.”³⁰ En otro ensayo indicaba igualmente que ese territorio vivía todavía en “la turbia y revuelta edad del instinto” y que en él “el odio y la incompreensión proliferan como las lianas de un paisaje virgen.”³¹ Además, para él, tanto los chilenos como los hispanoamericanos tenían como “rasgo psicológico distintivo” “el demonio de la diversidad.”³²

En algunos momentos de su obra escrita en Chile, como vemos, Picón Salas indicaba que Hispanoamérica era un espacio dual, caótico o inarticulado. En otros iba incluso más allá y señalaba que el continente era pura naturaleza y no había accedido todavía a la existencia histórica. En este sentido, el joven ensayista estaba siguiendo lo que habían propuesto tanto Hegel como Ortega. En el texto “Hegel y América” (1928), el pensador español indicaba que el filósofo alemán había alojado a América en la prehistoria, es decir, en la “no-historia”, en la “ante-historia.”³³ Para el pensador germano la historia comienza a existir cuando entra en escena el hombre espiritual, es decir, cuando aparece el Espíritu consciente de sí mismo. Hegel consideraba que América era un espacio natural, carente de evolución, que se estaba simplemente preparando para albergar al Espíritu y acceder efectivamente a la Historia universal. El propio Ortega, siguiendo la interpretación hegeliana, planteaba que el continente era un espacio esencialmente inmaduro o pueril. Por eso afirmaba que “todavía no se puede definir al ser americano, por la sencilla razón de que aún no es... Aún no ha empezado su historia. Vive en la prehistoria de sí mismo.”³⁴ Haciéndose eco de estas opiniones, nuestro autor pensaba que Hispanoamérica era pura naturaleza y puro instinto y que, en consecuencia, estaba privado tanto de una verdadera cultura como de una existencia histórica.

Picón Salas creía que la “fundamental desarmonía” que caracterizaba a América Latina tenía su origen en la conquista llevada a cabo por los españoles. Las ciudades del continente

34 José Ortega y Gasset, *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, Madrid, Alianza editorial, 1981, págs. 172-173.



habían sido fundadas por soldados y hombres de fortuna cuyo instinto no era controlado por la inteligencia. Como indicaba en el ensayo “El Eros hispanoamericano” (1933):

en estas ciudades sin cultura fundadas por soldados y aventureros [...] el Eros no fiscalizado por la inteligencia, prolifera y arraiga como en una selva bravía. [...] De estos instintos elementales se tiñe y se colorea en el medio social incipiente la vida del hombre colonial. Su pasión exacerbada por el medio bárbaro, su pasión que no encuentra formas culturales en que encauzarse, la vemos actuando en todo momento y aun en las cosas que parecen más nimias.³⁵

Esta pasión anárquica propia de los conquistadores dio lugar a un vicio contrario pero complementario: la rigidez típica de la legislación y de la educación coloniales. Como afirmaba Picón en otro texto:

El reverso de la aventurera voluntad conquistadora, la otra cara del dualismo de la Conquista, es el Derecho teórico y la ley ideal que quieren establecer en la tierra nueva, el letrado o el misionero. Infructuosamente contra el destino de codicia y pasión que la tierra impone, se yergue el sermón moral o los dictámenes sutiles del letrado. Ello en la psique colonial deviene en formalismo e hipocresía. [...] La nueva sociedad tiene dos vidas: la que se expresa en los cautelosos párrafos de la escribanía local llena de circunloquios y lentas expresiones, en la carta al rey o a la Audiencia [...], y la que efectivamente ocurrió, liviana de instintos, en el trato y negocio de los hombres.³⁶

De este modo, la vida colonial oscilaba entre dos extremos correspondientes pero irreconciliables: “la existencia se mueve en un dualismo que va de la codicia y los desenfrenados instintos

35 Mariano Picón Salas, “El Eros hispanoamericano”, en *Prosas sin finalidad...op. cit.*, pág. 200.

36 Mariano Picón Salas, “El hibridismo religioso”, en *Prosas sin finalidad...op. cit.*, pág. 224.



del soldado, hasta el mundo retórico e ideal con que suele soñar el fraile.”³⁷

Esta existencia doble e inarmónica que surgió en la Colonia, se perpetuó tras la Independencia. Con el nacimiento de los nuevos Estados, el conflicto entre la pasión y la inteligencia que databa del periodo colonial se convirtió en un conflicto social. Nuestro escritor pensaba que después de la gesta de los Libertadores se habían formado en el continente dos grupos opuestos. Por una parte, los caudillos y las masas rurales (es decir, los elementos conservadores apegados a la tierra y a la tradición colonial) representaban el instinto hispanoamericano. Por la otra, los pequeños núcleos letrados y urbanos, herederos de la tradición liberal que dio lugar a la Independencia, simbolizaban la inteligencia. A este respecto, Picón estaba siguiendo a D. F. Sarmiento, que en su *Facundo* (1845) había establecido que la historia hispanoamericana era un conflicto entre “la civilización europea” de las ciudades y “la barbarie indígena” del campo³⁸. Al igual que el letrado argentino, Picón Salas concebía el siglo XIX hispanoamericano como un largo enfrentamiento entre los sectores progresistas, vinculados a la ideología liberal y humanista, y los elementos reaccionarios que al hacerse con el poder promovieron una verdadera “contrarrevolución” que supuso una vuelta a las formas de vida de la Colonia³⁹. A lo largo del siglo XIX y aún en

37 Mariano Picón Salas, “Los últimos hombres feudales”, en *Prosas sin finalidad... op. cit.*, pág. 200.

38 Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977, pág. 39

39 Al hablar de “contrarrevolución” para explicar el XIX hispanoamericano, Picón Salas se hacía eco de lo que había planteado José Ingenieros en *La evolución de las ideas argentinas* (1918). Esta idea le sirve para enlazar el caudillismo con la colonia. Dice Picón que Ingenieros llama “época de la Restauración” a la de los caudillos surgidos después de la Independencia, suponiendo que en la América del siglo XIX se operó “un proceso —que a pesar de la diversidad del medio social— puede compararse con el de la Europa pos-napoleónica de la misma época. Un retorno a la realidad pre-revolucionaria, una revancha de los intereses afectados con la revolución; la estática colonial que quería imponerse de nuevo ahogando el principal bien efectivo que nos trajera la emancipación: la conciencia



el XX, caudillos como José Antonio Páez o Juan Manuel de Rosas y dictadores como Porfirio Díaz o Juan Vicente Gómez, todos ellos vinculados a la vida rural, se opondrán a la voluntad de los hombres urbanos⁴⁰.

En la opinión de nuestro autor, las masas anárquicas y los hombres autoritarios eran los extremos inarmónicos que la nueva concepción cultural y política del continente debía dejar atrás. En este sentido coincidía con Bolívar, que en la “Carta de Jamaica” (1815) había establecido que “no siéndonos posible lograr entre las repúblicas y monarquías lo más perfecto y acabado, evitemos caer en anarquías demagógicas, o en tiranías monócratas. Busquemos un medio entre extremos opuestos, que nos conducirían a los mismos escollos, a la infelicidad y al deshonor.”⁴¹ También Picón Salas consideraba que era necesario superar tanto la tradición de autoritarismo del continente como las insurrecciones provocadas por el pueblo incontrolado. Desde su punto de vista, ambas eran una expresión del instinto hispanoamericano que no había sido regulado por la inteligencia. La violencia vinculada a las guerras federales y el caudillaje latinoamericano se habían producido (y todavía se producían) porque no había existido ningún tipo de control racional:

La guerra civil ha sido en nuestras democracias un como estado orgiástico, en que el subconsciente colectivo descarga su contenida violencia. El investigador de esa zona aún mal conocida de nuestra psicología colectiva, encuentra después de las revueltas de la época democrática,

cultural, la conciencia política, el nombre anhelo de superar el embotamiento y la inercia de los días coloniales. De aquí se explica esa voluntad de colonia, ese empecinamiento en la no transformación, esa supervivencia de formas coloniales, bajo la estructura republicana, que caracterizó a cierto tipo de caudillos de América como el Dr. Francia o García Moreno.” (Mariano Picón Salas: “Realismo y cultura en Hispanoamérica”, en *Prosas sin finalidad...op. cit.*, pág. 146)

40 Mariano Picón Salas, “Los últimos hombres feudales”, en *Prosas sin finalidad...op. cit.*, pág. 181.

41 Simón Bolívar, “Carta de Jamaica”, en *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976, pág. 81.

en los excesos de las turbas que seguían a Melgarejo y Belzú en Bolivia, en las que victimaron a Alfaro en las calles de Quito, en pleno siglo XX, en los movimientos de los caudillos mexicanos, el rostro excitado de este Eros nuestro, que ni se integra ni armoniza aun en la conciencia vigilante.⁴²

El largo periodo de guerras y caudillaje que había vivido el continente a lo largo del siglo XIX y que todavía tenía secuelas a principios del XX era interpretado por nuestro autor como un momento de transición “entre las bellas leyes con que soñaron los ideólogos de la Independencia y la cruda realidad americana que seguimos viviendo.”⁴³ Con ello, Picón Salas planteaba que su generación debía reasumir y completar la labor emancipadora que los Libertadores se habían propuesto pero que no pudieron concluir. Los excesos y la inarmonía que nuestro autor percibía en el contexto hispanoamericano eran el resultado de una estructura social que se había venido polarizando desde principios del siglo XIX y que en las primeras décadas del siglo XX en Chile se manifestaba con especial dureza. La oligarquía que controlaba la política y la cultura vivía de espaldas a la propia realidad y su saber era superficial en la medida en que no hallaba arraigo en el entorno social o geográfico. El pueblo, por su parte, estaba desplazado de las instituciones estatales y culturales, y se encontraba recluido en los límites de una existencia elemental. Esta dupla se volvía a proyectar en la división entre lo instintivo y lo intelectual, mantenía al país (y al continente) en un estado inarmónico —estado de naturaleza— e impedía la conformación de una cultura firme y estable que hiciera posible una modernización adecuada.

42 Mariano Picón Salas, “El Eros hispanoamericano”, en *Prosas sin finalidad...op. cit.*, pág. 204.

43 Mariano Picón Salas, “Realismo y cultura en Hispanoamérica”, en *Prosas sin finalidad...op. cit.*, pág. 145.



EL NUEVO ORDEN CULTURAL

El hecho de que Picón Salas concibiera que la realidad hispanoamericana era excesiva y vegetaba en un estado natural solo tiene sentido a partir de una comparación un tanto ingenua con el modelo europeo. En efecto, para nuestro autor las naciones del Viejo Continente eran paradigmas de orden y completitud. Por eso, al reseñar una novela de Mariano Latorre, indicaba que aunque este escritor conoce “los métodos de la literatura francesa” “no los considera los más recomendables para un país nuevo como Chile, donde la vida social y los grupos humanos no se presentan al observador en la clara estratificación secular de Francia. *Nuestra vida americana carece de esa fijeza y continuidad.*”⁴⁴ De manera semejante, en otro texto llamaba la atención sobre el dualismo del continente en oposición al orden europeo:

Si pensamos un poco en los contrastes de la vida americana, en el dualismo criollo que representan individuos de realidad tan primaria, tan próximos al *Eros* indiferenciado, como esos caudillos de que antes hablé, e ideólogos sin raíz en su tierra, quiméricos, desorientados, advertiremos esa fundamental desarmonía. *Falta ese nivel medio, que en la cultivada Francia o en la sabia Alemania es precisamente el nivel de cultura.*⁴⁵

Acercarse al modelo ideal que representaban las naciones europeas y alcanzar el “nivel de cultura” implicaba, por un lado, sintetizar los opuestos, es decir, conciliar la oligarquía y el pueblo, la pasión y la inteligencia; por el otro, suponía establecer una relación de continuidad entre el saber y la circunstancia nativa, y entre el ser y el estar⁴⁶. A este doble cometido dedicará sus

44 Mariano Picón Salas, “La literatura de Mariano Latorre”, en *Prosas sin finalidad...* op. cit., pág. 124. Énfasis mío.

45 Mariano Picón Salas, “Literatura y actitud americana”, en *Prosas sin finalidad...op. cit.*, pág. 148. Énfasis mío.

46 A este propósito afirmaba Picón Salas: “[Ser y estar] son los dos primeros verbos históricos. Y en la tensión del *ser* y la fijeza del *estar* (la fuerza del cambio y la fuerza

esfuerzos el joven Picón Salas. Por eso proponía reducir “el tremendo desnivel americano entre el hombre ilustrado, que asume para nosotros el carácter esotérico de un mago en una sociedad primitiva, y el pueblo [...] que está sumido aún en muchos países del continente en oscura e inexpressada vida vegetativa.”⁴⁷ Al mismo tiempo, planteaba la necesidad de que el conocimiento arraigase en la realidad telúrica y social. Ello implicaba transformar “la ilustración” de las élites intelectuales (ahistórica y ajena al propio contexto) en un saber menos abstracto que permitiera establecer una relación necesaria entre las ideas y la circunstancia nativa. De ahí su crítica a la educación latinoamericana que, a juicio de nuestro escritor,

no hizo sino yuxtaponer informaciones sobre pueblos o culturas exóticas que repetimos sin comprender, sin adherirlas a nuestra personalidad. La mayor crítica que merezca la educación vigente en casi todos los países hispanoamericanos es la de ser una educación invertebrada, que se ha ido formando con las sueltas piezas de un museo que nos mandaron de Europa. Con esas piezas de museo superpuestas o flotantes sobre una realidad muy distinta, no hemos hecho la síntesis, la ocupación que reclama toda cultura. A la calidad de la cultura, preferimos la cantidad de la ilustración.⁴⁸

Las formas europeas debían adherirse a la personalidad del continente hispanoamericano, de modo que la cultura de este territorio fuera una variante particular dentro del marco común de la cultura occidental. En este sentido, Picón Salas entroncaba con la gran tradición del pensamiento hispanoamericano cuyo

de la tradición), se sitúa la cultura. La cultura equilibra, pues, las fuerzas externas de cambio o transformación (en la técnica, en la economía, en la vida política) con la personalidad permanente que se revuelve en el fondo del ser histórico. Este equilibrio cultural es el que nos falta. Nuestras crisis de política y de educación son crisis de formas que pugnan por adaptarse a una realidad en que no se ven soldadas ni correspondidas.” (Ibíd., pág. 149)

47 Mariano Picón Salas, “Realismo y cultura en Hispanoamérica”, en *Prosas sin finalidad...op. cit.*, pág.151.

48 Ibíd., pág. 150.



leitmotiv había sido y era precisamente lograr que las formas europeas encarnaran en el medio nativo. Para esta tradición, surgida en el marco universalista de la Ilustración, el cuerpo del continente —que es como decir su naturaleza— debía ser investido por el alma universal, es decir por los valores éticos y culturales esenciales⁴⁹.

49 Ya en Bolívar, uno de las grandes referencias intelectuales de Picón Salas, aparece esta idea. Si bien el Libertador rechazaba cualquier imitación acrítica y señalaba que era necesario adaptar las formas de gobierno a la circunstancia concreta, proponía como modelo la constitución británica y señalaba que “la moral” y “las luces” eran las primeras necesidades de los pueblos americanos tras la Independencia. A este respecto afirmaba: “Tomemos de Atenas su Areópago, y los guardianes de las costumbres y de las leyes; tomemos de Roma sus censores y sus tribunales domésticos; y haciendo una santa alianza de estas instituciones morales, renovemos en el mundo la idea de un pueblo que no se contenta con ser libre y fuerte, sino que quiere ser virtuoso. Tomemos de Esparta sus austeros establecimientos, y formando de estos tres manantiales una fuente de virtud, demos a nuestra República una cuarta potestad cuyo dominio sea la infancia y el corazón de los hombres, el espíritu público, las buenas costumbres y la moral republicana.” (Simón Bolívar, “Discurso de Angostura”, en *Doctrina del Libertador, op. cit.*, pág. 141. Énfasis mío) También el argentino Sarmiento, por su parte, planteaba en *Recuerdos de provincia* (1850) que se debían adquirir las virtudes europeas sin perder el fondo americano. Y esta voluntad se hacía ya evidente asimismo en el *Facundo* (1845), cuando establecía esta distinción: “Mehmet-Alí, dueño de Egipto por los mismos medios que Facundo, se entrega a una rapacidad sin ejemplo aun en la Turquía; constituye el monopolio en todos los ramos, y los explota en su beneficio; pero Mehmet-Alí sale del seno de una nación bárbara, y se eleva hasta desear la civilización europea e injertarla en las venas del pueblo que oprime. Facundo, por el contrario, rechaza todos los medios civilizados que ya son conocidos, los destruye y desmoraliza.” (Domingo Faustino Sarmiento, *Facundo, op. cit.*, pág. 98. Énfasis mío). Esta concepción está presente asimismo en José Martí. El prócer cubano negaba, como Bolívar, la imitación de modelos que no se adaptaban a la propia circunstancia. Sin embargo proponía incorporar o asimilar lo universal a lo americano. “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas”, decía. Y tras criticar el mimetismo servil que siguió a la Independencia proponía: “El genio hubiera estado en hermanar, con la caridad del corazón y con el atrevimiento de los fundadores, la vincha y la toga; en desestancar al indio; en ir haciendo lado al negro suficiente; en ajustar la libertad al cuerpo de los que se alzaron y vencieron por ella.” (José Martí, “Nuestra América”, en *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, pág. 36. Énfasis mío). Más cerca en el tiempo de Picón Salas, esta noción sobre la cultura hispanoamericana se aprecia también en el pensamiento de Pedro Henríquez Ureña y en el de Alfonso Reyes.



Para europeizar la circunstancia americana y lograr que el espíritu universal encarnase en el cuerpo local era necesario, según Picón Salas, armonizar los contrarios éticos y sociales, pero también crear un sustrato cultural para que las ideas europeas pudieran arraigar en la realidad americana. Esto fue precisamente lo que intentó a través de las páginas de la revista *Índice* (1930-1932) que él mismo fundó y dirigió en Santiago de Chile junto a un grupo de jóvenes intelectuales. En el editorial inaugural de la revista Picón Salas planteaba que la cultura era ante todo una relación entre el saber europeo y la propia realidad: “Nuestra acción será, pues, la acción propia de los intelectuales. Y la labor del intelectual crea cultura. Pero la cultura implica la relación con algún medio y este problema de la relación, deben plantearse los escritores de *Índice* para que su labor no nazca muerta o asuma una simple significación decorativa.”⁵⁰ Además, proponía la creación de un “subsuelo cultural” para que las ideas europeas pudieran arraigar en Hispanoamérica:

No es la cultura a que nosotros aspiramos creación de breves días. Los pueblos nuevos sufren la ilusión de pensar que la cultura se puede transportar por pies cúbicos, en el vapor mercante. Nada realizarán los sabios, los artistas o los libros extranjeros que vengan hasta nosotros, si antes no preparamos para que su enseñanza germine, *un subsuelo cultural*. Sin este arraigo en el medio, sin esta adaptación típica [...] las ideas serán entre nosotros sólo pasajeros de tránsito.⁵¹

Siguiendo en esto lo que ya había planteado Henríquez Ureña, nuestro autor pensaba que las ideas y las formas fundamentales de la cultura humana pertenecen a la tradición occidental y que Hispanoamérica tenía el derecho a participar de ella porque carecía de otra tradición alternativa.⁵² Por eso afirmaba en un texto

50 Mariano Picón Salas, “Editorial de *Índice*”, en *Prosas sin finalidad...*, *op. cit.*, pág. 275.

51 *Ibid.*, pág. 276. Énfasis mío.

52 En “El descontento y la promesa” (1928) Henríquez Ureña había afirmado: “Apresurémonos a conceder a los europeizantes todo lo que les pertenece, pero nada más, y a la vez tranquilicemos al criollista. No sólo sería ilusorio el aislamiento





sobre la enseñanza de la Historia del Arte que “en este problema, como en cualquier otro, se repite el peculiar destino de nuestra cultura de pueblos nuevos. Nos sirve el método de la ciencia y la investigación europea como un camino, como una norma, para buscar y descubrir nuestro propio espíritu.”⁵³

El joven Picón Salas consideraba que los patrones armónicos que ofrecía la cultura universal debían ser la base para ordenar el caos del continente americano. Al tomar como modelo el orden que él percibía en Europa, Picón estaba tratando de adaptar al continente hispanoamericano el “reparto de lo sensible” (Rancière) que imperaba, desde su punto de vista, en aquel territorio. En este sentido es evidente que su intención era establecer en América Latina un sistema democrático y liberal semejante al de las naciones europeas más avanzadas, pues para él el concepto mismo de cultura era inseparable de esa forma de ordenamiento jurídico. Era así como él intentaba ya desde sus escritos juveniles (y esto será una constante de toda su obra) sentar las bases de una cultura auténtica para Hispanoamérica que a la vez le servía para legitimar, indirectamente, la hegemonía de las nuevas clases medias. Nuestro autor pensaba que cuando en América Latina se pudiera reproducir la concepción ética, política y estética de las democracias liberales europeas (interpretadas desde Chile como consensos perfectos) desaparecerían de una vez los males políticos, sociales, éticos y estéticos del continente. Para ello era preciso cancelar para siempre la dualidad y los excesos y encontrar la síntesis armónica entre la inteligencia y el instinto, y entre el hombre y la realidad. Para Picón la cultura implicaba “integración” y “armonía vital”, lo que suponía una

[...], sino que tenemos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental.” (Pedro Henríquez Ureña: “El descontento y la promesa”, en *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, pág. 42)

53 Mariano Picón Salas, “Problemas y métodos de la Historia del Arte”, en *Las formas y las visiones*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2007, pág. 60.

síntesis entre los contrarios a un nivel individual y social⁵⁴. De este modo, su proyecto cultural pretendía la conformación de un consenso perfecto, esto es, de una utopía en que los contrarios serían armónicos y en que no habría distancia alguna entre el hombre, el saber y el propio territorio.

En el planteamiento de este ideal, que negaba la noción de ruptura que conlleva la modernidad, Picón Salas se acercaba a lo que estaban proponiendo en esos mismos años Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. El escritor mexicano consideraba que la cultura era un ideal universal que había sido inventado por los griegos. En su opinión, la cultura era sinónimo de cosmos, de orden. Por lo tanto, tendía siempre a integrar lo disperso y a conformarse a sí misma como un organismo sintético, sin excesos o elementos sobre-numerarios que pudieran amenazar su estabilidad. Además, la cultura implicaba un ideal de conducta fundado en el concepto de la *sophrosyne* griega, en el término medio entre lo racional y lo afectivo. Para él, la misión histórica de América era realizar la utopía humana y cultural que había sido inventada a orillas del Mediterráneo. Por eso afirmaría en “Posición de América” (1942): “Sólo dentro de algunos siglos [...], podrá saberse si América ha logrado elaborar una cultura *relativamente nueva*. En nuestro caso *se trata más bien de recoger la herencia de una cultura*, ante el notorio quebranto de los pueblos que la han construido. Se trata de una toma de posición y *acaso de una toma de posesión de la cultura*.”⁵⁵ Para Reyes, el orden utópico y perfecto que él llamaba “la cultura” tenía que encarnar en la realidad hispanoamericana; es más, desde su punto de vista, la

54 Mariano Picón Salas, “Realismo y cultura en Hispanoamérica”, en *Prosas sin finalidad...op. cit.*, pág. 147. En ese mismo texto Picón define la “cultura” como consenso: “no basta en América una política personal de buenas intenciones como la que Porfirio Díaz quiso establecer en México, si la política que trasciende de la persona del gobernante no emerge hacia fuera en [verdadera] realidad cultural. [...] quiero ver crisis de cultura (dando a esta hermosa palabra [...] el sentido de integración y armonía vital que debe tener).” (Ibíd., pág. 147)

55 Alfonso Reyes, “Posición de América”, en *Última Tule*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991, pág. 237. Énfasis mío.



realización concreta de ese ideal eterno era la esperanza que justificaba la existencia del continente.

Pedro Henríquez Ureña, por su parte, también había planteado un ideal cultural fundado en el humanismo griego. Al igual que Picón Salas, Henríquez Ureña pensaba que América era “intranquila y discordante”; era preciso por tanto predicar un “evangelio de serenidad” fundado en la *sophrosyne* griega⁵⁶. Más aún, para él, como para Reyes, la función histórica del continente consistía en dar una forma propia a la utopía universal inventada por los griegos. Ello implicaba conseguir que el hombre americano fuera una formulación concreta de lo esencial y de lo eterno:

El hombre universal con que soñamos, a que aspira nuestra América, no será descastado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; [...]. La universalidad no es el descastamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de la unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de imperialismos estériles, sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos.⁵⁷

Al igual que Picón Salas, Henríquez Ureña creía necesario apropiarse de la cultura occidental y ofrecer, a partir de la realidad nativa, una formulación original de la misma: “así como esperamos que nuestra América se aproxime a la creación del hombre universal, por cuyos labios hable libremente el espíritu, libre de estorbos, libre de prejuicios, esperamos que toda América, y cada región de América, conserve y perfeccione todas sus actividades de carácter original, sobre todo en las artes.”⁵⁸ Pero, curiosamente,

56 Pedro Henríquez Ureña, “Héctor Ripa Alberdi”, en *La utopía de América*, op. cit., pág. 377.

57 Pedro Henríquez Ureña, “La utopía de América”. en *La utopía de América*, op. cit., págs. 7-8.

58 *Ibíd.*, pág. 8.



a la hora de definir cómo debería ser esa cultura simultáneamente americana y universal, Henríquez Ureña tomaba como modelo la autenticidad cultural de los pueblos prehispánicos:

La creación indígena popular nace perfecta, porque brota del suelo fértil de la tradición y recibe aire vivificador del estímulo y la comprensión de todos, como en la Grecia antigua o en la Europa medieval. En la zona de cultura europea de la América española falta riqueza de suelo y ambiente como la que nutre las creaciones arcaicas del indígena. Nuestra América se expresará plenamente en formas modernas cuando [1] haya entre nosotros densidad de cultura moderna. [2] Y cuando hayamos acertado a conservar la memoria de los esfuerzos del pasado, dándole solidez a la tradición.⁵⁹

Henríquez Ureña proponía, entonces, como hemos visto a propósito de Picón Salas, crear una cultura sólida y firme en que sería posible establecer una continuidad armónica entre el ser y el estar. Sin embargo, la referencia al consenso del mundo indígena muestra claramente cómo también en el caso del ensayista dominicano la utopía suponía el regreso a un orden anti-moderno, es decir, conservador y desconectado de la realidad histórica del continente.

Podemos afirmar por tanto que el ideario cultural de Picón Salas durante su estadía en Chile se basó en una “fetichización” del modelo europeo, al que concedía una validez universal. Al igual que para Reyes y Henríquez Ureña, la idea de cultura implicaba para Picón la armonía entre los contrarios y el establecimiento de una relación necesaria entre el saber y la propia realidad. Este ideal ético que nuestro autor defendía para la cultura hispano-americana estaba siendo puesto en valor en esos mismos años, aunque con otro sentido, por filósofos europeos y norteamericanos como Oswald Spengler, Hermann von Keyserling y Waldo Frank. Para todos ellos la modernidad y la masificación urbana estaban en el origen de la crisis de valores que había conducido

59 Pedro Henríquez Ureña, “La América española y su originalidad”, en *La utopía de América*, op. cit., pág. 25.



a la I Guerra Mundial. A partir de esta perspectiva, estos pensadores (que tuvieron una gran influencia en Hispanoamérica en los años veinte y treinta del siglo XX) propusieron la restitución de un cosmos pre-moderno libre de excesos en que el ser y el estar, el logos y el eros, y el hombre y la colectividad pudieran reestablecer una existencia armónica. En línea con esta corriente de pensamiento, Picón Salas trató de conciliar las disonancias que advertía en Chile y en el continente hispanoamericano en base a una concepción anti-moderna. Corregir los excesos y crear una cultura auténtica y universal significaba superar los defectos de la modernidad e imponer un orden armónico y consensual en que el yo y el mundo establecerían al fin una continuidad armónica.

En conclusión, en sus ensayos escritos en Chile Picón Salas pensó que la oligarquía era la principal responsable de la crisis institucional que se vivía en el país austral en los años veinte y treinta del siglo XX y a partir de este análisis planteó una nueva ordenación del mundo común. Para superar la situación de crisis y decadencia a que se había llegado, las élites (pertenecientes ahora a las clases medias ilustradas) y el pueblo debían unirse en función de una idea de nación más incluyente y de un proyecto cultural de largo alcance que permitiera vincular la situación particular del país y del continente con las formas sociales y políticas universales. De este modo Picón intentaba crear un consenso perfecto que haría posible la justicia social; sin embargo, al proponer esta utopía cancelaba la temporalidad moderna y generaba nuevas exclusiones. Así, lo que comenzó como una búsqueda de soluciones políticas ante la decadencia del régimen parlamentario chileno fue adquiriendo en el pensamiento de Picón Salas unas dimensiones mucho más amplias que abarcarán todo su ideario cultural y estético y que serán todavía visibles en sus escritos de madurez, mucho después de esa convulsa década chilena en que encontraron una primera formulación.



BIBLIOGRAFÍA (OBRAS CITADAS)

- Barr-Melej, Patrick, *Reforming Chile. Cultural Politics, Nationalism and the Rise of the Middle Class*, The University of North Carolina Press, 2001.
- Betancourt, Rómulo, “Plan de Barranquilla”, en German Carrera Damas, *Emergencia de un líder. Rómulo Betancourt y el Plan de Barranquilla*, Caracas, Fundación Rómulo Betancourt, 1994.
- Bolívar, Simón, “Carta de Jamaica”, en *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.
- _____, “Discurso de Angostura”, en *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.
- Campos, Miguel Ángel, “Mariano Picón Salas y el petróleo recelado”, en *Vigencia de Mariano Picón Salas*, Mérida, Casa Nacional de las Letras Andrés Bello, 2001.
- Gramsci, Antonio, “Análisis de las situaciones. Correlaciones de fuerzas”, en *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004.
- _____, “La formación de los intelectuales”, en *Antología*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2004.
- Haya de la Torre, Víctor Raúl, *El Antiimperialismo y el APRA*, Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2010.
- Henríquez Ureña, Pedro, “El descontento y la promesa”, en *La utopía de América*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1979.
- _____, “La utopía de América”, en *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.
- _____, “Héctor Ripa Alberdi”, en *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.
- _____, “La América española y su originalidad”, en *La utopía de América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1979.
- Marinello, Juan, “Fuentes y raíces del pensamiento de José Martí”, en José Martí, *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.
- Martí, José, “Nuestra América”, en *Nuestra América*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1985.
- Mijares, Augusto, “Bolívar como político y reformador social”, Prólogo a Simón Bolívar, *Doctrina del libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1976.





- Ortega y Gasset, José, “Hegel y América”, en *El Espectador*, Madrid, Biblioteca Edaf, 1998.
- _____, *Meditación del pueblo joven y otros ensayos sobre América*, Madrid, Alianza editorial, 1981.
- Picón Salas, Mariano, “Cautín, sur de Chile”, en *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Santiago, Nascimento, 1935.
- _____, “Economía colonial. Dos mundos”, en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.
- _____, “Editorial de Índice”, en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.
- _____, “El Eros hispanoamericano”, en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2010.
- _____, “El hibridismo religioso”, en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2010.
- _____, “El intelectual y la humana discordia”, en *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Santiago: Nascimento, 1935.
- _____, “La literatura de Mariano Latorre”, en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*. Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.
- _____, “Literatura y actitud americana”, en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.
- _____, “Los últimos hombres feudales”, *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.
- _____, “Nuevas notas sobre un viejo tema histórico. La caída de Roma y la civilización antigua”, en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.
- _____, “Presencia de Goethe”, en *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Santiago, Nascimento, 1935.
- _____, “Problemas y métodos de la Historia del Arte”, en *Las formas y las visiones*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2007.
- _____, “Prólogo de un libro chileno de Domingo Melfi”, en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.
- _____, “Realismo y cultura en Hispanoamérica”, en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2010.

- _____, “Salutación a Alfonso Reyes”, en *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, 2010.
- _____, “Sugerencias rusas”, *Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica*, Santiago, Nascimento, 1935.
- Rancière, Jacques, *El reparto de lo sensible. Estética y política*, Santiago, Lom, 2009.
- Reyes, Alfonso, “Posición de América”, en *Última Tule*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.
- Sarmiento, Domingo Faustino, *Facundo*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1977.
- _____, *Recuerdos de provincia*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1991.



FRANCISCO JAVIER PÉREZ

Academia Venezolana de la Lengua
Universidad Católica Andrés Bello

AL ENCUENTRO CON EL PRIMER PICÓN SALAS⁶⁰

Al enterarse de la muerte de su querido Mariano, Arturo Uslar Pietri escribe “El regreso de los mundos de Mariano Picón Salas”, un ensayo cargado de aciertos y de afectos en donde hace propicia la funesta ocasión, para ordenar las líneas matrices del pensamiento del amigo y para señalar las fuerzas motrices que incitaron su actividad de hombre de pensamiento. Lo califica de eminencia de la idea, la expresión y la enseñanza. Querrá entenderlo como el pensador del regreso, que para Uslar es “el camino de los reencuentros”.

Y es, gracias al poder eminente de su pensamiento y de su lenguaje (que es como decir la misma cosa), que hoy estamos comprometidos en la comprensión de lo que significó para Picón Salas escribir como ejercicio de aprender y de transmitir. Gracias a su noble tarea de hacer predominar en ella primero a Venezuela, a Hispanoamérica, después, y al universo todo del hombre, finalmente, es por lo que hoy estamos reunidos en torno, no a sus trabajos más afamados, sino a sus primeros escritos, compilados por la hija del escritor, doña Delia Picón Salas de Morles, cuya

60 Palabras leídas en la presentación del libro *Prosas sin finalidad*, de Mariano Picón Salas, en el Salón de Sesiones de la Academia Venezolana de la Lengua, Palacio de las Academias, en Caracas, el 14 de mayo de 2010. [Cedido especialmente por el autor para este homenaje. N. del C.]



desaparición física hace poco más de un año no dejamos de lamentar, bajo el elocuente y decidor título: *Prosas sin finalidad (1923-1944)*, corriendo la edición a cargo de la Universidad Católica Andrés Bello y la AUSJAL (la Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en Latinoamérica), este mismo año 2010, que vemos transcurrir. Acompañan la tarea de la compiladora, admiradora mayor del trabajo de su padre, un prólogo del profesor Cristian Álvarez, estudioso de la obra del escritor, y un apéndice de don Alfredo Morles Hernández, el albacea magnífico de este legado de saber venezolano y continental que representa lo escrito por el ensayista merideño.

Una bella fotografía muestra a Delia radiante y cordial, algunos de sus dones personales más distintivos, en la portada del volumen. En la contratapa, el risueño perfil del padre escritor parece insinuarnos el origen de la dulzura que acompañó siempre a la hija. Con amoroso tino se escoge el título de uno de los artículos reunidos, datado en 1924 y publicado en la revista *Atenea*, de Santiago de Chile. El título y el libro son una declaración y una puesta en escritura de los primeros ejercicios ensayísticos de Picón Salas, a partir de sus veinte años. Estos fastos momentos de su labor nos permiten concluir que al momento de nacer su escritura, ya estaba madura, cuajada, rotunda y ajena a los tropiezos y a las costuras que siempre pueblan los textos iniciales de un autor.

El libro reúne un conjunto de colaboraciones del ensayista venezolano aparecidas en revistas chilenas. Revelan trabajo tesonero y talento enorme estas primeras piezas de Picón Salas. Él, sin embargo, las va a entender como pequeños pasos en la fragua de su ensayística y como preliminar majado de los condimentos eruditos y espirituales que ya nunca más lo abandonarán. El principio de que un autor escribe para apropiarse de los saberes está aquí hecho método y rasgo capital de una disciplina. Ella le exigía imposiciones muy férreas para poder alcanzar la cima de los elegidos y, quizá por ello, va a olvidar que alguna vez las





escribió y las va a entender como simple recuerdo de sus primeras vocaciones en el oficio literario. No obstante, el escritor camina ya sin andaderas (como hubiera podido decir Alfonso Reyes, su amigo personal y compañero espiritual). En cuenta de ello, la hija estudiosa y abnegada (pues Delia se dedicó a preservar el legado intelectual de su padre durante casi toda su vida), las rescata del olvido, las rescita del archivo del escritor, las esculca en las bibliotecas de instituciones públicas de Caracas y Santiago, las revisa, las transcribe, las anota y las comparte para que podamos completar el círculo escriturario de este portentoso autor, para que podamos saber de dónde se origina el manantial que luego será río caudaloso, ancho e inmenso mar, portador de afluentes tan inmensos y tan anchos como el mar mismo. De esta suerte, *Prosas sin finalidad* viene a entenderse como el complemento excepcional del volumen de *Obras selectas* del escritor, publicado por la Editorial Edime, en 1953, y, por ello, lo anticipa con trazos más que seguros y con propuestas mucho más que parecidas.

Los temas que ocupan la atención del escritor en su período chileno, tiempo de un exilio forzoso que tiene como motivo la repulsa personal hacia el régimen dictatorial de Juan Vicente Gómez (al que Picón se refiere en más de una de estas prosas, para divulgar por todo el continente el talante abominable y la obra funesta del tirano) y las persecuciones concretas de que es objeto por parte de los esbirros y obedecedores del mandón después del año 1921, cuando promedia apenas los veinte años, serán ya los temas que el escritor desarrollará en su gestión madura de ensayista comprometido con los problemas del mundo contemporáneo, de América y de su patria; viajes interminables al encuentro con las palabras y sus hombres, con la historia y la vida, con las formas y las visiones, con el alma y el paisaje, con la tradición y sus cambios.

El recuento resulta elocuente y su acercamiento fascinante. De un lado, las referencias, invocaciones y recuerdos queridos sobre sus tres enclaves americanos más impostergables: Venezuela, Chile y México (emblematizados, cada uno y en el mismo orden,

por los sustantivos comprensión, intuición y gusto). De otro, las gestiones de afecto intelectual más persistentes: Bello, Neruda y Reyes. En suma, un cultivo de ecuaciones perfectas y el sacro culto hacia ellas: Bello o la *comprensión de Venezuela*, Neruda o la *intuición de Chile*, Reyes o el *gusto de México*. Las culturas, los lugares y los nombres en tres Américas, tres autores y tres obras que están ya anunciados —¡qué portentoso!— en estos escritos sin aparente finalidad.

Junto a las unas y a las otras, cúspides hispanoamericanas del pensar y del escribir como ese Ricardo Palma, grande en la gesta de las tradiciones escriturarias y en la lexicografía del Perú, que es recordado al cumplirse el centenario de su nacimiento: “Palma fue en el pasado siglo uno de nuestros grandes inventores de fábulas, un escritor que aligeró la pesada prosa curialesca o la elocuencia enfática que entonces se escribía en el continente, y se lanzó en curiosos descubrimientos de expresión, de gracia y de colorido”. Están allí, en utilísima guiatura, sus visiones generales de la literatura y del arte como esas que titula “La literatura en Venezuela” (1925), preparación de lo que con el tiempo se convertirá, finalizada su etapa austral, en sus afortunados libros crítico-historiográficos *Formación y proceso de la literatura venezolana* (1940), *Literatura venezolana* (1945) y *Estudios de literatura venezolana* (1961). El conjunto placentero, no puede hacer omiso caso a los problemas del mundo y del continente, pues si así fuera el ensayista comprometido con su tiempo se habría trocado en falsario propagandista ideológico de un mundo inexistente. Hora y deshora, tiempo universal y tiempo nacional, viaje y regreso, Europa y América, serán las claves de su palpar espiritual.

Como si se disputaran el mejor de los manjares, las revistas chilenas de mayor renombre quieren el de Picón Salas formando parte de ellas y buscan sus colaboraciones con creciente insistencia. Despliega una participación sostenida en las revistas *Claridad*, *La Estrella*, *Atenea*, *Letras*, *Índice*, *Zig-Zag*, *La Hora*, *El Debate*, *Hoy*, *La Gaceta de Chile* y *Pan*, y esa participación profusa y sostenida hablará de la estatura que ya para ese entonces tenía el intelectual





venezolano en tierras australes, palabras más o menos, una nueva puesta en valoración de lo que deben los humanistas venezolanos a Chile y lo que debe Chile al humanismo de los venezolanos desde el siglo XIX a esta parte. Sin proponérselo, Picón Salas vendrá a refrescar la modernidad de la imagen de Andrés Bello, un autor que le ha acompañado siempre y del que será seguidor amoroso en toda circunstancia (sobre el Picón bellista, dirá Uslar Pietri, indiscutiblemente su exégeta más certero: “No va a ser bellista en la monótona y desabrida dedicación a la glosa de la obra del maestro, sino en el entendimiento de la vida como empresa de bien y de creación, en el amor a la hermosura, en el afán de aprender y enseñar sin tregua y en la concepción del saber como cordura, prudencia y buen juicio”).

Define la finalidad de sus prosas: “Olvidando los propios dolores voy poniendo un poco de ilusión en estas prosillas hasta que me resuelva a salir por los caminos a repartirlas, a esparmarlas sobre las almas diáfanas como esas flores silvestres que los labriegos arrojan al paso de la procesión”; y confiesa, además, la oportunidad de sus glosas: “Ahora conviene que Zaratustra baje nuevamente de la montaña y regrese de su larga permanencia en las Islas bienaventuradas. Y ante esta humanidad de hombres pequeños, temerosos, que necesitan de un Estado que los guíe y mantenga porque no pueden valerse así solos, repita su lección individualista y su prédica de la valiente soledad”.

Prosa y glosa para conocer el insospechado método de trabajo y escritura de este ensayista de culto, venerado como tesoro de conciencia y reflexión sobre nuestros destinos. Una invitación y una tarea que los editores del libro que hoy presentamos quieren proponer en justa gratitud hacia la filial compiladora. La invitación estudiosa traza el itinerario implícito de una tarea: la edición de las *Obras completas* de Mariano Picón Salas, trunca en los talleres de Monte Ávila Editores y esperanzada en las prensas de la Universidad Católica Andrés Bello, a quien Delia, antes de morir, cedió los derechos de edición de las obras

de su padre. El proyecto responsable tiene que ser el logro de esta tarea que lo es, al unísono, de estudio y de edición, pues no es posible la segunda sin la primera o no lo merecería así la obra luz del virtuoso ensayista y del noble escritor de nuestras mejores comprensiones. No pueden escatimársele a Picón Salas ediciones demoradas y bien cuidadas, hijas de la propia estirpe del estudioso que siempre fue.

La Academia Venezolana de la Lengua, que en vida del escritor no pudo recibirlo en su seno, quizá por las prolongadas ausencias del maestro o por razones nunca bien esclarecidas, hoy recibe honradísima el fruto de este primer Picón Salas, como anuncio de futuras visitas de la obra de este escritor de viajes, de regresos y de reencuentros.

Al enterarse de la muerte de su querido Mariano, Arturo Uslar Pietri escribió ese ensayo cargado de aciertos y de afectos que tituló: “El regreso de los mundos de Mariano Picón Salas”, como se ha dicho. Habla sobre la eminencia del hombre y del ensayista y las entiende como una bendición en los destinos de Venezuela. Habla de la perennidad de su pensamiento entre nosotros. Habla de la gran reflexión de conciencia que nos legó. Cada vez que se vuelve a publicar una obra de Picón Salas, resurgen en nosotros esa reflexión de conciencia, ese pensamiento perenne y esa eminencia del ensayista y del hombre que significaron desde su muerte un haber permanente en la compleja exploración de lo venezolano.

Estas *Prosas sin finalidad* no serán una excepción, pues han nacido de la más honda preocupación de este pensador y de su mayor sentido de compromiso ante las disonancias del mundo contemporáneo, ésas que tanto espacio ocuparon en sus escritos. Termino, en reafirmación, destacando del entramado de textos, el titulado “Presencia de Goethe”, parada y patrón generacionales en los escritores americanos de su momento en torno a la fascinación por el genio cósmico de Weimar (recordemos a Pedro Henríquez Ureña y, especialmente, a Alfonso Reyes con sus





libros antorcha: *Vida de Goethe*, *Rumbo a Goethe* y *Trayectoria de Goethe*; a Ortega, que al celebrarse el bicentenario del nacimiento del dios, propone una lectura anti apolínea del personaje; a Walter Benjamin que repensará, en 1924, el sentido filosófico de las *Afinidades electivas*; y, entre tantos más, al compañero Uslar, que lo hará saldo inalcanzable de bien universal y de fe en el arte: “Deberíamos cada día —cita al alemán—, al menos, oír alguna canción, leer un buen poema, mirar un hermoso cuadro y, si fuera posible, hablar algunas palabras razonables”). Picón Salas, cuando va a poner punto final al escrito, explica las razones de su personal adicción goethiana: el mensaje de integradora unidad que rezuma todo el trayecto recorrido por el astro. Se hace, entonces, dos preguntas spenglerianas que le permiten seguir la marcha planetaria de Goethe en los tiempos duros del presente: “¿Salvaremos la cultura, mantendremos sobre la discordia del mundo presente esa serena anfictionía de la inteligencia que en otros tiempos —el tiempo de Erasmo, el tiempo de Voltaire— creó para los temas esenciales un veredicto universal de conciencia? ¿O rota y sin brújula, separando la técnica de la inteligencia que la creó, cerrados en nuestro egoísmo individualista, dominados todavía por el dinero diabólico que hoy acapara los bienes de la tierra en provecho de unos pocos, y nos impone su gran prensa, sus noticias, sus modas, su grosera mentalidad, la Tierra ha de tomar a las tinieblas de una nueva barbarie?”

En nombre de la Academia Venezolana de la Lengua y de sus honorables miembros, saludo entusiasmado la aparición de esta obra e invito a todos a recorrerla con la emoción de un verdadero descubrimiento. Invocando las palabras finales del epílogo del doctor Morles, estoy convencido de que por mucho tiempo los frutos, la huella, el brillo, el perfume y el recuerdo dejado por Delia permanecerán en estas páginas de Mariano Picón Salas. También, que ellas encenderán nuestro luminoso palpitar venezolano y que, gracias a la inteligencia anfictionica de su autor, lo mantendrán permanentemente vivo.



APÉNDICE
BIBLIOGRÁFICO

OBRAS DE MARIANO PICÓN SALAS
PUBLICADAS EN CHILE
(PRIMERAS EDICIONES)¹

Aventura de un hombre vago (Divagaciones psicoanalíticas). Santiago de Chile, *La Lectura Selecta*, Revista Quincenal de Novelas Cortas, 1927, 30 p.

Ensayos escogidos. Selección y nota preliminar de Juan Loveluck. Pról. de Ricardo A. Latcham. Santiago de Chile, Edit. Zig-Zag, 1958, 233 p.

Hispanoamérica, posición crítica. Literatura y actitud americana; sentido americano del disparate y sitio de una generación. Santiago de Chile, Imprenta Universitaria, 1931, 40 p.

Imágenes de Chile: vida y costumbres chilenas en los siglos XVIII y XIX a través de testimonios contemporáneos. Selección y notas de Mariano Picón Salas y Guillermo Feliú Cruz. Santiago de Chile, Editorial Nascimento, 1933, 339 p.

1 Para una mayor comprensión de la labor intelectual y la recepción de la obra de Mariano Picón Salas en Chile, véase la bibliografía: “Obra de Mariano Picón Salas en Chile”, por Rafael Ángel Rivas Dugarte y Justo Alarcón R., en Guillermo Feliú Cruz: *Para un retrato psicológico de Mariano Picón Salas*, 2ª ed. Santiago de Chile, Biblioteca del Congreso Nacional de Chile-Universidad de Chile-Embajada de Venezuela, 2001, pp. 109-127.



Intuición de Chile y otros ensayos en busca de una conciencia histórica.
Santiago de Chile, Editorial Ercilla [Col. Biblioteca Americana,
18], 1935, 139 p.

*Mundo imaginario (Los recuerdos impresionantes. La vida de un hombre.
Historia de un amigo. Tema de amor).* Santiago, Editorial Nasci-
mento, 1927, 143 p.

Odisea de tierra firme (Relatos de Venezuela). Santiago de Chile, Edit.
Zig-Zag, 1931, 186 p.

Preguntas a Europa. Santiago de Chile, Edit. Zig-Zag, 1937, 143 p.

Problemas y métodos de la historia del arte. Dos conferencias didácticas.
Santiago, Edit. Nascimento, 1934, 49 p.

Registro de huéspedes. Santiago, Edit. Nascimento, 1934, 147 p.



Ediciones
Escuela de LetrasUNIVERSIDAD
DE LOS ANDES
VENEZUELA

Muchos rostros chilenos; mucho buen desvelo de horas chilenas en que quise ser mejor o me esforcé por ser mejor, hay en mis recuerdos. Horas de estudio, de reflexión, de rebeldía ante la injusticia; de pasión de saber y de expresar, pasan por el cuadrante de la memoria. Moré en todos los barrios, viví todas las vidas, conocí la inquietud, la pena o el goce. Porque llegué tan joven, se acabó de formar el hombre. Hay en mi alma cicatrices chilenas que se ahondan junto a las cicatrices venezolanas. Y la imaginación volandera, aun cuando fuese arrastrada hacia otras comarcas, siempre añora aquel verdor del valle de Santiago con su trasfondo de nieves y sus avenidas de álamos.

Mariano Picón Salas, *Regreso de tres mundos* (1959)